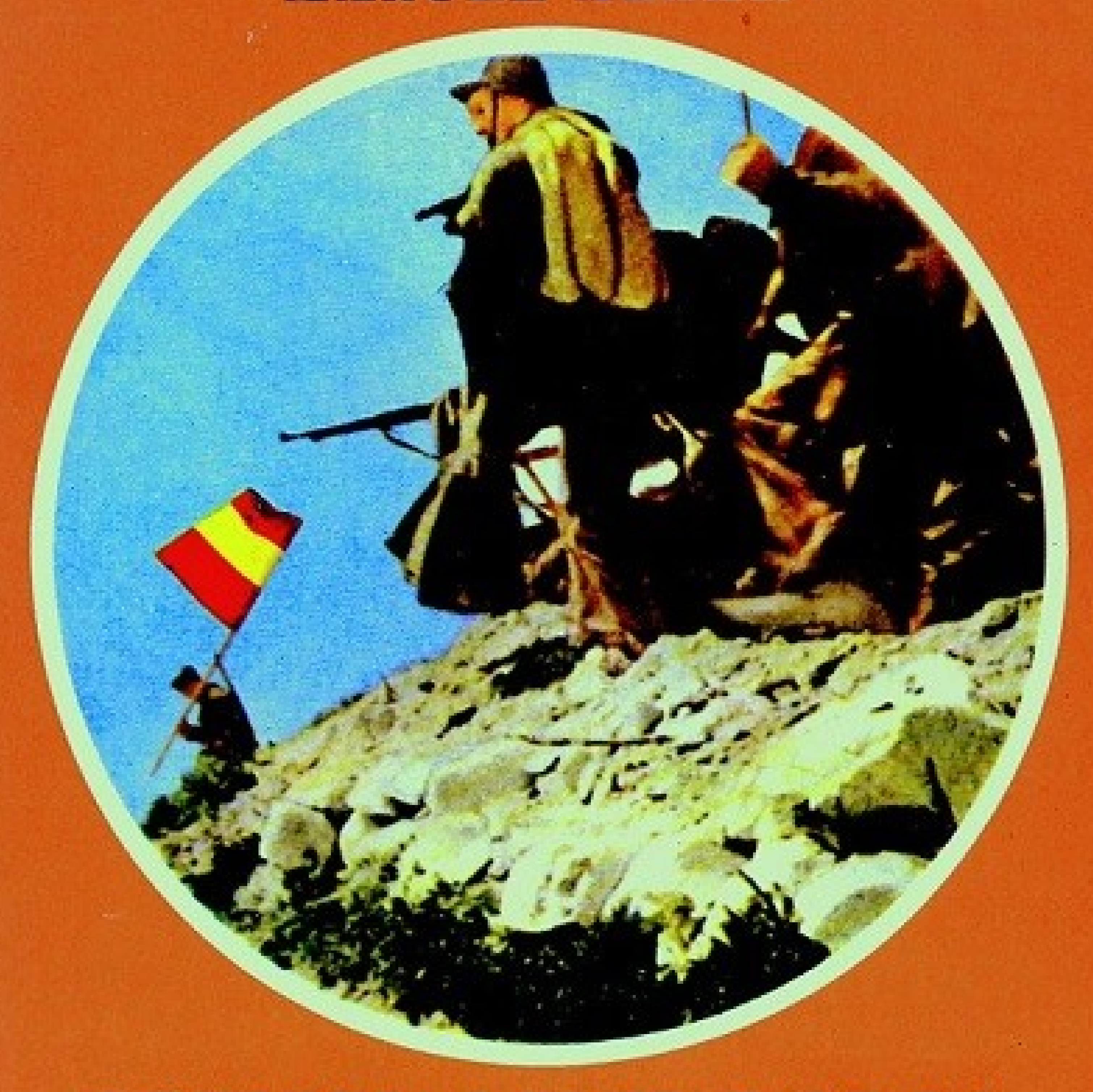
MANUEL AZNAR



HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DE ESPAÑA

Tomo II

MANUEL AZNAR

HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DE ESPAÑA

TOMO SEGUNDO

1969

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO..7

AÑO 1937. - LA BATALLA DEL CERCO DE MADRID 7

Fallido el golpe de mano, las tropas nacionales inician el envolvimiento o, por mejor decir, el cerco de la capital de España. — Primera fase: reorganización de unidades, consolidación de líneas y protección del flanco izquierdo, que ofrece a la amenaza enemiga las posiciones de la Casa de Campo y de la Ciudad Universitaria. — Combates a lo largo de la carretera Madrid-Escorial. — El General Miaja crea el Ejército defensor de Madrid, tomando como base las Brigadas internacionales. — Se insinúa la maniobra hacia las comunicaciones entre Madrid y Valencia. Guerra de trincheras. — Preparativos en otros frentes. — Queipo de Llano estudia la operación de Málaga. — Creación de las Brigadas de Navarra en el frente Norte. — Las columnas de Pamplona, llamadas más tarde «de Navarra y Guipúzcoa», cobran nueva personalidad..7

CAPÍTULO II...29

LA BATALLA DE MÁLAGA. – LAS OPERACIONES DEL CERCO DE MADRID SE TRASLADAN AL ALA DERECHA. – REACCIÓN ROJA EN ASTURIAS 29

El General Queipo de Llano pone en marcha su plan de ofensiva. — Todas las posiciones de la costa malagueña caen rápidamente en su poder. Primera gran colaboración de las unidades legionarias italianas. Atacadas por el Oeste, Noroeste, Norte y Nordeste, la ciudad de Málaga y toda su provincia caen en poder de las tropas nacionales. Los rojos se repliegan en dirección de Almería y el frente queda fijado en las cercanías de Motril. — Importancia psicológica y militar de esta victoria de Franco..29

CAPÍTULO III..44

CONTINUAN LAS OPERACIONES DEL CERCO DE MADRID 44

Grandes combates en las orillas del Jarama. — Corte de la carretera Madrid-Valencia. — Los rojos llevan a cabo una violenta operación defensiva. — Reacción roja en Asturias..44

CAPÍTULO IV..63

OPERACIONES DE GUADALAJARA Y SUS CONSECUENCIAS MILITARES Y POLÍTICAS 63

Tercera y última etapa de las operaciones ofensivas sobre Madrid, como final de la maniobra de cerco contra la capital de España, se planea el ataque general en la provincia de Guadalajara. — Dispositivo de la acción. —

Diversas etapas de las operaciones. -— Avance fulminante de las unidades nacionales y dislocación de las líneas rojas. — Errores de preparación. — Equivocaciones psicológicas e información deficiente. — Influencia del tiempo en el encuentro. Interpretaciones apasionadas de las operaciones de Guadalajara. Examen de los sucesos militares a la luz de la técnica. — Fuerte contraofensiva roja del Ejército de Madrid. — Consideraciones finales. Operaciones parciales en el sur...63

CAPÍTULO V..88

LA CAMPAÑA DEL NORTE. – CONQUISTA DE BILBAO POR EL EJÉRCITO NACIONAL 88

Preparación del Ejército de Franco. — Plan de campaña para la liberación del Norte de España y para la supresión del «enclave» cantábrico. Organización de las líneas de resistencia en Vizcaya. — Ofensiva general. Las dos fases de la campaña contra Bilbao. — Ruptura y envolvimiento del frente. — El «cinturón de hierro». — Su expugnación y forzamiento por las brigadas de Navarra. — Maniobra final y entrada en la villa y puerto de Bilbao. — Consecuencias políticas y militares de la victoria nacional............................88

CAPÍTULO VI..132

BATALLA DE BRUNETE. – PRIMER GRAN INTENTO DE DIVERSIÓN ESTRATÉGICA POR PARTE DEL EJÉRCITO ROJO 132

Actitud del Gobierno y de los mandos militares rojos ante el nuevo carácter de la guerra. — Preparación. — Ensayos en diversos frentes. Concepción técnica de la batalla de Brunete. — Proyectos estratégicos. El ataque del día 6 de julio de 1937. — Horas críticas para el Ejército nacional. — Suspensión de la ofensiva del Norte durante cuatro semanas. — Éxitos iniciales de los rojos. — Limitación de los mismos y sangriento final como consecuencia de la contraofensiva de Franco. Brunete, hito de una de las grandes fases de la guerra.................................132

CAPITULO VII...176

LA MANIOBRA SOBRE SANTANDER 176

Retorno de la iniciativa al frente cantábrico. — Preparación de la maniobra hacia Santander. — Dispositivo nacional y sentido general de las operaciones. — Ruptura del frente rojo y forzamiento de los pasos en las altas montañas. — Invasión de los valles; marchas convergentes. — Las tropas navarras cortan la retirada a los batallones milicianos. — Actuación del cuerpo de tropas voluntarias. — Caída de Santander y rendición en masa de los batallones vascos..176

CAPÍTULO VIII..199

BELCHITE. – EL FRENTE DE ARAGÓN DURANTE EL AÑO 1937. – EL EJÉRCITO ROJO INTENTA SU SEGUNDA DIVERSIÓN ESTRATÉGICA Y FIJA LA CIUDAD DE ZARAGOZA COMO OBJETIVO 199

Combates locales en el sector pirenaico de Jaca. – Los rojos, empeñados en la conquista de Huesca, tratan de aislar a esta ciudad de Zaragoza cortando todas las comunicaciones. – Pérdida y rescate de la posición de Santa Quiteria. – Operaciones de abril y mayo en la provincia de Teruel. – Rectificaciones del frente en Vivel del Río. – Ataques rojos hacia la carretera de Zaragoza a Teruel. – Brillantes operaciones nacionales en el sector del Alto Guadalaviar (Albarracín). – Batalla diversiva de los rojos en las líneas que conducen a Zaragoza. – Plan de operaciones convergentes sobre la capital de Aragón. – Los nacionales pierden Belchite. – Empalme de estas operaciones con las de Santander. – Fracaso estratégico del Ejército rojo......................199

CAPÍTULO IX...236

RECONQUISTA DE ASTURIAS POR FRANCO. – «EL FRENTE NORTE HA DESAPARECIDO» 236

Dos Cuerpos de Ejército, a las órdenes del General Dávila, mandados por los Generales Aranda y Solchaga, cumplen sobre Asturias la maniobra de cerco planeada por el Generalísimo. — Marchas por el Este, el Sureste y el Sur. — Preparación de otro Cuerpo de Ejército para eventualidades. — Dificultad de las operaciones por la configuración del terreno. — Paso de los puertos. — Duros combates en Ribadesella. — Llegada a Villaviciosa y desplome general del frente rojo. — Gijón se rinde. — Veinte Batallones rojos se entregan a las vanguardias nacionales. — Asturias se incorpora a la España nacional. — «El frente Norte ha desaparecido». — Resumen de algunas operaciones secundarias en otros frentes...236

CAPÍTULO X...257

PAUSA, PLANES EN ARAGÓN, PREPARACIÓN DE UNA NUEVA OFENSIVA NACIONAL EN GUADALAJARA Y GRAN ATAQUE GENERAL DEL EJÉRCITO ROJO EN TERUEL 257

Reorganización del Ejército de Franco. — Ejércitos y Cuerpos de Ejército. — Concentración de la masa de maniobra en Aragón. — La tentación del mar y de Cataluña. — Nuevo proyecto de operaciones hacia Madrid por los valles del Tajo, el Tajuña y el Henares. — Persistencia de las adversas condiciones meteorológicas. — Reorganización del ejército rojo. —Dos fuertes masas en el Este y en el Centro. — Adquisición de material. — Problemas morales y políticos. — Tercera gran diversión ofensiva de las tropas rojas. — Ataque general a las líneas nacionales en el saliente de Teruel. — Contraataque nacional. — Tempestad de nieve...257

CAPÍTULO XI...293

AÑO 1938. — GRAN BATALLA DE TERUEL Y DEL ALFAMBRA 293

Alto en las puertas de Teruel. – Bajo la nieve. – La resistencia de los sitiados se debilita, mientras los rojos arrecian en sus ataques contra los centros de defensa. – Rendición de la Comandancia Militar. – Nueva ofensiva nacional sobre las posiciones dominantes al Norte de la ciudad los días 17, 18 y 19 de enero. – Preparación, desarrollo y victoria de una gran maniobra sobre el río Alfambra. – El ejército rojo del Este sufre uno de los descalabros más importantes de la guerra. – Rebasamiento de Teruel por el Sur y el Norte y reconquista de la ciudad. Particularidades y excelencias técnicas de la batalla del Alfambra y su influencia en la situación de conjunto. – El Gobierno de Barcelona pierde su masa de maniobra de Levante. – Pequeñas diversiones en el frente de Extremadura...293

CAPÍTULO XII...326

MARTIRIO Y GLORIA DE LA CIUDAD DE HUESCA 326

Resumen de sucesos militares con motivo del ataque, asedio y defensa de Huesca desde el mes de agosto de 1936 hasta el 22 de marzo de 1938. Incomprensible fracaso de los asaltos rojos. – De la resistencia elástica a la defensa rígida. – Martirio y heroísmo de la población civil de Huesca. – Extraña situación táctica durante dieciocho meses de asedio. Resolución del problema por medio de la ofensiva nacional en todo el frente de Aragón.….326

CAPITULO PRIMERO

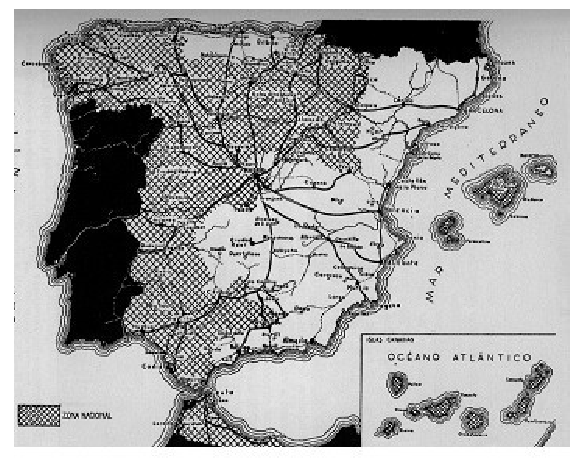
AÑO 1937. - LA BATALLA DEL CERCO DE MADRID

Fallido el golpe de mano, las tropas nacionales inician el envolvimiento o, por mejor decir, el cerco de la capital de España. — Primera fase: reorganización de unidades, consolidación de líneas y protección del flanco izquierdo, que ofrece a la amenaza enemiga las posiciones de la Casa de Campo y de la Ciudad Universitaria. — Combates a lo largo de la carretera Madrid-Escorial. — El General Miaja crea el Ejército defensor de Madrid, tomando como base las Brigadas internacionales. — Se insinúa la maniobra hacia las comunicaciones entre Madrid y Valencia. Guerra de trincheras. — Preparativos en otros frentes. — Queipo de Llano estudia la operación de Málaga. — Creación de las Brigadas de Navarra en el frente Norte. — Las columnas de Pamplona, llamadas más tarde «de Navarra y Guipúzcoa», cobran nueva personalidad.

Se abre el año 1937 bajo una serie de signos contradictorios. De un lado, los nacionales, acaudillados por Franco como Generalísimo, registran un desencanto estratégico y político; el golpe fulminante que han intentado dar sobre Madrid durante los meses de noviembre y diciembre de 1936 no ha tenido éxito. Cierto que el Ejército de Africa ha conquistado millares de kilómetros cuadrados de territorio, ha dominado y domina provincias enteras, comarcas muy vastas habitadas por millones de españoles; pero no es menos exacto que la coronación de toda la campaña inicial, o sea la conquista de Madrid, se le resiste firmemente día a día, a consecuencia de los nuevos elementos que se han concentrado en la capital española.

Por su parte, el Frente Popular —ya convertido ostensiblemente en instrumento directo del Partido Comunista Internacional—, se llena de optimismo ante los resultados que para el mundo rojo ofrece la batalla defensiva de Madrid; pero, al propio tiempo, no puede menos de sentir vivísima inquietud y angustia cuando vuelve la vista hacia el último semestre de 1936 y contempla el panorama de sus quebrantos y derrotas. Ha perdido Irún, San Sebastián, toda la provincia de Guipúzcoa, no le ha sido posible forzar la barrera de la Sierra de Guadarrama para invadir la meseta de Castilla la Vieja, con sus ciudades bien repletas de hombres y de recursos agrícolas; ha tenido que abandonar, igualmente, a los soldados

nacionales las tierras de Extremadura, los valles del Guadalquivir, del Guadiana, del Tajo, del Tiétar y del Alberche; se ha quedado sin los importantes yacimientos mineros de Riotinto y de Peñarroya; tiene al enemigo clavado sobre una parte de Madrid; se siente agobiado bajo la amenaza de los fusiles del Tercio, que disparan en las puertas mismas de la capital; no sabe si podrá defender las comunicaciones de la meseta central con el mar; el fracaso de la operación proyectada en el Norte para la toma de la ciudad de Vitoria, pasando por el pueblo de Villarreal, ha sido costosísimo; la liberación de las guarniciones sitiadas en el Alcázar de Toledo y en la capital de Asturias ha añadido importantes triunfos morales y materiales al balance victorioso del Ejército de Franco; y, finalmente, ha recibido el Generalísimo «faccioso» la adhesión oficial de dos grandes potencias militares —Alemania e Italia—, y el resuelto apoyo —que será magnífico— de Portugal.



Situación general al comienzo del año 1937

Claro está que la situación económica de Franco no es fácil, porque todo el oro español se encuentra en poder del Gobierno de Valencia, éste dispone de las más fuertes regiones industriales, cuenta con la Sociedad de Naciones y con los auxilios que le prometen los Gobiernos de Francia, de Inglaterra, de Checoslovaquia y de Rusia, y se alzan a su favor todas las organizaciones socialistas del mundo, y las sectas; en suma: los medios de que Valencia puede echar mano son mucho más poderosos que aquellos con que cuenta el Caudillo de Salamanca, pero, en cambio, España, el alma de España —que, en definitiva, es lo que importa— se inclina por momentos del lado de los nacionales; de otra parte, éstos poseen una técnica muy superior a la de sus adversarios, un orden administrativo mucho más exacto, una disciplina política más rigurosa, han instaurado el mando único y muestran mayor espíritu de combatividad y de sacrificio.

En esta situación, indudablemente compleja, la decisión de Franco se impone rápidamente; mientras el Gobierno de Valencia tantea programas y medita soluciones, Franco resuelve, ante todo, luchar sin descanso por algo que en la guerra tiene importancia incalculable: la iniciativa. Está en sus manos desde los primeros días de la campaña y quiere conservada a toda costa. Iniciativa en el combate, en los rumbos, en la fijación de objetivos, en las órdenes de reorganización y de renovación. Ante el evidente fallo del golpe de mano organizado contra Madrid, se librará mucho de insistir con ciega terquedad, porque comprende que las probabilidades de triunfo inmediato son escasísimas, dados sus elementos. Pero como, por otra parte, la capital sigue pesando con su enorme influjo sobre todos los destinos nacionales, es necesario dominarla indirectamente, anularla para toda acción eficaz y profunda, crearle una situación de inoperante defensiva, entregarla a su propia suerte de tal modo que no pueda acudir en auxilio, ni moral ni material, de las demás zonas españolas dominadas por el Gobierno y por el Ejército rojos; para todo lo cual, no hay otro camino que apretar sobre ella las tenazas militares, rodearla, cercarla, reducirla a la impotencia. Esto exige, por de pronto, una reorganización de las unidades combatientes, un plan de economía de fuerzas; y como sistema previo, una perfecta consolidación de las líneas cercadoras.

Vamos a ver, por consiguiente, al General Franco en la ardua tarea de salvar elementos morales de altísimo valor con medios materiales reducidos. Si sus disponibilidades en hombres y en material le permitieran preparar varias operaciones a la vez, el proceso de la guerra de España sería rápido; pero cada una de las ofensivas posibles absorbe prácticamente la totalidad de la masa de maniobra, de la artillería y de la aviación; por lo mismo, durante el año 1937, la batalla saltará de un frente a otro, buscando siempre resultados parciales, aunque de muy largo alcance para la preparación de la victoria final. La más urgente de las maniobras es la de Madrid. Ella consumirá las primeras semanas del nuevo año.

* * *

Desde el punto de vista del dispositivo general, las que fueron columnas del coronel Yagüe, más tarde columnas del General Varela, y luego «División reforzada de Madrid» a las órdenes del General Saliquet, se han convertido ya en un verdadero y fuerte Cuerpo de Ejército mandado por el General don Luis Orgaz. Si conserva el nombre de «División reforzada» es porque desde el punto de vista de las exigencias burocráticas y administrativas no existen todavía los Cuerpos de Ejército; pero, en

realidad, los efectivos reunidos en las cercanías de la capital sobrepasan la cifra normal y corriente de un verdadero Cuerpo de Ejército. Han ido llegando de Africa más Tabores y Banderas nuevas; hacen acto de presencia Batallones de reciente organización, instruidos en Cáceres; el voluntariado incorpora igualmente más Banderas falangistas; de ese modo, la masa de choque y maniobra que en vanguardia manda el General Varela, a las órdenes del General Orgaz, es muy superior a la que conquistó Extremadura, liberó Toledo y llegó a las puertas de Madrid.

Reorganizadas las unidades principales del Ejército de Franco, los mandos subalternos del frente de Madrid reciben orden tajante de proceder a la consolidación de las líneas alcanzadas. Por mucho que a las tropas de Africa, entrenadas principalmente para la ofensiva, les contraríe abrir zanjas y enterrarse en ellas, es necesario aceptar la realidad de una guerra de trincheras en diversos sectores próximos a Madrid; tales, por ejemplo, la Casa de Campo, la Ciudad Universitaria, la barriada de Carabanchel Bajo y el flanco derecho bajo la protección del Cerro de los Angeles. Entre otras razones, porque el desgaste de tropas, que en el bando rojo ha sido enorme durante los meses de 1936, y módico en el Ejército nacional, se ha acentuado forzosamente con motivo del intento supremo sobre Madrid; y Franco, que vigila incesantemente este problema, quiere que las bajas se limiten al mínimo posible. Hace de esto cuestión cerrada. Como consecuencia de tan acertada orientación, la desigual topografía de la Casa de Campo y de la Ciudad Universitaria, hecha de lomas unidas por pequeñas depresiones locales, se convierte en un mundo de topos; trincheras y caminos cubiertos se cruzan y entrecruzan por todas partes, dando al terreno el aspecto de un trozo de planeta removido por sombríos cataclismos.



El General Miaja, presidente de la Junta de Defensa de Madrid

Por su parte, el General Miaja, que, como vimos, ha asumido el Mando supremo de la defensa de Madrid, trata de asegurar sólidamente un sistema eficaz. Millares y millares de hombres, unos de buen grado, otros obligados por la coacción, cavan trincheras, fortifican edificios, levantan

barricadas de piedra granítica, abren aspilleras, organizan nidos de hormigón, construyen parapetos, planean casamatas y barrean pasos, sin que en la tarea se omita ningún medio, ni se olviden las exigencias de la técnica militar. Es fácil advertir un cambio importante en los métodos rojos de fortificación. La manera de situar las ametralladoras, el cruzamiento de los fuegos, la dirección de tiro, la colocación de las tropas, la ordenación general del dispositivo y la utilización de toda clase de armas, han abandonado ya aquella ingenuidad, o mejor dicho, aquella torpeza que caracterizaba la resistencia de los milicianos entre los valles de Extremadura y los barrios de Madrid. Es indudable que se han incorporado al Ejército rojo mandos más avisados; de una parte, porque algunos oficiales españoles de reconocida capacidad prestan resueltamente sus servicios al Frente Popular; de otra, porque aparecen a la cabeza de distintas unidades y de ciertos servicios no pocos militares extranjeros, conocedores del arte de la guerra. Así, por ejemplo, el teniente coronel Rojo acentúa su valimiento en el Ministerio de la Guerra; y el húngaro soviético General Kleber asume la responsabilidad de la maniobra en las vanguardias de Madrid; todo ello bajo la inspiración oficial de Miaja, el cual es movido e inspirado a su vez —según se dice— por el General ruso Gorief y por los oficiales que éste ha traído de su país.

Los efectivos con que Miaja cuenta son muy importantes; triplican las posibilidades del Cuerpo de Ejército atacante. Unos cuantos millares de combatientes extranjeros, dotados de un número de armas automáticas que podemos calificar de desproporcionado, ocupan las líneas de contacto con los nacionales; pero la acción de estas fuerzas no se limita a su propia eficacia directa, sino que sirven perfectamente para elevar la moral de las unidades milicianas, muy venida a menos durante las semanas de la retirada reciente. Al ver a aquellos hombres reclutados en todo el mundo —algo así como una Legión extranjera comunista—, que marchan al combate con denuedo y fe, los milicianos reaccionan y vuelven a considerar posible la victoria de su causa. Por este tiempo descuellan con personalidad propia ciertas unidades de choque que reciben el nombre de sus jefes (Lister, Modesto, «El Campesino») y están llamadas a dar un positivo rendimiento a lo largo de toda la campaña. En las primeras semanas de enero de 1937, Lister ocupa el sector izquierdo rojo, en la zona del pueblo de Villaverde; a su lado se alinean Batallones internacionales; y en medio de éstos, otros Batallones de milicianos que el Mando quiere foguear cumplidamente bajo las balas nacionales.

El examen de los hechos nos permite hoy afirmar —según queda dicho— que el año 1937 se inició para el General Franco y para la Causa nacional en condiciones de muy alarmante inferioridad material. No tuvo España noción clara de esta realidad, y para los fines del Alzamiento fue gran cosa que no la tuviera; pero es evidente que después de sus aplastantes derrotas del 36, los rojos tenían —en enero del 37— más hombres, más unidades, más armamento y mayores posibilidades inmediatas que el Ejército de Franco. Sólo en tres aspectos les superaba el Caudillo; en la moral, en la técnica y en la decisión. Si el adversario hubiera sido más decidido, su técnica más exacta y su moral más limpia y fuerte, ¿cómo sostener las líneas alcanzadas por el General Varela en la Ciudad Universitaria, ni cómo resistir en aquella precaria situación táctica que dejó irremediablemente indefensos los flancos del ataque —sobre todo el izquierdo— y débilmente organizadas las líneas centrales? Dicho de otro modo; procedía que los rojos, luego de resolver bastante favorablemente para ellos la batalla defensiva de Madrid durante los meses de noviembre y diciembre de 1936, hubiesen atacado a fondo, empleando todos los medios de que disponían, cayendo con 30 ó 40.000 hombres en la dirección de los dos flancos nacionales, con lo cual tenían ocasión de aspirar a una considerable victoria, dado que el Ejército de Varela llegaba a las puertas de la capital muy fatigado y con las líneas debilitadas por la gran extensión que iban alcanzando.

No hay duda de que el coste de la contraofensiva tenía que ser muy elevado y el precio de sangre muy alto, pero la guerra exige ese género de sacrificios cuando brinda ocasiones excepcionales de decidir el rumbo de las batallas. Es el caso que no se produjo el contraataque general sino al cabo de varias semanas, o sea cuando las rectificaciones del frente daban mucha mayor seguridad a las líneas nacionales y la observación permitía disponer los fuegos con la máxima eficacia. Así, lo que pudo ser un éxito local de la República se convirtió en un desastre. En lides de amor, de guerra y de política, el pecado de llegar tarde se paga siempre muy caro. Por lo que se refiere a la guerra, Waterloo es una lección inmortal.

Operaciones para proteger el flanco izquierdo nacional y para dominar la carretera entre Madrid y el Escorial

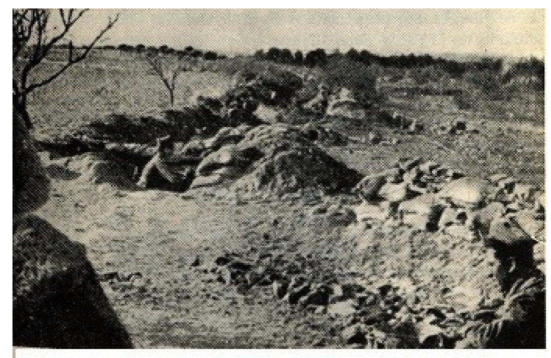
El lector tiene a la vista el capítulo en que se dejan explicados el carácter del golpe de mano llevado a efecto por el General Varela sobre

Madrid y la forma de afilada cuña —tácticamente difícil de comprender— que adoptó el frente. Esa cuña, clavada en el costado de Madrid, ofrecía para los atacantes peligros inminentes y extraordinarios. Las comunicaciones que unían la extrema vanguardia con la retaguardia inmediata eran tan débiles que, no ya una contraofensiva de gran estilo, sino un simple golpe local podía cortarlas perfectamente. Sólo una moral que sin exageración alguna podemos calificar de prodigiosa habría de sostener el frente en tales circunstancias. Probablemente, una de las características más definidas del Ejército español —a condición de tener buenos mandos subalternos— reside en la capacidad de mantener una moral perfecta frente a una maniobra de envolvimiento, o frente al envolvimiento ya producido. En los demás Ejércitos, aun en aquellos de primerísimo orden que han pasado a la Historia cargados de gloria y de laureles, la moral tiende a quebrarse ante el peligro de cerco o de maniobra enemiga sobre la retaguardia: los mismos soldados que se baten maravillosamente cuando tienen la seguridad de que sus comunicaciones con la retaguardia están libres de amenaza, se inquietan y desmoralizan en cuanto oyen tiros a su espalda; en la psicología del soldado español, tales efectos, si se producen, suelen presentarse mucho más atenuados y frecuentísimamente ni siquiera aparecen. Semejante reacción de serenidad ante el mayor de los peligros de una operación militar sólo exige una condición: que el mando local sea resuelto y enérgico. En nuestra guerra de Africa hay docenas de casos que comprueban la exactitud de la observación apuntada; entre otros, recordaremos el triunfo obtenido por el comandante don Francisco Franco Bahamonde con motivo de la ocupación de Atlaten, posición clave para el dominio del monte Gurugú. A lo largo de la guerra actual, los episodios de esta naturaleza suman centenares; por ejemplo, cabe citar la defensa de la cabeza de puente de Serós (sobre el río Segre) o la resistencia en la cota dominante de la cabeza de puente de Balaguer. «La fabulosa serenidad —he oído decir al General italiano Gámbara— con que los soldados españoles continúan batiéndose en una posición completamente aislada y cercada, me ha producido siempre asombro».

Este era el caso de la cuña lanzada por las tropas nacionales hacia la Ciudad Universitaria de Madrid al través de la Casa de Campo. Baste apuntar que en determinados puntos, la distancia entre el inmediato flanco derecho y el inmediato flanco izquierdo era no más que de unos cuantos metros. El lector me permitirá que recuerde lo que insinué en una de mis impresiones del frente de Madrid; el trazado del frente en la Ciudad

Universitaria se parecía al de una raqueta de *tennis*, irregular y quebrada, cuyo mango o puño representaba la única línea de comunicación con la retaguardia.

Pero en los primeros tiempos —a los que se refiere este capítulo— la gravedad de la situación táctica era aún mucho mayor, porque el peligro no se cernía solamente sobre un punto de la línea, sino que se extendía a la totalidad del flanco izquierdo, comprometidísimo ante la posibilidad de un ataque general por parte de las tropas rojas.



Trincheras nacionales en Aravaca

Ese flanco izquierdo quedó ligeramente mejorado el día 16 de diciembre de 1936, cuando el coronel Yagüe tomó el pueblo de Boadilla del Monte; con todo, la situación continuaba siendo muy delicada y exigía resoluciones urgentes. Estas fueron adoptadas en los últimos días de diciembre y puestas en ejecución a partir del 3 de enero de 1937.

Previamente se ordenó una basculación de fuerzas de choque desde el flanco derecho y desde el centro hacia el flanco izquierdo, donde quedaron convenientemente concentradas las unidades que habían de proceder a una amplia rectificación del frente. El General García Escámez, trasladado desde las montañas de Somosierra a los sectores inmediatos a Madrid, se unía a los jefes que ya desde el Sur habían venido mandando las tropas de Africa y recibía el encargo de atacar en dirección de los pueblos de Aravaca y Pozuelo, mientras otras fuerzas describirían un ancho movimiento para adelantar el ala izquierda hasta Las Rozas, cruce de las carreteras que se dirigen hacia El Escorial y hacia los puertos centrales de la Sierra del Guadarrama. Al iniciarse la maniobra tropezaba el General Orgaz con un grave inconveniente: el de la ausencia de sorpresa. Ya en las semanas finales del año 1936, elementos de extrema vanguardia habían intentado apoderarse del pueblo de Pozuelo y llegaron a poner pie en sus calles; pero tomados bajo los efectos de un fuerte contraataque y colocados en una muy notable inferioridad de efectivos, tuvieron que retroceder, abandonando las posiciones transitoriamente

ocupadas. Ahora se trataba de reeditar aquel ataque completándolo con otros que formaban un sistema flanqueante. Los rojos estaban, pues, advertidos, aun cuando ni siquiera necesitaban advertencia concreta, porque la situación del frente decía con suficiente claridad que un día u otro, y en todo caso muy pronto, Franco tendría que operar hacia la carretera de El Escorial, en razón de la disposición de sus líneas, según ha quedado dicho más arriba.

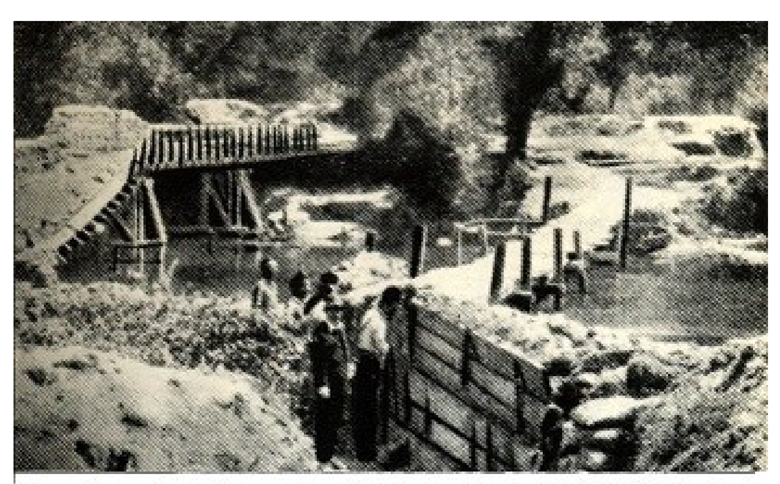
* * *

Las operaciones preliminares —concentración y fijación de bases de partida, aproximación, bombardeo preparatorio, etc., etc.—, se llevaron a cabo en los días finales de diciembre; el día 4 de enero, el asalto de la Infantería, protegida por los carros ligeros italianos, rompía la resistencia roja, que, desde luego, se mostraba tenacísima y sangrienta, y alcanzaba los pueblos de Villanueva del Pardillo, las primeras casas de Las Rozas, el cruce de la carretera de La Coruña y El Escorial, la edificación conocida con el nombre de «Bar Anita», la Casa Mahou y el pueblo de Majadahonda. En el frente de ataque —de unos 12 kilómetros de extensión — las tropas del extremo flanco izquierdo habían progresado notablemente y alcanzado todos los objetivos; automáticamente, la posición táctica nacional mejoraba en proporciones considerables; pero los ataques al centro de la línea tropezaban con una encarnizada defensa enemiga y se cerraba el paso a los reiterados asaltos de una Infantería magnífica. Los nombres de Asensio, García Escámez, Iruretagoyena, Barrón, Buruaga y otros, se ilustraron nuevamente en acciones que exigieron una resolución implacable, porque el fuego rojo se mostraba activísimo y la organización de las trincheras dispuestas contra el ataque nacional era excelente.

Hasta el día 5 no fue posible cruzar el bosque de pinos que se alza junto al pueblo de EL Plantío, ni ocupar esta localidad. La carretera de El Escorial quedaba ampliamente cortada en varios puntos; pero si no se llevaba a buen término la operación contra los pueblos de Aravaca y Pozuelo, todos los resultados obtenidos en el flanco izquierdo podrían venirse abajo estrepitosamente. Amparados los rojos en las casas de estos dos pueblos, defendían el terreno palmo a palmo, abriendo en las unidades atacantes hondas brechas. Mediante una embestida que parecía desesperada, las vanguardias de García Escámez llegaron en Pozuelo a la Estación del ferrocarril, pero les fue imposible seguir adelante. Así, pues, el día 6 de enero, la línea conseguida (de derecha a izquierda) estaba

jalonada por la mencionada Estación, el pueblo del Plantío, el kilómetro 13 de la carretera de La Coruña a Madrid y las primeras casas de Las Rozas.

El día 7, por fin, cae el pueblo de Pozuelo, no sin que García Escámez se viera obligado a ordenar varios asaltos a pecho descubierto, bajo un fuego mortífero que produjo importantes bajas en las filas nacionales. Con Pozuelo cae también el pueblo de Húmera. Poco a poco, todas las comunicaciones del flanco derecho rojo van pasando a manos de Franco. Kleber, que ha instalado su puesto de mando en el Club de Golf de Puerta de Hierro, manda concentrar una Brigada internacional completa y el Batallón de «El Campesino» en el pueblo de Aravaca; y da la consigna de defenderlo hasta la muerte. En efecto, cuando el ataque se orienta hacia esta pequeña y risueña localidad cercana a Madrid, choca con una resistencia durísima; García Escámez tiene que emplear hasta sus últimas reservas para romper la línea y sólo el día 8 puede comunicar al General Orgaz que en Aravaca ondea la bandera nacional. Los dos pueblos —Pozuelo y Aravaca— han pasado a ser un montón de ruinas y un inmenso cementerio. Apenas queda un muro en pie; en las trincheras y en las calles, montones de cadáveres dan señal de la violencia de los combates. La artillería de la «División reforzada de Madrid» ha disparado centenares de proyectiles, los carros legionarios han tenido que llegar hasta la retaguardia roja, y la aviación de Franco, apoyada por los aparatos legionarios y por la «Legión Cóndor», no han cesado de sembrar metralla sobre el sistema defensa enemiga. Ya han pasado en el campo rojo los tiempos de las retiradas fáciles y de las angustiosas huidas. La moral de los defensores de Madrid en el combate no tiene nada que ver con la de los milicianos de Talavera, de Maqueda o de Toledo.



Pasarela por la que las tropas nacionales pasaban a la Ciudad Universitaria

Perdida la carretera de Madrid a El Escorial hasta el cruce de Las Rozas, los rojos tiene que abandonar todos los pueblos que la jalonan, así como las posiciones que dominan la Casa de Campo (Cuesta de las Perdices y Cerro del Aguila), dejando en poder de los nacionales carreteras como las de Húmera, Majadahonda y Antigua de Castilla; y retiran sus líneas al monte de El Pardo, donde quedan los elementos avanzados del frente defensivo, que tiene su gran apoyatura y su sistema de resistencia principal en la orilla izquierda del río Manzanares. Cruenta ha sido la operación nacional, y costosa, pero ya pueden vivir menos amenazados los defensores de la Casa de Campo y de la Ciudad Universitaria, porque el temido ataque por su flanco izquierdo no puede producirse en condiciones tan adversas para ellos como lo hacían temer las circunstancias anteriores. Si los rojos se en esa zona, están gravemente expuestos a un contraflanqueo fácil de organizar, dadas las posiciones que en la reciente operación han perdido. Así termina este ciclo inicial del mes de enero. En un frente de menos de 20 kilómetros se han encontrado las mejores fuerzas nacionales con las mejores unidades rojas; el resultado no tiene carácter decisivo, pero al través de los combates, los nacionales han demostrado una innegable superioridad, porque a la postre, son los dueños del campo y al final del choque ocupan las posiciones que días atrás dominaban los marxistas. En cuanto a las bajas, a pesar de encontrarse los defensores en nidos y parapetos preparados de antemano y verse los atacantes obligados a luchar en campo abierto, prescindiendo muchas veces hasta de las protecciones más elementales, resulta que el Ejército formado por las Brigadas internacionales y por los Batallones de milicianos ha sufrido mayores quebrantos —según informaciones de Madrid—, lo cual acredita que el tiro de la artillería de Franco supera técnicamente al de las baterías de Kleber y Miaja.

Contraataques tácticos

El Ejército de la República acusa el golpe de la carretera de El Escorial. El día 8 de enero, a la misma hora en que las vanguardias del General García Escámez están entrando en Aravaca, uno de los Batallones que manda el miliciano Lister se lanza al ataque en el barrio llamado «El Basurero», situado al Sur de Madrid, sin duda con la intención de producir inquietud en el centro y en el flanco derecho de la línea sitiadora. Pero los efectivos empeñados en la acción son demasiado cortos para que puedan lograr lo que pretenden, y basta con que los destacamentos avanzados del

teniente coronel Tella conserven su sangre fría para que la intentona se frustre apenas iniciada.

Los días 9, 10 y 11 de enero, Kleber, después de una larga conferencia con el General Miaja, reitera la orden de contraatacar por todas partes, y el nuevo frente nacional se ve sometido a diversas presiones locales, que acusan la presencia de reservas frescas y la pretensión de reconquistar algunas de las posiciones perdidas. La artillería de Madrid tira con poca fijeza y con escasa intensidad; las ametralladoras, en cambio, se emplean en una especie de fuego de preparación incomprensible; a la hora de la Infantería, las primeras oleadas se muestran muy acometedoras, pero apenas caen víctimas del fuego de contención, el brío del ataque se va apagando y muere sin rozar siquiera las alambradas nacionales.

El Mando de Madrid ve que en torno a la capital se levanta una densa cortina de niebla. Durante toda una semana, el horizonte inmediato está cubierto. Es una magnífica ocasión para los golpes de mano y para las pequeñas rectificaciones; pero Kleber no se decide a operar, y fuera del difuso fuego artillero y de las ciegas ráfagas de ametralladora que apenas producen inquietud en la vida de los parapetos, las nieblas suponen un descanso, un alto confortador, sin que el nuevo dispositivo trazado tras los combates de la carretera de La Coruña sufra ni siquiera modificaciones milimétricas.

Sólo el día 20 de enero se deciden los rojos a una operación más activa y fuerte. Valiéndose de algunas confidencias oportunas, reúnen 8 ó 10.000 hombres en la zona del pueblo de Villaverde y al amparo de las sombras nocturnas se acercan a la posición nacional del Cerro de los Angeles (llamado en Madrid, según denominación comunista, «Cerro Rojo”). Van delante 15 tanques de fabricación rusa, armados de cañón, y la Infantería sigue a breve distancia. La guarnición del Cerro es muy corta y no está advertida. A las dos de la madrugada, la irrupción de los atacantes logra un éxito muy limitado en cuanto al espacio y al tiempo; pronto acuden las reservas cercanas —no superiores a dos Batallones— y todo el triunfo se evapora. El Cerro es rápidamente rescatado.

El día 24, el flanco derecho nacional recibe orden de moverse cautamente. Apunta en ese instante la amenaza contra las comunicaciones entre Madrid y Valencia. Por los llanos próximos al río Jarama y por los sectores más ligados al frente de Aranjuez, varios Batallones adelantan sus posiciones, a fin de preparar bases de partida para el desarrollo de maniobras ulteriores. Un destacamento salido del pueblo de Seseña ocupa la red de posiciones de la Cuesta de la Reina, colgadas sobre el valle del

Tajo y adelanta las baterías para batir los atrincheramientos enemigos. Se organiza de ese modo el movimiento general de los combates que más tarde se llevarán a cabo sobre los ríos Jarama y Tajuña; por el momento, ese movimiento es muy restringido y va encaminado a lograr una mejor disposición de la línea para lanzarla en el instante oportuno contra las defensas rojas del flanco derecho. El Mando nacional observa, no sin contrariedad, que nuevas Brigadas internacionales hacen su aparición en el mencionado flanco; acusan los rojos una gran disponibilidad de elementos extranjeros. En cuanto al armamento, un documento recogido en las primeras líneas demuestra que el número de ametralladoras del Frente Popular es tres veces mayor que el de las unidades del General Orgaz. Los combates de la Cuesta de la Reina, igual que los de Pozuelo y Aravaca, han demostrado cumplidamente una cosa: que el adversario de Franco ha recobrado su capacidad de resistir y que está dispuesto a vender muy cara la posesión del terreno disputado. El cerco de Madrid va a ofrecer dificultades tan considerables como el ataque de frente; Franco puede modificar perfectamente las condiciones tácticas de sus líneas, pero en cuanto a los resultados decisivos, no hay que hacerse demasiadas ilusiones; se advierte que hacen falta efectivos más importantes y mayor cantidad de material. Por el momento, Miaja se siente satisfecho con la base que le ofrecen las Brigadas internacionales para organizar un Ejército defensivo. La guerra de trincheras, con su obligada estabilización, le permitirá incorporar nuevas unidades y esperar la llegada de elementos copiosos. Esa guerra de trincheras que para un Ejército atacante, ofensivo y victorioso, como el de Franco, resulta sobremanera fatigosa y deprimente, adquiere significaciones de relativa victoria para una tropa que todavía no ha conocido ni durante un minuto la satisfacción del triunfo. Es natural que en sus alocuciones, el General Miaja respire júbilo y comunique palabras de confianza a sus subordinados. Lo que hasta hace pocas semanas era angustia de inmediata derrota, se ha transformado en un compás de espera y, por consiguiente, en un amplio respiro. Es este el período en que el Ejército de Madrid se entrega a una reorganización profunda, hasta que, pasados dos meses, se crea en condiciones de operar como un instrumento ofensivo de gran poder y alcance.

La guerra en otros frentes

Mientras la lucha se desenvuelve tan cruda y sangrientamente en el sector de Madrid, no descansan los otros frentes alejados de la capital. En

todos ellos, Franco, según sus disponibilidades, organiza operaciones ofensivas con rumbo a objetivos importantes, o refuerza su sistema de resistencia allá donde las circunstancias aconsejan una pura y estricta defensa. Así, por ejemplo, el Sur, propiamente dicho, y el Ejército del Norte, preparan maniobras de gran envergadura que darán como resultado la reconquista de ciudades y provincias para la Causa de Franco. En cambio, las tropas de Aragón y de Asturias, limitadas a defenderse, sostienen violentísimos encuentros locales, sin otra finalidad que la de cerrar el paso al más pequeño intento de victoria roja.

En puertos andaluces han desembarcado nuevos efectivos legionarios que van constituyendo la «Base Sur»; unidades capaces de intervenir en operaciones de propósitos ambiciosos. Queipo de Llano está estudiando, de acuerdo con las instrucciones del Generalísimo, la maniobra que será coronada con la conquista de la ciudad y la provincia de Málaga. Ya vimos cómo los «raids» del General Varela en las primeras semanas del Alzamiento dejaron situadas las posiciones avanzadas en la serranía de Ronda de forma tal que brindaran un apoyo para operar contra Málaga. Queipo de Llano quiere cumplir exacta y rápidamente las indicaciones de Franco; y aunque sus tropas disponibles no son numerosas, ni mucho menos, cree que, dada la moral miliciana, le será posible, si sorprende al enemigo, rodear las defensas de Málaga de manera que esta ciudad tenga que ser abandonada por las milicias adversarias.



Simulacro de fusilamiento del Sagrado Corazón en el Cerro de los Angeles por las milicias rojas

En Aragón, lo más importante es el ánimo y la técnica excelente con que sigue defendiéndose la ciudad de Huesca, sitiada a distancias que en ocasiones quedan reducidas a un kilómetro o kilómetro y medio del enemigo. Cien veces han creído las milicias catalanas que iba a serles sencillísimo entrar en Huesca, y otras tantas han tenido que conformarse con un asomo a las calles de las afueras, sin que les fuera posible avanzar por ellas hasta el centro de la capital altoaragonesa. El resto del frente de Aragón se sostiene sin modificaciones esenciales. A lo largo de más de 600 kilómetros de líneas discontinuas, los adversarios se contemplan frenéticos incapaces los atacantes de profundizar en sus intentos, y resueltos los atacados a no dejar las posiciones sino cuando les falte la vida. Los Batallones que los rojos envían desde Valencia contra Teruel muestran actividad incesante, pero muy poco enérgica; cada vez que pretenden asaltar un sector de trinchera o un grupo de parapetos se repliegan al verse sometidos al fuego de unas cuantas ametralladoras. Por lo que hace a Zaragoza, el frente anarcomarxista ha quedado estabilizado a menos de 20 kilómetros de la ciudad, pero de allí no se mueve, pese a estar todos los observatorios principales en poder de los rojos. Desde luego, las disponibilidades de artillería roja son muy pequeñas y no se advierte que el Gobierno de Cataluña envíe nuevas baterías. El Mando nacional no tiene allí apenas nada; ni aviación, ni artillería en cantidad suficiente, ni el

número de ametralladoras indispensable, ni efectivos en cantidad bastante para cubrir los sectores más amenazados; con gran esfuerzo ha conseguido organizar una columna móvil de unos 3.000 hombres que van de un lado para otro y se ven obligados a intervenir en los combates difíciles. A título de resumen, podemos afirmar que el Ejército rojo de Cataluña da señales de escasa actividad, lo cual parece atribuible a la falta de mandos subalternos y a la incoherencia política que reina en las diversas unidades desplegadas a lo largo del frente.

* * *

Por lo que se refiere a la guerra en Asturias, las formaciones de mineros, aun cuando ya no anuncian aquellas victorias que debían iniciarse con la conquista de Oviedo, continúan ejerciendo fuerte presión sobre las líneas de comunicación que Aranda tiene apoyadas en posiciones convenientes, pero no tan desahogadas y amplias que dejen de producir inquietudes frecuentes en la vigilancia del General defensor. Los golpes de mano se suceden constantemente, sin que la situación varíe. Al puerto de Gijón han llegado varios barcos mercantes cargados de armamento moderno, especialmente artillería; y se adivina en los movimientos rojos el propósito de organizar una ofensiva de consideración; los preparativos son lentos; la decisión insuficiente; sin embargo, Franco envía refuerzos al General Aranda y se toman las precauciones indispensables para que el triunfo moral y material de la liberación de Oviedo no se malogre. Desde el 21 al 26 de febrero, los mineros lanzan un ataque violentísimo contra las comunicaciones entre Oviedo y Grado. Su fracaso es sangriento.


El general Aranda en el frente de Oviedo

* * *

Es en el Ejército del Norte donde la actividad organizadora de los nacionales ofrece particularidades más interesantes. En varias ocasiones, los Generales Mola y Vigón han cambiado impresiones con el Generalísimo acerca de la utilidad de una ofensiva que tuviera como finalidad de reconquista de las provincias dominadas por los rojos en la orla cantábrica: Vizcaya, Santander y Asturias. Franco acepta el plan, en principio, pero quiere ir a él con los elementos necesarios para asegurar el triunfo. El Gobierno particularista de Bilbao, nacido de la concesión del Estatuto autonómico a los nacionalistas vascos, se da prisa en la organización de un Ejército regional. Tiene a mano hombres en gran número y de calidad magnífica. Aunque originariamente había en Vizcaya muy poco armamento, la poderosa industria vizcaína ha colmado muchos vacíos y su actividad se acrecienta de semana en semana. Desde los puerros atlánticos de Europa le llegan, con cierta regularidad, envíos de cañones y de ametralladoras; Méjico manda fusiles; Valencia, unos cuantos aviones de bombardeo y varias escuadrillas de caza. El armamento del Ejército vasco, reunido en aluvión, ofrece el inconveniente de una gran diversidad de calibres, y aunque la industria de Bilbao trata de atenuar ese mal, no lo consigue por falta de instalaciones adecuadas y del utillaje indispensable para tal fin.

Después del fallido intento de Villarreal, parece que los nacionalistas vascos y sus aliados, los comunistas, han renunciado a todo propósito ofensivo de gran alcance; y aunque menudean por su parte los ataques locales, ninguno de ellos indica la existencia de un plan general con objetivos importantes. El General Llano de la Encomienda, enviado por el Gobierno del Frente Popular como jefe supremo de las tropas separatistas y marxistas, va perdiendo prestigio entre los suyos, porque el fiasco de Villarreal se atribuye a su incapacidad para disponer y mandar la maniobra.

Ha resuelto el Gobierno bilbaíno atenerse principalmente a los métodos defensivos; dispone para ello de posiciones admirables; una buena fortificación hará que parezcan inexpugnables.



Fuerzas de las Brigadas Navarras en marcha

Las líneas del frente vasco son dos; o mejor dicho, son dos los sistemas. Uno de ellos (el que mantiene contacto con el Ejército nacional del Norte), se apoya en la fortísima cadena de montañas que se alza sobre el valle del río Deva. Desde el mar (cercanías de Ondárroa), las trincheras separatistas se elevan hasta las adustas cimas del monte Calamúa, siguen por las cumbres que dominan Elgóibar, van a fortalecerse decisivamente en la serie de los Picos de Elgueta (conocidos comúnmente por el nombre de «los Inchortas») y mantienen todas las posiciones dominantes a lo largo de la estrecha garganta y paso de Escoriaza y Salinas, por donde se sale finalmente a la llanura alavesa en la zona de Ulibarri-Gamboa y de Villarreal; allí están, en poder de los rojos vizcaínos, los montes de Amboto, Jarinto, Albertia y varios más, así como el pueblo de Ochandiano, cuya posesión fue disputadísima en nuestras guerras civiles del siglo XIX, porque asegura el dominio de las rutas que unen la submeseta de Vitoria con los valles agrícolas y marítimos de Vizcaya. Una vez pasado el nudo de caminos de Villarreal, el frente defensivo se alarga, siempre sostenido por eminencias montañosas de gran importancia, como la mole del Gorbea, y va a doblarse nuevamente hacia la costa por el sector de Orduña, para unirse en el valle de Mena a las unidades del frente de Santander.

Las posiciones nacionales se encuentran completamente dominadas en todas partes, salvo en los alrededores de Orduña. Particularmente incómoda es la situación del Ejército del Norte en el sector de Vergara y Mondragón. Allí, las piezas de artillería colocadas por Llano de la Encomienda tienen bajo su fuego no solamente las trincheras de enfrente, sino las bases de aprovisionamiento inmediato y los lugares de concentración de fuerzas.

Terminado el episodio de Villarreal —que hemos relatado en otro lugar de esta crónica—, el Mando supremo nacional procedió a una reorganización del Ejército que operaba en las provincias septentrionales.

Las columnas que iniciaron operaciones de guerra en Navarra, aquellas que fueron a la conquista de Irún y de San Sebastián, y que eran conocidas por el nombre genérico de «columnas de Navarra», pasaron a ser «las columnas de Navarra y Guipúzcoa», una vez que la segunda de estas dos provincias citadas entró a formar parte de la España de Franco. Recuérdese que en su avance por tierras guipuzcoanas se hizo alto en la línea estratégica del Deva, pues aun cuando hubo quien creyó que era fácil continuar la marcha hasta Bilbao, la verdad es que el General Mola no disponía ni siquiera de cartuchería de fusil para proseguir su maniobra. Las circunstancias le obligaron a detenerse; la penuria de elementos le ordenó una pausa irremediable. Mandaba estas columnas el General Solchaga, bajo las órdenes superiores de Mola. Durante los primeros meses, el frente de Guipúzcoa fue, militar y administrativamente, autónomo respecto del de Alava, que dependía directamente de Vitoria. Cuando se produjo el ataque rojo en Villarreal y Vitoria pasó momentos de grave peligro, se resolvió unir los dos frentes bajo un solo sistema, y para ello se ordenó la transformación de las columnas de Navarra y Guipúzcoa en las «Brigadas de Navarra». Así nació un conjunto de unidades que durante toda la guerra se cubrieron de gloria y han quedado inscritas con letras de oro en la Historia de España.

* * *

Todas las Brigadas de Navarra no tuvieron, inicialmente, los mismos efectivos. Alguna de ellas comenzó a actuar, en efecto, con un número de Batallones sólo ligeramente superior al que exige normalmente una Brigada; las demás fueron, desde el primer día, verdaderas Divisiones; si no recibieron inmediatamente este nombre fue porque, dependiendo a muchos efectos de la Sexta División (Burgos), no podía ésta ejercer jurisdicción sobre otras Divisiones, y así se les denominó Brigadas a fin de obviar una dificultad en la nomenclatura administrativa. Cuando la Sexta División pasó a ser el Sexto Cuerpo de Ejército, las Brigadas de Navarra recibieron el nombre de Divisiones.

Durante los meses de enero, febrero y marzo de 1937, la actividad en el frente Norte fue intensísima por parte de los nacionales. Pese a los temporales de lluvias, el tráfico y tránsito de fuerzas y de material de guerra no cesaron un instante. Bien lo advertían los rojos desde sus observatorios, y para inquietar el movimiento de tropas enemigas dio Llano de la Encomienda la orden de mantener las posiciones avanzadas en constante situación de hostigamiento mediante infiltraciones locales y

golpes repetidos que obligaban al Mando nacional a una vigilancia y a un cuidado extraordinarios. Los sectores en que esos golpes de mano se producían con mayor frecuencia eran los del monte Calamúa y los de las elevaciones de Pagomendi. La técnica del combate había mejorado, sin duda, entre las unidades separatistas y marxistas, pero sus intentos carecían de profundidad. También ensayaron algunos fuertes reconocimientos en el sector de Villarreal; mas nada consiguieron, porque después de la operación llevada a cabo por el coronel Alonso Vega el día 21 de diciembre, las posiciones nacionales se hallaban en condiciones de especial firmeza delante de la llanura de Vitoria.

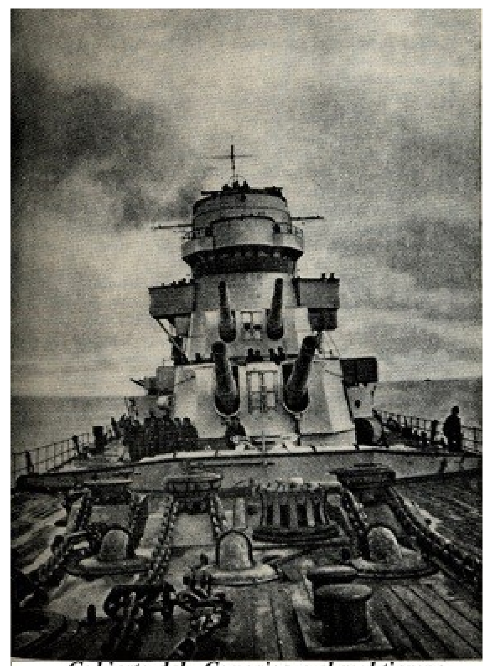
En marzo de 1937 aparecen ya organizadas las cuatro primeras Brigadas navarras; el mando de la primera, ejercido al principio por el coronel Los Arcos, pasa al teniente coronel García Valiño cuando Los Arcos es destinado al frente de las Sierras centrales; el de la segunda lo ostenta el coronel Cayuela, hasta que después de la toma de Bilbao le sucedió en ese puesto el teniente coronel Muñoz Grandes, evadido de Madrid. Se encomienda la jefatura de la tercera al teniente coronel Latorre, que también cederá más tarde ese mando al teniente coronel Muñoz Grandes; crea y manda la cuarta Brigada el coronel Alonso Vega; cuando llegue el instante de organizar la quinta será destinado a ella el teniente coronel Bautista Sánchez, y de la sexta se encargará el teniente coronel Bartomeu hasta que, herido en Vizcaya, le sustituye el teniente coronel Avriat y a éste el teniente coronel Tella.

¿Qué se prepara en el frente Norte? ¿Va a intentarse la desaparición del enclave rojo sobre la orilla cantábrica?

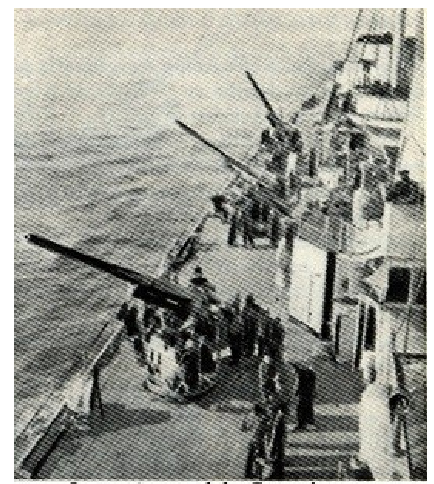
El General Solchaga se ha instalado en Vitoria. Se rodea de colaboradores muy distinguidos; su Estado Mayor, dirigido por el coronel Vigón —gran figura militar— se entrega a un estudio minucioso del terreno y a la organización de un sistema de informaciones que permite seguir día a día la evolución de la fuerza militar roja en Vizcaya.


Los coroneles Vigón y Alonso Vega en el frente vasco

Franco sigue retenido por las operaciones del frente de Madrid. Y además, a mediados del mes de enero ordena al General Queipo de Llano, Comandante en jefe del Ejército del Sur, que inicie la maniobra hacia Málaga; se anunciaba ya como segura la caída de esta ciudad y de toda su provincia, sujeta desde el día del Alzamiento al dominio rojo. Las miradas españolas, y las de todo el mundo, que seguía con ansiedad el desarrollo de la guerra de España, se habían vuelto hacia los horizontes mediterráneos. Obligado el Gobierno de Valencia a aceptar la batalla en Málaga, sacó del frente de Madrid al General Kleber y del frente de Aragón al coronel Villalba. La consigna del Frente Popular era la de resistir a toda costa para frustrar los planes de Queipo de Llano. Este se había instalado a bordo del crucero «Canarias», y el día 9 dio orden de que con las primeras luces del siguiente amanecer comenzara la maniobra en la costa y se atacara a fondo, tomando como eje de marcha la carretera de Algeciras a Málaga. La suerte está echada en el Sur. Veamos cómo se desarrollaron los acontecimientos.


Cubierta del «Canarias»: el mal tiempo acompaña a las operaciones»


El general Queipo de Llano, con su jefe de Estado Mayor y los almiranes Bastarreche y Moreno a bordo del «Canarias»


Los cañones del «Canarias» se preparan para entrar en acción contra la costa malagueña

CAPÍTULO II

LA BATALLA DE MÁLAGA. – LAS OPERACIONES DEL CERCO DE MADRID SE TRASLADAN AL ALA DERECHA. – REACCIÓN ROJA EN ASTURIAS

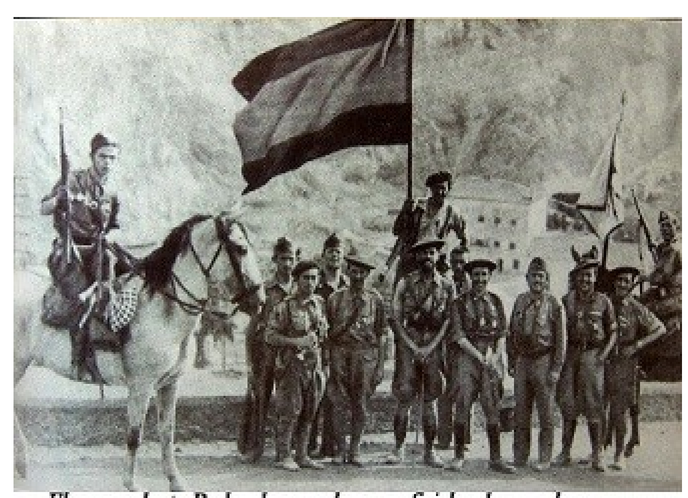
El General Queipo de Llano pone en marcha su plan de ofensiva. — Todas las posiciones de la costa malagueña caen rápidamente en su poder. Primera gran colaboración de las unidades legionarias italianas. Atacadas por el Oeste, Noroeste, Norte y Nordeste, la ciudad de Málaga y toda su provincia caen en poder de las tropas nacionales. Los rojos se repliegan en dirección de Almería y el frente queda fijado en las cercanías de Motril. — Importancia psicológica y militar de esta victoria de Franco.

Toda la campaña del Sur, durante los meses de guerra del año 1936, había sido una sucesión de éxitos para el General Queipo de Llano y para sus lugartenientes. Desde la inolvidable audacia que le dio la posesión de Sevilla y Huelva, hasta la gran defensa de Córdoba, rematada por el contraataque que mandó el General Varela y alejó a los rojos de la mencionada ciudad andaluza, todo, sin olvidar las incursiones por pueblos y campiñas, y sin dejar a un lado la conquista del valle del Genil, con la lógica consolidación de las comunicaciones entre Sevilla y Granada, fue triunfo para el Jefe del Ejército del Sur.

En dos ocasiones distintas hemos aludido ya a la importancia que tuvieron las operaciones llevadas a término por el General Varela en la serranía de Ronda, donde sin más elementos que unos destacamentos improvisados, ni más armas que unos fusiles, unas cuantas bombas de mano y algunas ametralladoras, consiguió el citado General situar sus parapetos en lugares muy defendibles, al amparo de los cuales habría de organizarse, cuando llegase la hora propicia, una maniobra de mayor significación, con Málaga por objetivo.

Tranquilo el General Queipo de Llano por lo que a Córdoba se refería, y justificadamente satisfecho por haber añadido a su territorio la cuenca minera de Peñarroya, con algunas sierras cordobesas de considerable importancia militar, volvió la vista hacia el frente de Málaga,

donde los rojos se encontraban bien instalados, eran dueños de un puerto, de una ciudad y de una comarca ricas, y podían aspirar alguna vez a lanzarse sobre el ala derecha de Queipo de Llano, con riesgo evidente para el frente de Granada y para determinados nudos de comunicaciones que los nacionales necesitaban conservar a todo trance.



El comandante Redondo con algunos oficiales de su columna poco después de cnquistar Río Tinto

Resuelto a combatir, decidió a fines de diciembre planear una ofensiva a fondo, para lo cual requirió algunos elementos materiales y organizó nuevas unidades nutridas de voluntarios, de tropas de Africa y de las primeras reclutas meridionales.

La época elegida era admirable, porque mientras en el Norte se anegaban los soldados en verdaderos mares de fango, y en la meseta central menudeaban lluvias y nieves, el clima del sector malagueño, propio de un verdadero paraíso invernal, el sol tibio de los días de enero y febrero, la suave temperatura y la claridad del cielo, deparaban condiciones maravillosas para una breve campaña.

Otra circunstancia aconsejaba la inmediata aplicación de los planes de Queipo de Llano. Desde mediados de diciembre estaban llegando a Cádiz voluntarios italianos, legionarios que venían a incorporarse a nuestro Tercio, y que cuando fueron varios millares formaron unidades completas, mandadas por oficiales también italianos, pero sometidas a la disciplina, al mando y a las consignas de nuestros Cuarteles Generales.

Luca dei Sabelli, citado por el *General Belforte* en su libro sobre la guerra civil de España, escribió en la *Nuova Antología* (febrero de 1938):

«Hacia fines de diciembre de 1936 desembarcó en Cádiz, acogido calurosamente por toda la población, que se había congregado en los muelles, el primer contingente de 3.000 voluntarios italianos. El acontecimiento es de los que

cuentan en la Historia por primera vez desde la época romana, oficiales y legionarios nuestros pasan el Estrecho de Gibraltar y llevan los símbolos de Roma a las orillas del océano. Estos voluntarios italianos iban a España tres meses después de que todos los bajos fondos del subversivismo internacional enviaran a Valencia hombres a sueldo del Komintern para que fueran encuadrados en las Brigadas rojas de Albacete. Al ritmo de 500 hombres cada día que pasaban la frontera de los Pirineos, atropellando el principio de «no intervención», se había venido formando en el corazón de la España roja una masa de 45.000 voluntarios, casi todos residuos de la Gran Guerra, los cuales, instalados en Madrid, luchaban con las avanzadas de Franco, y al cerrarle la entrada en la capital le arrebataban una victoria cierta, que al cabo de cuatro meses hubiese podido poner remate a una de las guerras más atroces que la Historia recuerda»

Cabría matizar las afirmaciones del cronista italiano, en cuanto al flujo de voluntarios comunistas sobre la España republicana. El fenómeno tuvo otros alcances. Pero no insistiremos.

A ese primer contingente de que trata Luca dei Sabelli sigue a los pocos días otro desembarco, también de 3.000 hombres; son, pues, dos Regimientos completos de a tres Batallones, con la proporción normal de ametralladoras, morteros y piezas de campaña. Queda, por consiguiente, formada la primera Brigada de voluntarios italianos. Con otros cuadros y algunos núcleos de legionarios llegados de Roma se crean dos nuevas Brigadas italoespañolas, en las cuales los efectivos suministrados por Franco son muy numerosos y llegarán en algún momento a representar el 85 por 100 de la cifra total de combatientes; las Brigadas aludidas reciben el nombre de «Flechas Negras» y «Flechas Azules».

Era lógico emplear los efectivos del voluntariado italiano cerca de las bases de desembarco, porque la escasez de transportes planteaba problemas de difícil solución inmediata. Por otra parte, la entrada en fuego de los legionarios de Italia no debía aplazarse, al objeto de aprovechar el subido tono moral con que llegaban a España. Los Mandos legionarios —y sobre todo el General Roatta— conocieron con júbilo la noticia de que el Jefe del Ejército del Sur estaba preparando la conquista de Málaga; al punto solicitaron el honor de participar en la operación, y desde ese momento estudiaron los medios de colaboración más eficaces, trabajando a una con el Estado Mayor de Sevilla.

Según todas las informaciones recogidas al través de las declaraciones de los prisioneros y de los que pasaban de las líneas rojas a las nacionales, el Gobierno de Valencia había reforzado considerablemente el frente de Málaga mediante el envío de nuevas unidades, entre las cuales figuraban las conocidas con los nombres de «Batallón Fantasma», «Noy

del Sucre» —en memoria de un famoso anarquista—, «Pi y Margall», «Pablo Iglesias», «Méjico», mas algunos Batallones de la nueva Guardia civil republicana, Carabineros y reclutas socialistas agregados a los Grupos de Asalto. También pasaron de Albacete a Málaga algunos efectivos internacionales recién encuadrados e instruidos. El embajador ruso Rossemberg y el agregado militar, General Gorief, instaron reiteradamente al Presidente del Consejo para que pusiera el máximo empeño en la defensa de Málaga.

Queipo de Llano contaba para esta operación con menos de dos Divisiones, a las que se agregaban ahora las Brigadas de voluntarios italianos.

De acuerdo con los informes del Mando rojo, los efectivos reales que el coronel Villalba pudo poner en línea no llegaron jamás a tres Divisiones, porque aun cuando el total de la masa acumulada se cifraba en 50.000 hombres, no era posible conseguir en muchos casos que marcharan al frente, sino que preferían permanecer en la retaguardia, adscritos a los servicios políticos, que les procuraban más comodidad y les deparaban menos peligros.

Preocupaba al coronel Villalba la escasez de artillería, que, según declaraciones de algunos ayudantes del coronel, ni siquiera bastaba para cubrir la tercera parte de las líneas defensivas. La disciplina dejaba mucho que desear, y a pesar de que las organizaciones comunistas quisieron implantarla a fuerza de terror, se encontraron con la rebeldía de las organizaciones anarquistas, tradicionalmente poderosas en Málaga. Finalmente, los Batallones llegados como refuerzo no eran de los más fogueados; había en ellos muchos elementos incoherentes, mal avenidos con el mando único y con los principios del rigor militar.

Los planes estudiados por Queipo de Llano fueron esencialmente dos: uno que proponía el ataque a fondo desde la zona de Loja y Granada contra el sector de Motril; se trataba en este caso de alcanzar la costa en Motril y dejar así cortadas las comunicaciones de Málaga con Almería, lo cual determinaría el copo de todas las guarniciones rojas del frente malagueño. Se desistió de ponerlo en práctica porque, dada la naturaleza del terreno al norte de Motril (Sierra de Almijara), parecía dudoso el éxito, y de otro lado se exponían los atacantes a quedar encerrados entre dos flanqueos muy peligrosos, uno que partiría del frente granadino y otro del de Málaga, en condiciones favorables para los rojos, situados en posiciones dominantes.

Entonces —y ya contando con la ayuda de los voluntarios italianos— se combinó una operación flanqueante a lo largo de la costa mediterránea, tras la cual llevarían a cabo las Brigadas legionarias una maniobra de sorpresa en las montañas que se elevan delante de Antequera y de Loja. Una vez roto el frente, columnas motorizadas —en determinarlas ocasiones—, y en todo caso elementos muy veloces, profundizarían inmediatamente en el lugar de la acción y caerían sobre Málaga, al norte de la ciudad. En resumen, se trataba de una operación de ala, que va seguida de una ruptura central y de una amenaza de envolvimiento por la izquierda.

Las dificultades eran grandes. «La cadena de Sierra Nevada —dice un militar italiano— cierra un territorio montuoso que baja hacia el mar en dirección de Gibraltar, en contrafuertes separados por valles angostos y sinuosos cauces de torrentes impetuosos». Los rojos habían fortificado los pasos con obras de fábrica y con alambre espinoso.

El frente de Málaga describía un inmenso arco de cerca de 200 kilómetros de recorrido, apoyado en las formidables defensas naturales de las sierras Bermeja, de Ronda, de Torrox, de Abdalagis, El Torcal, Alhama y Almijara. Las estribaciones finales de esta última mueren en Motril; las de la primera, en las cercanías de San Roque y Gibraltar.

Por mala ventura vino a suceder que el tiempo, calculado de antemano como óptimo, dio en complicarse; empezaron a caer lluvias tenaces que convirtieron los caminos en acequias y los valles en lagunatos. Pero como las circunstancias políticas y militares aconsejaban la acción rápida, porque la España nacional necesitaba un éxito resonante, capaz de desviar un poco la universal preocupación de las operaciones de Madrid, decidió el optimismo del General Queipo de Llano poner en marcha sus fuerzas, aun cuando las Brigadas italianas e italoespañolas no estuvieran en condiciones de operar al día siguiente.

Estas Brigadas llegaban muy henchidas de entusiasmo y de combatividad, pero una parte de sus Mandos había sido reclutada entre Jefes de milicias, o sea fuera del ámbito profesional de los cuadros regulares del Ejército; lo mismo acontecía con los soldados voluntarios. El transporte del material, llevado a término apresuradamente, planteaba de pronto problemas técnicos de considerable importancia, y, en fin, un gran número de deficiencias exigía fuerte consumo de tiempo para encontrar el adecuado remedio y aplicarlo oportunamente.

«En el Mediterráneo —dice el *General Belforte*— se había desatado una

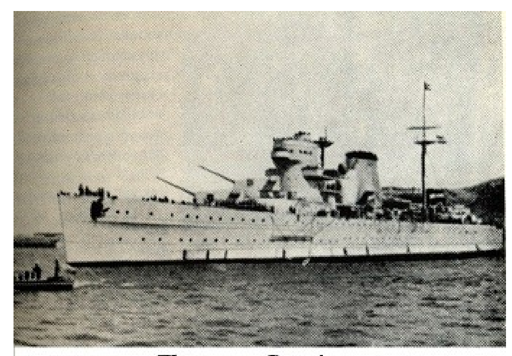
tremenda tempestad, por lo cual muchos autocarros, estibados en los barcos, habían chocado entre sí, determinando averías graves en las partes vitales de los mismos. Los conductores eran inexpertos; muchísimos contaban apenas siete días de instrucción, de tal modo que en la marcha de traslado de Cádiz al Parque de Automovilismo de Sevilla. —150 kilómetros—, los incidentes de carretera fueron numerosos, debidos todos ellos a la impericia de los conductores; algunos de ellos ponían, en marcha el autocarro partiendo de la cuarta velocidad. Habían llegado piezas de artillería sin tractores; materiales diversísimos, embalados a la diabla, sin indicación ninguna del contenido.»

Queipo de Llano empezó a operar con sus propias fuerzas, temeroso de perder demasiado tiempo. Instaló su Cuartel General en el crucero «Canarias», mientras el General Roana situaba el puesto de mando de las Brigadas legionarias en una casa de Antequera.

Como circunstancia de gran interés hay que anotar la existencia de una carretera que partiendo de Algeciras va hasta Granada, siguiendo la línea de Jimena, Ronda, Campillos, Archidona y Loja. Esta carretera bordeaba todo el frente de maniobra y servía excelentemente a las bases de partida. Estaba, en general, fuera del alcance del fuego enemigo y daba al General Queipo de Llano facilidades interesantes desde el punto de vista de las comunicaciones.

Los rojos tenían, en cambio, la superioridad que en toda batalla representa la posibilidad de comunicarse por líneas interiores, pero el desorden de su organización no les permitió aprovecharlas debidamente.

El día 10 empezó la marcha del Ejército del Sur por la costa. Se trataba de ir ocupando todos los pueblos marítimos entre Manilva y Málaga. La resistencia roja no fue excepcionalmente enconada, pero sí suficiente para que el avance exigiera cautelas constantes. Las columnas nacionales no podían menos de asegurarse la solidez del flanco izquierdo, porque un avance en punta quedaba expuesto a las reacciones de las fuerzas enemigas situadas en las estribaciones de Sierra Bermeja y de la Sierra de Mijar. El apoyo de los cruceros «Canarias» y «Baleares» fue valiosísimo, porque los cañones de mayor alcance de estas naves permitían batir las líneas rojas de la montaña y dificultar el montaje de posibles contraataques.



El crucero Canarias

El primer éxito del ataque fue la toma de Estepona, seguido el día 15 por la entrada de las vanguardias en el pueblo de San Pedro de Alcántara. La posesión de esta localidad permitía ocupar lomas bastante alejadas del mar y cubrir así el ala izquierda de la marcha, dejando libre la carretera a los elementos motorizados. Gracias a ello, el día 17 se anunció la conquista del risueño pueblo de Marbella, uno de los más atrayentes del Mediterráneo. En una semana, las tropas meridionales de Franco habían marchado sobre una profundidad aproximada de 50 kilómetros. Mas no era éste solamente el resultado militar obtenido, sino que por efecto del rápido despliegue en la costa, el frente rojo creaba un ángulo agudo, un saliente peligroso para los defensores en el sector de Ronda y exponíase francamente a quedar estrangulado. Una serie de ataques encaminados a dominar la zona del Burgo y de Ardales anunció a los atacados ese peligro y les obligó a ceder posiciones avanzadas en que pensaban haberse defendido largamente. Si en ese momento las Brigadas italianas hubiesen podido terminar su concentración, la toma de Málaga se hubiera producido durante la última semana del mes de enero. Pero el General Roana comunicó que sus fuerzas no podrían moverse hasta la primera semana de febrero, con lo cual el Jefe del Ejército del Sur se vio obligado a detener su maniobra por la costa, a fin de no aventurarse con sus Batallones en un ataque demasiado expuesto a los flanqueos enemigos.

Por añadidura, el tiempo siguió mostrándose adverso y dificultó los transportes de tropas y de material.

En los últimos días de enero, las Brigadas legionarias se establecieron a derecha e izquierda del valle del río Genil, sobre el cuadrilátero Osuna-Montilla-Cabra-Antequera.

Las fuerzas voluntarias que debían apoyar en las zonas serranas el avance de los Batallones de la costa —mandados por el coronel Borbón, duque de Sevilla—, estaban constituidas por los elementos siguientes:

Tres Regimientos de la Primera Brigada de Voluntarios.

Un Regimiento de la Primera Brigada Mixta.

Un Regimiento de la Segunda Brigada Mixta.

Dos Compañías de carros.

Una Compañía de motoametralladoras.

Una Compañía de automóviles blindados.

Un Grupo de artillería de 14,90.

Dos baterías de 10,5.

Dos baterías de 100/17.

Una batería de 7,5.

Dos baterías de 20 mm.

A esto se añadían, como es natural, los correspondientes servicios de Ingenieros, Intendencia y Sanidad.

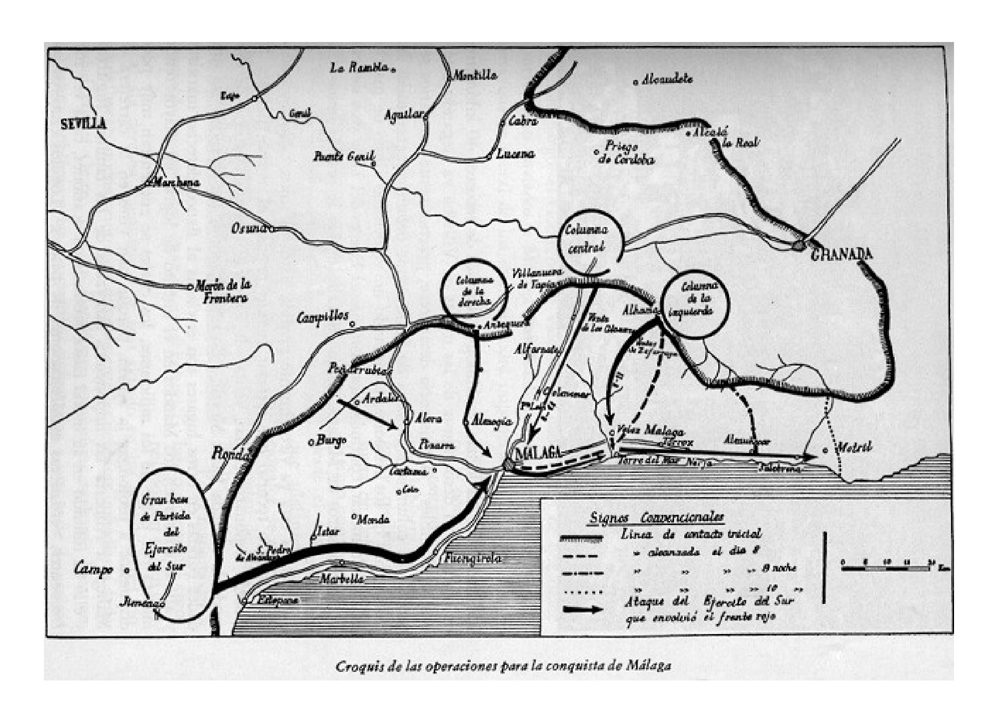
El apoyo aéreo estaba encomendado a la base de Tablada (Sevilla), con sus escuadrillas de bombardeo, caza y reconocimiento.

El coronel Villalba, informado ya por sus servicios de la próxima reanudación de la ofensiva sobre todo el frente que le había sido encomendado, tomó algunas disposiciones que teóricamente parecían bien inspiradas. Sabe que en su flanco izquierdo, ya muy quebrantado por los triunfos de las columnas que ocuparon Marbella el día 22, y amenazado por las unidades que se hallan concentradas en el sector de Ronda, le acecha un ataque violentísimo y que deberá defenderse contra él a toda costa, porque la resistencia del mencionado flanco es factor esencial de la defensa toda; de otro modo, el arco que describe el frente en las sierras del Norte se desplomará fácilmente. Las órdenes dictadas a los Batallones que cubren la línea roja entre Ronda y Marbella son muy rigurosas hay que defender el terreno metro a metro y dejarse matar en los parapetos antes que retroceder.

Pero al mismo tiempo, las concentraciones de las Brigadas legionarias en Antequera y Loja le anuncian operaciones de gran alcance. Confía el jefe rojo en detener a los atacantes en los intrincados y fragosos pasos de los montes de Abdalagis y de Alhama; una primera línea de resistencia se apoya en las cumbres del Torcal; mas los apoyos mejores quedan situados en los sectores de la Venta de los Alazores y de las Ventas de Zafarraya. Si los milicianos tienen el coraje de aprovechar las condiciones naturales del Terreno, es posible que el avance de las Brigadas atacantes sea oportunamente contenido; en último caso, la sangrienta

resistencia en el flanco izquierdo y en el centro permitirán ir recogiendo la línea general sin perder demasiados efectivos, y reorganizada muy cerca de Málaga, apoyando el flanco derecho en la Sierra de Almijara y en los pueblos de Torrox, Nerja y Almuñécar.

El día 30 de enero, el General Queipo de Llano comunica sus instrucciones generales para la batalla y aprueba las propuestas que le presenta el General Roatta en aquello que se refiere a la participación de las Brigadas legionarias.



Croquis de las operaciones para la conquista de Málaga

Queda fijado el 3 de febrero como fecha en que deberá reanudarse la ofensiva. La primera fase se desarrollará en el sector de Ronda. Las unidades del mencionado sector atacarán entre Ronda y Marbella para alcanzar una línea jalonada por los pueblos de Burgo-Ardales y Alora en el ala izquierda de esta parte del frente, y la de Monda-Coín en la derecha. El tiempo es pésimo. Se diría que no es en las montañas de Málaga donde van a librarse los combates, sino entre las nieblas y las lluvias invernales de los montes de Asturias o de Vizcaya. La aviación comunica que a consecuencia de la escasa visibilidad el apoyo aéreo será muy restringido, porque los pilotos tienen orden de no aventurarse en las altas sierras mientras no se aclare el horizonte. La artillería lleva a cabo con mucha dificultad su fuego de preparación. Poco después de las ocho de la mañana del 3 de febrero, cuatro Batallones comienzan a trepar por las vertiginosas pendientes de Sierra Bermeja y de la Sierra de Ronda. Inmediatamente se aprecia un fuerte fuego de ametralladora y de fusil que hace la marcha extremadamente difícil. Empeñados en caminos muy malos, los destacamentos de vanguardia se ven obligados a marchar con mayor

lentitud que la prevista y calculada. Cuando llega la noche del 3 no ha sido posible llegar a la línea señalada como objetivo, aunque se ha adelantado terreno y se han replegado todas las avanzadas rojas. Otro tanto sucede entre la Sierra Bermeja y la de Mijar, donde el enemigo opone una fuerte resistencia, bien apoyada por las armas automáticas. El cumplimiento de la misión encomendada a las columnas del coronel Borbón consume de este modo tres días, en lugar de uno o de uno y medio; a pesar de ello, el Alto Mando se siente optimista porque frente a los obstáculos enemigos el ímpetu de las tropas atacantes no decae y, en definitiva, el Batallón «Pi y Margall» y las nuevas formaciones de Carabineros, reclutadas entre las juventudes socialistas y comunistas, se tienen que retirar de los magníficos observatorios que poseían.

El día 4 ha quedado terminada la concentración de las Brigadas legionarias en sus bases de partida. La operación que deben llevar a efecto ha sido concebida del modo siguiente

1.º Los efectivos se dividirán en tres columnas, llamadas «de la derecha, del centro y de la izquierda». Cada una de ellas estará formada por uno o dos Regimientos. Los efectivos de la columna central son los más fuertes.

2.° Las unidades de la derecha tomarán como eje de marcha el camino Antequera-Almogía-Málaga; las del centro, la carretera Loja-Colmenar-Málaga; las de la izquierda, la carretera Alhama-Vélez-Málaga.

3.º Se encomienda a la columna central la ruptura del frente rojo en dirección a la Venta de los Alazores para lanzarse inmediatamente hacia Málaga por Colmenar; la de la derecha colaborará a esta acción haciendo presión contra el flanco izquierdo y deberá coronar la cumbre del Torcal; la de la izquierda tendrá, como finalidad principal, amenazar las líneas de posible retirada enemiga, y para ello deberá romper hacia las Ventas de Zafarraya, siguiendo con la máxima velocidad hasta Vélez-Málaga, para dominar la zona Oeste de Motril. Como en el centro están próximas las líneas, el contacto se establece desde los primeros momentos; no así en Alhama, donde los dos frentes se encuentran bastante separados. Durante la noche del 4 al 5 de febrero terminan las marchas de aproximación, y en la madrugada del 5 rompen el fuego las baterías legionarias. Según se había previsto, los núcleos de principal resistencia se hallan en la Venta de los Alazores y en la de Zafarraya. La columna de la derecha encuentra delante una cota de cerca de 900 metros que es necesario ocupar en las primeras horas de la jornada. Las noticias iniciales que de esta parte del frente recibe el General Queipo de Llano son las que se refieren a la

ocupación del Torcal. Una marcha extraordinariamente rápida ha sorprendido a los defensores, que, sin rehacerse a tiempo, quieren batirse sobre algunas pendientes; pero se convencen pronto de que su mejor solución es la retirada. Con ello, el ataque de la columna central hacia la Venta de los Alazores se hace menos duro. Villalba envía allí un Batallón de sus reservas; la llegada de estas tropas frescas renueva la aspereza del encuentro, y son las dos de la tarde cuando los carros de asalto logran abrir una brecha y ocupar los nidos que cierran el paso de los Alazores.

La carretera pasa por los Alazores entre montes que dominan y agobian por todas partes; sin la conquista de estas escarpaduras será peligroso seguir adelante; en ese momento, dos Batallones legionarios trepan hasta las crestas dominantes y desalojan a los rojos a fuerza de bombas de mano.

La noche se echa encima sin que la totalidad de los objetivos haya sido alcanzada, pero la situación táctica de la defensa ha quedado muy debilitada como consecuencia de la pérdida de varias cumbres montañosas. Un intento de trasladar fuerzas desde el ala izquierda atacada hacia el centro, queda sin posible aplicación, porque dos Batallones del Duque de Sevilla presionan fuertemente entre Ardales y la costa, sin permitir al enemigo que pierda contacto, sin autorizarle el menor despegue, con lo cual se logra que todos los Batallones milicianos del ala mencionada queden sujetos a la maniobra, y así se cumple el objetivo señalado a las tropas del Ejército del Sur.

El día 6 de febrero, las Brigadas legionarias acentúan su ímpetu. Se ve que la jornada anterior, dedicada primero a los indispensables tanteos y luego a las enconadas rupturas de líneas, no ha dado sino resultados relativos. Sobre todo en la izquierda, la columna que trata de forzar el paso de Zafarraya, tropieza con muchas dificultades. El propio General Roatta tuvo que trasladarse allí para apreciar por sí mismo las particularidades de la situación, y resultó herido de bala de fusil, aunque no tan gravemente que se viera forzado a dejar el mando.

Antes de que se vuelva al ataque llegan de Antequera y de Villanueva de la Tapia tres Batallones de reserva que el Mando aplica a densificar las formaciones encargadas del asalto. Desde el primer instante, esta segunda jornada de intervención legionaria acusa un grave desplome en la moral y en la combatividad del enemigo. Se comprueba que el primer día sufrió muchas bajas y quedó considerablemente debilitado. La aviación, amparada en una leve mejoría del tiempo, acaba de aniquilar los residuos de la moral roja. Las columnas de Ronda y Marbella avanzan

rápidamente hasta alcanzar los pueblos de Alora y Pizarra, dominando de ese modo la importante carretera de Sevilla a Málaga; las vanguardias del sector de Marbella recorren kilómetros y kilómetros de carretera, y antes de que la noche llegue han ocupado el pueblo costero de Fuengirola; la columna legionaria de Antequera, que había quedado en las estribaciones del Torcal, cae como un alud sobre las lomas de Almogía, después de recorrer 90 kilómetros de marcha; el desbarajuste de las tropas de Villalba va llegando a términos increíbles; la resistencia desaparece, prácticamente, en varios sectores. La columna legionaria de Loja rompe definitivamente todas las resistencias de los Alazores, y tomando un velocísimo ritmo de marcha llega a Colmenar, continúa hasta coronar el Puerto del León y se detiene a 15 kilómetros de Málaga, porque la falta de luz le impide rematar la maniobra.

Málaga está ya virtualmente perdida para los rojos. No les queda a éstos otro recurso que retrasar cuanto puedan el avance del ala izquierda legionaria en las Ventas de Zafarraya para asegurarse de este modo la retirada hacia Motril. En efecto; todos los restos de las unidades batidas en otros lugares son enviadas al flanco derecho marxista, y allí se consumen los Mandos en el intento de lograr un mayor rendimiento por parre de los milicianos, los cuales se encuentran muy poco dispuestos a prolongar la acción, porque han visto en la carretera de Málaga a Almería las imponentes caravanas de las familias fugitivas, y ello ha influido en su moral hasta producir en ocasiones, cada vez más frecuentes, verdaderas manifestaciones de pánico. Los dos cruceros nacionales, apoyados por otras dos o tres unidades menores, bombardean la costa para dificultar el repliegue y siembran el desconcierto en las columnas de vehículos cargados de material y de enseres procedentes del saqueo y del despojo. La aviación, a su vez, dispersa a los milicianos fugitivos, con lo cual la retirada es una auténtica desbandada, y el coronel Villalba tiene que renunciar a todo ensayo de maniobra militar, pues sus órdenes son desobedecidas y los propios enlaces se niegan a transmitirlas.

Sin embargo, el Gobierno de Valencia ha dado orden de que desde Almería sean enviados a Málaga dos Batallones de comunistas, y considera que la moral de los mismos podrá imponerse al desastre. Estos dos Batallones ocupan en la noche del 6 al 7 las posiciones del Viento, al Norte de Málaga, y reciben la consigna de defender ese último contrafuerte, desde el cual, a poco que adelanten los nacionales, se contempla la ciudad de Málaga a los pies.

En la mañana del 7 las columnas del coronel Borbón se han unido al ala derecha legionaria y se han situado en las cercanías del río Guadalhorce, amenazando muy directamente las defensas inmediatas de la ciudad por el Oeste. Los dos Batallones comunistas se baten bien en el Viento y obligan a las vanguardias voluntarias a una serie de asaltos violentos, tras los cuales consiguen ocupar posiciones decisivas. Pero la inminencia del peligro para los rojos aparece hoy por otra parte; las fuerzas salidas de Alhama han aplastado ya, al cabo de tres días de lucha, todas las resistencias del sector de Zafarraya y se encuentran en camino hacia Vélez-Málaga; por consiguiente, la amenaza contra las comunicaciones se precisa por instantes, y si Villalba pierde siquiera unas horas, dejará encerrado en la maniobra nacional todo el Ejército que defiende el frente de Málaga. En vista de ello, se autoriza a cada una de las unidades de milicianos el repliegue a voluntad, o sea, se decide una especie de «sálvese el que pueda», al cual se acogen con frenesí todos los sectores atacados.

Queipo de Llano hubiera podido entrar en Málaga el mismo día 7 de febrero, pero en nombre de la prudencia manda que las tropas victoriosas acampen en los alrededores, porque la entrada en una ciudad durante la noche podría exponerlas a contratiempos dolorosos, ya que se teme que los rojos, antes de retirarse definitivamente, hayan preparado voladuras y explosiones dentro de la capital. En la noche del 7 quedan, pues, las columnas en esta forma:

La del coronel Borbón, al Este del río Guadalhorce, a unos dos kilómetros de las calles malagueñas; la de Antequera, a dos kilómetros y medio, en las lomas que dominan Málaga por el Nordeste; la procedente de Loja, en los montes del Norte, a tres kilómetros; la de Alhama en Portugalejo, al Norte de Vélez-Málaga. Los cruceros «Baleares» y «Canarias» se han trasladado frente a Motril y cañonean toda la costa para entorpecer la huida. La aviación bombardea los valles y cañadas donde pretenden desenfilarse los Batallones derrotados.

A las seis de la mañana del día 8 un grupo de falangistas y de legionarios entran muy tranquilamente en la ciudad de Málaga, sin que nadie les moleste. La encuentran destrozada, convertidos algunos barrios en un montón de ruinas incendiadas, y otros en un inmenso estercolero. Las huellas del sufrimiento de la ciudad causan impresión en los ánimos de los combatientes.

A las doce del mediodía, el grueso de las distintas columnas entra por el Oeste, el Norte y el Este. Los que fueron Batallones y Compañías rojos

se alejan a marchas forzadas, atropellando incluso a las caravanas de mujeres para poder replegarse con mayor rapidez.

Queipo de Llano, luego de tomar posesión de la capital y de la provincia que acaba de incorporar a la España de Franco, ordena que comience inmediatamente la persecución. Y el 9 de febrero, sin otro descanso que el de unas horas, una buena parte de las tropas que acaban de alcanzar tan resonante victoria toman la carretera de Motril Y se lanzan sobre el enemigo en derrota. Elementos sueltos tratan de oponerse en Torre del Mar, pero la columna legionaria de Alhama, ya en Vélez-Málaga, desbarata todo intento en tal sentido; otro combate desaloja Torrox; otro más y también pierden los rojos la costa de Almuñécar. El día 10 los nacionales toman el pueblecillo de Salobreña y la importante localidad de Motril. Ahí, en Motril, se encuentran con el frente rojo en vías de reorganización. Han cambiado los mandos; han llegado unidades nuevas; el terreno se presta a la defensa. Queipo de Llano ha ordenado que la línea de ataque quede montada al Este del río Guadalfeo, tomando como núcleo principal a Motril y empalmando bien con el frente de Granada por las escarpaduras de las sierras vecinas.

Ese plan se cumple perfectamente; las tropas llegadas al Guadalfeo se dedican a la construcción de trincheras y de parapetos y llevan a cabo pequeñas rectificaciones locales con el objeto de mejorar la línea del gran saliente al Sur de Granada.

Los rojos temen, sin duda, que el ataque nacional siga hacia Almería. Para contrapesarlo inician una ofensiva de órbita reducida en el sector de Alcalá la Real, muy al Noroeste de Granada. Milicianos de Jaén se encargan de llevarla a efecto. Pero como ese contraataque compensatorio había sido previsto por el Estado Mayor de Sevilla, días antes se situaron dos Batallones de reserva en Priego. Estos dos Batallones, enviados rápidamente hacia Alcalá la Real, bastan para restablecer la situación en el pequeño trozo de frente atacado.

Por lo que se refiere a la posibilidad de continuar maniobrando hacia Almería, el propio General Queipo de Llano, que desde su emisora de «radio» de Sevilla chancea a costa de los rojos, se permite el lujo —sin precedentes en la historia de los mandos militares— de dar al enemigo la siguiente noticia: «En vista de que el Gobierno marxista teme que yo siga la ofensiva en dirección de Almería, yo le aseguro que puede estar tranquilo; no pienso atacar Almería. Hablo perfectamente en serio. No teman. Insisto en que por ahora no pienso atacar Almería. Tranquilícense los rojos».

La Victoria de Málaga tuvo una resonancia extraordinaria en todo el mundo. El nombre de la bellísima ciudad del Mediterráneo español es uno de los puntos de referencia del turismo internacional, y esto contribuyó a que la batalla librada por su conquista y dominio despertara muy grande curiosidad, con el consiguiente eco de sus resultados.

Franco demostraba, una vez más, que no sólo conservaba la iniciativa en todas partes, sino que empezaba a disponer de medios para trasladar esa iniciativa de uno a otro campo de operaciones, sin debilitar por ello sus posiciones de conjunto. Demostraba igualmente que la moral de sus Ejércitos y la capacidad de sus mandos eran superiores a cuanto podían oponerle los enemigos. Y en tercer lugar, acusaba el nacimiento de un verdadero sistema militar y político en la España nacional, sistema que tenía en cuenta todos los factores de influencia en la guerra: desde el político hasta el económico y social.

No hace falta razonar sobre las muy considerables ventajas que la conquista de Málaga trajo a Franco. Si sus líneas de tráfico hispanoafricano sobre el Estrecho de Gibraltar funcionaban con regularidad, a partir de ahora quedarían libres hasta de la más lejana inquietud, porque los elementos de la flota roja, que venían disponiendo de una base frente a las costas del Norte de Africa, tendrían que limitarse, en adelante, a las posibilidades que les ofreciera el refugio inabordable de Cartagena. Todas las comunicaciones del Sur de España con Melilla y con el resto de la zona oriental del Protectorado marroquí podrían ser amparadas desde Málaga, y los buques de guerra que sirven al Caudillo nacional se moverían con mayor amplitud de movimientos en las aguas hispano-marroquíes.

En tierra, el frente de Granada, que se sostenía a fuerza del espíritu de sacrificio de las tropas en él situadas, ha mejorado sus condiciones.

Desde el punto de vista económico, la España nacional dispone de una provincia rica y agrícolamente muy fecunda.

Por lo que se refiere a la recluta, tampoco es desdeñable el aumento del porcentaje de población movilizable que se añade a las estadísticas del Generalísimo Franco.

En cuanto a la moral, si hasta el presente era buena la de la retaguardia franquista, ahora sube de punto y afianza su plena seguridad en el término victorioso de la guerra.

También las relaciones internacionales reciben el influjo de la batalla de Málaga. Es el momento en que la Prensa británica, informada por sus

corresponsales de Gibraltar, comienza a insinuar seriamente la conveniencia para Inglaterra de organizar un sistema de relaciones políticas, o al menos comerciales, con el Gobierno de Salamanca, o sea con el General Franco.

Así acaba la ofensiva iniciada el 10 de enero. Ha transcurrido un mes. El balance de las tropas victoriosas no puede ser más halagüeño. Una provincia conquistada, una gran ciudad en su poder, y con ello han caído prisioneros 11.000 combatientes rojos, y su artillería (seis baterías), sus ametralladoras, sus parques, sus fusiles por millares y sus depósitos. En el puerto de Málaga han quedado dos pequeños navíos auxiliares de la flota y algunos mercantes. Después de las operaciones sobre Madrid, que pudieron engendrar dudas en muchos espíritus, el golpe de Málaga restablece en su lugar ciertos valores de orden psicológico, político, económico y moral. Málaga pasa a quedar inscrita entre las grandes victorias de la Nación española alzada contra el marxismo.

CAPÍTULO III

CONTINUAN LAS OPERACIONES DEL CERCO DE MADRID

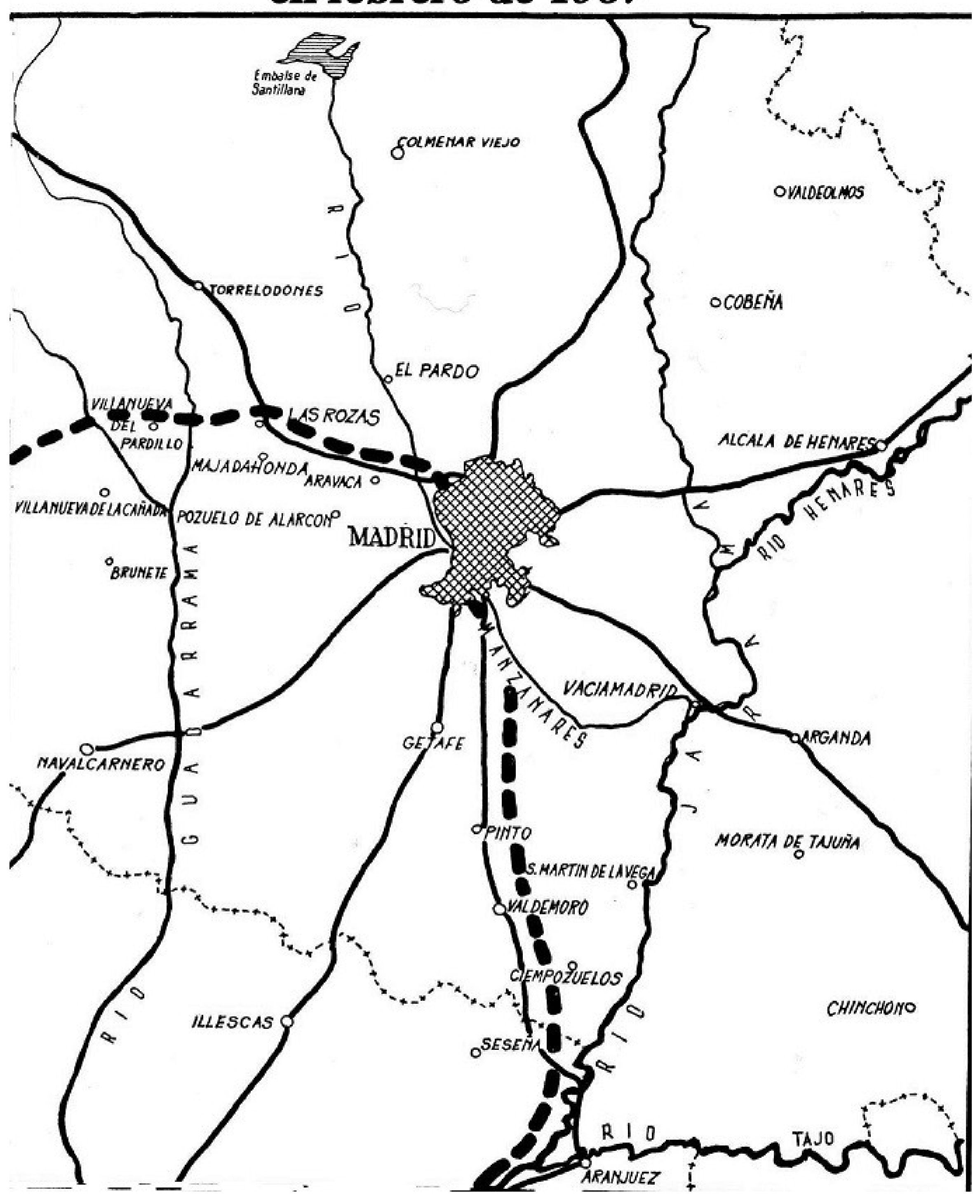
Grandes combates en las orillas del Jarama. — Corte de la carretera Madrid-Valencia. — Los rojos llevan a cabo una violenta operación defensiva. — Reacción roja en Asturias.

La gran ofensiva del Sur no ha reducido ni la actividad ni el ardor de las tropas que proceden al cerco de Madrid, luego de haber abandonado el proyecto de atacar la capital de España en movimientos frontales. Dejamos a los soldados del General Orgaz cuando acababan de cortar la carretera de Madrid a El Escorial. La ocupación de todas las posiciones que dan la posesión de esa carretera, el ensanchamiento de las líneas a la izquierda de la Ciudad Universitaria y de la Casa de Campo, la consolidación del frente en toda el ala izquierda, que amenaza las defensas de Madrid, iba a completarse con otras operaciones equivalentes en el ala derecha, donde el

General Varela ha concentrado las tropas más activas de la «División reforzada», incluidas aquellas que expugnaran las pueblos de Aravaca, Pozuelo, Las Rozas y Majadahonda. Se va a operar en la mencionada ala derecha, hacia las orillas de los ríos Jarama y Tajuña.

El río y el valle del Jarama son los más importantes de cuantos, en la vertiente meridional de la Sierra de Guadarrama, apoyando su cabecera en la zona de la alta montaña, acaban por alcanzar el Tajo en su margen derecha.

Zona del Jarama, línea del frente en febrero de 1937



El Jarama tiene 188 kilómetros de recorrido. Sus fuentes manan en el ingente macizo de Somosierra, al pie del cerro de la Cebollera (2.126 memos), en el estrato cristalino que se recuerda por tantos conceptos, y sobre todo desde el punto de vista mineralógico, que se está en el Tirol español. Fluye principalmente con rumbo Sureste, y del Cardoso de la Siena a Matallana —pasando entre la Hiruela y Colmenar de la Sierra, en parte sobre rocas arcaicas y en parte sobre oscuras pizarras lustrosas de

fecha silúrica— desciende con curso torrencial de los 1.200 memos (Cardoso) a los 940 (Matallana). De Matallana al Vado se aloja entre materiales del período diluvial, y aguas más abajo, en el lugar en que la garganta se estrecha, se alza la presa del pantano (en construcción) del Vado (880 memos).

Más al Sur, el cauce se aloja de nuevo en el espesor de grises pizarras silúricas, y a la altura del valle de Bonaval el cauce del río Jarama taja las capas hulleras del carbonífero (Retiendas y Valdesotos), encajado en meandros repetidos y desviado a trechos por los torrentes secundarios que vienen en él sus aguas turbulentas.



Tropas nacionales en marcha desde Valdemoro

Aguas abajo, la corriente hiende los potentes estratos de calizas compactas, integrantes del gran macizo crestáceo de Tamajón y Puebla de Vallés, y a la altura de Valdepeñas de la Sierra, el río penetra en los materiales del aluvial que las propias aguas del Jarama han edificado con sus acarreos. Desde Retiendas a Uceda, sigue la dirección Suroeste, y desde Uceda la Norte-Sur, que ha de conservar hasta afluir al Tajo aguas abajo de Aranjuez. Antes de Uceda, ha acrecido sus aguas con las del Lozoya, río como él de serranas fuentes, pero de menos caudal y recorrido.

La corriente pierde en Uceda el carácter montañés y adquiere el aspecto, por su fluir manso y sereno, de un río de llanura, tendido ya hasta su término en amplio valle abierto, en cuyas márgenes, descansan horizontales terrazas a distinto nivel. Galerías de árboles diversos —alisos, olmos, chopos—- le acompañan en su recocido, en contraste con la sequía en torno, y en la terraza inferior algunas claras fresnedas, con prados más verdeantes en las estaciones equinocciales —pastos del Jarama—, embellecen sus márgenes en angosta faja.

Desde San Fernando hasta Aranjuez, el río ha cortado en dos el gran macizo mioceno, tajándolo a trechos en altos cantiles, acercándose ya a una margen, ya a otra, y recibiendo por su izquierda los ríos Henares en Mejorada del Campo y el Tajuña en Titulcia. Su vega fértil es lugar de

cultivo para la remolacha, que la industria beneficia en La Poveda, y para la judía en San Martín de la Vega y Ciempozuelos.

Madrid se emplaza entre los valles paralelos del Manzanares v el Jarama, junto a la margen izquierda del primera y a unos quince kilómetros del segundo.

El caserío se extiende hacia el Este y cada vez se va aproximando más al río cuyo valle nos ha ocupado. El Manzanares, al Oeste de Madrid, tuerce al Sur con rumbo Este y afluye al Jarama en el lugar llamado Vaciamadrid. La llanada en que Madrid se sitúa, tiene, pues, el valle del Jarama por su foso oriental.



Regulares en marcha hacia el Jarama

En ese valle tuvieron lugar las acciones de guerra que durante el mes de febrero de 1937 ordenó el Mando supremo nacional con el fin de apretar el cerco de Madrid.

* * *

Las mencionadas operaciones perseguían tres objetivos inmediatos y uno mediato:

a) Alejar de la carretera Madrid-Andalucía las líneas rojas, de manera que tan importante vía de comunicación quedara perfectamente libre de la presión enemiga y de fáciles golpes de mano.

b) Ocupar el triángulo que entre las carreteras Madrid-Andalucía Y Madrid-Valencia forman, de un lado, el cauce del río Manzanares entre Madrid y su unión con el Jarama; de otro, la corriente misma del Jarama entre Vaciamadrid y las cercanías de Aranjuez, y en tercer lugar la carretera de Madrid entre Leganés y la Cuesta de la Reina.

El campo de operaciones donde se libró el furiosísimo choque mide unos 250 kilómetros cuadrados de extensión.

Como resultado del avance tenía que quedar forzosamente cortada la carretera de Madrid a Valencia y amenazado el sector de Alcalá de

Henares, sobre el cual se operaría más adelante, si las bases de maniobra que ahora se consiguiesen permitían montar una nueva ofensiva.

La «División reforzada de Madrid» —que, como hemos visto era todo un Cuerpo de ejército bien nutrido, y aun superior en efectivos a lo que suele ser normal—, tomó del ala izquierda —Las Rozas, El Plantío, Pozuelo y Aravaca— las tropas de choque más escogidas, y hecha una prudente selección se dispuso que el General Varela, jefe de la masa maniobrera, aprovechase el primer día de buen tiempo para lanzarse a fondo contra las líneas rojas. Mandaba la derecha del ataque el teniente coronel Asensio, el centro estaba encomendado al coronel Buruaga y la izquierda al teniente coronel Barrón. Los demás sectores del frente recibieron distintas consignas, según la misión que a cada uno de ellos se había confiado. Los coroneles García Escámez y Rada, así como el coronel Sánchez Gutiérrez y otros, habían de operar enérgicamente para asegurar el triunfo del ataque principal.



El general Varela con el coronel Sáenz de Buruaga y el teniente coronel Barrón en Pinto

No pasó inadvertido para los rojos el propósito de la operación.

La observación desde Madrid era fácil y cómoda; el movimiento de tropas y vehículos tenía que hacerse, forzosamente, a la vista del enemigo. El General Miaja, que tenía a sus órdenes como Jefe de Estado Mayor al teniente coronel Rojo, mandó que, una vez bien fortificadas las líneas de defensa de la capital en la Ciudad Universitaria y en la Casa de Campo, se trasladaran al Jarama las unidades que más se habían distinguido durante las semanas anteriores por su ardor en la resistencia. En los pueblos de Arganda, Morata de Tajuña y Titulcia, fueron concentradas la Brigada Internacional número 18, las Brigadas 12, 13 14 y 15; la División mandada por Lister y Modesto, con los Batallones de «El Campesino» y Marcos, así como otras unidades milicianas que en el curso del combate fueron

aumentando hasta constituir una masa no inferior a 38 Batallones de 500 hombres.

El terreno, muy ondulado, apto para los desenfiles, manchado a trechos por los olivares que decoran esta región, favorecía a los defensores y les permitía aguardar el ataque en posiciones naturales de gran valor. Estaba en todo su apogeo la operación sobre Málaga y quería el Mando del frente nacional de Madrid añadir a los triunfos del Sur algunos éxitos en el centro. Pero el temporal de lluvias y las mañanas de cerrada niebla obligaban a aplazar de un día para otro el comienzo de la maniobra. Los informes de los centros meteorológicos organizados por la aviación no eran demasiado confortadores, porque todos coincidían en afirmar que la persistencia del temporal de aguas podía prolongarse todavía durante buen número de días.

Por fin el General Orgaz, cansado de aguardar la reaparición del buen tiempo, se decidió a operar bajo la lluvia. El día 6 de febrero el dispositivo nacional se puso en marcha en un frente de 18 kilómetros. Partieron las tropas desde la carretera de Andalucía, o sea desde los pueblos de Getafe, Parla, Pinto y Valdemoro. En la extrema derecha, el objetivo estaba determinado por el pueblo de Ciempozuelos *y* las trincheras próximas al mismo; en la izquierda se debía alcanzar la fábrica militar de gases llamada «La Marañosa», instalada en una zona conocida por este mismo nombre. A las dos de la tarde, todos los fines de esta primera etapa de la maniobra estaban conseguidos; «La Marañosa», a diez kilómetros de la base de parada, y Ciempozuelos a seis kilómetros.

Según todos los signos, los atacados no esperaban la operación sino al cabo de dos o tres días de buen tiempo, y seguramente les pareció improbable que los nacionales se movieran sobre un campo encharcado por todas partes y cubierto de fango. Al final de la jornada, la nueva línea pasaba por la fábrica de gases, el pueblecillo o caserío de Gózquez y la localidad de Ciempozuelos. Prácticamente, todo el terreno comprendido entre el río Jarama y la carretera de Andalucía estaba libre de guarniciones rojas. Dos de los objetivos antes apuntados quedaban así cubiertos; había que proceder a la explotación del éxito para cortar la carretera de Valencia. En los días 7 y 8, entre chubasco y chubasco, se hicieron algunas alineaciones de unidades, a fin de preparar el segundo salto del ataque.

Peco el Mando nacional sabía ya que no podía contar con la menor sorpresa en el campo enemigo. La densidad del fuego, la presencia de tropas en número muy grande, la llegada de camiones cargados de material de artillería y de ametralladoras hacían suponer que la resistencia

las orillas del Jarama sería extraordinaria, porque Miaja advertía con claridad el inmenso peligro que para la situación general de Madrid se cernía por el valle que antes hemos dejado descrito. De otra parte, algunas unidades nacionales se habían movido ofensivamente en el sector de la Cuesta de la Reina, mostrando las intenciones del Mando. Luego, la lluvia obligó a detener todos los movimientos; pero la sorpresa se había frustrado.

Sin esperar a que la maniobra del General Várela se reanudase con brío, las guarniciones rojas de la Ciudad Universitaria, de la Casa de Campo y del Norte de la carretera de El Escorial comenzaron a desencadenar ataques locales, puramente diversivos, de fortísima violencia; trataban así de retener por todas partes la mayor cantidad posible de soldados nacionales para evitar que el general Orgaz reforzara su frente del Jarama con unidades sacadas de otros puntos.

El Parque del Oeste, los alrededores del Hospital Clínico, el sector de Aravaca, el del pueblo de Carabanchel Bajo y el de Majadahonda, estuvieron sometidos a constante presión; se luchaba por un elemento de trinchera, por dos parapetos, por un nido de ametralladoras, y esa lucha revestía en algunos momentos caracteres de auténtica ferocidad, aunque los resultados fuesen mínimos.

El día *9,* la columna de la izquierda {en el dispositivo de ataque), o sea la que había ocupado La Marañosa el día 6, recibió orden de avanzar hacia la carretera de Valencia. Se levantaban delante de ella dos cotas de fácil defensa: el Vértice Cobertera y el Espolón de Vaciamadrid, alzado sobre el punto de afluencia del Manzanares en el Jarama. La marcha fue llevada a cabo bajo una lluvia torrencial que dificultaba los movimientos e impedía a los artilleros tirar con la debida eficacia. Sin embargo, antes de mediada la tarde, las dos cotas antes citadas eran nacionales, y un trozo de la carretera de Valencia quedaba bajo el tiro directo de los fusiles y de las ametralladoras. Entre los kilómetros 17 y 21 de esa carretera, todo tráfico de los aprovisionamientos rojos se hacía completamente imposible, a partir de la instalación de los atacantes en las posiciones recién conquistadas. Mientras tanto, equipos de soldados especialmente designados para ello, daban sepultura a numerosos cadáveres de la Brigada internacional número 18, destrozada en el sector de Ciempozuelos y de la Cuesta de la Reina.

No se hizo esperar el contraataque. El día 10 aparecieron, por primera vez, fuertes masas de carros rusos. Una primera incursión de 20 unidades anunció la embestida. Los rojos se lanzaron a un asalto san-

griento, que tenía por finalidad partir la línea nacional en el centro y colocar en posición desventajosa y delicada a las dos alas. Durante cinco horas se combatió con mucho ardor, aunque pudo advertirse que la Infantería, bien por temor, bien por falta de instrucción, no seguía de cerca a los carros, lo cual disminuía la acción de éstos y la reducía a términos de menor eficacia. El contraataque fue materialmente segado por la artillería y por las ametralladoras.

Quiso el General Várela actuar sobre la línea transitoriamente quebrantada por las bajas del fallido contraataque, y el día 11 mandó un nuevo avance de su línea, con el objeto de pasar el río Jarama, operación que correspondió inicialmente a la Caballería.

Tras la Caballería, todas las unidades de Infantería de las columnas Buruaga y Barrón pasaron a la orilla izquierda del Jarama. Había que proceder con gran rapidez y con especial tino, porque pese a la débil resistencia ofrecida por el enemigo, se advertía claramente la concentración de reservas y se preveía el fulminante contraataque, agravado por la circunstancia de ser todavía muy chica la cabeza de puente y tener a la espalda, y demasiado cerca, la corriente de un río. La artillería tomó posiciones en la orilla derecha y se preparó a batir las lomas de viñedos y olivares, donde los rojos daban señales, no sólo de actividad, sino de agitación. Esta decisión de Várela, de dejar la artillería en la orilla derecha, fue un decisivo acierto.

Posteriormente Asensio —una de las grandes personalidades militares de la guerra de España—- ocupó, aunque con elementos muy débiles, una cota conocida por el nombre de «El Pingarrón», posición dominante de valor decisivo en el sector. Sólo mediante la conservación de «El Pingarrón» en poder de los nacionales podrían éstos sostener las ventajas alcanzadas; si en esa cota eran derrotados, veríanse en la necesidad de repasar el Jarama. Pero, ¿cómo, si los carros rusos y la Infantería roja les impedían un repliegue ordenado? En consecuencia, los términos de la opción eran claros: o la resistencia victoriosa o un desastre local muy sangriento y de indudable alcance psicológico.

Ya en las últimas horas del día 12 se inició la reacción: empezaron a aparecer por todas partes carros soviéticos, con el temible cañón. Pero cuando el contraataque adquirió una violencia especial fue el día 13 de febrero. Treinta y dos tanques moscovitas, muy bien mandados, y conducidos por especialistas corajudos, se lanzaron contra la cabeza de puente establecida por los nacionales. Dicha cabeza de puente se hallaba todavía en trance de organización. Tuvo el General Várela la impresión

inmediata de que la embestida enemiga iba a alcanzar muy señalado encarnizamiento y comprendió que las líneas del centro, así como sus apoyaturas en los flancos, no eran demasiado seguras, por lo cual había que esperarlo casi todo del denuedo y sacrificio de los combatientes. En plena línea de contacto se situó el propio General Várela, a quien acompañaban sus ayudantes, su Estado Mayor y todo el mando de la columna operante.

A los pocos momentos de iniciada la operación, la cabeza de puente estaba completamente cercada por los carros. A la espalda del monte, entre éste y el cauce del río se paseaban tranquilamente los elementos acorazados, como gozándose de antemano en la victoria que, aparentemente, nadie podía arrebatarles. La Infantería atacaba de frente, pese al fuego de ametralladoras y de fusiles, que era incesante y terrible. Se esperaba que de un momento a otro algunos destacamentos de tiradores ágiles, amparados en la invasión de los carros, apareciesen a retaguardia y completaran irremediablemente el cerco de la posición. Pero pasaban las horas, los infantes rojos no se decidían a la maniobra. Mientras tanto, la artillería nacional, situada en la orilla de enfrente, corrigió bien el tiro y desencadenó un tiro violentísimo contra los carros; seis de ellos quedaron malheridos y empotrados en accidentes del terreno. Los conductores se esforzaban en hacer señales al mando de la Infantería; en vista de que ésta no abandonaba el ataque frontal y de que las baterías nacionales tiraban con renovado acierto, se replegaron a sus bases los carros que salieron indemnes del choque. El General Várela sonrió; acababa de desaparecer un peligro gravísimo gracias a su previsión en cuanto a la artillería.

Debe este capítulo registrar una circunstancia muy importante que se dio durante el contraataque, y es que los rojos se presentaron con una aviación muy poderosa, más fuerte en número que la nacional, y fueron, durante varias horas, dueños y señores del aire. Unos cincuenta aparatos, manejados por pilotos de reciente instrucción, demostraron haber sido bien adiestrados y poseer una moral combativa de excelente clase. Por dos veces los combates aéreos obligaron a las escuadrillas nacionales a replegarse, hasta que surgió, de un modo genial, el arranque impetuoso del entonces capitán García Motaro, el cual, al frente de su pequeña fuerza, hendió las líneas de aviones enemigos, se mezcló entre ellos, hizo prodigios de técnica y valor e impuso un método de caza aérea que había de formar escuela y que ha pasado a los ámbitos de la fama con el nombre de «técnica García Morato». Uno tras otro, cuantos aviones aceptaron el

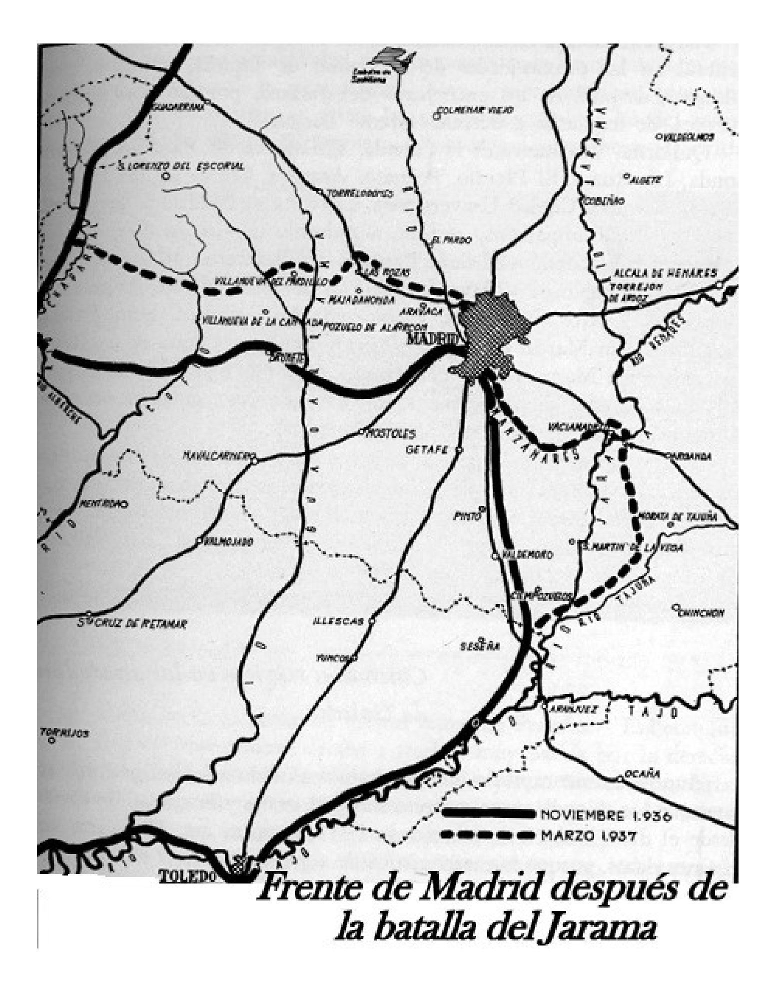
combate fueron derribados, y entre los olivares se acabaron de consumir los últimos restos incendiados de seis cazas fabricados en Rusia.


García Morato

Era cierto que el peligro mayor había pasado; pero se veía que las operaciones encaminadas a ensanchar la cabeza de puente del Jarama y a la invasión y dominio de las tierras situadas entre este río y el Tajuña, no podrían desenvolverse sino a costa de tremendos sacrificios, porque los rojos se presentaban fortísimos, perfectamente armados y con buena dosis de decisión, sobre todo en lo que se refiere a las Brigadas internacionales del frente de Madrid y a las que estaban llegando, procedentes del campo de instrucción de Albacete.

Mas no se contentaba el General Miaja con alimentar los contra-ataques del sector del Jarama, sino que a la par, su actividad en el resto del frente de Madrid arreciaba por momentos, obligando a los mandos locales a mantenerse muy vigilantes y a emplear sus escasas reservas. Así, por ejemplo, el día 16 de febrero, dos Batallones trataron de abrirse paso entre Las Rozas y Majadahonda, donde el frente estaba cubierto por elementos muy pequeños del Tercio. El 17 tuvo lugar otro intento parecido en el Parque del Oeste, porque la Brigada internacional número 15, con efectivos de reciente incorporación y cubiertas todas las bajas de los días anteriores, se abalanzó, protegida por 16 carros, contra el flanco izquierdo del General Várela en los llanos de La Marañosa. El 19, el ensayo de envolvimiento en La Marañosa volvía a hacer tronar el cañón y se reproducía la batalla aérea provocada por la presencia de poderosas escuadrillas de bombardeo y caza; nuevamente, García Morato y los aviadores legionarios dieron buena cuenta del pasajero dominio del aire conquistado por los rojos, y al final de la jornada, 11 aviones enemigos se estrellaron entre llamas contra los viñedos y los olivares de la región. El 20, otra Brigada internacional atacó en el sector de Aravaca, y fuerzas del 5.° Regimiento, mandadas por Lister, sorprendieron los puestos nacionales

del Cerro de los Angeles, llevándose algunos prisioneros; el 21, el contraataque tomó como objetivo las líneas de Vaciamadrid; el 22, llegó a su máxima furia la embestida de ocho Batallones de milicianos lanzados en alud contra los parapetos del Parque del Oeste y de la Casa de Campo; el 24, se produjo otro ataque parecido sobre las trincheras de la Ciudad Universitaria, al par que presionaban igualmente los rojos en Carabanchel Bajo y en la zona Este del Jarama; hasta que los últimos días de febrero trajeron una relativa calma en los frentes próximos a Madrid. ¿Cuál era el balance del mes?



Frente de Madrid después de la batalla del Jarama

Hemos dicho que los objetivos del General Orgaz fueron la liberación de la carretera de Andalucía, la conquista del valle del Jarama, el corte de la carretera de Valencia y el establecimiento de bases fuertes para operar ulteriormente hacía Alcalá de Henares. Las tres primeras finalidades habían sido perfectamente alcanzadas; en cuanto a la última, o sea a la mediata, fue necesario renunciar a progresos más profundos, así como a la conquista de determinados pueblos (Arganda, Morata de Tajuña), porque el precio que esas conquistas exigían era demasiado alto. Cortada la carretera de Valencia, el Mando de Madrid tuvo que desviar sus comunicaciones hacia vías de segundo y tercer orden que, arrancando de la de Madrid a Zaragoza, cruzaban la zona de Camporreal, Loeches y

Carabaña e iban a unirse con la de Valencia muy lejos del río Jarama. Mala solución por insuficiente, pero no existía otra, y a ella se asió Miaja, sin perjuicio de mejorar más tarde esa red de caminos. Indudablemente, el quebranto que con todo ello sufría la situación de los rojos centrales era grande; pero, en definitiva, la unión de Madrid con Valencia estaba todavía asegurada, aunque en términos de mayor incomodidad. Eso sí: cualquier operación triunfal de los nacionales en dirección de Alcalá significaría el cierre total de las líneas del cerco.

La maniobra del Jarama terminaba, pues, con un éxito nacional, pero a ese éxito le faltaban complementos que era preciso buscar en otra operación.

Las bajas sufridas por los rojos fueron muy importantes; varias Brigadas internacionales quedaron deshechas y perdieron cantidades importantes de material; pero la cifra de bajas nacionales fue también subida. Unidades del Tercio y de Regulares indígenas pagaron sus conquistas con más del 40 por 100 de los efectivos. Se cuenta de una sección que, durante alguno de los momentos más críticos, quedó reducida a un alférez y dos soldados. Indudablemente, el desgaste rojo fue mayor que el del Ejército nacional; mas sus reservas estaban muy a mano, y por otra parte, el empleo de las Brigadas internacionales preveía verdaderas hecatombes sin que el Gobierno de Valencia se sintiera especialmente conmovido.

Así terminaba la tercera batalla sobre el frente de Madrid. La línea general en las proximidades de la capital de España, quedaba, pues jalonada, después de los encuentros del Jarama, por las posiciones siguientes, de izquierda a derecha (frente nacional):

Quijorna, Villanueva de la Cañada, Villanueva del Pardillo, Majadahonda, Las Rozas, El Plantío, Pozuelo, Aravaca, Cuesta de las Perdices, Casa de Campo, Ciudad Universitaria, carretera de Madrid a Sevilla por Extremadura, Campamento militar, aeródromo de Cuatro Vientos, Carabanchel Bajo, barrio madrileño llamado «El Basurero», barrio de Usera, llanada del pueblo de Villaverde, posición del Cerro de los Angeles, La Marañosa, Vértice Coberteras, espolón de Vaciamadrid, Soto Pajares, Pingarrón, San Martín de la Vega, Ciempozuelos y Cuesta de la Reina. Los valles del Manzanares y del Jarama eran del Ejército nacional; el del Tajuña estaba en parte amenazado por sus tiros; quedaba en poder de los defensores de Madrid el del Henares.

El dominio aéreo, que por unos momentos y a fuerza de superioridad numérica había dependido de la iniciativa roja, se hallaba sometido nuevamente a las fuerzas nacionales y legionarias; en ese rescate del cielo, correspondía la mayor gloría y el máximo honor a un extraordinario piloto español: el capitán Joaquín García Morato.

Cinco días trágicos en los alrededores de Oviedo

Aunque en un capítulo anterior hemos aludido a los sangrientos ataques que los rojos llevaron a efecto sobre el frente y la ciudad de Oviedo desde el día 21 al 26 de febrero de 1937, es justo que añadamos aquí algunos datos, porque la característica de aquellos asaltos y el influjo que tuvieron en la situación del frente Norte merecen, no ya esta ampliación, sino toda una obra que pusiera de relieve la grandeza e importancia del heroísmo desplegado por los soldados de la Octava División, al mando del General Aranda.

Desde que, en el mes de octubre de 1936, el sitio de Oviedo fue levantado por la entrada en la ciudad de una columna —muy poco superior a los 1.000 hombres— mandada por el coronel Martín Alonso, el General Aranda, nombrado Jefe de la Octava División (provincias de Galicia, León y Asturias) estableció su Cuartel General en Grado, y dedicó todos sus esfuerzos a estos dos fines: fortalecer las líneas de resistencia en torno a la ciudad y conservar a toda costa las comunicaciones de Oviedo con la retaguardia. Estas líneas quedaban protegidas por una serie de posiciones, entre las cuales descollaban las del monte Naranco, las del monte Escamplero y las organizadas sobre las orillas del río Nalón hasta alcanzar las fuertes lomas de Peñaflor. Esa comunicación, larga y estrechísima, estaba a trechos muy batida por la derecha y por la izquierda, pues el frente rojo podía teóricamente estrangularlas en cualquier instante, apenas lograsen los mineros organizar las masas adecuadas y llegara a Asturias el esperado material artillero.

Tal fue la desilusión que los milicianos sufrieron por no haber podido entrar en Oviedo y aniquilar su escasa guarnición, tanto el quebranto material y moral sufrido, que durante los meses de noviembre, diciembre y enero limitóse su actividad a pequeños golpes de mano sin importancia.

Pero llegó el mes de febrero. La recluta ordenada por los comisarios políticos dio, junto a la cifra correspondiente a las unidades de los

primeros tiempos, una suma total de 60.000 hombres, que contaba con una dotación de ametralladoras superior en un tercio a la que se considera normal en los Batallones. El número de cañones que pudieron entrar en acción rondaba el centenar.

Acababa el Gobierno de Valencia de perder la ciudad de Málaga. Un ataque de particular violencia ponía, como hemos visto, en peligro inminente las comunicaciones de Madrid con el mar. No había más remedio que exigir de todos los frentes rojos una actividad redoblada, a fin de forzar la atención del Generalísimo Franco en diversas direcciones, poniéndole en el trance de repartir sus tropas de choque entre dos o tres teatros de operaciones alejados entre sí, que atenuarían extremosamente toda posibilidad de éxito inmediato. Por eso se vio que en torno a Huesca y a Teruel, las milicias catalanas redoblaron su actividad, aunque sin mostrar excesiva decisión. En el Sur, al Noroeste de Granada y frente a los campos de Lopera, también se registró gran movimiento, aunque sin consecuencias.

Al frente de Oviedo, esperanza del Norte rojo, se le pidió mayor esfuerzo. Instrucciones enviadas desde Valencia exigieron que las masas mineras montaran un ataque general, con la aspiración de romper las líneas del General Aranda, cortar las comunicaciones, aislar a Oviedo del Cuartel General de Grado y hacer prisionera a toda la guarnición de la capital de Asturias.

El sábado, 20 de febrero, tuvo lugar la preparación. Oviedo soportó ese día un bombardeo artillero *y* de aviación que, inequívocamente, anunciaba propósitos graves por parte del Mando rojo. No había aún amanecido el siguiente día cuando masas poderosas que se habían concentrado en los alrededores de Oviedo salieron de sus trincheras obedeciendo la consigna de atacar en tromba, sin permitir que las posiciones avanzadas de la ciudad tuvieran tiempo de reaccionar con energía.

El asalto se producía sobre el cinturón de Oviedo, al Norte, Nordeste, Sur y Suroeste. Fuerzas de Lugones avanzaron hacia las faldas del monte Naranco; cinco Batallones cayeron sobre el sector del Mercadín; otros cuatro lanzaron su ataque contra el barrio de la Tenderina, mientras tres más pretendían apoderarse de la Fábrica de Armas de La Vega. En conjunto, las unidades encargadas del ataque de Oviedo no eran inferiores a 20 Batallones, contra las cuales podía Aranda enviar menos de una Brigada. AI mismo tiempo, 12.000 hombres enderezaban su ofensiva hacía los lugares más críticos de la línea de comunicaciones, con la pretensión de rechazar a los nacionales en el monte Escamplero, desalojarles

de las orillas del Nalón y entrar, a ser posible, antes de las cuarenta y ocho horas, en las calles de Grado.

El frente atacante se había reforzado con unidades santanderinas y vizcaínas. Estas, elegidas entre las mejores del frente de Vizcaya, tenían la misión de atravesar el Nalón y picar la retaguardia nacional. Consiguieron algunos éxitos iniciales y dos Batallones pasaron el río; pero cogidos entre los fuegos cruzados de diversas posiciones, sufrieron tal desastre que apenas quedaron unos cuantos núcleos, cuya salvación estuvo en la huida inmediata, dificultada por las aguas del Nalón.

En los alrededores de Oviedo, los mineros habían adelantado algo sus líneas, aunque a costa de grandes bajas. Animados por las órdenes del Mando, decidieron que el día 22 fuese el del esfuerzo decisivo. En efecto; desde la mañana, el ataque fue de una violencia que pudo parecer irresistible en más de una ocasión.

«Las fuerzas del Ejército popular —dijo el Gobierno de Valencia— han ocupado nuevas posiciones dentro de la ciudad. El convento de las Adoratrices y la Colonia Eguilaz son lugares donde se combate a fondo. La Colonia ha empezado a quedar destruida. El enemigo, iniciado el repliegue, busca refugio en el Hospital. Los nuestros avanzaron en guerrillas. Primero las bombas de mano y después la fusilería y la ametralladora. Las Adoratrices, el Cuartel de Pelayo, el Hospital y la zona interior de la Plaza de Santo Domingo fueron batidos durante todo el día por nuestros cañones de todos los calibres, A la posición de las Adoratrices le queda poco por resistir: sus defensores apenas dan señales de vida. Hemos ganado terreno por Santo Domingo, estableciendo nuevas posiciones. El convento está abandonado y el enemigo se halla muy dentro de las calles de Gaztañaga y Mon. A última hora de la tarde han caído en nuestro poder el Campo de «foot-ball» y la Casa del Jabonero, en el sector de Buenavista, posiciones que constituyen puntos de apoyo formidables para el Ejército popular en la empresa de internarse por el Hospital, San Francisco y el nervio de la Central Eléctrica. Cuando se acercó la noche, la Fábrica de Armas empezó a verse atacada con toda clase de aparatos ofensivos. Detrás está La Cadellada, con un solo y pequeño agujero para que puedan salir los traidores que la defienden. ¡Ya veremos si lo consiguen!»

El día 26, Valencia anuncia solemnemente que «nuestro Ejército lucha frente al Gobierno civil y ha conquistado en un vigoroso ataque el monte Pando, el barrio de San Lázaro y el depósito de máquinas del Ferrocarril del Norte. Cerca de las siete de la tarde, las fuerzas populares se preparan para el ataque a la Fábrica de galletas. A las nueve de la noche, las fuerzas leales del sector de Buenavista batían en toda la línea al enemigo por el flanco izquierdo, rebasando la Fábrica de galletas y adentrándose en el barrio de La

Margallona. Con gran ímpetu, estas tropas arrollaban cuanto encontraban a su paso y llegaron así al depósito de máquinas del Norte. Se completó la operación con el ataque al monte Alto, posición que está situada en las estribaciones del monte Naranco y fundamental para el dominio absoluto del barrio de La Margallona, así como para el próximo ataque a la iglesia de San Pedro de los Arcos».

Una parte de estos relatos correspondía a la verdad; otra era producto de la fantasía. Pero lo que se ocultaba en los comunicados y en las descripciones oficiosas resultaba ser lo más grave; se dejaba de decir que el segundo día de ofensiva, las bajas de las unidades rojas pasaban de 4.000 entre muertos, heridos y desaparecidos; el cuarto día sucumbieron 2.000 hombres más; y durante la jornada del 26 quedó superada la cifra del día segundo. Entretanto, las líneas del Naranco, del Escamplero y del Nalón resistían enteras, las comunicaciones continuaban uniendo a la capital con el resto del frente y con el Cuartel General, y Oviedo per manecía inviolada en sus sectores centrales; es decir, inviolada para la Infantería, porque la artillería y la aviación se ensañaban sobre todos y cada uno de los edificios, amontonando las ruinas, allí donde los meses precedentes parecían haberse complacido en producir escombros.

El día 27, aunque el comunicado oficial rojo dice que «sigue la penetración en Oviedo y se lucha en las casas de la calle de González Besada y barrio de San Lázaro, así como en el Matadero Viejo que ha quedado en nuestro poder», la verdad es que el ímpetu del ataque había decrecido algo, especialmente entre el Naranco y Peñaflor, o sea, en la línea de comunicaciones. Sobre Oviedo insistieron los mineros, pero con menos furia que en días anteriores y embistiendo frentes más limi tados y estrechos.

Poco a poco, la irrupción minera irá decreciendo, no sin que ese decrecer se vea interrumpido algunos días por sacudimientos violentos del frente, como si el brío que no ha podido lograr mediante asalto y maniobra, se quisiera desfogar en coraje frustrado y en iracundia incon tenible.

Otra vez, como en los meses famosos del asedio, el Ejército rojo de Asturias tiene que renunciar al cumplimiento de sus planes. Sesenta mil hombres dotados de moral muy cumplida se han estrellado contra los efectivos de una División encargada de cubrir

un frente que se alarga en varias decenas de kilómetros. La técnica y el hábito del fuego se han impuesto de nuevo. El teniente coronel Mizzian, por ejemplo, ha conseguido, con sus fuerzas indígenas, defender el Cementerio Viejo contra los reiterados ataques de siete Batallones que no han reparado en sus tremendas bajas. Cerca de dos Divisiones —si se suman todas las pérdidas— de las disponibilidades rojas, han resultado destrozadas, casi han desaparecido. El peligro ha pasado. Ha sido el más fuerte desde los últimos días del sitio; pero la mella que este segundo gran fracaso producirá en los mineros dejará notar su influjo en los meses venideros. Aranda puede comunicar al Generalísimo que todas las líneas de Asturias siguen sin modificación esencial, y que las bajas sufridas no rebasan el cálculo que la prudencia permite hacer ante cerca de una semana de luchas encarnizadísimas. El mando rojo asturiano ha perdido la última de sus posibilidades.

Esperanzas del Gobierno de Valencia

Nos encontramos en uno de los momentos más fuertes de la moral miliciana, sobre todo por lo que se refiere al frente de Madrid. El Gobierno de Valencia, las Brigadas internacionales y las unidades rojas de choque declaran que han ganado la batalla más importante, aunque para ellos haya tenido carácter defensivo; se refieren a la maniobra y cerco de la capital. Los intentos de ataque frontal quedaron detenidos en la Ciudad Universitaria; frente a la ofensiva del ala izquierda nacional, la organización de la defensa se mantiene en el monte del Pardo, evitando así el rebasamiento de Madrid por el Oeste; en cuanto a la ofensiva del ala derecha, lanzada con la finalidad de envolver las líneas de comunicaciones por el Sureste y el Este, quedan libres las carreteras de Alcalá y algunas del Tajuña, por donde se puede seguir comunicando con Valencia. En suma, Miaja pronuncia discursos y lanza arengas optimistas; la Brigada 40, que ha defendido durante más de un mes la Ciudad Universitaria, es acogida con entusiasmo por las masas rojas cuando desfila por las calles de Madrid; los jefes, Lister, «El Campesino», Modesto y Mera, son mirados corno guerreros fabulosos; se ha logrado la unificación de las juventudes marxistas; llegan constantemente toneladas y toneladas de material y pasan la frontera francesa nuevos millares de voluntarios extranjeros; los cronistas llaman al río Jarama «el Marne de Madrid»; lo cual da a entender la euforia del momento. No hay duda; la moral es

fuerte; el armamento, excelente; los efectivos muy numerosos. Vamos a entrar en las inolvidables jornadas de Guadalajara.

CAPÍTULO IV

OPERACIONES DE GUADALAJARA Y SUS CONSECUENCIAS MILITARES Y POLÍTICAS

Tercera y última etapa de las operaciones ofensivas sobre Madrid, como final de la maniobra de cerco contra la capital de España, se planea el ataque general en la provincia de Guadalajara. — Dispositivo de la acción. — Diversas etapas de las operaciones. -— Avance fulminante de las unidades nacionales y dislocación de las líneas rojas. — Errores de preparación. — Equivocaciones psicológicas e información deficiente. — Influencia del tiempo en el encuentro. Interpretaciones apasionadas de las operaciones de Guadalajara. Examen de los sucesos militares a la luz de la técnica. — Fuerte contraofensiva roja del Ejército de Madrid. — Consideraciones finales. Operaciones parciales en el sur.

La Alcarria es un alto país amesetado de la provincia de Guadalajara, teatro de operaciones en el mes de marzo de 1937, como lo fue a comienzos del siglo XVIII, cuando Vendôme, General de Felipe V, venció a los imperiales en Villaviciosa. Su centro topográfico y político, así corno su mercado principal, es la pequeña ciudad de Brihuega.

El país entero es un macizo de estructura tabular, alzado, próximamente, a los 1.000 metros en sus rasas y dilatadas planicies superiores, modelado en páramos, y ahondados en ellos, valles de erosión, por cuya vaguada fluyen las escasas corrientes del seco país.

Los páramos, extensos, abiertos, llanos en su parte superior, por lo general de grandes dimensiones —sirva de ejemplo el páramo en que se asientan Torija (964 metros), Trijueque (994 metros), Fuentes de la Alcarria (993 metros)— son formas de relieve llamadas *alcarrias*. Los páramos o alcarrias son, pues, altas mesetas, troncos de pirámide en forma de artesa volcada, en los que la erosión taja sus falda. Cid los cruzó cuando iba en demanda *de* Alcocer.

«Vanse Fenares arriba quanto pueden andar.

Trocen las alcarrias e ivan adelant…»

Algunos páramos han quedado reducidos a cerros testigos (cerro de Hita, con 978 metros de altura).

El valle de erosión tiene al presente detenida su vaguada en el nivel de las arcillas tortonienses, quedando los cauces por los que discurren los parvos caudales líquidos de ríos y arroyos a los 650-700 metros de altitud.

Ascendiendo desde la vaguada de los valles a la tabla llana de las calizas pontonienses en que los páramos rematan, se revisan los diferentes horizontes geológicos componentes del terciario continental alcarreño. Se cruza primero el potente espesor de las arcillas pardo-bermejas en que algunos pueblos se asientan, como La Armuña y la propia Brihuega, situada en el recuesto en que un valle secundario de erosión aboca al principal del Tajuña en su ladera occidental y por debajo del rico nivel acuífero de que Brihuega se surte; más arriba, el nivel de las margas azules sarmatienses, antiguos fangos lacustres desecados, fondos de charcas salinas; un interesante nivel de lignitos de escasa potencia; después, el de las margas albarizas suprayacentes, y en lo alto, con brusca ruptura de pendiente en el declive general de la ladera, se alcanza el potente espesor de las calizas de fecha pontiense.

En la capa superior caliza, tendida sobre el páramo, como recio tablero a los 980-1.000 metros de altitud, se extiende la llanura tersa y en uniforme superficie de equilibrio; el paisaje es de inmensa y severa belleza desolada. El ambiente de límpidas transparencias cristalinas da paso a la luz, refulgiendo el sol con tajantes resplandores, afinando líneas y perfiles en la llanada serena, recortando crudamente los páramos en el azul celeste. El páramo de Peñalver, grande y famoso, seco, árido, inacabable, está tocado de cierta gracia de infinitud, sumido en el paisaje de hondo y eterno sosiego silencioso. Santa Teresa de Jesús acertó a cruzar estos páramos con ocasión de su fundación de Pastrana, gozándose en su visión luminosa *y* penetrante.

La tenaz labor de los agentes erosivos inicia y acaba, en el espesor de estas calizas, la talla y labra del valle de erosión que en ellas apoya su cabecera. En el caso de que los páramos estén desnudados de sus calizas protectoras, los materiales infrayacentes de menos coherencia no escapan a los agentes de la erosión cercenadora, y sobre todo, el nivel arcilloso queda rica y variadamente modelado. La región es, en suma, país de mesetas reciamente erosionadas y de cerros testigos (cetro de Hita, Muela de Alarilla, Tetas de Viana). Los ríos que hienden y tajan la Alcarria —

Tajo, Tajuña— fluyen por encajados cauces. El Henares se aloja en la falla que separa la Alcarria de la campiña.

El clima es el mediterráneo continental. La meseta está poblada de un matorral aromático —tomillo, romero, espliego—, cuyas esencias concentran las abejas en la miel fragante que todos los españoles conocer especialmente con el nombre de «miel de la Alcarria».

La tierra, muy arcillosa en zonas extensas, determina en las épocas de lluvia la creación de inmensos fangales y hace prácticamente imposibles las operaciones de tránsito y de tráfico fuera de las carreteras.

En la zona que se eligió para las operaciones de marzo de 1937 corren tres ríos: el Henares, el Badiel (afluente del primero) y el Tajuña. Más al Este, se abre el amplio cauce del Tajo.

Desde el punto de vista de las comunicaciones, baja hacía Madrid la carretera de Francia, o sea, la de La Junquera, Barcelona y Zaragoza a Madrid, magnífica vía que forma parte de la red de firmes especiales.

En el mismo sentido corre por el valle del Tajuña la vía de segundo orden que une los pueblos de Masegoso y Brihuega. Desde la carretera de Francia arranca una transversal hacia Masegoso; otra va de Torija a Brihuega. No puede afirmarse que la comarca sea demasiado escasa de comunicaciones, pero tampoco tiene las necesarias para la organización logística de una batalla moderna.

En aquel paisaje teñido de desolación, pequeños bosques interrumpen de vez en cuando la desnuda extensión y sirven de reposo a la vista y al ánimo. «El terreno —dice un comentarista italiano— es complicado, aun en los trozos situados al Norte de Brihuega que, a juzgar por el mapa topográfico, pudieran parecer llanos y descubiertos; cabe perfectamente una defensa por medio de pequeños núcleos de resistencia, con gran economía de fuerzas y un sistema de fuegos cruzados.

Según los documentos rojos que hemos tenido a la vista, el Estado Mayor de Miaja tuvo información bastante completa de los propósitos del Mando nacional. Hay que decir que la retaguardia de la España franquista no se comportó en este caso con demasiada discreción. El anhelo de la conquista de Madrid, la habitual inclinación de los españoles a la conversación, el celo de los «bien informados», la equivocada idea que del valor de la información tenían muchas personas de buena fe, la confianza ciega en una victoria inmediata y el error en la apreciación de los medios con que contaba el adversario, sirvieron para que con mucha

antelación se hablara libremente de cuanto podía referirse a los preparativos de la batalla. Hasta en los pueblos franceses próximos a la frontera española por el lado de Irún y San Sebastián se conocía «el secreto»; los periódicos fronterizos publicaron anuncios circunstanciados de la concentración, del sentido de la maniobra y de la acumulación de elementos.

Tan cierto estaba el General Miaja de que un peligro grave le amenazaba por el lado de Guadalajara, que ordenó obras de fortificación de campaña entre los ríos Henares y Tajuña. Los observatorios nacionales pudieron ver perfectamente cómo llegaban varios Batallones de trabajadores para construir nidos de ametralladoras y para consolidar las líneas de resistencia.

Seríamos enemigos de la verdad si ocultáramos que la fácil victoria de Málaga influyó mucho en ciertos espíritus, empujándolos a creer igualmente sencilla una operación contra el Ejército defensor de Madrid. Sobre todo en las unidades italianas, maravilladas de la eficacia de su técnica contra los rojos malagueños, nació la convicción risueña de que no habrían de encontrar dificultades insuperables. Se sostenía, no sin cierto fundamento, que si los combates del Jarama habían dado un rendimiento solamente relativo, era necesario buscar la causa en la escasa densidad del fuego artillero aplicado sobre aquel frente y en la poquedad de las granadas con que contaban los parques divisionarios. Una vez que se pudiera tirar prácticamente sin tasa, ¿no parecía lógico pensar que las consecuencias serían decisivas?

En todo caso —y éste era el pensamiento de Franco: como lo sería en toda la guerra—, la energía de una auténtica iniciativa mandaba probar fortuna, mientras el intento y sus posibles resultados valieran el costo de la batalla en sangre y en material. Por lo menos la situación estratégica y táctica autorizaba un último esfuerzo para cerrar el cerco de Madrid.

Las Divisiones legionarias, una vez terminada la batalla de Málaga, fueron rápidamente trasladadas al centro de la Península, a fin de proceder a una mejor organización de sus distintas unidades.

Con gran satisfacción se dispusieron esas Divisiones a intervenir en una operación ofensiva cuyas consecuencias podían acarrear el término de la campaña. El Mando del Cuerpo de Tropas Voluntarias no ponía otra condición sino la de que sus soldados fuesen empleados exclusivamente en maniobras de ataque, nunca en frentes estabilizados. Argumentaban para ello con la especial calidad de los Regimientos legionarios, formados por jóvenes entusiastas, preparados para el movimiento rápido

y elástico, pero sin hábito para la monótona y angustiosa vida que suele llevarse en el fondo de las trincheras. La verdad es que la operación de Guadalajara produjo enorme ilusión en los italianos. No se había llegado a calibrar suficientemente los progresos del Ejército rojo; únicamente los Mandos del Jarama acababan de tener pruebas directas y concluyentes de la transformación que se operaba en las filas enemigas.

Concibió el Generalísimo Franco un plan que es, en sí mismo, una verdadera perfección técnica. Se trataba, en suma, de dejar caer sobre el Nordeste y Este de Madrid una masa maniobrera muy ágil, cuya directriz sería la carretera hacia Guadalajara y Alcalá. Al propio tiempo, los Batallones que acababan de batirse en el Jarama tratarían de forzar el paso del Tajuña, romperían en la zona de Arganda, invadirían la comarca de Alcalá de Henares e irían a darse la mano con las tropas procedentes de Guadalajara; hecho esto, debía quedar herméticamente cerrado el cerco de Madrid. El plan del Generalísimo era, como digo, magnífico, y debió haber coronado las mayores esperanzas nacionales si todos los elementos empeñados en la batalla hubiesen podido cumplir exactamente la misión que se les había confiado. Pero, en la guerra, como en todos los demás combates del mundo, luchan dos fuerzas, por lo menos, y no sería lícito razonar prescindiendo del enemigo o del contradictor. Por otra parte, un número elevado de circunstancias y condiciones, dependientes de las pasiones humanas unas veces, de causas superiores otras, imprimen a la acción caracteres y señalan rumbos inesperados; nadie los hubiera podido prever. Si la voluntad y el pensamiento de un General en Jefe, por sí solos, pudieran decidir el final de una batalla, la guerra sería simple tarea de gabinete y no un huracán sobre el campo y bajo el cielo, como en realidad es.

Terminada la operación de Málaga y la maniobra del Jarama, se pensó transitoriamente en trasladar el centro de gravedad de la guerra española hacia el frente del Bajo Aragón. La punta que allí se diseñaba hacía el mar levantino era una tentación permanente para la imaginación del Generalísimo Franco. Una gran marcha que, tomando como base la ciudad de Teruel, rompiera el frente rojo, permitiera salvar las difíciles montañas turolenses y llegara a la costa de Valencia, partiendo de ese modo en dos el Ejército rojo y dividiendo el territorio aún sometido a la administración del Frente Popular, presentaba ventajas tan extraordinarias que valía la pena de estudiar todas las posibilidades de llevarla a término.

La contemplación del panorama que ofrecía el problema de los efectivos y del material, aconsejó el aplazamiento de tan vasto propósito.

De otro lado, era lógico insistir hasta el final en el ataque sobre el «hinterland» de Madrid mientras no se demostrara que las dificultades resultaban demasiado grandes. El plan de Guadalajara ¿era de cumplimiento posible? Sin duda alguna, y aun probable. Sí los diferentes mandos subalternos no pudieron cumplir los deseos del Generalísimo, ahora veremos cuáles fueron las causas inmediatas del relativo fracaso.

* * *

Según hemos dejado dicho, tres masas de tropas debían intervenir en la operación: la División de Soria, mandada por el General Moscardó; el Cuerpo de Tropas Voluntarias (legionarios italianos), bajo la jefatura inmediata del General Roatta, y parte de la «División reforzada de Madrid», a las órdenes del General Orgaz.

La acción ofensiva más brillante correspondía —por expreso deseo de los italianos— al Cuerpo de Tropas Voluntarias, el cual, después de Málaga, se consideraba en posesión de todos los medios morales y materiales para llevar adelante el arduo proyecto. A su derecha, la División de Soria marcharía flanqueando, para permitir una plenísima libertad de movimientos a las Divisiones legionarias sobre la carretera de Francia. En el Jarama, los Batallones de Orgaz ejercerían fuerte presión para impedir que de allí salieran rumbo a Guadalajara demasiadas tropas de refuerzo y para obligar a los rojos a librar dos batallas al mismo tiempo, reduciendo así la ventaja de emplear sus líneas interiores.

En principio, la ofensiva debía iniciarse a fines del mes de febrero, pero la concentración de las Tropas Voluntarias *y* la llegada de su material exigió plazos mayores que los calculados, con lo cual se alargó la fecha hasta el día 8 de marzo. Una de las consecuencias de este aplazamiento fue el aumento de rumores y conversaciones indiscretas en la retaguardia nacional y, por consiguiente, un positivo acrecentamiento de las informaciones que llegaban al Cuartel General de Miaja.

Por la zona en que los rojos reforzaban sus líneas se pudo comprender que tendían a cubrir lo mejor posible la carretera de Francia, a fin de conservarla expedita en caso de retirada. Las fortificaciones de campaña fueron consolidadas al Norte y Noroeste de Guadalajara, a caballo sobre la carretera general.

La primera línea de resistencia no era muy fuerte; se hallaba integrada por un solo sistema de trincheras, a lo largo de la cual aparecían pequeños nidos de ametralladoras, puestos de tirador y parapetos no mal

dispuestos para el cruzamiento de fuegos. Más atrás, sobre las lomas, pero a considerable distancia de las líneas de contacto, aparecía un segundo sistema de trincheras un poco más profundo. Los observatorios rojos eran excelentes, de suerte que podían apreciar con bastante exactitud los movimientos nacionales y seguirlos de cerca.

Los bosques de la región estaban muy atrincherados. En la región inmediata a Guadalajara se preparó una tercera línea de defensa nada desdeñable. Indudablemente, el sistema defensivo rojo, en general, era el más sólido y el de mejor disposición técnica que se había producido desde el comienzo de la guerra. Un jefe español, teniente coronel de Estado Mayor, Vicente Rojo, llevaba la dirección del plan defensivo, asistido por el húngaro Kleber y, aún más, por el alemán Hans Beimler, jefe de una Brigada internacional y hombre de clara disposición —según parece— para el arte de la guerra.

El dispositivo general de las tropas nacionales y voluntarias era el siguiente, de derecha a izquierda:

División de Soria (General Moscardó), cuyo eje de marcha, partiendo de la región Sur de Sigüenza, sería el río Henares y el ferrocarril de Barcelona a Madrid. Las instrucciones le ordenaban forzar los duros pasos de Jadraque, romper en profundidad sobre el flanco izquierdo del enemigo y, mediante una presión constante en la dirección antedicha, facilitar la marcha del Cuerpo de Tropas Voluntarias a lo largo de la carretera de Francia.

Segunda División Voluntaria de «Llamas Negras» (General Coppi), concentrada en la zona de Torremocha del Campo, Tortonda, Torresaviñán y Sauca. Las instrucciones que se le dieron le ordenaban tomar a su cargo la operación de ruptura marchando a caballo de la carretera de Francia, entre Algora y Ledanca, hasta alcanzar una línea jalonada por los pueblos de Argecilla, Ledanca, Hontanares, CogoIIor y Masegoso de Tajuña. A los efectos de la ruptura del frente enemigo, fue reforzada esta División con el 4.° y 5.° Grupo de Batallones, dos Compañías de carros ligeros, una batería de 20 mm. y tres Grupos de artillería ligera.

Tercera División Voluntaria de «Plumas Negras» (General Nuvolani), concentrada en la zona de Aguilar-Medinaceli y reforzada por dos Compañías de carros, una Compañía de «autos» blindados, una Compañía de moto-ametralladoras, cuatro Grupos de artillería y dos baterías de 20 mm. Era misión de esta unidad seguir muy de cerca el avance de la Segunda División Voluntaria y sustituirla en el ataque, una vez lograda

la ruptura, ocupando la carretera de Almadrones a Brihuega y tomando esta importante localidad. Elementos ligeros cubrirían el flanco izquierdo hacia el Tajuña, donde los rojos no acusaban una presencia inquietante.

Las divisiones «Littorio» (General Bergonzoli) y Primera (General Rossi) quedaban en reserva, a disposición del Mando del Cuerpo de Ejército.

En cuanto a la aviación, según documentos italianos, disponía el ataque de 13 aparatos de bombardeo, 51 de caza y 12 de reconocimiento. La aviación nacional estaba entregada a la tarea de vigilar estrechamente el frente de Madrid.

El total de hombres de que disponía Moscardó en la División de Soria no superaba los efectivos de una Brigada fuerte. El Cuerpo de Ejército Voluntario, con sus cuatro Divisiones, rebasaba apenas los 30.000 hombres.

En cuanto a los tojos, presentaron dos dispositivos diferentes: uno, el inicial, formado por 11 Batallones de 500 hombres, cuatro baterías artilleras, un Escuadrón de Caballería y dos Compañías de carros, o sea unos 7.000 hombres en conjunto. Pertenecían, en su inmensa mayoría, a la C. N. T. y estaban mandados por Cipriano Mera, al cual ayudaban jóvenes oficiales profesionales de significación marxista. Carecían de reservas inmediatas, aunque este problema quedaba salvado por la facilidad de transportar desde Madrid masas importantes en unas cuantas horas.

El verdadero dispositivo rojo de la batalla, cuando ésta tomó vuelos más amplios, fue el siguiente:

División de Guadalajara (Cipriano Mera), con 11 Batallones, cubriendo el frente del Henares y los pasos de Jadraque frente a la División nacional de Soria. Instrucciones: mantener una defensiva cerrada para evitar que el flanco de las tropas de Brihuega, así como la carretera de Francia, fueran atacados de revés.

Undécima Brigada internacional, lanzada a la batalla para detener el avance por la carretera y permitir la llegada de nuevos refuerzos.

Brigadas internacionales números 12, 35 y 15.

Brigadas Lister y «El Campesino». Batallones de Modesto. Se anotó, entre otras, la presencia de los Batallones «Pasionaria», «Spartacus», «Garibaldi», «Pi y Margall», «Largo Caballero», «Comuna de París», «André», «Thaelmann» y otros cuyos nombres aparecen menos citados en los documentos rojos.

Disponían los marxistas de 86 carros, 30 aviones de bombardeo y 90 entre los de caza y observación. El número de hombres que empeñaron en la batalla fue, aproximadamente, de 30.000. Quedaron en las líneas inmediatas a Madrid 30 Brigadas más, repartidas del modo siguiente: entre la Cuesta de la Reina y la Ciudad Universitaria, 15 Brigadas, o sea unos 22.000 hombres; entre la Ciudad Universitaria y el sector del Escorial otras 15, con un total de efectivos semejante al anterior.

El día 8 de marzo dio comienzo la ofensiva. Se ordenó una preparación artillera de escasa duración —40 minutos—, porque las líneas rojas no exigían mayores alardes e importaba más mover la Infantería con la máxima rapidez.

La División de Soria se puso en marcha sobre la carretera de Sigüenza a Taracena. Tenía delante de sí los cerros de Jadraque, muy difíciles de franquear y defendibles con pocos hombres. El primer choque de esta División fue duro, pero a media mañana las líneas atacadas flojearon en todas partes y el flanco izquierdo rojo cedió por su base. El fuego de las ametralladoras fue rápidamente apagado por las baterías divisionarias, y todo permitía pensar en aquel momento que el plan se cumpliría sin ninguna dificultad insuperable. La Segunda División Legionaria inició su avance al amanecer. Una densa niebla cubría el horizonte. El frío se hizo más intenso que en días anteriores y comenzaron a caer chubascos de agua casi helada.

El efecto que se perseguía —la ruptura del frente enemigo— se consiguió por completo. El primer sistema defensivo que cubría la zona de Mirabueno, Almadrones y Las Inviernas quedó perfectamente desarticulado y los legionarios se infiltraron por todas partes, viendo cómo delante de ellos retrocedían las unidades enemigas. Debieron los atacantes haber observado con mucha atención el importantísimo hecho de que al retirarse los rojos se llevaban todo el material importante, lo cual indicaba la existencia de un Mando y de un plan.

A media mañana la lluvia se convierte en ininterrumpido temporal que va produciendo su efecto de enfangamiento.

Cae gran cantidad de agua que se mezcla con intensas ráfagas de granizo. La temperatura desciende varios grados bajo cero.

En el frente enemigo comienzan a verse carros rusos en proporción desusada, lo cual prueba que los preparativos para la resistencia se han hecho con la finalidad de pasar a la contraofensiva en cuanto sea posible. Por el momento continúa el repliegue, como si la orden recibida en las

filas rojas fuera la de romper provisionalmente el contacto con las vanguardias atacantes. A las tres de la tarde hacen su aparición algunos aparatos de observación, seguidos de dos escuadrillas de bombardeo y de cuatro escuadrillas de caza. Proceden de los aeródromos rojos de Madrid. Los soldados voluntarios aguardan en vano el combate aéreo. Los aviones legionarios no pueden despegar en los campos encharcados de provincia de Soria. El aire queda, pues, a merced de los atacados en tierra. Como el gran despliegue que la batalla exige no puede hacerse a consecuencia del pésimo tiempo reinante, la concentración de medios materiales resulta penosa, se estorban unos a otros los hombres en la carretera de Francia, son difíciles los movimientos de las unidades de Infantería y se producen algunos fenómenos de embotellamiento que, si se prolongan, pueden llegar a ser desastrosos. El espacio en que intenta actuar un gran número de camiones y de baterías es muy reducido. Todo irá bien a condición de que la profundidad del avance sea mantenida con el adecuado ritmo; pero sí algún contratiempo obliga a retirar los elementos avanzados, habrá de quedar en poder del enemigo una parte del material por imposibilidad física de maniobrar para salvarlo. Hay ya muchos síntomas que acaso aconsejen un alto en el combate y una nueva ordenación de los planes. Sin embargo, cuando la noche se acerca, los observadores móviles que el Mando legionario ha enviado hacia el campo enemigo acusan que la retirada roja continúa en todas partes y que parece advertirse el propósito de no detenerse hasta las líneas de resistencia organizadas mucho más atrás. Por consiguiente, si el ataque se sostiene vivo y enérgico, cabe teóricamente impedir ese nuevo establecimiento del frente a retaguardia.

El día 9 de marzo el temporal continúa con rabia, y cuando las distintas columnas empiezan a moverse, se diría que todas las cataratas del cielo se han abierto sobre la provincia de Guadalajara. El Mando de la División de Soria, silenciosamente, va haciendo su camino y ocupando sus objetivos con notable regularidad. Una tras otra, las pequeñas localidades, las ásperas cotas y los estrechos valles abren paso a los Batallones de Moscardó, que aseguran inconmovibles el flanco, según se les había ordenado.

En cuanto a los Voluntarios, se les da la consigna de ocupar la carretera Almadrones-Masegoso y lanzarse rápidamente hacía Brihuega. Para ello, el pase de línea previsto entre la tercera y la segunda Divisiones deberá llevarse a efecto desde las primeras horas de la mañana y se exten derá el ataque hacia el ala izquierda, con Brihuega como objetivo de la jornada. La tonalidad general de la

acción es, durante este día 9, mejor que la del día anterior. Almadrones, Cogollor, Masegoso y toda la transversal antes citada quedan pronto a retaguardia, y los rojos siguen su repliegue, menos ordenadamente que lo venían haciendo.

La tercera División avanza a los dos lados de la carretera de Francia, adelanta las posiciones de la segunda y ésta bascula hacia la izquierda para situarse sobre la carretera de Masegoso a Brihuega. Algunos desta camentos cubren el flanco izquierdo en el cauce del Tajuña, donde los rojos vuelan los puentes principales.

Al final de la acción, el avance logrado desde que el dispositivo se puso en marcha para la ofensiva, es de 30 kilómetros. Los Voluntarios observan con gran satisfacción que la División de Soria está marchando hacia la cuenca del río Badiel y se prometen grandes beneficios tácticos por este magnífico apoyo que tienen a su derecha.

Pero... Quizá la información no ha sido suficientemente exacta o no se ha valorado en la justa medida la aparición de algunas unidades rojas en determinados sectores del frente. Por ejemplo: en la carretera de Francia, en el eje Gajanejos-Ledanca, se ha presentado la undécima Brigada internacional y ha contraatacado parcialmente, pero con gran tino, sin otro propósito que el de contener la velocidad del ataque y pro teger una reorganización de la defensa.

Instrucciones rojas

En la noche del 9 al 10 llegan al frente rojo tres Brigadas más, todas internacionales. Y llegan, igualmente, las de Lister, Modesto y «El Campesino». Aparecen también varios Batallones a las órdenes del «comandante» Pando.

Las instrucciones que el 10 por la mañana dictan desde Guadalajara a los puestos de mando rojos determinan que debe darse por terminado el repliegue y que ha llegado la hora de fijar el frente para pasar más tarde al contraataque. Se prescribe una prudente utilización de las reser vas y una suprema energía en el mando. Los contraataques posibles se producirán, prácticamente, sobre las dos alas del Cuerpo de Ejército Voluntario: en el sector

Trijueque-Torija y en las inmediaciones Sur y Sureste de Brihuega.

Por la mañana, la tercera División legionaria , transportada en camiones, se lanza contra Brihuega. La voladura del polvorín de los milicianos es el signo del abandono de la localidad por los rojos. Entran triunfalmente los Voluntarios en las calles, todavía semidormidas, y aún tienen bríos para llevar el ataque un kilómetro más allá de las últimas casas. Pero cuando tratan de abrirse paso hacia la derecha, para adueñarse de algunas lomas vecinas y acercarse al bosque de Ibarra, se desencadenan los contraataques de fijación, muy violentos y bien dirigidos. Momentáneamente, aquellas reacciones rojas producen alguna sorpresa y las líneas atacantes se detienen. Luego, animadas por el fuego artillero, vuelven éstas a la carga, y aunque con cierta lentitud, ganan terreno en varias direcciones. Llega a los Batallones Voluntarios la noticia de que Moscardó ha ocupado todos los pasos serranos de Jadraque y no sólo se ha hecho dueño de este pueblo, sino que, avanzando resueltamente, se encuentra ya al Sur de Miralrío, lo cual supone un progreso tan notable que, realmente, el extremo flanco izquierdo de los rojos se encuentra en plena derrota.

En el sector de Trijueque, donde los italianos se han situado en cuña sobre la carretera, la resistencia enemiga es tan dura y su capacidad de reacción tan activa, que el Mando Voluntario comprende la necesidad de reforzar sus efectivos de ataque. Por ello da orden de que la segunda División avance al flanco de la tercera, y la División primera, mantenida a retaguardia en situación de alerta, se mueva rápidamente y entre en línea de fuego. Las bajas que sufren los primeros Batallones no son exageradas, pero si se las compara con las sufridas en días anteriores, acusan una densidad de fuego y una resolución del enemigo que nada tienen que ver con los movimientos de retirada y con la flojera que se ha observado en las dos primeras jornadas de la batalla.

El día 11 cae Trijueque en poder de los elementos avanzados de la tercera División. Si se consigue llegar a Torija y dominar algunos observatorios excelentísimos que los rojos poseen, es probable que la decisión del encuentro sea inmediata y muy favorable a los nacionales. Para la ocupación de Torija es necesario no solamente que la tercera División avance por la carretera de

Francia, sino que la segunda, empeñada en las posiciones del Sur y Suroeste de Brihuega, se apodere del Palacio de Ibarra, del Palacio de Don Luis y del bosque en que esa zona está envuelta. Una vez logrados tales objetivos podrá dirigir sus pasos hacia Torija, y así, coincidiendo las dos Divisiones en una misma operación, el sector vital del frente rojo quedará absolutamente desarticulado, con resultados y consecuencias profundísimas para la totalidad del frente.

Moscardó ocupa Cogolludo y baja raudo, por Espinosa de Henares, hacía Hita y Torre del Burgo. La División de Soria está operando magníficamente. Digamos, en justicia, que la casi totalidad de las reservas rojas se halla orientada hacia los sectores en que se bate el Cuerpo de Tropas Voluntarias.

Estas llevan cuatro días de batalla en unas condiciones muy duras. Para soportarlas hubiera sido necesario un largo entrenamiento, una especialísima instrucción y un período de adaptación a las circunstancias de terreno y clima, todas ellas erizadas de elementos hostiles y a veces irresistibles. El frío y el temporal van causando efectos morales, aparte los materiales; la fatiga es intensa; la necesidad de un alto, clara. Los aviones del campo de Almazán apenas pueden prestar ayuda. Los carros tienen que aprovechar las carreteras, porque en cuanto se aventuran a campo traviesa quedan sepultados en el lodo.

El breve descanso concedido favorece el restablecimiento de las líneas rojas. Cuando en la tarde del día 11 se intenta otro ataque violento, la resistencia acusa una fortaleza nada común. Los rojos tienen la sensación de que están llegando al deseado instante en que el frente quedará fijado. A propósito de esto escribe el comisario Hans, de la duodécima Brigada internacional:

«El ataque en masa del enemigo en la tarde del 11 de marzo sobre nuestras líneas de defensa hacia el kilómetro 82 de la carretera de Aragón ha podido ser detenido entre Trijueque y Torija. Con los refuerzos llegados durante la tarde y la noche se pudo formar una nueva línea de defensa, y los dos flancos en dirección de Rebollosa de Hita y Valdearenas pudieron ser fortificados.»

Mas no sólo se procedió a la fortificación, sino que en la noche del 11 al 12, al filo de las tres de la mañana, bajo una verdadera tempestad de lluvia y viento, dos Brigadas internacionales contraatacaron delante de Trijueque, y este pueblo pasó nuevamente a las manos de las unidades internacionales. Apuntaba ya la contraofensiva en esta zona, con ánimo de atacar por los dos lados de la carretera y picar la retaguardia nacional.

«Ya el 12 —dice el antes citado comisario Hans—, después de un nuevo y vano ataque del enemigo a lo largo de la carretera de Brihuega, que fracasó como los precedentes, el frente parecía estabilizado, hasta el punto de que todo peligro de una nueva ruptura del frente podía considerarse como descartado. La situación había cambiado por completo. Las diversas columnas fascistas se veían detenidas y encerradas en un radio excesivamente estrecho; sus caminos de acceso estaban obstruidos. Las provisiones y las municiones para la artillería no podían llegar hasta el frente. El fracaso evidente de la ofensiva y el tiempo verdaderamente espantoso desmoralizaban al enemigo; desmoralización que fue hábilmente reforzada por nuestra propaganda con proclamas y altavoces.»

Pero no era en la dirección de Trijueque donde iba a decidirse el encuentro, sino en la carrerera de Brihuega a Torija, y especialmente en el bosque del Palacio de Ibarra. Un Batallón de la División segunda había ocupado este palacio. Dentro del bosque inmediato, bien cubiertos y ocultos entre los árboles, se habían apostado tres Batallones de la 15 Brigada internacional. El día 13, esos tres Batallones recibieron orden de marchar al asalto del edificio. La aviación roja, muy fuerte, bombardeaba intensamente las líneas de comunicaciones y concentraba sus bombas de mayor potencia contra las unidades que se habían infiltrado hacia vanguardia. Probablemente, en ningún otro momento de la guerra tuvieron los pilotos rojos tanta decisión y tan fuerte confianza en la victoria como durante los combates del Jarama y de Guadalajara. Debió ser aquélla una pequeña promoción, en cierto modo excepcional, dentro de los cuadros marxistas. Por otra parte, el hecho de que apenas encontraran resistencia aérea por causa del mal tiempo, les enardeció considerablemente, y todo vino a confluir en un ataque constante, cuyos efectos psicológicos, añadidos a los del frío y la tempestad, se dejaron sentir entre los legionarios italianos durante las horas finales de la batalla.

El heroísmo con que se batieron los voluntarios del Palacio de Ibarra fue extraordinario. Merecen todos los homenajes por la gallardía y grandeza con que supieron morir. De los Batallones próximos se des-

gajaron dos Compañías en auxilio de los sitiados; pero ya era tan ventajosa la situación táctica de los rojos, que no fue posible evitar el cerco; quedó, como último recurso, el de la valerosa y admirable muerte cara a cara. Cuando los contraatacantes entraron en el Palacio de Ibarra, reconquistado tras dos días y medio de lucha encarnizada, varias docenas de cadáveres de bravos dieron testimonio del valor con que los legionarios habían honrado su orgullo de combatientes.

En estas acciones puramente locales, magníficas de heroísmo, transcurrieron varios días, sin que la decisión que los rojos buscaban se produjera tan rápidamente como ellos hubieran deseado para bien de sus planes. El segundo, cuarto y quinto Grupo de legionarios fue cediendo el terreno palmo a palmo, y sólo cuando todas las posiciones dominantes de Brihuega estuvieron en poder de la Brigada Lister y de las fuerzas internacionales, se pensó en el repliegue a lugares menos afectados por el fuego.

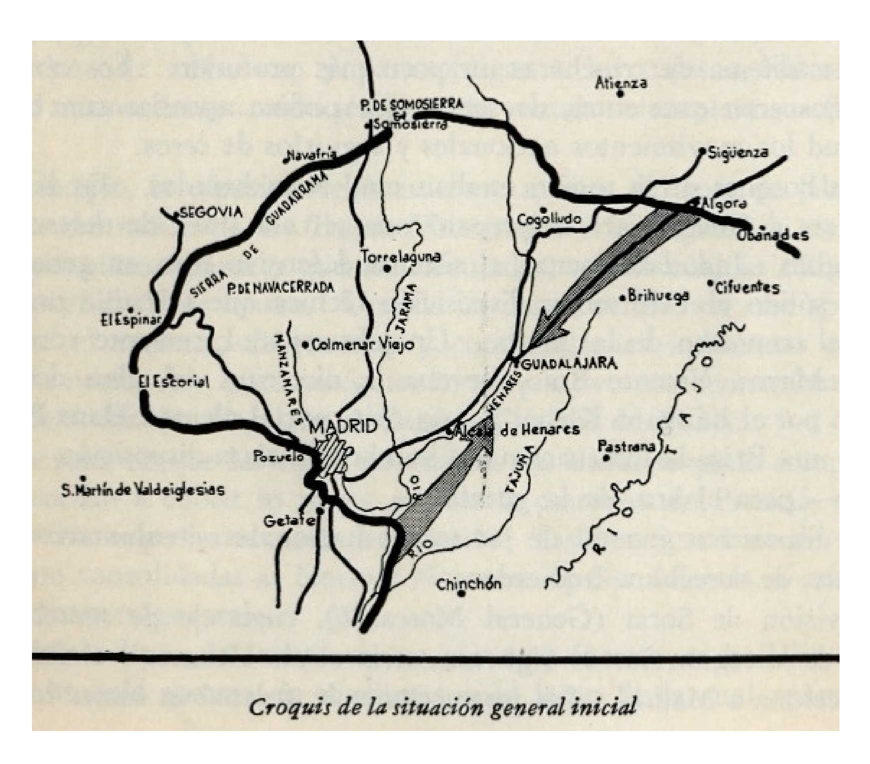


La artillería nacional atraviesa Sigüenza, en marcha hacia el frente

Entretanto había avanzado la División «Littorio» desde sus acantonamientos de Sigüenza para llegar a la línea de combate. Tenía como misión impedir el éxito de los contraataques en el sector de Trijueque y, si era posible, rechazar nuevamente a los rojos en dirección de Torija. En este momento se produjo lo temido: la carretera de Francia, por sí sola, no bastaba para encauzar todos los movimientos de las diferentes unidades. Sólo un campo seco a los dos lados de la ruta mencionada hubiese podido resolver problemas esenciales de tráfico; obligados los voluntarios italianos a emplear únicamente la carretera, vióse en seguida que el embotellamiento de vehículos tropas, camiones, parques, cocinas, cañones y depósitos ambulantes, representaba un riesgo enorme. En efecto; la «Littorio», que iba con intenciones de atacar, se encontró a las Brigadas internacionales muy bien situadas y en situación

de fácil contraataque; tuvo, pues, que limitarse a la defensiva, con el fin de cubrir hasta el máximo el repliegue parcial de la tercera División.

Parte de los Batallones de la primera fueron enviados rápidamente como refuerzo de la «Littorio». Pero también por el lado del enemigo llegaron fuerzas de refresco, entre ellas la Brigada internacional número 77, traída directamente de Albacete. Los voluntarios se pegaban ardorosamente al terreno, y sólo después de sufrir muchas pérdidas abandonaban una posición.



Croquis de la situación general inicial

La fisonomía que tomaba la batalla era clara; ya no había que pensar en seguir marchando hacia Guadalajara, y como tampoco se podía permanecer en las posiciones del máximo avance, se imponía una pequeña retirada, cuya dificultad residía en la presión cercanísima que el enemigo venía ejerciendo; la maniobra era, pues, complicada para despegarse suficientemente y romper el contacto.


El general Moscardó, jefe de la División de Soria

La División Moscardó progresaba constantemente y podía llegar en un momento determinado, a constituir un peligro muy serio sobre el flanco izquierdo de las Brigadas internacionales; pero aún faltaban algunos escalones para que ese hecho se produjese, y no parecía probable que el resto del frente nacional pudiese prolongar la espera.

«En la tarde el 18 de marzo —dice Hans—, aniversario de la Comuna de París, se dio la orden de ataque. Se pusieron en marcha 60 tanques a la orden de las Brigadas internacionales, que debían atacar. Una flota de 80 aviones bombardeaba copiosamente, veinte minutos antes de comenzar el ataque, las líneas enemigas. Los puntos decisivos de resistencia del enemigo han sido anulados por el fuego preciso y destructor de nuestra magnífica artillería. Muy sorprendido y evidentemente nervioso, el adversario tentaba en vano su suerte con un ataque de flanco en dirección a Brihuega, que se estrelló contra el fuego y el contraataque de los Batallones «Thaelmann» y «Edgar André», de la 11 Brigada internacional. ¡El camino de Brihuega estaba libre! Muy avanzada la jornada, los Batallones de «El Campesino» y de la 12 Brigada se apoderaban, por asalto, de Brihuega, último punto de apoyo de los fascistas.»

Brihuega ha sido recuperada por los rojos. Los voluntarios tienen que retroceder para que no queden en sus líneas salientes e islotes condenados al envolvimiento. En vista de un examen de la situación general, la orden de repliegue llega a las Divisiones 2.ª, 3.ª *y* 1.ª y «Littorio». A fin de hacerla más ordenada, se desplazan hacia el flanco izquierdo, sobre las orillas del Tajuña, algunos destacamentos que cubren el posible peligro por ese lado. En la carretera de Aragón, el retroceso es más lento, pero no cesará hasta apoyarse en la carretera transversal de Brihuega.

«Durante el desarrollo de la batalla —escribirá un corresponsal inglés— el soldado italiano fue, como siempre, pródigo de sangre, de una tenacidad y de una resistencia que sólo poseen aquellas tropas que defienden, no solamente la tierra que se les confía, sino además, una larga tradición de valor y de gloria.»

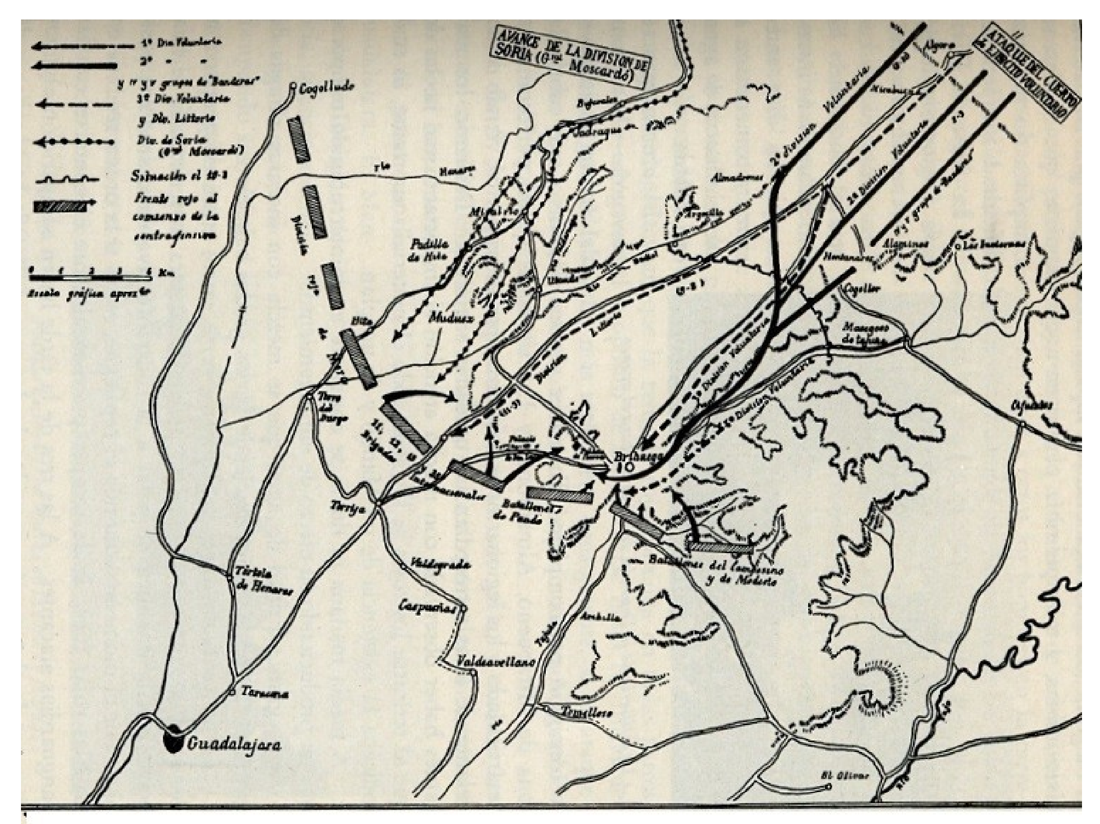


«El Campesino» con otros jefes rojos en el frente de Guadalajara

Los documentos rojos nos revelan con mucha claridad dos cosas: la primera es que, según las intenciones del Alto Mando, la reconquista de Brihuega no era más que la preparación de una gran ofensiva general, muy ambiciosa, profunda, lanzada hasta el agotamiento, de las fuerzas de maniobra; la segunda es que semejante propósito no pudo desarrollarse, porque después de los primeros contraataques afortunados, el frente del Cuerpo de Ejército Voluntario se rehízo perfectamente y paró en seco todo intento de profundización del ataque rojo.

De tal manera, que con la entrada en Brihuega puede decirse que acaban todas las posibilidades del Ejército de Miaja. A partir de ese instante ya no lograrán absolutamente nada más, como no sea la ocupación de aquella parte del territorio que las Divisiones en repliegue van cediendo hasta encontrarse en su línea de resistencia.

Entre el 18 y el 23, los rojos reciben una sorpresa y son víctimas de una desilusión. Sorpresa, porque cuando el 17 montan su ataque en la carretera de Francia se encuentran con que no tienen enemigo delante de sí; las fuerzas legionarias han podido, durante la noche, moverse hacia retaguardia sin ser observadas, y buscan la línea Argecilla-Cogollor, donde tienen orden de estacionarse. En vista de ello, sobreviene un ataque violentísima de todas las Brigadas internacionales, desde el Norte de Brihuega hasta la izquierda de la carretera de Francia; la División «Littorio» se sacrifica heroicamente, y al final de dos jornadas muy intensas, la ganancia de terreno por parte de los contraatacantes es desproporcionada respecto de la sangre que esa ganancia ha costado.



Ofensiva nacional y contraofensiva roja en Guadalajara

A la División de Soria se le plantea un problema de urgente solución. Sus líneas han quedado muy avanzadas, y su flanco izquierdo al descubierto por la retirada de las unidades vecinas. ¿Qué hacer? Moscardó no tiene inconveniente en permanecer sobre el terreno, cueste lo que cueste, pese a los movimientos del enemigo en dirección de las comunicaciones. Pero recibe orden de Mola de retirarse para quedar a la altura del Cuerpo de Tropas Voluntarias, como lo aconsejan las más elementales razones de prudencia. Entonces Moscardó abandona el sector de Muduex y Utande, que los rojos reocupan sin demasiado esfuerzo.

En esos pueblos entran los Batallones «Pi y Margall» y «Largo Caballero», de la 12 Brigada, mientras Lister, que ha llegado de Brihuega, gana unos kilómetros en dirección de Almadrones.

El 22, la contraofensiva marxista decae visiblemente; Miaja y el teniente coronel Rojo se retiran de Guadalajara a Madrid; las escuadras de carros rusos, que se han mantenido en combate durante ocho o diez días, desaparecen hacia las bases de aparcamiento; las escuadrillas de aviones vuelven a los campos de Alcalá de Henares y de Barajas. Las operaciones de Guadalajara han terminado. Según estadísticas oficiosas que parecen dignas de fe, el balance de pérdidas se puede establecer del modo siguiente:

Tropas nacionales, y legionarios del Cuerpo de Tropas Voluntarias:

Muertos	1.375
Heridos	2.400
Prisioneros	300
Aviones	9
Cañones	12
Ametralladoras	23

Fusiles y municiones. Cantidad bastante grande.

Brigadas rojas:

Muertos	2.000
Heridos	3.500
Prisioneros	450
Carros rusos	21
Aviones	18

La parte más importante del botín cogido por los rojos fue de camiones *y* automóviles ligeros, abandonados forzosamente a causa del varias veces aludido fenómeno de embotellamiento en las carreteras.

Consideraciones generales

¿Qué consecuencias militares, políticas y psicológicas se desprendie ron de esta operación? Las apuntaremos brevemente, sin olvidar los errores cometidos.

a) Militarmente, el intento estratégico nacional, cuyo término era el corte completo de las comunicaciones de Madrid y el cerco perfecto de la capital de España, había fracasado en buena parte por la inmensa influencia que las circunstancias meteorológicas ejercieron en las oper aciones.

b) Desde el punto de vista puramente táctico y local se había obtenido un éxito muy estimable, que si bien no resolvía problemas im portantes, seguía acusando, en suma, un gran margen de superioridad técnica en favor del Ejército de Franco.

c) Un hecho indudable quedaba a la vista de todos; de los 30 ó 35 kilómetros del avance logrado por los atacantes desde el 8 de marzo, se habían abandonado 12 ó 15; pero aún

restaban 20, que representaban el espacio conquistado definitivamente entre las bases de partida y las líneas organizadas al final del repliegue.

d) La tan cacareada huida de Divisiones voluntarias acosadas por el contraataque rojo no existió sino en las imaginaciones encargadas de la propaganda interior y exterior. El conjunto de la retirada se llevó a efecto con buen orden general, aunque las circunstancias de tiempo y de experiencia favorecían a los contraatacantes.

e) El valor con que se batieron las fuerzas legionarias de choque correspondió a lo que los jefes habían esperado de ellas.

f) Los errores cometidos se dividen en dos clases: los de organización del ataque y los de su desarrollo. Entre los primeros figura una ordenación demasiado apretada del dispositivo, que condujo a un verdadero amontonamiento de tropas y de material en un espacio muy angosto; parece evidente que debió abrirse «el espacio de aire» hacía la izquierda, alargando el flanco y buscando mayor ámbito para los movimientos de las distintas Divisiones. Otro error es el que se refiere a la posición de los grupos de artillería, mantenidos en un plano de proximidad a las vanguardias que, a juzgar por las observaciones técnicas, no era imprescindible. Tampoco debe olvidarse la defectuosa organización de los enlaces que, en algunos momentos, funcionaron deficientemente, sobre todo en lo que se refiere a la zona de extrema vanguardia. Quizá la inclusión de un mínimo de cuadros españoles en los mandos de Compañías *y* de baterías hubiera sido conveniente, aunque no fuese sino por su mejor entendimiento del terreno. En fin, el empeño de la ofensiva a toda costa y la confianza excesiva en las propias fuerzas hizo que se olvidara el Mando voluntario —o que lo desdeñase— de reforzar las unidades de Ingenieros, a las que debió encomendarse la organización del terreno conquistado, de tal suerte que en un momento crítico pudiera la guerra, «en rase campagne», convertirse en un rápido soterramiento tras las trincheras y los parapetos. La defensa del Palacio de Ibarra y de sus cercanías se hubiese prolongado indefinidamente a condición de organizar allí varios núcleos de resistencia en un ligerísimo sistema atrincherado.

g) Política y psicológicamente, la desilusión de Guadalajara tuvo una profunda influencia en el orden internacional; de una parte, las

organizaciones comunistas del mundo entero, arrastradas por una propaganda evidentemente exagerada, creyeron en la victoria del Frente Popular español, y esto les llevó a reforzar su ayuda y su solidaridad. Pero al mismo tiempo, esa propaganda infería a Italia un agravio estúpido, con lo cual, y dada la psicología del Duce, se logró automáticamente que éste confirmara su resolución del apoyo resuelto a la España nacional, hasta el último minuto, hasta el día de la victoria.

b) Vióse con claridad que para una guerra como la de España y para batir a las masas milicianas, indudablemente mejoradas en cuanto a su organización, no bastaban milicias mandadas por oficiales no profesionales, sino que era preciso poner en línea Oficiales de Infantería, de Artillería y de Estado Mayor salidos de las Academias; como era igualmente indispensable instruir a las tropas, foguearlas, enseñarles los secretos primeros del arte de la guerra; para decirlo de una vez, había que mandar al frente tropas regulares.

Vista desde la actual lejanía y estudiada en sus detalles, la operación de Guadalajara se reduce a términos mucho más sencillos que aquellos que le atribuyó la propaganda roja. La reconquista de Brihuega, que fue el resultado de un doble ataque de rebasamiento desde las lomas de los alrededores, no pasa de ser un episodio insignificante dentro del panorama de una campaña. Si los Batallones de milicianos españoles y extranjeros hubieran tenido mayor capacidad combativa y más poder de penetración, el repliegue pudo ampliarse varios kilómetros más, porque la situación táctica lo permitía; pero apenas hubieron alcanzado dos o tres éxitos locales, los rojos renunciaron a mayores empresas, como si les bastara lo conseguido como pretexto para fines propagandísticos.

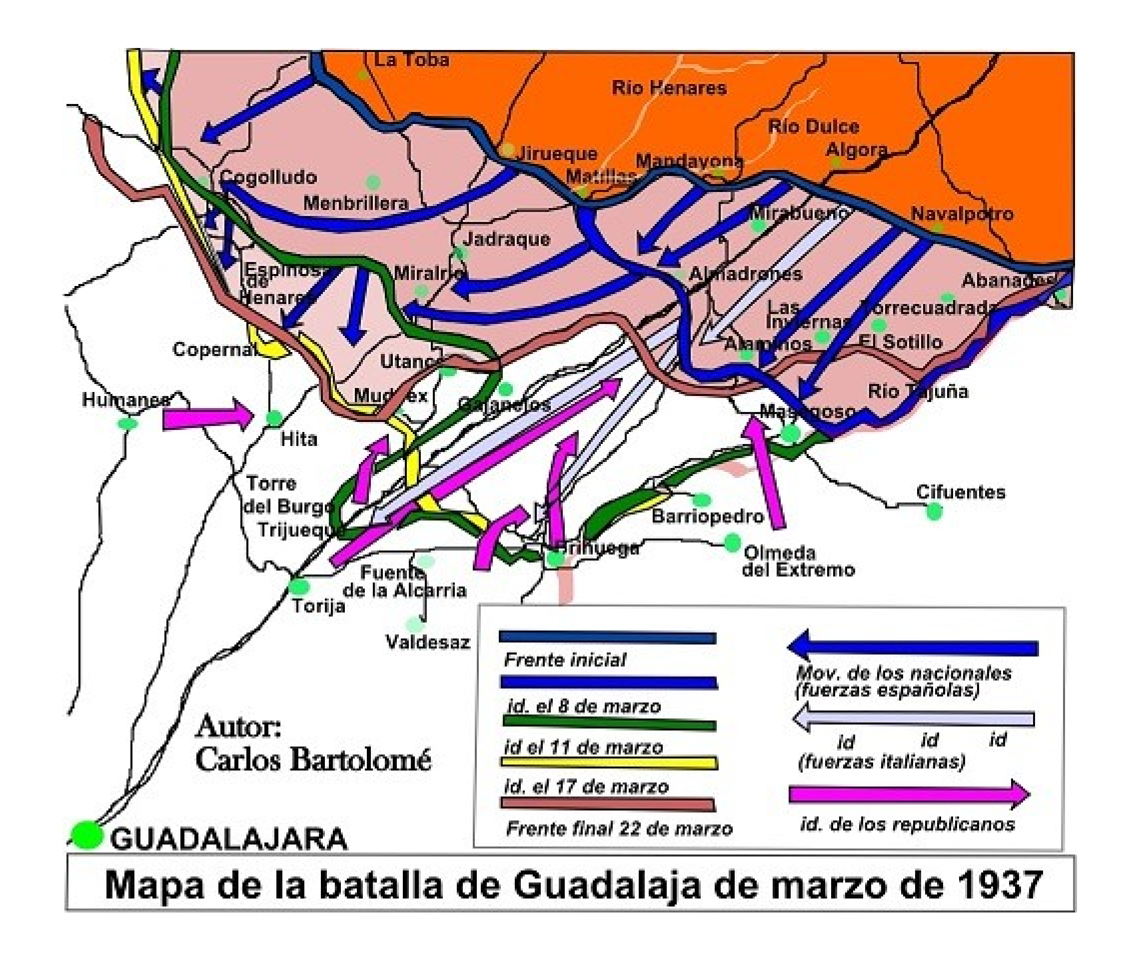
El Mando español inmediato, que advirtió a tiempo la desproporción de los elementos acumulados con relación al terreno, no se sorprendió ante las consecuencias. Ni le pareció extraordinario que partiendo de una superioridad de observatorios, de aviación y de efectivos en un punto dado, el enemigo desarrollara un contraataque eficaz y reconquistara la tercera parte del terreno perdido en días anteriores. Las conclusiones que los Frentes Populares de todo el mundo dedujeron acerca del valor del Ejército italiano fueron exageradas, como se demostró más tarde, a lo largo de toda la guerra española. Los voluntarios italianos se batieron con un heroísmo digno de loa.

Hemos aludido antes a las deficiencias de los enlaces. No queremos terminar el examen de la batalla de Guadalajara sin decir algo que nos parece esencial; los rumbos del encuentro hubiesen sido muy otros en el

caso de haber mantenido mucho más rigurosamente de lo que se mantuvo la unión informativa con el Cuartel General del Generalísimo. Franco debió conocer más rápidamente y con mayor detalle el desarrollo de la operación durante los tres primeros días; su genialidad militar, su prudencia y su invencible serenidad de ánimo habrían dado soluciones capaces de transformar la situación. Pero... la Historia es la Historia, y no vale la pena de que nos perdamos en suposiciones.

El hecho es que el cerco táctico de Madrid quedaba truncado; y aunque la situación de la capital era muy precaria, Miaja conservaba un sistema secundario de carreteras por donde seguiría comunicándose, aunque malamente, con el Gobierno de Valencia.

¿Nos hemos olvidado, acaso, de mencionar lo sucedido con las tropas nacionales del río Jarama? No. Y en este punto es necesario también dejar las cosas en su punto. La verdad es esta: quisieron, indudablemente, los Mandos de la mencionada zona mover su línea, y al efecto, ordenaron varios tanteos, sobre todo por el lado del Puente de Titulcia. El resultado fue comprobar que la resistencia roja no se había debilitado sino en proporciones muy pequeñas y que cualquier operación de mayor alcance tropezaría con una tenaz defensa y traería como consecuencia unas pérdidas grandes y seguras, a cambio de unos resultados dudosos. El tiempo, por otra parte, era infernal, y los Batallones se hallaban aún en período de reposo, después de los durísimos encuentros que habían sostenido durante el mes de febrero. Una serie de circunstancias muy especiales que hemos tratado de dejar indicadas determinaron los sucesos antes relatados. Por lo que se refiere a los refuerzos recibidos por los rojos en el frente de Guadalajara, está ya comprobado que sólo en una pequeña parte salieron de las líneas del Jarama; casi todos procedían de Madrid o de los campos de instrucción de Albacete. Y sobre este asunto, nada más.



Mapa de la batalla de Guadalaja de marzo de 1937

Operaciones parciales en el Sur

Atraído y absorbido el Mando rojo por las operaciones del Jarama y de Guadalajara, pudo estimarse en el campo nacional que quizá era llegada la ocasión de operar en el Sur, a fin de invadir determinadas fajas de territorio que harían más fuerte el dispositivo general y permitirían ciertas explotaciones industriales.

El General Queipo de Llano, partiendo del valle del Guadiato, tomó rumbo hacia Pozoblanco, con lo cual pretendía acercarse todo lo posible hacia las posiciones que más tarde pondrían a las tropas nacionales en condiciones de atacar el sector de Almadén, con sus yacimientos de mercurio. Pocas tropas poseía y poco material, pero probar fortuna —hemos escrito más arriba— es lícito en la guerra, siempre que un excesivo desequilibrio de fuerzas no lo desaconseje de antemano. Los soldados del Sur, magníficos de ímpetu, avanzaron en dos direcciones, al través de montes intrincados y de difíciles pasos. Todas las líneas marxistas fueron desbaratadas, y en menos de una semana quedaron dominados el Puerto de Calatraveño *y* los pueblos de La Granjuela, Bélmez, la carretera que sigue el valle del Guadiato, la que va desde Extremadura hasta el corazón de Ciudad Real, las localidades de Alcaracejos, Villanueva del Duque y

algunos otros. A fuerza de arrollar los elementos de retaguardia rojos, las tropas de Queipo de Llano llegaron hasta los alrededores de Pozo-blanco, y ya parecía esta localidad destinada a caer en manos de los nacionales, cuando ante los núcleos más adelantados apareció una fuerte línea de trincheras que el comandante rojo Pérez Salas había organizado cuidadosamente, para convertir a Pozoblanco en un centro de resistencia de notoria capacidad defensiva. El resultado que dieron las líneas aludidas fue bueno. Cuando Queipo de Llano reanudó el ataque, tropezó con dificultades que sólo mediante el empleo de mayores fuerzas y de más importantes masas de artillería podía vencer. En vista de ello, y evitando —cosa importantísima en la guerra— toda terquedad inútil e insensata, optó por la solución más militar y más prudente, que consistió en volver a las posiciones montañosas, dejando nuevamente en poder de los rojos los pueblos tomados en el valle, donde sus soldados hubiesen estado constantemente dominados por el fuego directo del enemigo.

He aquí lo que significó el mes de marzo de 1937 en la guerra de España

CAPÍTULO V

LA CAMPAÑA DEL NORTE. – CONQUISTA DE BILBAO POR EL EJÉRCITO NACIONAL

Preparación del Ejército de Franco. — Plan de campaña para la liberación del Norte de España y para la supresión del «enclave» cantábrico. Organización de las líneas de resistencia en Vizcaya. — Ofensiva general. Las dos fases de la campaña contra Bilbao. — Ruptura y envolvimiento del frente. — El «cinturón de hierro». — Su expugnación y forzamiento por las brigadas de Navarra. — Maniobra final y entrada en la villa y puerto de Bilbao. — Consecuencias políticas y militares de la victoria nacional.

La faja cantábrica septentrional, extendida desde Guipúzcoa a Galicia, es, sobre todo dentro de los límites de Vizcaya, Santander y Asturias, la región más montañosa, de más complicado y rico relieve de España, sometida por excelencia al clima lluvioso peninsular, lo cual explica la existencia del bosque denso y de la verde pradería que por todas partes la visten y decoran.

De Este a Oeste, paralelamente al litoral bañado por las aguas del Cantábrico, la recorre el sistema orográfico de los llamados Pirineos cantábricos, prolongación occidental de los Pirineos propiamente dichos.

De Roncesvalles (Navarra) a Peña Labra (Santander), sus montañas son más bajas que en el resto de la cordillera. De oriente a occidente se pueden citar la Sierra de Aralar (Irumugarrieta, 1.427 metros), la Sierra de San Adrián (Aizgorri, 1.548 metros), la Sierra de Elgueta y la de Gorbea, de los 1.000 a los 1.600 metros, y su paralela septentrional, formada por las Sierras de Arrenacuare, Salvada y Ordunte. Más al Sur, y paralelamente a las citadas se alzan la Sierra de Andía (Beriain 1.485 metros), la Sierra de Urbasa, la de Encía y los montes de Vitoria. Entre las Sierras y el mar Cantábrico se extienden diversos plegamientos, tanto más bajos cuanto más septentrionales (Sollube, 684 metros, Jara, 570), hasta

llegar a la plataforma antemontañosa (60 a 80 metros de altitud media). Hay algunos valles longitudinales entre los plegamientos limitantes, y el más notable es el de la Burunda o Borunda, originado por una falla que separó parte del cretáceo y del nummulítico de la Sierra de Aralar, y en el que se aloja y discurre el río Araquil. Pero, la mayor parte de los valles son transversos, y al fluir los ríos de Sur a Norte y de Sureste a Noroeste, en busca del próximo mar, han cortado y tajado los plegamientos montañosos, arrumbados de Este a Oeste, modelando hondas gargantas y contribuyendo a diversificar y afiligranar la rica accidentación del país (ríos Urumea, Urola, Deva, Nervión, etc.).

En la provincia de Santander, los ríos se orientan de Sur a Norte con mayor regularidad (Agüera, Asón, Miera, Pas, Besaya, por ejemplo) y forman, como en el país vasco, verdaderas unidades naturales.

La región vascocántabra, hasta Peña Labra, queda formada principalmente por la extensión y posición de los terrenos secundarios, que la separan del potente macizo carbonífero de los Picos de Europa con que al Oeste se inicia la región asturleonesa. La complicada tectónica del país, a una con la erosión pertinaz a que el clima extremadamente lluvioso le somete, explican su accidentación y el crecido número de valles con acusada individualidad geográfica.

Al Oeste se extiende Asturias —las Asturias de Santillana, las Asturias de Oviedo—, país montañoso por excelencia, constituido en su mayor parte por terrenos primarios, en los que el carbonífero alcanza la mayor extensión y potencia de toda España. Las altitudes máximas del borde de la meseta pertenecen al suelo asturiano y se yerguen en el macizo ingente de los calizos Picos de Europa (Peña de Cerredo, 2.672 metros, Peña Vieja, 2.665 metros), Las Moñas, con 2.630 metros; Peña Santa, con 2.586, Espigüete, con 2.453 y Naranco de Bulnes, con 2.380 metros. La región entera está enérgicamente plegada en sierras y cordales que los ríos fluyentes, hacía el mar los del país astur y hacia el Duero los de la vertiente meridional, tajan en hondas hoces.

Las brañas —-cumbres excelsas entre densas nieblas— son dominio del matorral, del arándano azul, de los pastos veranizos formados por las gráciles gramináceas alpinas de los puertos de penosa travesía. El resto lo visten, bajo la lluvia abundante, fina, pertinaz o la niebla rezumante —*sirimiri* entre los vizcaínos, *orbayo* asturiano, fenómeno geográfico capital y director—, el bosque boreal —hayas, robles, castaños, tilos, pláganas o

arces, acebos o xardones, groselleros, nisos, serbales, espinos—, formando asociaciones vegetales muy interesantes. Un complejo matorral de brezos, gayubas, argomas, tojos o cádavas, retama negral de la Liébana, arándanos o ráspanos, etc., cubre todo el país. Lo que no es monte ni matorral aparece ocupado por la verde pradera, perennemente fresca. Las temperaturas, en general moderadas, las lluvias abundantes (1.000-1.500 mm. anuales), distribuidos en forma que hacen lluvioso aun al verano, explican la frondosa vegetación higrófila. Hombre y mujer ofrecen en esta región un vivo ejemplo de adaptación social y psicológica muy profunda al paisaje en torno; los dos trabajan ordenada y razonablemente y obtienen del suelo los máximos rendimientos. En faenas de siegas menores, de ordeño de vacas y de preparación de los alimentos se emplea la mujer; el hombre suele ser minero, leñador, vaquero, pescador; su complexión y su salud le presentan como uno de los casos de sanidad más fuertes de Europa.

Por lo que se refiere concretamente a Vizcaya, se trata de una región que, en conjunto, no ofrece altitudes muy notables, pues sus niveles oscilan entre los 600 y los 800 metros, salvo algunos casos aislados, como los montes Inchortas (sobre Elgueta) y Peña Gorbea. El paisaje es muy risueño, densamente poblado, con gran número de caseríos y casas de labor, y es rico, tanto en productos del campo, como en bien explotados yacimientos mineros. Las comunicaciones son magníficas y abundantes, hasta el punto de que ninguno de los sectores de la provincia está desprovisto de carreteras asfaltadas y de excelentes caminos vecinales.

Posible ataque

El ataque posible contra las líneas rojoseparatistas de Vizcaya tenía que producirse por el Este o por el Sur. En ambas direcciones, un vasto anfiteatro de montañas, separadas por angostos valles y por imponentes cortaduras, parecía asegurar indefinidas defensas. En el Este, se encontraban las tropas nacionales del Norte sobre la línea del río Deva, y tenían ante si las Sierras de Marquína, Eibar y Elgueta, con la cadena de los Inchortas. En el Sur, a partir del empalme de Guipúzcoa y Álava, se alzaban los montes Amboto, Jarinto, Albertia, Maroto, Asensio, Gorbea-Chiqui y Gorbea, continuados hacía las Peñas de Orduña. Tres pasos principales —o puertos— podían permitir la marcha de una ofensiva;

esos pasos eran los de Barázar, Zumelza y Urquiola, muy bien defendidos los tres por la fortificación de las montañas vecinas.

Terminada, según hemos visto, la batalla de Guadalajara, estimó el Generalísimo Franco que había llegado el momento propicio para emprender una operación que desde hacía tiempo acariciaba en su mente y sobre la que había cambiado frecuentes impresiones con el General Mola, Jefe del Ejército del Norte. Las provincias de Vizcaya, Santander y Asturias presentaban un doble interés para Franco; el positivo, en cuanto eran importantísimo objetivo político, militar, industrial, mercantil y agrícola; y el negativo, en cuanto había que prevenirse contra posibles ofensivas rojas hacia la meseta de Burgos, de las que se había tenido un pequeño anticipo en el intento de los milicianos de Santander, contenido por las tropas de los sectores correspondientes durante los meses de febrero y marzo.


Posición avanzada en el frente nacional de Vizcaya

Nuevas perspectivas en la organización del Ejército

En vista de que era imprescindible tomar el territorio español provincia tras provincia, y no parecía posible provocar un gran desplome político y estratégico como recurso supremo para terminar la guerra, imponíase la reorganización del Ejército, su preparación para una lucha penosa y larga, su encuadramiento con millares de oficiales que, por el momento no existían, y la acumulación de medios materiales en gran escala. Es decir, se encontraba la España nacional ante las realidades que Franco había previsto desde hacía cuatro o cinco meses, cuando los demás creían en las operaciones de efecto fulminante.

Fueron creados nuevos y amplios servicios de Movilización, Instrucción y Recuperación. El General Orgaz, por su comprobada capacidad de organización, fue elegido para la nueva y delicada tarea que dejamos apuntada.

También los rojos, por su parte, acometieron con mucha decisión el empeño de organizar un auténtico Ejército. Decretaron el servicio obligatorio, movilizaron de una sola vez cinco quintas o clases y pusieron manos activas —Ministro de la Defensa, Indalecio Prieto— en ordenar militarmente 300.000 hombres, mientras encargaban grandes cantidades de material de guerra al extranjero.

Presentábase el urgente problema de la oficialidad, que se empezó a resolver mediante la creación de Academias especiales, donde los combatientes más distinguidos, fruto de una selección, cursaban estudios elementales durante unos meses, pasados los cuales obtenían el grado de alférez y pasaban a mandar las secciones y puestos de extrema vanguardia.



El acorazado «España» hundiéndose frente a Santander tras chocar con una mina

Preparación de las fuerzas en el Norte

Elegido el objetivo del Norte o cantábrico como el más atrayente desde diversos puntos de vista, coincidía este interés con la situación de las tropas nacionales que mandaba Mola. En general, se habían desgastado mucho menos que las del Sur y Centro, porque salvo operaciones locales de pequeño sacrificio, llevaban las mejores unidades varios meses de guerra estabilizada, entre fuegos lentos de artillería y de mortero, interrumpidos de vez en cuando por golpes de mano y ráfagas de ametralladora o fusil.

El General Mola había tenido, por consiguiente, tiempo de organizar nuevas tropas. Estas eran las «Brigadas de Navarra», ampliada derivación de aquellos núcleos iniciales que conquistaron la provincia de Guipúzcoa, dominaron la frontera francesa en el Pirineo occidental y destacaron núcleos heroicos a las Sierras del Norte de Madrid.

Mandaba las Brigadas de Navarra el General Solchaga, el mismo que animó su nacimiento y las organizó desde los primeros instantes. Por razones de carácter administrativo fueron designadas en algún momento con el nombre de División número 61, aunque todos conocimos e individualizamos las distintas unidades por el nombre de las Brigadas respectivas.


El general Solchaga

Estas fueron, al comenzar la ofensiva de Vizcaya, cuatro. Mandaba la primera el coronel García Valiño; la segunda, el coronel Cayuela; la tercera, el coronel Latorre, y la cuarta, el coronel Alonso Vega. Apoyada la segunda en el mar, prolongaba sus líneas al través de los montes de Marquina y se unía con la primera, que daba frente, desde el valle de Vergara, Mondragón y Escoriaza, a la Sierra de Elgueta; continuaba luego la tercera, igualmente enfrentada con los grandes macizos que separan a Guipúzcoa de la submeseta alavesa, y remataba el frente de ataque la cuarta, ampliamente extendida en los sectores de Villarreal y Gorbea. Una vez iniciado el ataque general, este dispositivo fue modificado.

La fuerza de que disponía Franco para el ataque sobre Vizcaya era aproximadamente de 50.000 hombres, apoyados por unas 50 baterías.

A esos 50.000 hombres se añadían, como elementos colaboradores, la Brigada llamada «Flechas Negras», formada por seis Batallones mixtos (voluntarios italianos y soldados españoles), muy nutridos, y la Agrupación legionaria «23 de Marzo», formada con el 4.º y 5.º grupo de banderas.

En el momento inmediatamente anterior al desencadenamiento de la ofensiva, estas fuerzas quedaron concentradas como reserva detrás de las Peñas de Orduña, hacia el valle de Berberana.

En cuanto a la aviación, encomendada a la jefatura del General Kindelán (de quien la propaganda internacional dijo pintorescamente que era alemán), se designó jefe de la región aérea del Norte al teniente coronel Rubio, jefe de operaciones al comandante Iglesias, y se crearon cinco grupos de aparatos, al frente de los cuales fueron nombrados los comandantes Eyaralar, Rodríguez, Llorente, García Morato y Carrillo.



El general Kindelán

La masa aérea de la «Legión Cóndor» y la Legionaria fueron igualmente incorporadas a la ofensiva de Vizcaya.

Como ya hemos dicho, asumió el mando de todo el frente el General Solchaga, bajo las órdenes del General Mola. Ocupó la jefatura del Estado Mayor el coronel don Juan Vigón; la Comandancia General de Artillería de las Brigadas de Navarra quedó a cargo del teniente coronel Martínez Campos y para la jefatura de Ingenieros fue designado el coronel La Llave.

Los informes, bastante exactos, de las confidencias y observaciones, acusaban la presencia en el frente rojo de 17 Brigadas vizcaínas, 5

asturianas y 2 santanderinas, más una división de enlace con el frente de Santander. Este dispositivo marxista representaba unos 60.000 hombres. Disponían de unos 25 aviones —no muy modernos— y de 12 tanques. El número de baterías podía calcularse en unas 20 y el de ametralladoras ascendía a varios centenares. Mandaba las tropas rojas el General Llano de la Encomienda, comandante de todo el Norte marxista. Su jefe de Estado Mayor era un oficial de profesión: el capitán Ciutat. Llano fue reemplazado en Vizcaya por Martínez Cabrera y en sustitución de éste enviaron los Comités de Valencia —hacia fines de mayo— al General Gamir Ulíbarri.

El día 31 de marzo fue el señalado para el comienzo de la ofensiva. Antes, el General Mola dirigió al pueblo de Vizcaya una proclama redactada en tonos de especial energía. En ella, el Jefe del Ejército del Norte anunciaba su ataque, pedía la rendición, reclamaba contra la inutilidad de toda resistencia y terminaba afirmando que, si el enemigo se empeñaba en guerrear, estaba el Ejército del Norte en condiciones de arrasar Vizcaya, porque le sobraban medios para ello.

Ofensiva general — Dos fases

El plan, después de la necesaria meditación por parte del Generalísimo, quedó dividido en dos fases principales: la primera representaba el avance general del conjunto del dispositivo, hasta que las vanguardias entrasen en contacto con el «cinturón de hierro». La segunda comprendía la ruptura del aludido cinturón y la marcha fulminante hasta la ocupación de Bilbao.

En la mañana del 31 de marzo, 35 baterías abrieron fuego, sobre las líneas de trincheras establecidas en los montes donde el frente Guipúzcoa-Alava dibujaba un ángulo. La aviación, en número de 50 aparatos de bombardeo, sucedió a la artillería, con lo cual, la destrucción llevada a cabo fue, según pudieron advertir los observadores, extraordinaria. Fijados corno estaban de antemano los objetivos a batir, la eficacia llegó al máximo posible. Todas las alturas situadas enfrente de las posiciones nacionales, desde Villarreal de Álava hasta Arechavaleta (Guipúzcoa), fueron materialmente revueltas por el fuego de los calibres de campaña y de los obuses de 15,5. Inmediatamente, las Brigadas 1.ª, 3.ª y 4.ª, o sea, un efectivo aproximado de 21 Batallones, bajo el mando de Solchaga, partieron al asalto, con un brío y un denuedo que no pudieron menos de

producir asombro en cuantos contemplaban el campo de batalla. Parecía como si aquellos soldados se vengaran de la inacción relativa de los meses anteriores.

A la caída de la tarde, fuerzas de la 3.ª Brigada, mandada por el teniente coronel Gual, coronaban el monte Asensio; y otros Batallones de la misma Brigada, al mando del comandante Diez de la Lastra, se apoderaban del monte y pueblo de Uncella. Ese día, el coronel Latorre, jefe de la Brigada, estuvo a punto de ser víctima del fuego de contrabatería que hacían los cañones del Ejército separatista. Situado el puesto de mando en un caserío de nombre «Bernabena», concentróse el fuego rojo de 15,5 y de 7,5 sobre aquel edificio, y con tal fortuna tiró el enemigo que consiguió provocar el incendio del mismo.


Columna nacional en marcha

Doscientas cincuenta bajas costó el asalto a los montes anteriormente mencionados.

El mismo día, la 4.ª Brigada de Navarra (coronel Camilo Alonso Vega) inició su ataque a las nueve y media de la mañana, en cuanto la preparación artillera y de aviación hubo terminado. Los objetivos inmediatos eran los montes Maroto y Albertia; si la operación iba acompañada de éxito, quedaba la Brigada en condiciones de aprovechar las horas de luz para lanzarse a la conquista del monte Jarinto. Las medias Brigadas mandadas por el teniente coronel Iglesias y por el comandante Martínez Esparza izaron la bandera nacional en las dos posiciones primeras antes de que sonaran en las torres de Vitoria las campanadas del mediodía. Inmediatamente, sin dar descanso a la ardorosa tropa, el comandante Esparza atacó las faldas del Jarinto, mientras los Batallones de Iglesias lanzaban hacia vanguardia algunas fuerzas de reconocimiento. Hacia las dos de la tarde, el Jarinto quedaba igualmente ocupado, y allí se reunía la

4.ª Brigada completa a fin de consolidar las posiciones tomadas, pernoctar y ponerse en condiciones de reanudar el avance cuando rompieran las primeras luces del siguiente amanecer.

La primera Brigada, durante este primer día de operaciones, ha tenido misiones menos amplias que las dos anteriores; la ocupación de las lomas de Mazmela y el hostigamiento de uno de los flancos enemigos ha consumido toda la actividad de las fuerzas que manda el coronel García Valiño. En cuanto a la segunda, permanece por el momento en posición, sin orden de avance.

El Batallón de las Navas y el 6.º Ba tallón de San Marcial toman los montes al Norte de Villarreal, alejan decisiva mente de este pueblo las amenazadoras posiciones rojas y contribuyen a dislocar la formación del frente enemigo.

El día 1 de abril el avance de las tres Brigadas atacantes continúa con brillantez. La primera lleva a cabo una marcha magnífica por la espalda del monte Jarinto, a fin de enlazar bien las operaciones con la tercera y la cuarta; ocupa pueblos y montes y se coloca en condiciones de que el Tercio de Mon tejurra haga una marcha audaz hasta los alrededores de Ochandiano; pero la resistencia que encuentra es muy viva y prefiere replegarse nuevamente al grueso de la Brigada y esperar al día siguiente.

La 4. ª Brigada toma el monte Murúa y rompe una resistencia que por momentos trataba de ser encarnizada. La nota más interesante del día es la incursión atrevidísima y muy penosa que lleva a cabo el Tercio de la Virgen Blanca, hasta alcanzar la posición del Berretín y la Cruz del Gorbea, situada a 1.400 metros de altura. A las dos horas, tres Batallones de milicianos vascos o «gudarís» contraatacan con tanta violencia que los ocu pantes del Gorbea tie nen que retroceder hasta el Berretín y sos tenerse allí en espera de refuerzos; la llega da del 9.º Batallón de Bailén coadyuva a equilibrar la situación, pero el pico de Gorbea ha quedado nuevamen te en manos del ene migo.

También en los sectores de las Brigadas 3.ª y 1. ª se han registrado contraataques peligrosos, y en general, se acentúa la resistencia por todas partes; pero el día registra progresos estimables y una mejora interesante de las posiciones de vanguardia.

El día 4 trae para los nacionales triunfos importantes que son, en parte, consecuencia de los obtenidos en días anteriores por el incontenible brío que empuja a las Brigadas Navarras. El frente de las montañas que separan a Vizcaya de las llanuras de Álava y de la zona de Escoriaza y Arechavaleta se rompe en pedazos, salta como una máquina desbaratada, y mientras el Tercio de Montejurra, unido con el primer Batallón del Regimiento de América, se apodera del pueblo de Ochandiano, la tercera Brigada entra en Olaeta, trepa a los montes de Aranguio, pese a una fuerte resistencia roja, y la 4.ª Brigada corona los montes Murugain y Monchotegui, dejando de este modo libre el camino hacia el dominio de la zona de Ubídea y hacia los pasos de Zumelza, Barázar y Urquiola. Durante este día, la 4.ª Brigada ha chocado con siete Batallones enemigos.

* * *

E1 tiempo empeora por momentos. La lluvia cae terca sobre un paisaje neblinoso y apagado. Sin embargo, las Brigadas operantes tratan de explotar el éxito de la ruptura; y aunque las dificultades son cada vez mayores, se ocupan los pasos antes mencionados y las alturas que los dominan. Pese a las consignas, bastante bien cumplidas en algunos sectores, de resistir cueste lo que cueste, la retirada de los rojos se va haciendo más y más comprometida; ya han perdido 13 ó 14 piezas de artillería, muchas ametralladoras y fusiles, más de un millón de cartuchos, y por el campo quedan tendidos cerca de 3.000 cadáveres. La rotura del frente es tan profunda que puede producirse rápidamente un desplome general; pero, en ese momento, la lluvia reviste los caracteres de un torrente, que día y noche inunda la tierra. No hay más remedio que hacer alto, dar descanso a las tropas y consolidar el terreno conquistado mediante pequeñas rectificaciones a vanguardia, que provocan reacciones, igualmente locales, del enemigo.

La pérdida de Ochandiano se hace sentir en el conjunto de las posiciones atacadas. Ochandiano, con sus montes, es lugar de excepcional importancia táctica para un Ejército que opere en las direcciones de Bilbao, Vitoria o San Sebastián. Zumalacárregui consideraba vital para la libertad de sus movimientos el dominio de la zona de Ochandiano; y siguiendo esta gloriosa tradición de la

primera guerra carlista, los Generales de Carlos VII, durante la última de aquellas campañas, sacrificaron a la posesión ocasional de Ochandiano muchas ventajas inmediatas de otro orden. Ochandiano domina puertos y caminos, toma de revés montes y valles y coloca a una tropa atacante en situación privilegiada para imponer su iniciativa al enemigo.

* * *

Aprovéchase el mal tiempo para hacer, con la mayor rapidez, un traslado de fuerzas del frente de Álava al de Vergara, donde el General Mola prepara un nuevo ataque, que trata de montar con tropas muy habituadas al asalto. La columna de Vergara quedará bajo el mando del coronel-jefe de la 4.ª Brigada; se le da, pues, orden de sacar de su sector algunas unidades, se le agregan otras, y el día 11 de abril queda establecida enfrente de la Sierra de Elgueta una columna especial, en la forma siguiente:

5.º Tabor de Regulares de Tetuán.
2.° Batallón de Flandes.
Batallón «B» de Melilla.
Batallón de Falange del comandante Saleta.
2. ° Batallón del Regimiento de América.
3.º Batallón del Regimiento de América.
6.º Batallón del Regimiento de América.
8.º Batallón del Regimiento de Valladolid.
3.º Batallón del Regimiento de Argel.
5.º Batallón del Regimiento de San Quintín.
2.º Batallón del Regimiento de San Marcial.
2.º Tercio de Nuestra Señora de Begoña.
2 Compañías de Ametralladoras.
1 Compañía de Carros.

El General Mola cree suficientemente quebrantado el frente vizcaíno y va a ensayar un asalto frontal contra la formidable mole montañosa de los Inchortas y de Campanzar, o sea, de la Sierra de Elgueta. De ese modo, si las defensas de los citados montes ceden, todo se hundirá por tierra, todo se precipitará hacia las soluciones finales.

¿Tuvieron los na cionalistas vascos noti cia de la salida de Ba - tallones con rumbo a Vergara, y por eso arreciaron en sus contraataques? No es probable; más verosímil es la versión de que Asturias y Santander acababan de enviar unidades de refuerzo, con las cuales se llevó a cabo un intento muy duro para reconquistar determinadas posiciones dominantes y detener de esa manera e! avance nacional, o impedir que se reanudara con el brío de los primeros días. Es el caso que el día 12 de abril, protegida la Infantería roja por carros blindados y por tanques de modelo ruso, así como por tres o cuatro incursiones de aviones bombarderos, atacaron la cota 932, en la que estaba la llave del monte Sabigán, decisivo a su vez para la conservación del paso y desfiladero de Urquiola. La intención táctica de los rojos es clara: quieren cerrar el camino descendente hacía el valle de Vizcaya que tiene a Durango por cabecera, e impedir que los montes de Elgueta puedan ser tomados por retaguardia. La violencia del contraataque es tal que la cota pasa a manos de los rojos. En efecto, desde esa cota y desde las laderas del monte Altún, que también invaden, tres Batallones se dirigen al monte Sabigán, fuerzan el contacto y la lucha y al atardecer se apoderan de la posición. Fuertes habían sido las bajas de los contraatacantes; no fueron menores las de la primera Brigada de Navarra, que resistió hasta última hora, con gran inferioridad de efectivos. García Valiño teme que durante la noche se acentúe la filtración y organiza a toda prisa una nueva línea de resistencia.



Infantería nacional preparándose para el asalto a una posición roja en la línea Urquiola-Sabigán

Sin pérdida de tiempo manda que el monte Sabigán sea reconquistado. No admite dudas ni réplicas. La consigna es cerrada.

El día 13 la totalidad de la primera Brigada sale de Ochandiano, con la artillería completa. Una hora de preparación artillera muy eficaz; en seguida el ataque a pecho descubierto. Intervienen los

Tercios de San Ignacio y Montejurra, con el Batallón de Montaña del Regimiento de Sicilia. A las nueve, los tres Batallones rojos han perdido Sabigán, la cota 932, las laderas de Altún y cuanto habían logrado alcanzar en la sangrienta jornada anterior.

Pero he aquí que el día 14, el frente rojo refuerza sus líneas y de nuevo asalta la línea Urquiola-Sabigán. La tenacidad de los nacionalistas vascos en esta operación es extraordinaria. Hacía las seis de la tarde, otra vez cae en poder del enemigo todo el sistema, salvo el puerto de Urquiola. La 1.ª Brigada ha tenido que dejar la cota 932, las laderas del Altún y el monte Sabigán. Pero recibe orden de restablecer definitivamente las líneas anteriores. Para ello se le agregan Batallones de la 3.ª Brigada que, si es necesario, procederán a envolver una de las alas enemigas y descenderán sobre Urquiola, a fin de que en ningún caso puedan los rojos apoderarse de posición tan interesante. Mas, el coronel García Valiño, quiere que todo el honor de la operación recaiga sobre su Brigada, la primera, y, en efecto, el día 15, antes del amanecer, toda la unidad, sin que ninguno de sus elementos quede a retaguardia, se dirige al sector de Sabigán, donde inmediatamente da comienzo una preparación de artillería sostenida durante una hora. A las ocho parten los Batallones al ataque, con un coraje que revela el designio de acabar de una vez aquella serie de intentonas de los milicianos vascos y asturianos, que son los que llevan a efecto los contraataques. Los Tercios de Requetés de San Miguel y de Navarra y el primer Batallón de América, sin tener en cuenta bajas ni fuego cruzado, cumplen a maravilla la misión que se les confiara; a las diez de la mañana, vascos y asturianos inician el repliegue hacia sus líneas de comunicaciones y abandonan para siempre aquellos montes que tanta importancia tienen para sus fututos designios, Solchaga manda entonces que la Brigada del coronel Camilo Alonso Vega inicie sus operaciones contra la Sierra de Elgueta; pero el tiempo es tan malo, el horizonte está tan profundamente cerrado, que después de haber llegado las fuerzas a las bases de partida y aguardado hasta el mediodía, tienen que replegarse a los campamentos, porque es imposible aventurar ni una sola sección de Infantería en el ataque. Separatistas y rojos de Vizcaya ven que la posesión de la Sierra de Elgueta es vital para ellos, y allí concentran artillería, armas automáticas y morteros. Los pueblos de Vergara y Mondragón son bombardeados con frecuencia y la población sufre bajas. Así transcurren los días 17, 18 y 19 de abril, hasta que en la tarde de esta última jornada, los rojos atacan en el frente de la 2.ª Brigada, sin duda para inquietar los

preparativos nacionales; pero el ataque muere en las primeras líneas; no ha producido la menor modificación del frente.


Soldados, falangistas y requetés cantan juntos en un descanso, a poca distancia de la línea de fuego

Envolvimiento de la totalidad del frente rojo de Vizcaya

He aquí que amanece el día 20 de abril. La operación, tan apasionadamente acariciada por el General Mola, va a producirse. Son 15 los Batallones de que dispone el coronel Alonso Vega y tiene bajo su mando una proporción de baterías que sobrepasa las necesidades normales de una División. En las primeras horas, la niebla es muy densa. Impaciencia en el Mando nacional. Hasta las doce no puede la artillería comenzar sus tiros de preparación. El tiro de corrección debe durar cincuenta minutos y treinta el de eficacia. A la una y diez llega la aviación, bombardea y lanza la columna de humo que protege a la Infantería. Esta se pone rítmicamente en movimiento siguiendo tres direcciones distintas: un ataque de frente y dos flanqueamientos. De pronto, la artillería, que cree llegado el instante de suspender el fuego, calla en absoluto y la Infantería se ve sorprendida por ese silencio, pues contaba con veinte minutos más de preparación. Se envían enlaces a las baterías; se comunica a los escalones superiores la anormalidad observada; todo ello produce vacilaciones y equívocos que el enemigo aprovecha perfectamente para salir de sus refugios y situarse nuevamente en trincheras y parapetos, desde los cuales inician un fuego de gran violencia. Las bajas que la columna nacional sufre son muy elevadas; no vale la pena de insistir en la

operación; el coronel-jefe consulta con el general Solchaga y éste ordena el repliegue a las bases. Las unidades atacantes han tenido dos comandantes y tres alféreces, muertos; el comandante Saleta, de la Falange de Navarra, está herido; igualmente se hallan heridos cinco capitanes, tres tenientes y nueve alféreces; las bajas en la tropa alcanzan la cifra de 39 muertos y 264 heridos. Estas pérdidas, que amenazaban aumentar considerablemente, dada la vivacidad de la resistencia enemiga, indican la violencia del choque y la deficiencia de la preparación.



Fuerzas nacionales en Bernogoitia

Afortunadamente, la 1.ª Brigada ha iniciado hoy una acción de flanqueo llamada a dar los más admirables resultados. Se comprende que el asalto frontal a los montes de Elgueta será durísimo y costará ríos de sangre; hay que situarse a la espalda del enorme espinazo de los Inchortas y Campanzar; pero para ello es necesario trepar en el flanco izquierdo a Tallamonte, liberar la carretera de Mondragón a Villarreal, ponerse en condiciones de atacar el poderoso macizo de Peña Udala, ocuparlo y descender como una tromba sobre el pueblo de Elorrio, con lo cual, la Sierra de Elgueta caerá desmoronada, en cuanto la columna del coronel Alonso Vega pueda avanzar por la vertientes orientales.

Mola confía en la violencia del ataque frontal. El día 22 se ordena otra intentona de la gran unidad de Alonso Vega; algunos Batallones llegan a las primeras líneas enemigas y ocupan una serie de tapias; pero el fuego a que son sometidas es demasiado fácil para el enemigo; las bajas habrían de ser tan elevadas como el día 20 y no hay ninguna seguridad de trepar hasta la altura de los Inchortas. A mediodía se vuelve a dar orden de

repliegue y, en cambio, recibe García Valiño la misión de arreciar en su ofensiva de flanco. Desde Tallamonte y Aramayona se van invadiendo las faldas de Peña Udala. Esa misión queda cumplida el día 23, no sin grandes trabajos y esfuerzos, y con ello se insinúa la marcha envolvente que logrará desbaratar y aniquilar las esperanzas mejor fundadas de los rojos de Vizcaya. Va a producirse el hecho que coronará inexorablemente la primera fase del plan del Generalísimo. Los ataques de frente a la Sierra de Elgueta no puede decirse que hayan sido un éxito, y así lo entienden los jefes de las Agrupaciones, que contemplan de cerca la realidad; pero la maniobra, sencilla en sus líneas esenciales, compleja en su ejecución, suplirá las deficiencias anteriores, enmendará yerros y provocará los resultados estratégicos que el Mando espera.



Carros nacionales atraviesan el pueblo destruido

El 24, la 1.ª Brigada, que el mismo día había coronado el Udala, cae en rapidísimo movimiento hacia Elorrio, envuelve este pueblo y sus posiciones laterales por la derecha y por la izquierda, lo rebasa ampliamente, y el Tercio de Montejurra lo ocupa, pese a la resistencia de los rojos, que pierden casi todos los efectivos de la defensa local y dejan en poder de los nacionales 600 prisioneros. Pero a la misma hora, la 4.ª Brigada asalta la Sierra de Elgueta, sube hasta las crestas de los Inchortas y de Campanear, rompe todos los núcleos, invade las crestas erizadas de ametralladoras y aplasta el frente, empujándolo sobre las retaguardias ya cortadas, con lo cual obliga al enemigo a huir hacia la izquierda, sin orden ni concierto, mientras los pueblos van cayendo uno a uno, y se vierte la gran masa de Batallones en el valle de Durango. La maniobra es realmente bella y produce inmensa satisfacción a los combatientes victoriosos. Caseríos, campos, praderías, aldeas, caminos, lomas, sembrados, aparecen cubiertos de tropas en marcha; salvo algunos focos escasos, apenas se oyen sino tiros lejanos de las dispersas retaguardias, y

puede afirmarse ya que la primera fase de la campaña de Vizcaya, aunque aún faltan algunas jornadas, está virtualmente resuelta. Los rojos han perdido Vizcaya; en la segunda fase perderán Bilbao. La primera Brigada —admirable de capacidad maniobrera— procede a una interesante reorganización y queda constituida con cuatro Agrupaciones que mandan los tenientes coroneles Tejero, Gual, Esparza y Tutor. García Valiño tiene a sus órdenes los efectivos de 18 Batallones.

Jornadas de ocupación

Ya es tan franca la derrota del Ejército rojoseparatista, que las operaciones sucesivas se desenvuelven sin gran esfuerzo. Todo cede; todo cruje; el frente entero se ha venido abajo irremisiblemente.



Soldados de «Flechas Negras» en un alto en su avance por la costa

El 27 entran los nacionales en Durango; ese mismo día se completa la amplia maniobra mediante la entrada en fuego de la Brigada de «Flechas Negras». Esta unidad, que cubre el flanco derecho del dispositivo, tiene como objetivo la tradicional ciudad de Guernica. En Guernica debe converger con la 4.ª Brigada de Navarra. Esta avanza rauda. Los «Flechas Negras» ocupan fácilmente Lequeitio y el día 28, por la tarde, las vanguardias han alcanzado las primeras casas de Guernica, que arde incendiada por el bombardeo aéreo y por la acción de unas milicias dinamiteras. Este movimiento del ala derecha obliga al resto de la línea roja, que no tiene más remedio que retroceder constantemente, y

abandonarlo todo sin intentar otra cosa que pequeños contraataques. La 4.ª Brigada está asimismo en Guernica, donde rechaza algunas intentonas desesperadas. El día 29, a las once de la mañana, el coronel Camilo Alonso completa la ocupación de la ciudad. Ya son nacionales las importantes localidades de Eibar, Marquina y Ermúa, amén de los montes de Marquina, donde los rojos poseían extensas y poderosas líneas de fortificaciones. El movimiento general del frente tiene como pivote las posiciones del flanco izquierdo entre el Gorbea y Orduña. Todo sucede como en una gran partida de ajedrez, donde el movimiento de las piezas está previsto de antemano y produce situaciones de exactitud matemática.

Ahora, delante de las tropas de Franco se alzan, antes de entrar en contacto con el «cinturón de hierro», los montes Sollube, Jata y Bizcargui. Se piensa ya en flanquearlos a fin de evitar pérdidas inútiles. Para ello, hay que comenzar por tener el dominio pleno de la ría de Guernica y ocupar los pueblos de Mundaca, Pedernales y Bermeo.

El día 1 de enero empieza esta acción preparatoria de otras más importantes. Como el frente rojo se halla tan descompuesto, la marcha es risueña. Los «Flechas Negras» llegan de Guernica a Bermeo en un salto y se instalan en este último puerto. Pero...



Regulares de la 5.ª Brigada de Navarra
se aproximan a Bermeo

Contraataque

Hay que recoger aquí un hecho que influye momentáneamente en la operación del Ejército del Norte sobre Vizcaya. Me refiero a la reorganización y relevo de distintas unidades, tarea que siempre determina

un instante de menor actividad operatoria y permite al enemigo tomar decisiones con mayor calma y menor riesgo.

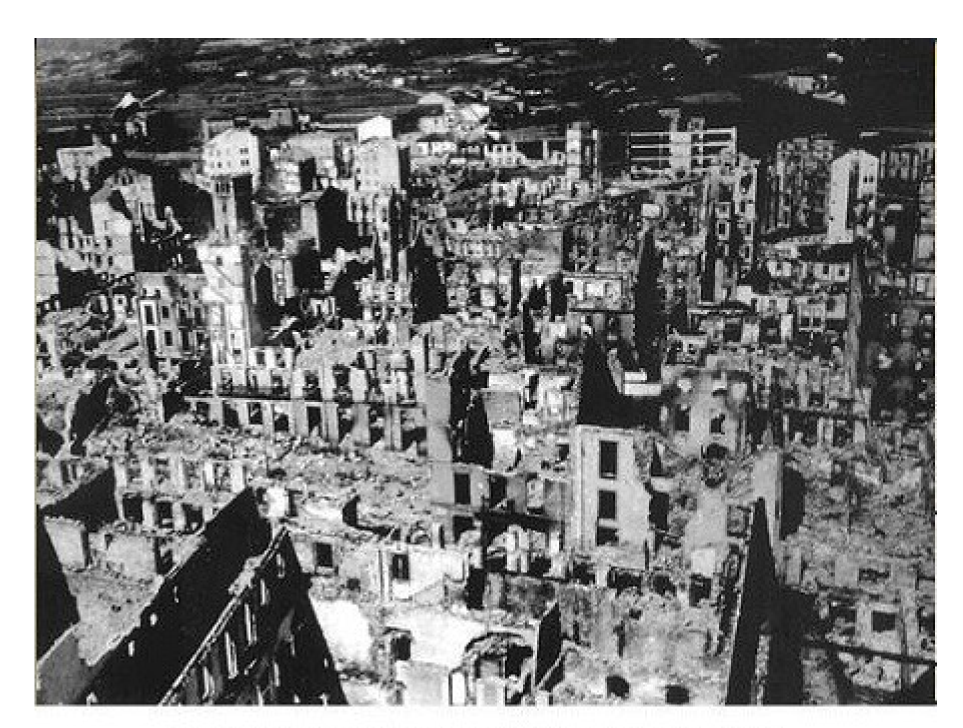
El Generalísimo ha aprobado una reorganización de las Brigadas, según la cual, el coronel Alonso Vega, que mandaba la gran columna salida de Vergara para romper por la Sierra de Elgueta, vuelve a la auténtica 4.ª Brigada y se despide de la mayoría de las unidades que ha mandado en el curso de la ofensiva. La 2.ª Brigada, empeñada desde hace un mes en operaciones de apoyo, es trasladada a otro sector del frente; la primera acaba de reconstruirse; también la tercera muda de zona, y finalmente, nace la 5.ª Brigada de Navarra, que recibe en su seno buena parte de los Batallones mandados durante las últimas semanas por Alonso Vega. Esta 5.ª Brigada tendrá desde ahora por jefe al coronel Juan Bautista Sánchez. Su sector de concentración ha sido el de Guernica-Ajángui», y queda en estrecho contacto con la Brigada de «Flechas-Negras», colocada en el extremo derecho de la línea general.

Los días de relevo, por muy fina y sutilmente que se lleve éste a cabo, paralizan muchas actividades, mueven otras y atenúan la acometividad; sin duda aprovechando tan favorable instante, los rojos desencadenan una serie de contraataques bastante fuertes, que en todas partes son inmediatamente rechazados. ¿En todas? Hay una excepción. Al avanzar desde Guernica a Bermeo, los «Flechas Negras», arrebatados por el ímpetu ofensivo, no se han preocupado de ocupar las lomas y cerros que por la izquierda bordean toda la carretera entre las dos localidades mencionadas. En consecuencia, el flanco izquierdo de la marcha ha quedado al descubierto. Algunos de los mandos rojos de sector se han dado perfecta cuenta de ello; y, en efecto, cuatro Batallones (tres asturianos y uno vasco), llegados al frente la noche anterior, encuentran una ocasión propicia de contraatacar con éxito, de tal modo que llegan a la carretera y cortan todas las comunicaciones de la Brigada de «Flechas Negras» con su inmediata retaguardia.

Los conquistadores de Bermeo han quedado aislados; con la agravante de que algunos pequeños barcos auxiliares, armados en Bilbao, hacen acto de presencia frente al puerto y combinan su bombardeo con el de las baterías de tierra, todas ellas situadas en forma que dominan perfectamente el campo de tiro. Se intenta situar algunas piezas nacionales a la derecha de la ría de Guernica y se ensayan fuegos de contrabatería, pero sirven de poco, pues lo que importa es reconquistar las posiciones de

la carretera, sin las cuales no es posible reanudar las comunicaciones entre Bermeo y Guernica. La Brigada legionaria se bate con admirable heroísmo en Bermeo y resiste todos los ataques, rechazándolos con gran empuje. Por un momento, los defensores de Bilbao tienen la impresión de hallarse en vísperas de una victoria que hará el milagro de desarticular toda la ofensiva nacional. Pero, entretanto, han llegado a Guernica fuerzas de la División «23 de Marzo» y ya está en línea, con sus efectivos completos, la División de Navarra. El coronel Bautista Sánchez va a iniciar sus operaciones con brillantez; sus vanguardias tienen que atacar las lomas de la carretera, alejar de allí a los rojos y restablecer las comunicaciones en toda el ala derecha. Tres horas de maniobra bastan para lograrlo. Al cabo de ellas, los rojos se repliegan hacia las alturas del monte Sollube, y termina el transitorio asedio de Bermeo.

¿Dónde están las 2.500 bajas italianas, el cerco irresistible, la capitulación próxima y otras invenciones que la propaganda de Bilbao ha lanzado al mundo con más ilusión que fortuna?



Guernica, víctima de la furia de la batalla

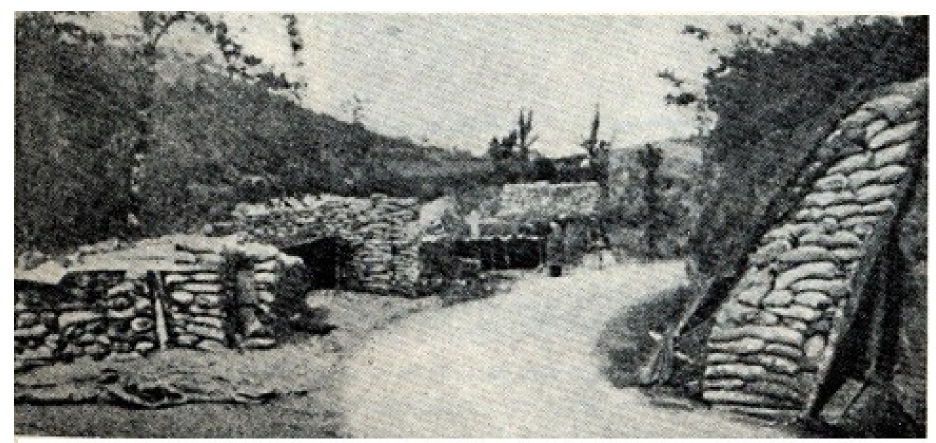
* * *

Una vez resuelto el episodio de Bermeo, todo el ala derecha del gran dispositivo nacional se pone francamente en marcha hacia los últimos obstáculos que hay que vencer para llegar hasta el «cinturón de hierro». A

partir de este instante, la belleza de la maniobra es inestimable. Imagine el lector el movimiento. El frente es como una gran comba que se va doblando, cerrando, por uno de los lados. Ese lado es el derecho. Gira la marcha sobre los montes de Durango y el Gorbea, o sea, sobre el punto en que las líneas describen la curva máxima. Fijas, o casi fijas todas las demás Brigadas en sus posiciones, sin más que ir rectificándolas suavemente para mantener en las tropas el espíritu de agresividad y no dejar una hora de reposo al enemigo, el ala de marcha describe un magnífico arco y anuncia la justeza de la operación de Bilbao.

Los días 6 y 7 de mayo, la Brigada y los «Flechas Negras», precedidos por una cortina artillera que obedece a exactitudes rigurosas, va avanzando hasta abordar las faldas del monte Sollube y de las cotas (entre 500 y 600 metros) que lo rodean. Ataca la 5.ª Brigada por el Sur y por el Este; los «Flechas Negras» cubren el flanco al Norte.

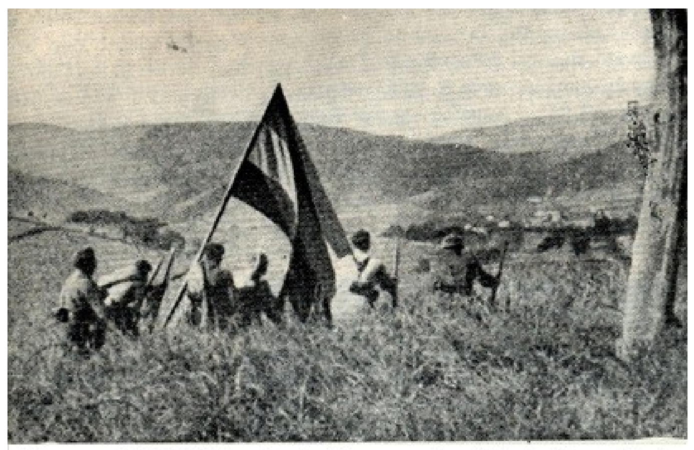
El día 8, antes del amanecer, los Tabores de Regulares de Alhucemas y de Tetuán se acercan a las altas cotas de la montaña. La progresión es difícil, pero el empuje de los atacantes les permite ocupar las estribaciones más importantes. Y a las nueve de la mañana se lanzan al asalto; el éxito es completo. La maniobra ha sido muy hábilmente llevada a término, lo cual ha de permitir al resto de la Brigada avanzar con gran profundidad. El enemigo ha quedado desmoralizado; fuerzas de vanguardia le persiguen y quedan dominados por la bandera nacional los altos del Sollube, todo el macizo del mismo nombre y una serie de cotas decisivas; los Regulares de Alhucemas llegan a cinco kilómetros de la importante villa vizcaína de Munguía y es cortada la carretera que une a Bermeo con los pueblos próximos a Bilbao.



A lo largo de las carreteras de vizcaya el avance nacional ha de vencer constantemente obstáculos y fortificaciones

La maniobra amplía su ámbito. Ya reciben orden de acelerar la marcha dos Brigadas más; la primera y la segunda; aquélla, para que desde la zona de Durango remonte los caminos que desbordarán Amorebieta, llegarán al sector de Rigoitia y enlazarán allí estrechamente con el flanco izquierdo de la Brigada; la otra, para que tomando como eje de marcha la carretera de Durango a Amorebieta, venza las resistencias que delante de esta localidad se ofrecen, la ocupe y siga adelante. Amorebieta está muy bien defendida; como que se trata de la carretera general San Sebastián-Bilbao, y por ella se teme una gran irrupción de carros de combare. Los nacionalistas vascos esperan que allí se produzca la más fuerte acometida contra el «cinturón»; pero aparte de este motivo hay el de que cuando se sufre un ataque envolvente sobre un flanco —como ocurre en esta ocasión —, las normas militares aconsejan resistir a toda costa en el centro y en el otro flanco, a fin de asegurar, en cualquier eventualidad, una retirada que evite un desastre.

La Brigada ha llegado a Rigoitia al mismo tiempo que la 5.ª; delante de ellos dibuja sus sombras el macizo del monte Bizcargui, otro de los obstáculos que es necesario vencer pronto. Reducido el Sollube, ya no quedan más que el Jata y el Bizcargui; aquél tiene como compañía y apoyatura el monte Gondra, que cerca del mar trata de cerrar el paso a la Brigada de «Flechas Negras». La 2.ª Brigada sufre bajas fuertes cuando se dispone a marchar sobre Amorebieta. Los pinares próximos a esta villa vizcaína albergan muchos nidos de tiradores y desde ellos se hace un fuego violento. Sobre las posiciones de la 5.ª Brigada en el monte Sollube descargan tres contraataques rojos, uno tras otro. Ninguno de ellos logra su propósito, pero todos obligan a los tabores de Alhucemas y de Tetuán a emplearse a fondo.


Fuerzas de la 2ª Brigada de Navarra a la vista de Amorabieta

El día 10, la 1.ª Brigada, que el día anterior, partiendo de Rigoitia, había puesto el pie en cotas próximas al Bizcargui, decide asaltar este monte y su ímpetu acaba con las resistencias que allí había preparado el General Martínez Cabrera. Las cotas 563 y 569 pasan a manos de García Valiño. El resto del día, y aun parte de la noche, los nacionalistas vascos hacen cuatro preparaciones de artillería y desencadenan otras tantas reacciones de la Infantería, porque ahora comprenden la importancia que tiene la posición del Bizcargui. Las vanguardias de la Brigada resisten perfectamente.

Todas las demás fuerzas rectifican sus líneas a vanguardia y van fijando un nuevo dispositivo, encargado del asalto al «cinturón de hierro», del que ya les separan muy pocos kilómetros en algunos puntos.

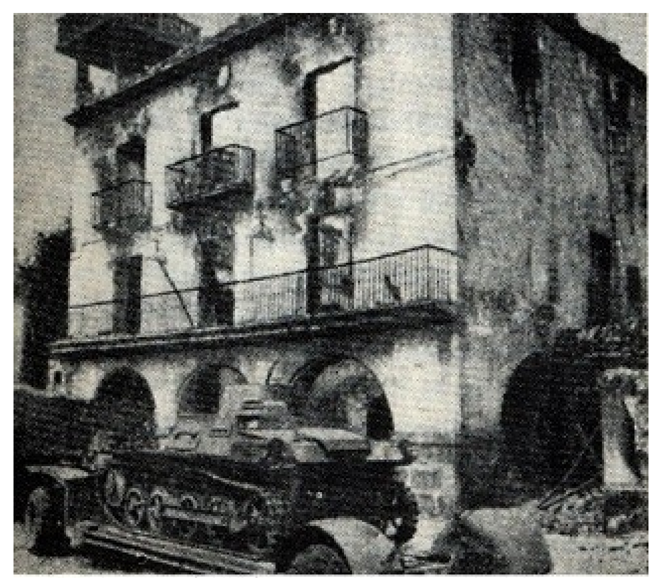
Por el extremo flanco derecho, los «Flechas Negras» han alcanzado completo éxito en su marcha resuelta hacia las posiciones rojas, de cuya artillería y ametralladoras se apoderan. Luego vuelven a tomar el rumbo Oeste y se dirigen hacia las líneas que les han sido señaladas, desde las cuales deberán tomar el monte Tollu, como la 5.ª Brigada de Navarra ha de ocupar la cota 606, porque esas dos posiciones tienen en continua situación de hostigamiento las trincheras del Sollube, y el Mando siente la necesidad de apartar de sus soldados esa ingratísima incomodidad.

El día 13, los Batallones de Juan Bautista Sánchez atacan tres veces, no sin haber empleado previamente todas sus baterías y todos los aviones de bombardeo. Las tres veces tienen que replegarse nuevamente al Sollube, acosados por un certero fuego cruzado de las ametralladoras enemigas. Milicianos llegados de Bilbao y apoyados por una docena de carros contraatacan entonces con gran brío para reconquistar el Sollube, pero su ímpetu se apaga y muere en las estribaciones de la montaña. También la 1.ª Brigada tiene que resistir las reacciones que frente al Bizcargui se producen por parte de cinco Batallones de «gudaris» y asturianos. El Bizcargui, como el Sollube, resiste muy bien. El día 15 tendrán que esforzarse nuevamente los milicianos, en vista de que el Alto Mando vizcaíno ha ordenado, so pena de fusilamiento, que el Bizcargui sea reconquistado, aunque para ello haya que llegar a los máximos sacrificios.

Ya están los «Flechas Negras» en el monte Tollu; los carros nacionales han llegado a Villa Mercedes; se tocan con las puntas de los fusiles

las estribaciones del monte Jata... La 2.ª Brigada avanza hacia Amorebieta, pero, ¡qué dura es la marcha y qué difícil el avance!

Llueve, llueve, llueve torrencialmente. La persistencia del mal tiempo parece una broma siniestra. Los soldados aprovechan cualquier camino para poder seguir sus rumbos. Menos mal que las carreteras de Vizcaya son excelentes, aun las de segunda o tercera clase; esto hace que el movimiento de vehículos se mantenga muy activo bajo la lluvia.



Amorabieta, otro pueblo incendiado por los rojos al huir

El 19 de mayo, la Agrupación legionaria («Flechas» y «23 de Marzo»), se adelanta desde el monte Tollu hasta el Jata. Primeramente escala las crestas del monte Gondra, protegida por carros nacionales. Desde allí, el ataque al Jata adquiere caracteres de extremada violencia; los rojos reciben la embestida como una sorpresa; es cierto que han caído sobre ellos toneladas de metralla lanzadas por las baterías legionarias y por toda la aviación, pero aun así, no contaban con aquel movimiento tan ágil e irresistible que llevaron a cabo los soldados de Roatta.

Poco antes del anochecer, las vanguardias legionarias observan que el enemigo, desconcertado, se repliega muy de prisa; el monte Jata no era objetivo de la jornada ; debía ser ocupado al día siguiente; por hoy, bastaba con el monte Gondra; pero la ocasión es magnífica para explotar el éxito, y allá van los voluntarios, hasta que un Batallón del tercer Regimiento de «Flechas Negras» planta la bandera española en las crestas y da vista, directamente, a las obras del «cinturón de hierro».

En el centro del dispositivo, la 2.ª Brigada ha avanzado considerablemente hasta los alrededores de Amorebieta. Las cotas principales se hallan ocupadas, y entre ellas Peña Lemona, donde la resistencia de los «gudaris» ha sido sangrienta y donde los contraataques se suceden incesantemente.



Posición de «Flechas Negras» frente al «cinturón de hierro»

Catorce son los Batallones rojos que se oponen a la 2.ª Brigada; ha correspondido a ésta vencer líneas muy poderosas. Entretanto, la cuarta y quinta, que son las que más directamente se encaminan hacia el «cinturón», están ganando tierras vizcaínas, toman pueblos, dominan cotas, mantienen muy bien sus enlaces, y envuelven las últimas posiciones que el enemigo trata de conservar para impedir el ataque directo a la famosa línea fortificada.

La Brigada, que ha estado aparentemente inactiva en el punto máximo de la curva, en lo que podemos llamar fondo de la bolsa o del saco que la maniobra del ala derecha ha creado, inicia su avance. ¿Por qué se han quedado los milicianos tanto tiempo en ese fondo de saco? ¿Por qué no han comprendido que todo retraso en el repliegue aumentaba las posibilidades victoriosas de las nacionales? Esta terquedad en ciertas defensas inútiles se repetirá a lo largo de toda la campaña en el frente rojo y determinará jornadas graves para los milicianos. Por las carreteras que bajan hacia Lemona y Yurre descienden ya los soldados del coronel Alonso Vega; la resistencia que encuentran es pequeña; toda se ha concentrado en los alrededores de Amorebieta, villa risueña, importante, de Vizcaya, significada políticamente entre las primeras como núcleo del separatismo vasco.

A fines de mayo, la ocupación de todo el territorio de la Vizcaya oriental ha terminado. Y están a punto de acabar las operaciones de aproximación al «cinturón de hierro», cuya expugnación, ruptura y despedazamiento serán el objetivo de la segunda fase del plan de campaña; el resultado final está representado por la toma de Bilbao.

Mandos, unidades nuevas y acciones locales

Pero antes de entrar en esa segunda fase, van a producirse varios hechos interesantes para el historiador.

De un lado —el nacional— hay que anotar la creación de la 6.ª Brigada de Navarra, cuyo mando se encomienda al coronel don Maximino Bartomeu. Las Brigadas que iniciaron la ofensiva entre Villarreal y la orilla del Cantábrico (cuatro), han aumentado a seis. La formación de esta nueva unidad ha traído consigo una modificación en el dispositivo de ataque. En el flanco derecho, junto a los «Flechas Negras» y a los destacamentos de la «23 de Marzo», la sexta de Navarra ha ocupado el frente que cubría la quinta; ésta se ha desplazado más a la izquierda, obligando a la primera, a efectuar un movimiento idéntico, de suerte que la primera y la segunda estrechan sus líneas y automáticamente constituyen una poderosa masa de penetración sobre un frente muy limitado.

Del lado opuesto —el rojo—, el día 29 de mayo se anuncia una importante modificación en el Mando militar supremo de Vizcaya. Martínez Cabrera se consideró fracasado; el Presidente del Consejo separatista —Aguirre— asumió transitoriamente poderes de «Generalísimo»; pero desde Valencia vigilaban el problema y creyeron que en Bilbao hacía falta un General de antecedentes profesionales. Supusieron que ese General debía ser Gamir Ulíbarri. ¿Por qué recayó en él la elección? Probablemente influyeron dos factores Gamir Ulíbarri había sido Director de la Academia de Infantería de Toledo, y se le atribuían en Valencia fuertes disposiciones para el mando; recientemente, mientras Solchaga cumplía los planes de Franco y Mola en Vizcaya, Gamir Ulíbarri, jefe de las tropas marxistas de Teruel, puso en marcha una serie de acciones contra el frente aragonés y ocupó varios pueblos —Visiedo y Argente entre otros—, además de las posiciones de Celadas y Cerro Gordo. En esas operaciones de escasa envergadura andaba entretenido el ex Director de la Academia cuando fue llamado a Valencia por el Ministro de Defensa

(Prieto), el cual, «después de hacerle un relato de la situación no lisonjera del Norte, con las tropas en retirada en Irún, sin aviación, faltas de 600 ametralladoras y de artillería, en la que casi estaban a extinguir las vidas de las piezas, y tocado ya por el enemigo el «cinturón» de Bilbao, le convenció para que aceptase el honor, junto con el sacrificio, de designarle para el mando del Cuerpo de Ejército del País Vasco, quedando al frente de los de Santander y Asturias el General Llano de la Encomienda, que en la actualidad ejercía el de los tres».

El día 29 de mayo, el avión de Valencia que llevaba a Gamir Ulíbarri aterrizó en un aeródromo de Santander. Aquella misma noche el nuevo jefe de la defensa de Vizcaya tomó el mando.

La situación militar que Gamir encuentra es, según confesión del interesado, la siguiente:

«Se adolece de la carencia de medios de acción, que ha hecho imposible la aplicación de los principios de la defensiva activa. No existen reservas prontas a combatir que aprovechen el desgaste del enemigo, aunque haya roto la línea de contacto, como frecuentemente sucede (recuérdese Verdún) para lanzarse sobre él y arrollarlo, o en vigoroso contraataque hacerle retro- ceder hasta el punto de partida y más tarde rechazarlo más allá todavía con el auxilio de tropas de refresco. Todas las tropas están embebidas en una primera línea de fortificaciones ligeras de campaña, a vanguardia y distancia de kilómetros del famoso «cinturón» de Bilbao, no constituyendo la posición avanzada de éste como línea de resistencia, ya que el «cinturón» no estaba guarnecido. La densidad de las tropas es insignificante, pues aun admitiendo el kilómetro por Batallón para el de 1.000 plazas, reputado como normal, el perímetro del «cinturón» de Bilbao, línea envuelta por la ocupada a mi toma de mando, tenía un desarrollo de 70 kilómetros, aproximadamente, y necesitaba 70.000 hombres; el total de fuerzas del Cuerpo Vasco sumaba 29.300. La inmediata llamada a filas de las quintas disponibles y petición de refuerzos a Asturias, proporcionaron un aumento de tres Brigadas, con las que se trató de ocupar los puntos llaves del «cinturón» para contener al enemigo y servir de base a la reorganización de líneas de detención previstas, de las fuerzas de la línea avanzada, caso de tener que abandonar ésta, así como para tener hecho el estudio de los planes de fuegos.»

Declara, pues, el General Gamir —con muy mala sintaxis, por cierto — que disponía en cifras redondas de 45.000 hombres, aproximadamente, más la posibilidad de obtener nuevos refuerzos de Asturias y Santander, aunque de esto no habla el mencionado jefe. Quiere esto decir que el desgaste sufrido por el Cuerpo Vasco desde los primeros días de la

ofensiva superaba, probablemente, la cifra de 25.000 hombres. En cambio, el desgaste o «usura» del Ejército nacional era menor que el previsto, e inferior a lo que se podía esperar de una campaña iniciada ante obstáculos naturales verdaderamente formidables.

Aun admitiendo la cifra de los 45.000 hombres, la superioridad numérica del Ejército nacional del Norte en cuanto a efectivos, era pequeña, insuficiente, para determinar por sí sola situaciones militares decisivas. En cambio, la ventaja en armamento —especialmente artillería y aviación— resultaba muy grande. Y las mayores ventajas eran la de la moral y la técnica.

El nuevo General-Jefe del Cuerpo Vasco, que, como se ha visto, traía más o menos vagamente la obsesión de Verdún, quiso, sin duda, hacer de Mariscal Petain, y apenas llegado a Bilbao dio orden terminante de organizar varios fuertes contraataques sobre aquellos puntos que le parecieron más adecuados para mantener a los nacionales alejados del «cinturón de hierro».

Uno de ellos, en realidad, tenía otra finalidad: la de cortar las actividades que la tercera Brigada de Navarra pudiera poner en juego por el lado de Orduña y conservar, por consiguiente, libres los caminos de la eventual retirada hacia Santander. Para ello, los días 31 de mayo y 1 de junio, varios Batallones vascos, amparados en la niebla, se aproximaron a las trincheras nacionales y lanzaron algunas bombas de mano, pero su acción tuvo tan escasa profundidad que con el mínimo esfuerzo fue repelida. En cambio, esos mismos días empezó una serie de asaltos a la posición de Peña Lemona, gran mogote situado encima del pueblo de Lemona, con dominio de un sector bastante amplio que afecta a toda la zona defensiva de Amorebieta. La segunda Brigada había conquistado Peña Lemona en una embestida briosa; allá se congregaron en los últimos días de mayo los mejores Batallones de la vanguardia roja y se propusieron expulsar a sus enemigos. Durante cuatro días no cesaron de hostilizar, con presión bastante acentuada.

El día 1 de junio, en vista de la tenacidad que los vascos ponían en torno a la mencionada Peña, y como consecuencia del nuevo dispositivo de que antes hemos tratado, pudieron concentrarse por el lado nacional unidades de la primera y la segunda Brigada, que recibieron un ataque de tres Batallones. La situación no se modificó. El día 2 siguen los asaltos. También sin resultado para los atacantes. Pero llegado el día 3, el General

Gamir refuerza el sector de Peña Lemona con dos Batallones más de la recluta asturiana. Antes del amanecer, sin ninguna preparación artillero, cinco Batallones atacan resueltos, pero fracasan en su intento. A las ocho, la artillería entra en juego. Los milicianos han podido apostarse en una parte del terreno que queda desenfilada. A las nueve vuelve a reproducirse el asalto; una Compañía del Tercio de San Ignacio, que guarnecía la posición principal, resiste hasta el agotamiento; intervienen otras Compañías del mismo Tercio, y cuando se quedan todas sin mandos, el enemigo ocupa la citada posesión.

Se envía al primer Batallón del Regimiento de Arapiles para que la reconquiste, pero un intenso fuego de fusil y de ametralladoras rechaza al Batallón después que han caído heridos el comandante y la mayoría de los oficiales. La jornada, al terminar, deja a los rojos dueños de Peña Lemona. La artillería de la cuarta Brigada recibe orden de cañonear las trincheras recién perdidas, con lo cual se unen en el fuego las baterías de tres Brigadas diferentes.

* * *



El general Mola, muerto en accidente de aviación cuando se dirigía a Burgos

Un hecho inesperado se ha difundido por toda España y aun por el mundo entero, que sigue atento la guerra española, la emoción más profunda. ¡Ha muerto el General Mola! ¡El General-Jefe del Ejército del Norte, el que se sublevó en Pamplona por España, el gran lugarteniente del Generalísimo Franco, ha perecido víctima de un accidente de aviación! Su piloto, el capitán Chamorro, le llevaba desde Vitoria a Burgos y Valladolid. Nada. Unas decenas de minutos de vuelo sobre parajes archiconocidos, sin ninguna dificultad, y de pronto la niebla, el terrible enemigo de la aviación, cierra los horizontes, cubre los paisajes, oculta el cielo y la tierra; el capitán Chamorro, empeñado en encontrar un nimbo en medio de aquella oscuridad, da con el aparato contra un cerro, cerca del pueblo burgalés de Cantil de Peones. Todos los que ocupaban el aparato han dejado de existir. Cuando las autoridades de Burgos llegan al lugar del accidente, no encuentran más que varios cuerpos despedazados.



Pamplona. Llegada de los restos mortales del general Mola

El General Mola, africano, igual que todos los grandes Jefes y Oficiales del Ejército español, «colonial», como dirían los franceses, hombre de carácter enterizo, rígido, impetuoso, pero a la vez desconfiado y cauto, era uno de los elementos positivos de la victoria nacional. Su ausencia, ¿tendría consecuencias profundas en el desarrollo de la campaña? Eso creyeron muchos; eso creyeron, sobre todo, en el Gobierno rojo. ¡Se habían olvidado del carácter y de la personalidad de Franco! El Generalísimo no es hombre que retroceda ante una adversidad, por grande que sea. La pesadumbre que debió sentir cuando el teléfono le comunicó la muerte de Mola sería indescriptible; la decisión inmediatamente tomada consistió en acentuar las órdenes y en ahondar los propósitos. Inmediatamente, el General Dávila, que había presidido la Junta Técnica de Burgos, pasó al mando del Ejército del Norte y las operaciones

continuaron. Muestra de la reacción de las tropas nacionales al informarse de la muerte de Mola es el siguiente parte de operaciones enviado al General Solchaga por el coronel Bartorneu, jefe de la sexta Brigada de Navarra:

> «Recibimos la noticia de que Mola ha muerto en un accidente de aviación. Nos sirve de acicate la noticia para honrar su recuerdo con una gran victoria que le ofreceremos.»

El día 5, Solchaga ordena reconquistar Peña Lemona. La mañana transcurre envuelta en nieblas. Se hace imposible la preparación artillera. Los Oficiales, en sus puestos de mando, se despiden de sus familiares en cartas magníficas. Saben que la operación va a ser muy dura, porque todas las señales observadas indican el propósito enemigo de resistir hasta el fin. El día, en efecto, es terrible. Uno tras otro se suceden los asaltos de dos Compañías del primer Batallón de Arapiles, una del Tercio de Requetés de Nuestra Señora del Camino y otra del Tercio de San Ignacio. Hasta las ocho y media de la tarde no se logra reconquistar la Peña. El campo ha quedado cubierto de cadáveres. La primera y segunda Brigadas sufren cerca de 200 bajas; 300 tuvo la segunda Brigada el día en que perdió la posición. ¡Peña Lemona ha costado, pues, 500 bajas al Ejército de Franco!

Al propio tiempo ha habido que rechazar nuevos contraataques a las posiciones que la primera Brigada defiende en el monte Bizcargui, así como a las que los «Flechas Negras» sostienen en el monte Jata. Es el italiano antifascista Nino Nannetti, al frente de cuatro Batallones, quien se obstina en reconquistar el monte Jata, donde están los italianos vencedores; sus esfuerzos son tenaces y su decisión mucha, pero no consigue recobrar una sola pulgada de terreno, y al fin tiene que replegarse, con los restos de sus cuatro Batallones, al amparo del «cinturón fortificado».

Desde la noche del 5 hasta el 11, la lluvia, el viento, el granizo, vuelven a interrumpir todos los movimientos importantes de las tropas.

Esta calma va en favor del General Gamir y del Cuerpo Vasco. El nuevo General ha advertido las deficiencias del «cinturón», y como apenas puede disponer de tiempo para fortificar de nuevo, manda reparar aquellas faltas que le parecen más urgentes; en realidad, los Batallones de fortificación no tienen plazo sino para mejorar las líneas frente al monte Jata.

Gamir modifica algunos cuadros de mando y trata de reavivar la moral decaída. Con ello cumple las instrucciones de Valencia. Al encargarle del mando el Ministro de Defensa (Prieto), le había comunicado por escrito las siguientes normas:

«Las circunstancias que concurren en la lucha que se está desarrollando en el frente de Bilbao, de cuyas fuerzas va V. E. a tomar el mando, exigen que su actuación se sujete a las siguientes directivas:

Primera. Es indispensable asegurar por todos los medios la resistencia del frente oriental, extremándola en el cinturón de fortificaciones, y a toda costa en el lindero de la capital.

Segunda. El mando se preocupa de activar la ejecución de operaciones importantes en otros frentes que obliguen al enemigo a interrumpir su acción sobre Bilbao. Por ello se hace necesario agotar el límite de resistencia, exaltando la moral de las fuerzas que se ponen bajo su mando.

Tercera. Queda facultado para emplear libremente los jefes de que disponga para el mando de fuerzas, así como para realizar la reorganización de éstas del modo más útil a las necesidades de la guerra, logrando, en cuanto sea posible, la estructura orgánica a base de Divisiones y Brigadas, cualquiera que sea la ideología política de los combatientes.

Cuarta. La idiosincrasia del país y los problemas políticos allí planteados aconsejan que ponga V. E en juego sus dotes personales para evitar toda clase de rozamientos con las organizaciones sindicales y políticas, manteniendo su autoridad independientemente de toda tendencia partidista.

Quinta. En el empleo de las fuerzas de Marina y Aire puede V. E disponer los relevos que juzgue pertinentes y reemplazar, si fuere necesario, las dotaciones de las primeras. Los medios navales deberán utilizarse con la misma idea de resistencia y análogo espíritu de sacrificio.

Sexta. Impongo al jefe del Ejército de Asturias-Santander el deber de apoyar a ese Cuerpo con cuantos medios disponga, pudiendo V. E. solicitarlos directamente y darme cuenta.

Valencia, 20 de mayo de 1937. —El Ministro de Defensa Nacional, *Indalecio Prieto*.»

Segunda fase de la campaña vizcaína. Ruptura del «cinturón de hierro» y ocupación de Bilbao

Ha llegado ya el momento decisivo de la campaña de Vizcaya. Todo está preparado para el gran asalto. Tras una semana de lluvias intensas ha

vuelto el tiempo a moderarse, y como Franco, por muchas y muy diversas razones, desea poner punto final a la maniobra vizcaína, da las órdenes oportunas a fin de que las seis Brigadas de Navarra y la de «Flechas Negras» rematen la operación iniciada el 31 de marzo en Villarreal de Alava.

¿Qué es el «cinturón de hierro»? Cuando el Generalísimo Franco, desde uno de sus observatorios, contempló el panorama de las fortificaciones bilbaínas y pudo, además, estudiarlas sobre las fotografías aéreas, dijo a sus ayudantes:

— ¡Qué error! ¡Qué inmenso error!

¿En qué consistía ese error que el Generalísimo advirtió al primer golpe de vista? ¿Por qué se había echado a volar tanta fama en torno a la línea que debía defender la capital de Vizcaya, hasta el punto de compararla, en pequeño, con la «línea Maginot»? ¿Qué idea tenían los comentaristas acerca de la «línea Maginot» y de los principios de la fortificación?

Un corresponsal francés había hecho la descripción siguiente:

«Esta posición comprende tres líneas de trincheras. Tales trincheras, de una profundidad media de dos metros, dotadas de numerosos refugios subterráneos, están bien trazadas. Las plataformas para armas automáticas, especialmente numerosas, han sido racionalmente construidas, a fin de asegurar un tiro capaz de producir los máximos vacíos en las filas enemigas. Delante de las trincheras se cuentan, según los sectores, hasta cinco órdenes de alambradas espinosas, batidas todas por fuegos cruzados de ametralladoras. Galerías bien protegidas contra los tiros de enfilada del enemigo unen los principales elementos de la defensa.»

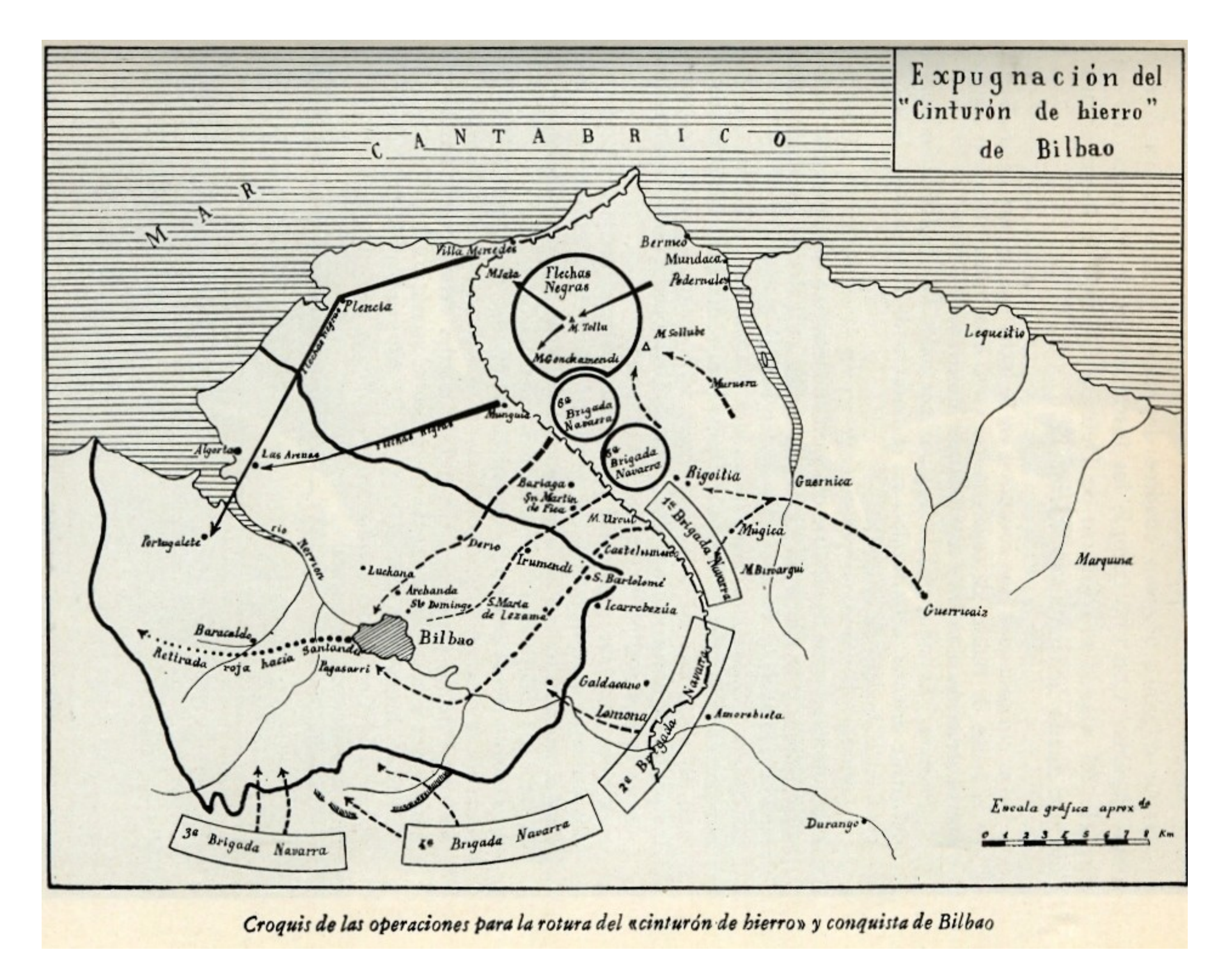
«El «cinturón de hierro» —comenta el *General Belforte*— fue adquiriendo mayor consistencia. Las trincheras habían sido cubiertas en muchos puntos con grandes troncos de árboles y con tierra; se había creado gran cantidad de puestos de cemento armado para una o dos ametralladoras en los puntos tácticos más idóneos y plazoletas para la artillería; algunas piezas, oportunamente apostadas, podían batir de cerca, con tiros ajustados, los lugares obligados de paso.»

Pero agrega el mismo autor: «Esta línea tenía el defecto de un desarrollo demasiado amplio en relación con las fuerzas disponibles y se hallaba demasiado cerca de la ciudad para asegurar a ésta y al puerto una eficaz defensa».

Efectivamente; tenía ése y otros defectos que el General Gamir Ulíbarri, jefe del Cuerpo Vasco, resume del modo siguiente:

«Desde el punto de vista táctico, no de construcción, pues en él se había hecho derroche de mano de obra y de hormigón, el examen de la obra de fortificación era desconsolador. No se había supeditado el trazado, como es elemental, a la obtención de buenas observatorios y planes de fuegos que hicieran posibles las barreras de los combinados de infantería y artillería en los tiros de detención, ni efectuado organizaciones en los puntos precisos para evitar espacios desenfilados y ángulos muertos donde la infantería asaltante pudiera reorganizarse a cubierto, ni enmascarado las obras, sino trazado una línea grisácea continua, aprovechando la cresta militar, nunca la contrapendiente en los sitios que lo permitiese el enlace entre la infantería y la artillería, perfectamente visible desde los observatorios enemigos, dada la constitución topográfica de Bilbao, de cazoleta dominada por las alturas que le rodean, y en algunos puntos, como en el saliente de Larrabezúa, el enemigo, desde el monte Bizcargui, dominaba la obra a distancia inferior a 3000 metros. La deserción al enemigo del ingeniero constructor de la obra quizás pudiera explicar estos defectos capitales, que trataron de subsanarse rápidamente por el Gobierno y pueblo vasco, incluso por mujeres voluntarias, trabajándose febrilmente para corregir defectos, sobre todo en la parte Norte, frente al monte Jata. Pero ya era tarde.»

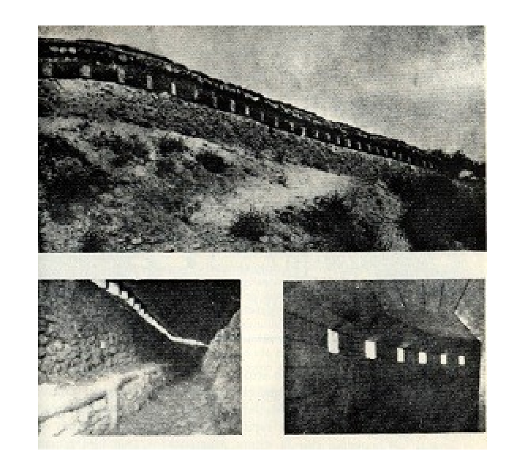
Se trabajó, en efecto, febrilmente, bajo la dirección de un tal Monnier, que se decía técnico francés en fortificaciones y que conquistó la confianza del Presidente del partido separatista vasco.



Croquis de las operaciones para la rotura del «cinturón de hierro» y conquista de Bilbao

Ese «cinturón de hierro», en el que tenían puestas los rojos todas sus esperanzas, arrancaba de la costa, en las cercanías del pueblo de Plencia, trepaba a varias lomas y pasaba por detrás de los montes de Lauquiniz para alcanzar la zona de Larrabezúa, a tres kilómetros del Bizcargui; en Larrabezúa torcía en ángulo casi recto hacia el Sur-Suroeste, pasaba por el sector de Galdácano, cruzaba el río Ibaizábal, describía otro ángulo y por los montes occidentales de Bilbao iba a morir nuevamente en el mar, cerca del puertecillo de Ciérvana. ¿Cómo se pudo concebir tal línea dejando fuera de ella, y a distancia relativamente corta, posiciones tan formidables como los montes Jata, Gondra, Sollube, Urcullu, Bizcargui y Peña Lemona? ¡Misterio! ¿Y cómo es admisible que entre el «cinturón» y Bilbao no hubiera nada, absolutamente nada, ni una sola trinchera sistemática, exponiendo, por consiguiente, la ciudad al asalto directo, apenas quedara rota la línea fortificada? ¿Quién explicará la razón de que no se fortificaran los montes de Santa Marina, Archanda, Santo Domingo y otros como tercera línea de apoyo, puesto que el «cinturón», en todo

caso, debió haber sido la segunda, dado que la primera pudo establecerse a mucha mayor distancia de Bilbao?





Aspectos del «cinturón de hierro»

Empieza el ataque

Es el caso que mientras Gamir Ulíbarri y el francés Monnier se esforzaban en acumular masas de hierro y cemento — ¡cuando ya era tarde!—, la primera Brigada de Navarra, al mando del coronel García Valiño, movió sus tropas el día 11 de junio, a la par de las Brigadas quinta y sexta, mandadas por los coroneles Juan Bautista Sánchez y Bartomeu. Preparóse el terreno con la aviación y la artillería y se procedió a una operación preliminar. Descendiendo del monte Bizcargui, la primera Brigada debía acercarse lo más posible al «cinturón» y elegir buenas bases de partida para el día siguiente. Así fueron ocupados el monte Urcullu (de 370 metros de altura), las cotas 371, 190 y 100 y el pueblo de San Martín de Fica. Por la noche, las tres Brigadas acamparon al pie de las primeras fortificaciones.

Al mismo tiempo, las tercera y cuarta Brigadas hicieron algunos movimientos demostrativos para llamar la atención del enemigo. Pero el principal de todos fue el de la segunda Brigada, que tenía orden de atraer a

los rojos por el Lado de Peña Lemona. Creyó el General Gamir Ulíbarri que el ataque principal y más violento al «cinturón» se produciría en dirección de Galdácano, pues así parecían dejarlo sospechar los sistemas de comunicaciones, abundantes en ese sector y menos propicias en los demás.

El día 12, con las luces iniciales de la mañana, se inició el bombardeo aéreo más terrible que hasta entonces se había conocido. Los italianos lo califican de «terrifiante». Setenta trimotores, acompañados de cincuenta aparatos de caza, tomaron bajo su vuelo la parte del «cinturón» que se extiende entre Larrabezúa y Beriaga (apenas siete u ocho kilómetros de desarrollo) y dejaron caer toneladas y toneladas de explosivos sobre las fortificaciones. Inmediatamente, todas las baterías de la reserva del Mando y todas las divisionarias continuaron la obra de destrucción. Temblaba la tierra en varias leguas a la redonda. Bilbao se estremecía ante el sordo trueno del fortísimo bombardeo. Antes del amanecer, cuatro Batallones enemigos habían tratado de recuperar el monte Urcullu, pero la primera Brigada de Navarra estaba sólida y no se dejó sorprender. A la una de la tarde, el tercer Batallón de Argel, de la quinta Brigada de Navarra, partió al asalto. «Con gran decisión —dicen las comunicaciones oficiales— escaló las alturas, y a las 14,25 llegó al «cinturón», penetrando el primero en la zona fortificada, ensanchándose la brecha con los demás Batallones de la segunda media Brigada que le siguen inmediatamente, y una hora después, por las vanguardias de las Brigadas primera y sexta de Navarra y el resto de la quinta, que penetran en la misma brecha».

La operación es clara. Se ha buscado, en el primer momento, la apertura de una brecha en esa muralla de hierro y cemento. Una brecha pequeña, la que puede abrir un Batallón; un kilómetro de anchura. Y antes de que el enemigo pueda reaccionar, se lanza sobre ella el alud de una masa de tropas que por su propio peso y volumen, superior al paso que deben atravesar, ensanchan el portillo, lo desgarran, lo doblan hacia adentro, y una vez los asaltantes en el interior de la zona fortificada, se abaten sobre las alas de la brecha misma, la toman por retaguardia y fuerzan el repliegue general del enemigo a la largo de diez o doce kilómetros de frente, porque las guarniciones próximas al lugar elegido para el primer asalto empiezan a sentirse irremediablemente amenazadas. He aquí, pues, que la «pequeña línea Maginot» ha sido rota y que el Cuerpo Vasco tiene que batirse en retirada completa dentro de una zona completamente

vacía de núcleos de resistencia bien organizados. No es sorprendente que el movimiento culmine en un desastre. Tres Brigadas vasco-asturianas intentan contraatacar furiosas, pero ¿qué podrán hacer en la crítica situación táctica en que se encuentran todas las demás tropas?

A partir del día 13 las Brigadas de ruptura, más la de «Flechas Negras», aceleran su marcha. Los «Flechas», en un combate brillantísimo, caen desde el Jata sobre Munguia —incendiado por los que se retiran— y siguen hacia Lauquiniz y Algorta, mientras otros Batallones de la misma agrupación parten de Villa Mercedes, llegan a Plencia y siguen también sobre Algorta para cruzar el puerto de Bilbao y atacar Portugalete. La sexta Brigada se dirige a Derio y Luchana, a fin de atacar las estribaciones Norte del monte Archanda. La quinta profundiza su ataque sobre Lezama y el valle de Asúa, con el monte Archanda y el de Santo Domingo como objetivos; la primera devora a su vez los kilómetros que la separan de los últimos contrafuertes bilbaínos; la segunda ataca hacia Galdácano por el valle del lbaizábal; la cuarta y tercera conciertan sus movimientos para dominar el Occidente de Vizcaya. El día 16, Gamir Ulíbarri recibe del Ministro de Defensa de Valencia el siguiente despacho:

«Ministro de Defensa Nacional a General-Jefe Ejército País Vasco:

Completo mi telegrama anterior haciéndole observar la enorme responsabilidad que sería entregar, mediante una retirada precipitadísima, toda la potencia industrial de Vizcaya, que casi exclusivamente radica en la orilla izquierda de la ría, desde la capital hasta la desembocadura del Nervión en el mar. Todo eso puede defenderse mientras organizase el envío de auxilios aéreos, que confío será inmediato. Si una situación desesperada, que no podrá producirse mientras el enemigo no salve el foso que constituye la ría, determinara obligadamente una retirada de esos lugares, ante los cuales deben estrellarse las fuerzas facciosas, sería indispensable, como ya se tiene ordenado a V. E., inutilizar cuantos elementos industriales no puedan ser trasladados. Salúdale, *Prieto*.»

En cumplimiento de estas instrucciones, Gamir manda que sobre los montes que dominan inmediatamente Bilbao por la margen derecha del Nervión, se extreme la defensa y se agote la resistencia. Cuanto se tiene a mano —hombres y material— se acumula allí. Ello da lugar a los sangrientos combates de que son escenario los montes de Santa Marina, Santo Domingo y Archanda. El plan consiste en retrasar la entrada de los nacionales en la capital de Vizcaya; pero cuando entren deberán

encontrarse en la imposibilidad de pasar a la margen izquierda, con lo cual la ocupación de Bilbao quedará prácticamente inutilizada. Claro está que semejantes propósitos no podían pasar muy inadvertidos para el Mando nacional. Este ordena a la primera Brigada de Navarra que abandone su dirección actual y que haciendo una rápida, fulminante conversión hacia el Suroeste, se dirija hacia el río lbaizábal, lo cruce, continúe hacia el Nervión, lo cruce también y ataque por la espalda la margen izquierda, para lo cual ocupará el monte Pagasarri, mole que vigila las entradas de Bilbao por Occidente. Una vez que los primeros soldados nacionales aparezcan en las laderas del Pagasarri, todo el Ejército vasco tendrá que retirarse precipitadamente hacia Santander. Se trata de una maniobra de revés que ha de dar frutos inmediatos. Dice el General Ulíbarri:

«La amenaza de envuelta por el flanco derecho determinó nuevas líneas defensivas.»

El día 18 de junio, los combates de Archanda y Santo Domingo llegaron al máximo de su violencia; pero en Bilbao se estaban haciendo urgentemente los preparativos para la retirada, porque la primera Brigada trepaba hacia Pagasarri. El 19, la campaña de Vizcaya llegaba a su objetivo principal con la ocupación de Bilbao.

A primeras horas de la tarde, la segunda media Brigada de la quinta de Navarra, con sus carros de combate, entra en Bilbao por Begoña y Deusto, ocupa la parte de la villa situada en la margen derecha de la ría, iza la bandera nacional en el Ayuntamiento, desarma a la guardia motorizada y hace prisioneros a los «gudaris», que formaban los siete Batallones defensores de Bilbao. Poco después entran el tercer Batallón de América, el quinto del mismo nombre y el Tercio de Oriamendi, perteneciente a la segunda Brigada. A las cinco lo hacen las unidades de vanguardia de la sexta Brigada. García Valiño se descuelga de Pagasarri y aún llega a tiempo de cortar la retirada a varios núcleos que se habían retrasado en la defensa de la margen izquierda de la ría.

Prieto había telegrafiado al General Gamir con fecha 16:

«Ordénole extremar defensa Bilbao, que juzgo posible en la margen izquierda, impidiendo acceso a ella al enemigo mediante la voladura de todos los puentes sobre el Nervión...»

Gamir no pudo «extremar la defensa», porque la primera Brigada de Navarra había tomado de revés la tantas veces mencionada margen izquierda.



Las tropas nacionales entrando en los arrabales de Bilbao

Masas de población y restos de Brigadas rojas cubrían las carreteras y caminos de Santander. En el Occidente vizcaíno, la tercera y cuarta Brigadas navarras lo ocupaban todo rápidamente. Caían en sus manos Orduña, Valmaseda, Amurrio, Llodio, Somorrostro, Gordejuela, los valles de las Encarnaciones, hasta que, sin encontrar resistencia seria, abordaron la línea montañosa que separa a Vizcaya de Santander, línea que eleva sus cotas considerablemente y constituye un sistema natural de defensa.

Dice el General del Cuerpo Vasco que «la casi totalidad del Ejército, con su material, se retiraba intacto»; pero antes ha declarado que los vascos sufrieron más de 32.000 bajas, cifra que, según otros documentos, llega a 45.000; agrega que «el enemigo, agotado, mermado en sus efectivos en gran número y contraatacado en ocasiones, no obstante nuestras escasas fuerzas y nulas reservas, detuvo su avance a pocos kilómetros de Bilbao». Contraataques hubo, en efecto, como los que sufrió la quinta Brigada de Navarra antes de llegar a Luyando, y los «Flechas Negras» en Ontón, donde fueron acometidas por cinco Batallones. Pero la realidad es que el plan nacional se cumplió perfectamente, que el desgaste fue menor del calculado y que el «alto» se ordenó donde el terreno aconsejaba reorganizar unidades, dar descanso a las tropas y preparar minuciosamente la campaña de Santander. En tres meses Franco había conquistado toda Vizcaya, destruido la obra de fortificación más importante que proyectaron y construyeron los rojos, desbaratado por completo el Cuerpo Vasco, hecho suyas las minas, fábricas, talleres y demás impor-

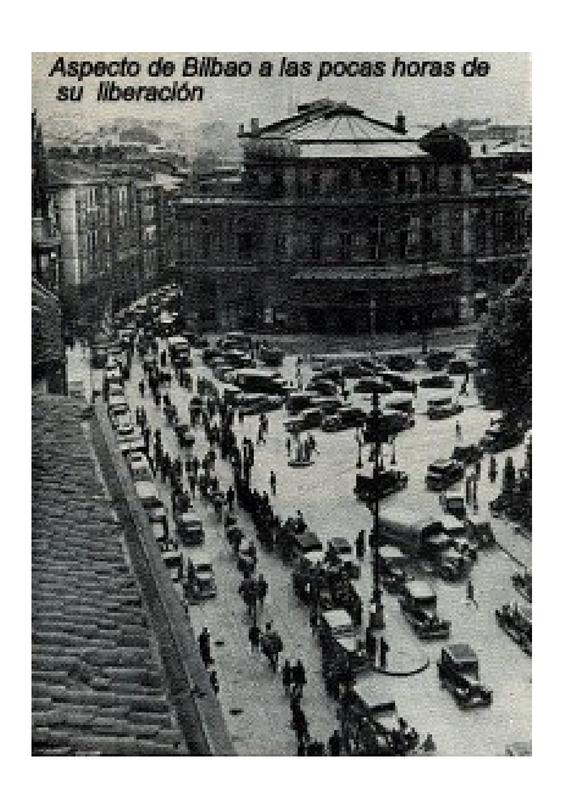
tantes riquezas vizcaínas, añadido docenas de pueblos a la España nacional, ocupado el puerto más considerable del Cantábrico y uno de los más activos de la Europa occidental, aumentado su posibilidad de recluta militar, acrecentado fabulosamente su potencia industrial bélica, dado un golpe maestro en la política internacional por el influjo que la suerte de Bilbao ha ejercido siempre en la política inglesa respecto de España y... ganado prácticamente la guerra, porque la victoria de Bilbao traería irremediablemente, como consecuencia, el triunfo completo sobre todo el Cantábrico, y quien ganara en el Norte había de ganar la guerra en el resto de España. Si esto no significa haber obtenido «un triunfo estratégico» —afirmación de Gamir—, ¿qué sentido tienen las palabras ni qué valor los conceptos?


Las fuerzas nacionales afluyen a Bilbao

«La conquista de Vizcaya —dijo la Prensa de Valencia— es un tremendo error por parte de los facciosos; el único resultado que han obtenido es el de desembarazar de una pesadilla al Gobierno de Valencia, el cual, libre de esta preocupación, podrá dedicarse a los demás problemas; por otra parte, la caída de Bilbao permitirá mejorar la defensa de Santander.»

Tales palabras no merecen la pena del más pequeño comentario. La caída de Bilbao era para Franco la certidumbre absoluta de la victoria final. Por no haber tomado la capital de Vizcaya perdieron los carlistas su primera guerra civil (muerte de Zumalacárregui, seguida del éxito del General Espartero en Luchana); por la misma razón (muerte de los Generales Ollo y «Radica») perdieron los carlistas la segunda guerra civil. Por haber entrado en Bilbao ganaría Franco la última y definitiva de las guerras civiles. Bastó con ver la nueva orientación que inmediatamente tomó la política de Inglaterra respecto de España para comprender la profundidad del acontecimiento.

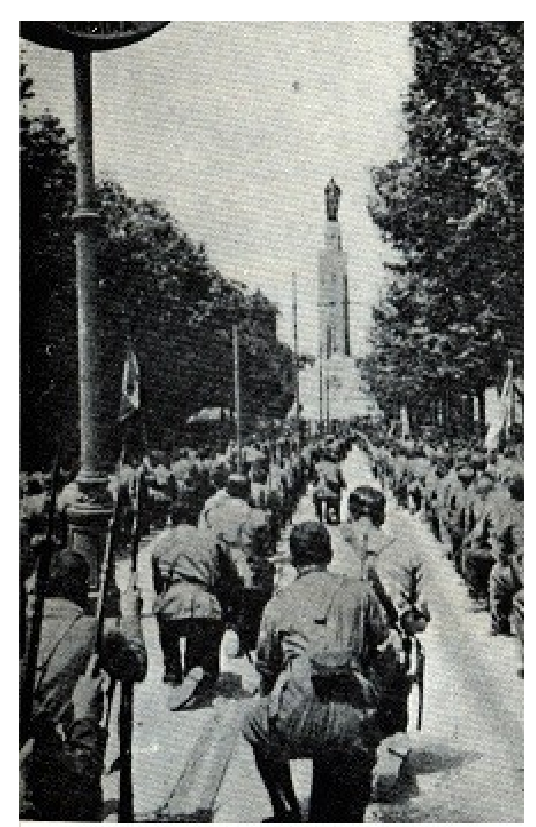
Las Brigadas de Navarra no sólo se habían coronado de gloria en el combate, sino que habían dado paso a un suceso de ancho margen histórico.



Aspecto de Bilbao a las pocas horas de su liberación



Bilbao. Carros nacionales en el Bulevar



Bilbao. Misa de campaña ante el monumento al Sagrado Corazón

CAPÍTULO VI

BATALLA DE BRUNETE. – PRIMER GRAN INTENTO DE DIVERSIÓN ESTRATÉGICA POR PARTE DEL EJÉRCITO ROJO

Actitud del Gobierno y de los mandos militares rojos ante el nuevo carácter de la guerra. — Preparación. — Ensayos en diversos frentes. Concepción técnica de la batalla de Brunete. — Proyectos estratégicos. El ataque del día 6 de julio de 1937. — Horas críticas para el Ejército nacional. — Suspensión de la ofensiva del Norte durante cuatro semanas. — Éxitos iniciales de los rojos. — Limitación de los mismos y sangriento final como consecuencia de la contraofensiva de Franco. Brunete, hito de una de las grandes fases de la guerra.

Bien se comprende que ante la transformación de la guerra guerrillera en amplia campaña de resistencia y de maniobra, con todas las complejidades de la lucha proyectada sobre el plano de la vida internacional, el Gobierno de Valencia, que contaba con grandes recursos financieros y militares dentro de la Nación, y con poderosos apoyos en el exterior, no había de permanecer cruzado de brazos. Cerca de un año de continuos reveses llevaban las tropas milicianas, sin que jamás, ni siquiera por arte de ensalmo, consiguieran inclinar a su favor la fortuna de las armas. Ese primer año de guerra representaba para el Frente Popular pérdidas enormes en hombres, en material y en territorio; pero aún le quedaba una parte importante del oro perteneciente al Banco de España, y sobre la base de ese oro, más la solidaridad ideológica internacional, seguía contando con la ayuda formidable de Rusia, con la del Frente Popular francés y la de los laboristas británicos; las organizaciones proletarias de naturaleza marxista renovaban a diario sus esfuerzos en todo el mundo para ayudar a sus camaradas españoles, y los fabricantes, intermediarios, agentes y logreros de la venta de armamentos, no cesaban de brindar al Gobierno de Valencia las cantidades de material de guerra que fueran necesarias.

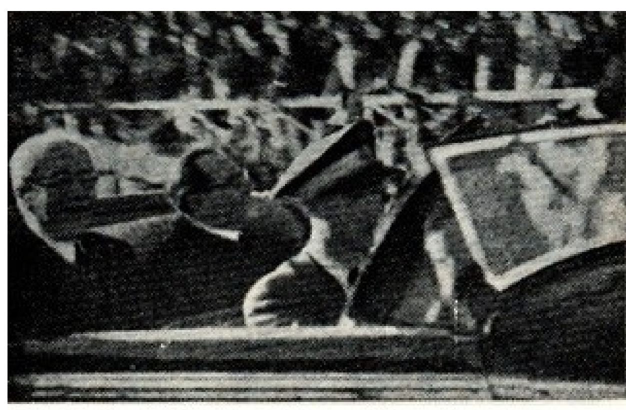
Una reorganización política del Gabinete valenciano había elevado a la presidencia del Gobierno al doctor Negrín, que desde el primer día de la guerra tenía a su cargo el departamento de Hacienda. Negrín confió los asuntos de la guerra —Ejército, Marina y Aire— al jefe socialista que gozaba de mayor fama como político agudo, organizador eficaz, hombre de acción sin tregua ni descanso y negociador realista por encima de las ideas y de los sentimientos: Indalecio Prieto.

La primera preocupación, a la vista del balance que arrojaban los meses iniciales de la guerra, se encaminó a organizar un verdadero Ejército. De material, como antes se ha dicho, no había que hablar, porque llegaría a la zona roja el que se quisiera. Importaba más fijar ciertas normas rígidas sobre los problemas de la disciplina y de los mandos. El partido comunista comprendió la necesidad, y comenzó a pedir, con grandes clamores e interminables campañas, «la unificación del mando», la «desaparición de toda clase de milicias autónomas», la «imposición de una disciplina de hierro por todos los medios» y la «obediencia a los técnicos nombrados por el Gobierno».

Una organización eficaz del Ejército exigía, en forma indispensable, la implantación de una unidad política formal. En busca de ella fueron el doctor Negrín e Indalecio Prieto mediante la durísima represión llevada a efecto por el General Pozas contra las organizaciones anarquistas de toda España, y en especial de Cataluña. Al mismo tiempo se pusieron en juego todos los procedimientos ya clásicos de la U. R. S. S. para aniquilar al llamado Partido Obrero de Unificación Marxista, en el que se advirtieron actitudes trotskistas. Como técnico, ascendió a los máximos consejos Vicente Rojo, ex comandante del Ejército nacional, ex profesor de la Academia Militar de Toledo y teórico nada desdeñable. El Gobierno de Valencia le dio el empleo de coronel, y meses más tarde el de General y Jefe del Estado Mayor de todo el Ejército marxista. Rojo, que no compartía los ideales comunistas, se encontraba, sin embargo, desplazado para siempre de todo posible perdón dentro del Ejército nacional, y decidió jugar a fondo la carta del Frente Popular. A partir de esa decisión, puso en marcha toda su capacidad como técnico de la guerra. A él se debe el plan de ofensiva de Brunete, como se debieron otros en el curso de la campaña.

En diversos Consejos, Vicente Rojo sostuvo la necesidad de que transformadas las milicias en unidades regulares de un Ejército, quedaran organizadas en forma tal que, aun partiendo de una guerra general de tipo

defensivo, pasaran lo más frecuentemente posible a la ofensiva, pues sólo de este modo se podría sostener indefinidamente la moral combativa de los milicianos. Negrín y Prieto aceptaron de plano.



Azaña y Negrín en Barcelona



Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor General rojo

Ya con anterioridad, el nuevo consejero, como Jefe de Estado Mayor de Miaja, había montado en el frente de Madrid las contraofensivas locales que tuvieron el propósito de arrebatar a los nacionales las posiciones del Cerro del Aguila y de Garabitos. Con 25.000 hombres y cantidad importante de material mandó atacar durante varios días, pero al cabo de ellos, y en vista de que la capacidad de profundización de las tropas de choque no daba en tierra con la enconada resistencia enemiga, suspendió la operación, no sin haber sufrido bajas aterradoras; aun hoy, después que el pueblo de Madrid ha conocido otras emociones más importantes, los nombres de Garabitos y Cerro del Aguila suenan como evocación de jornadas desastrosas. En el mes de abril se renovaron los intentos fallidos en febrero, y tuvieron el mismo adverso final. Pero el Mando rojo continuaba pensando que en el frente de Madrid debía buscarse un éxito nada menos que de alcance estratégico, y después de mucha reflexión, el

General Miaja, en compañía de algunos técnicos extranjeros, pudo presentar al Gobierno todo un plan muy tentador, cuyos objetivos, una vez alcanzados, suponían el aniquilamiento del frente nacional de Madrid y ¡ ¡ posiblemente ! ! la decisión de la guerra. A ello aspiraba, nada menos, el Gobierno de Valencia.

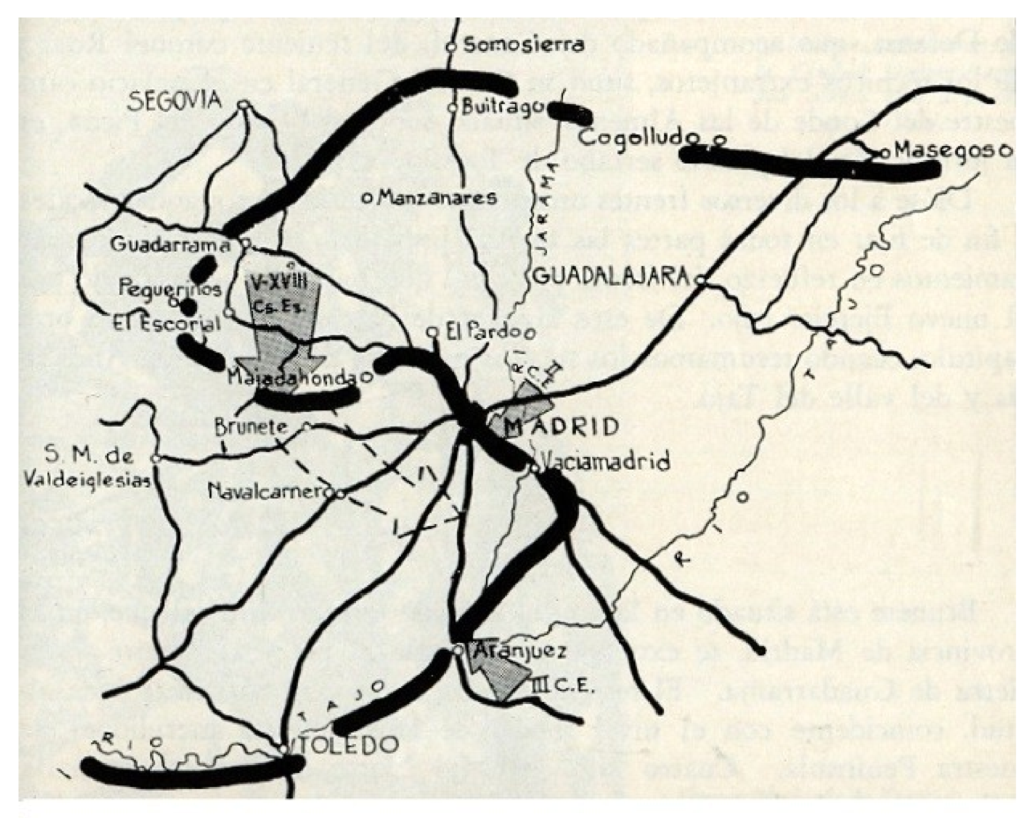


El coronel rojo Asensio Torrado en el cuartel general de las milicias de Izquierda Republicana

Ese plan jugó importante papel en la reorganización política, porque frente a él, tenía el Gobierno de Largo Caballero otro no menos ambicioso, debido al coronel Asensio Torrado, que proponía atacar con el máximo de fuerzas en Extremadura, sobre la zona de Mérida, para romper el frente enemigo, separar y cortar en dos el territorio de Franco y avanzar hasta la frontera de Portugal, donde «quedaría terminada la guerra», si las finalidades de Asensio Torrado se cumplían. Antes de resignarse a su dimisión, Largo Caballero esgrimió este proyecto de operaciones que los comunistas rechazaron, porque les interesaba fijar rápidamente su dominio político y dar paso a los técnicos que les parecieron menos sospechosos.

Desencadenada la ofensiva nacional en el Norte y perdida Vizcaya, el Gobierno de Valencia creyó llegado el momento inaplazable de compensar aquella importantísima derrota con un éxito que restableciera el equilibrio y permitiera, no solamente alentar las esperanzas rojas en la victoria, sino negociar intensamente con distintas Cancillerías sobre la base de una reacción militar poderosa por parte del Frente Popular. Para ello fue elegido, según el criterio del General Miaja, de Kleber y de los técnicos de la Embajada rusa, el frente de Madrid. La batalla que nació de estos criterios recibe el nombre de «Brunete», por ser este pueblo el centro de la acción desarrollada y el escenario de los encuentros más encarnizados.

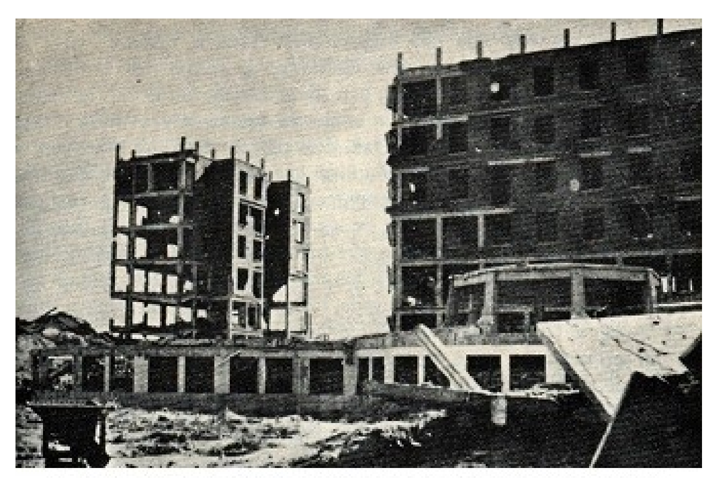
Como todas las concepciones importantes a que da lugar el arte de la guerra, esta que llamamos de «Brunete» era de líneas muy sencillas en su trazado general. Se trataba de producir en el frente de Madrid una vasta diversión estratégica con doble propósito: uno negativo, que consistía en obligar a Franco a poner punto final en su ofensiva de las provincias cantábricas; otro, de signo positivo, que pretendía obtener resultados concluyentes en el Centro y provocar, o bien un desplome y copo de todo el frente madrileño, o una retirada nacional hasta el Tajo en condiciones desventuradas.



Situación general inicial con el esquema del plan rojo

Sobre el amplio arco que el frente nacional dibujaba desde Toledo hasta los montes próximos a El Escorial, se planeó un doble ataque por los flancos; a la izquierda del dispositivo rojo, varias Brigadas de choque, bien apoyadas por carros, atacarían las líneas nacionales situadas entre Aranjuez y Toledo, y tratarían de llegar a las carreteras que enlazaban el frente de Madrid con las bases del Tajo; a la derecha, la masa principal rompería el frente, se lanzaría sobre el centro de comunicaciones de Navalcarnero, envolvería todas las posiciones nacionales de la carretera de

La Coruña, Casa de Campo y Ciudad Universitaria y cortaría la retirada a las tres Divisiones que guarnecían el frente por el Oeste, el Sur y el Sureste de Madrid. Para completar estas acciones en los flancos, otra masa, menor, pero bien dotada, atacaría en el centro, o sea, hacia el barrio madrileño de Usera o hacia los pueblos de Carabanchel y empujaría sobre la retaguardia cortada a las tropas que trataran de defenderse cerca de Madrid. Como podrá advertirse, el plan respondía a los principios más clásicos del arte de la guerra.



La lucha es permanente en el Clínico de la Ciudad Universitaria

Tomó el mando de la ofensiva el General Miaja; pero llegado el momento de iniciarla hizo personal acto de presencia el propio Ministro de Defensa, que acompañado del General, del teniente coronel Rojo y de los técnicos extranjeros, situó su Cuartel General en el palacio campestre del Conde de las Almenas, situado sobre el «Canto del Pico», en la jurisdicción del pueblo serrano de Torrelodones.

Dióse a los diversos frentes orden cerrada de efectuar ataques locales, a fin de fijar en todas partes las fuerzas presentes, para impedir desplazamientos en refuerzo del frente principal que había de ser asaltado por el nuevo Ejército rojo. De esos ataques de fijación trataremos en otro capítulo, cuando resumamos los sucesos militares de Aragón, de Andalucía y del valle del Tajo.

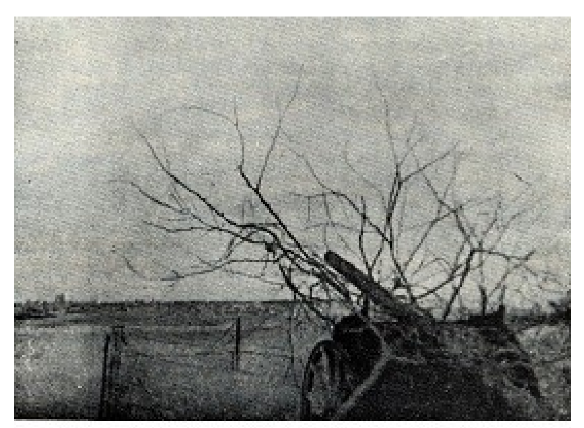
Datos geográficos

Brunete está situado en la amplia faja de terreno diluvial que, en la provincia de Madrid, se extiende en derrame al pie y al Sureste de la Sierra de Guadarrama. El terreno se alza a los 650-660 metros de altitud,

coincidente con el nivel medio de la submeseta meridional de nuestra Península. Cuatro kilómetros al Norte de Brunete se halla Villanueva de la Cañada, todavía edificada sobre las arenas sueltas del diluvial, y dos kilómetros más al Norte de Villanueva, el diluvial termina en el contacto con una angosta faja cretácea, extensa, hacia el Suroeste, de cuyas calizas se sirve Quijorna, el pueblo más inmediato, para obtener la piedra de edificar, para la extracción de la cal, la elaboración del cemento, etc., etc. En contactos sucesivos y a niveles cada vez más altos, se encuentra una faja de extracto cristalino o arcaico, y finalmente, el extenso macizo granítico que se dilata desde kilómetros antes de Valdemorillo —cuya cerámica local utiliza tierras y caolines procedentes de la descomposición de los feldespatos— hasta El Escorial. Villanueva de la Cañada está a los 652 metros de altitud, y Valdemorillo, siete kilómetros más allá, se alza a los 820 metros; es decir, que en tan corto espacio, el terreno se ha elevado 170 metros sobre la llanada diluvial en que se hallan Brunete y Villanueva de la Cañada.

La carretera que une a Villanueva con Valdemorillo traza sus curvas y lazos de elevación hasta alcanzar la rasa de la meseta granítica. Por tanto, las fuerzas que sean dueñas del sector de Valdemorillo, dominan la extensa llanura diluvial rendida a su pie, que no excede de los 660 metros de altitud.

Al Noroeste de Villanueva de la Cañada, y siempre en la suavemente almohadillada llanura diluvial —constituida por materiales sueltos e inconsistentes, como arenas cuarzosas y feldespáticas, laminillas de mica y cantos de grosores diferentes— se encuentran Villanueva del Pardillo y Villafranca del Castillo, muy modesto caserío este último. Al Este de ellos, y de Norte a Sur fluye manso el río Guadarrama —en árabe, Uad-el-Remel, «río de las arenas» — que ha dado nombre a la Sierra entera. Si el río Guadarrama, con su afluente el Aulencia, y con el Perales, paralelo al primero pero más occidental, son ríos consecuentes que fluyen de Norte a Sur, de acuerdo con la inclinación general del país, son numerosos los arroyos subsecuentes que corren de Este a Oeste, y aun en sentido contrario a los anteriores, modelando pequeños valles disimétricos en las arenas; pina y abrupta la orilla meridional, más tendida y suave la margen septentrional. El arroyo Palomera, afluente del Perales al Sur de Perales de Milla, puede-Servir de patente ejemplo. El clima, salvo variantes locales de escasa entidad, difiere muy poco del de Madrid.



Falsos cañones frente a Madrid

La vegetación es, como la de toda la España árida y seca, de tipo mediterráneo. Un encinar único cubrió, en tiempos, el país, y al presente quedan de él, a título de testigos residuales, algunos manchones, tales como los encinares de Boadilla del Monte, uno pequeño al Oeste de Majadahonda, los que a una y otra orilla del Guadarrama se extienden entre Villanueva del Pardillo y Villaviciosa de Odón y que tienen por centro la confluencia del Aulencia con el Guadarrama; el situado al Norte-Noroeste de Brunete, los que en ambas márgenes del río Perales se extienden entre Perales de Milla y Villanueva de Perales... El árbol dominante de estos montes es la encina, ya de bellotas amargas, ya de bellotas dulces. A lo largo de los cauces, una vegetación higrófila ostenta el fresno y el chopo como sus árboles más representativos. En donde el monte está ausente, en calvas y rasas, aparece sola la retama de las arenas cuaternarias, de tono gris ceniciento que, en el interior del monte se presenta como subordinada a la encina, completando el carácter de esta vegetación tan acentuadamente xerofita. Estos montes son cazadero de roedores de la España árida y seca.

El resto son tierras de panes o de viña, estas últimas en recuestos orientados al mediodía. Dominan las uvas de mesa (bebas, albillos o pardillas). De las últimas se obtiene el vino pardillo, apreciado en Madrid, el cual ha dejado recuerdo en la toponimia local (Villanueva del Pardillo).

La ondulación del terreno, las vaguadas y vallejos, facilitan los movimientos y concentraciones de tropas fuera de la observación directa y permiten aproximarse a los objetivos militares sin suscitar recelos. Una vez alcanzado el caserío de Brunete, los caminos quedan abiertos hacia el centro de Navalcarnero, desde el cual se dominan todas las vías de acceso a Madrid y las que unen a la capital con Extremadura y Andalucía. Por la especial disposición de este paisaje que acabamos de describir, resulta fácil

organizar batimientos y cruces de fuego que dominan las llanadas y que permiten, si la moral de los combatientes se mantiene bien, montar una eficaz resistencia, salvo en el caso de que la diferencia de efectivos sea aplastante, como sucedió el día 6 de julio de 1937.

El frente nacional, considerado como de estabilización, estaba mandado, en la zona de la ofensiva roja, por el coronel Iruretagoyena, que disponía de poquísimos efectivos. Pertenecían a la División 71. Iruretagoyena pasó a otro mando dos días antes de la batalla. La antigua «División reforzada de Madrid» había sido reorganizada con vistas a la mencionada estabilización, y las unidades destacadas en el frente de la capital formaban parte del Ejército del Centro, mandado por el General Saliquet. El General Orgaz —según hemos señalado en otro capítulo— pasó a la Jefatura de Movilización, Instrucción y Recuperación, y el General Varela fue destinado al frente de Segovia, donde tuvo ocasión —como diremos en otro lugar de este libro— de cortar la ofensiva roja contra las líneas nacionales de La Granja.

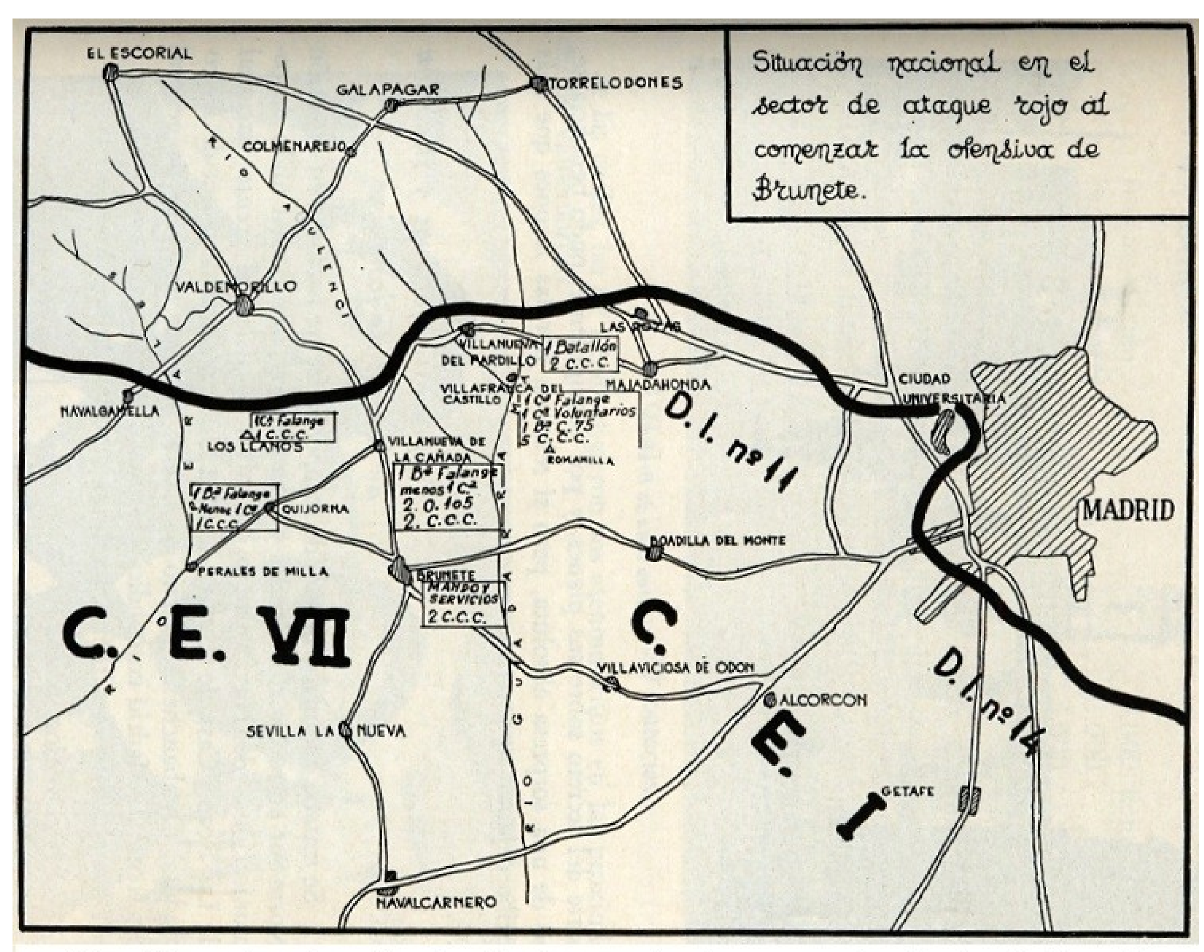
Información y noticias del frente rojo

A mediados de junio —concretamente el día 14— empieza a advertirse mayor actividad que la normal en el frente rojo opuesto a la 71 División nacional. Un convoy de unas 60 unidades fue visto en dirección Torrelodones-Villalba-Cerceda. Del 15 al 20 fue aumentando la circulación. Un evadido de las filas marxistas declaró el día 20 de junio que el Mando rojo estaba preparando una ofensiva para romper el frente entre Navalagamella y Las Rozas, en dirección a Quijorna.

El 21 de junio fueron identificados, aunque no con gran seguridad, elementos de las Brigadas Lister y «El Campesino» en los alrededores de Torrelodones. Llegó al Estado Mayor nacional otra versión, que atribuía al enemigo la intención de atacar entre los ríos Perales y Guadarrama.

El 22 y el 23 se supo que había concentraciones de reclutas en instrucción en Cerceda (2.000), en Becerril de la Sierra (2.000), en El Escorial (2.000), y Brigadas internacionales en Villalba y Torrelodones. El día 26, toda la información anterior acerca de los propósitos rojos fue, en cierto modo, rectificada por las declaraciones de otro evadido, que aseguró conocer el designio de atacar y romper el frente nacional en la Sierra, sobre las proximidades del Alto del León, para lo cual se aprovecharía la

carretera en construcción desde el Puerto de la Fuenfría a Peña Aguila, a fin de transportar hasta las alturas la artillería necesaria y batir el ferrocarril San Rafael-Segovia. Añadió que esa ofensiva sería encomendada a Lister y a otras Brigadas de choque, las cuales se hallaban en curso de concentración dentro de la zona señalada por los pueblos de Cerceda, Moralzarzal, Becerril y Navacerrada. El traslado de las fuerzas a las inmediaciones del frente elegido se haría mediante el empleo de 200 camiones reunidos en la Lonja del Monasterio de El Escorial.



Situación nacional en el sector de ataque rojo al comenzar la ofensiva de Brunete

El 1 de julio, por la noche, se apreció, por las luces, la marcha de un convoy de 200 unidades en la dirección Madrid-Torrelodones-El Escorial, así como otros convoyes más pequeños en dirección Villalba-Alpedrete y Villalba-Colmenar.

El 3, la observación y la información acusaron el transporte de varios tanques pequeños sobre camiones, el traslado de siete tanques rusos por propulsión propia, y tractores que arrastraban una batería de 15,5 y varias de 10,5 y de 7,5.

La actividad durante los días 4 y 5 de julio fue muy grande. Un evadido declaró el día 5 que el ataque se produciría entre El Escorial y El Pardo, que las Brigadas Lister, Durán y otras, apoyadas por 40 tanques, tenían orden de atacar por el sector de Valdemorillo. Otro evadido declaró en Segovia el día 5 de julio que los propósitos del enemigo eran atacar en profundidad hasta cortar la carretera de Extremadura en Navalcarnero, para tomar de revés la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo obligando así a levantar el cerco de Madrid.

Véase, pues, cómo hubo información continua de que una amenaza se cernía sobre el frente de Madrid, aunque no debemos negar que hasta el día 4 estuvo el Mando nacional (Ejército del Centro) en la incertidumbre acerca del sector elegido definitivamente por los rojos, así como de las fuerzas y material que emplearían en el ataque, Por consiguiente, de la batalla de Brunete puede afirmarse que fue, durante toda la guerra, la única en que el Estado Mayor marxista logró mantener una buena parte del secreto sobre sus planes, y por consiguiente, pudo beneficiarse, no de una sorpresa absoluta, pero sí relativa, por las razones que más arriba dejamos apuntadas.

Propósitos, efectivos y situación de fuerzas de los rojos

Se trataba, indudablemente, de romper el frente nacional en dirección Norte-Sur entre los ríos Perales y Guadarrama, alcanzar el nudo de comunicaciones de Navalcarnero, envolver y aislar el frente nacional de Las Rozas, Casa de Campo, Ciudad Universitaria, carretera de Extremadura, Carabancheles, Barrio de Usera, y forzar una retirada general del frente de Madrid en condiciones muy críticas para los atacados.

Los efectivos que intervinieron en el ataque fueron los siguientes:

11.ª División (Lister), 35.ª División (Walter), 46.ª División («El Campesino»): 18.000 hombres, 64 tanques.

(Estas tres Divisiones constituían el 5.° Cuerpo, bajo las órdenes de Modesto Guilloto.)

3.ª División, 10.ª División y 45.ª División: 18.000 hombres, 64 tanques.

Brigada Galán 3.000 hombres.

Brigada Zulueta	3.000	»
Brigada Naval	3.000	»
Otros elementos (División 34.ª)	2.000	»

La totalidad de las Divisiones y Brigadas suman 47.000 hombres de primera línea y 128 tanques, más un 25 por 100 de servicios auxiliares (11.750), o sea un total de efectivos de 58.750 hombres.

La Artillería dispuesta para la ruptura era:

Calibre 12,40	10 baterías.
Calibre 10,5	5 »
Calibre 7,5	5 »
TOTAL	20 baterías.

de las cuales, las de 12,40 eligieron sus asentamientos en las proximidades de Valdemorillo.

La Aviación roja fue estimada en unos 150 aparatos; por terceras partes, bombardeo, caza y reconocimiento.

En cuanto a situación de fuerzas, las distintas unidades destinadas al ataque se concentraron en Cerceda, Becerril, Moralzarzal, Manzanares, El Escorial, Torrelodones y Hortaleza. Mediante marchas nocturnas ganaron el frente y se concentraron en las arboledas cercanas a El Escorial y a Galapagar, desde donde se trasladaron a Valdemorillo y a los barrancos que hay al pie de Las Rozas y Majadahonda.

En la primera fase del ataque tomaron parte las Divisiones 46 («El Campesinos), 11.ª (Lister) y 35.ª (Walter); la 46.ª atacó en el sector Navalagamella-Los Llanos-Quijorna; la 11.ª en el de Villanueva de la Cañada y Brunete; la 35.ª atacó Villanueva del Pardillo y Villafranca del Castillo, infiltrándose al través del cauce del Guadarrama y situándose a unos cuatro kilómetros del Villaviciosa de Odón. Al aumentar la resistencia nacional intervinieron las otras fuerzas más arriba reseñadas, y el frente rojo quedó constituido así:

La 3ª División frente a las posiciones de Navalagamella.

La 46.ª frente a Los Llanos-Perales de Milla y Quijorna.

La 35.ª desde Perales de Milla hasta la carretera de Sevilla la Nueva a Brunete.

La 11.ª enlazando con la anterior, hasta el río Guadarrama.

Las Brigadas Galán, Zulueta, Naval y otros elementos (División 34), desde el enlace con la 11.ª hasta la confluencia del río Aulencia.

La 10.ª División desde la mencionada confluencia hasta las proximidades de Villafranca del Castillo, donde enlazaba con la 45.ª División.

Organización nacional en la zona atacada

Entre los ríos Guadarrama y Perales —o sea, en el sector elegido para el ataque rojo— las fuerzas nacionales eran las que siguen:

Quijorna Una Bandera de Falange (menos dos Centurias).

Los Llanos: Una Centuria y una pieza anticarro.

Brunete: Mando y servicios del subsector. Dos piezas antitanques.

Villanueva del Pardillo: 8.° Batallón de San Quintín. Dos antitanques.

Villanueva de la Cañada: Una Bandera de Falange. Dos piezas de 10,5. Dos antitanques.

Villafranca del Castillo: Una Centuria de Falange. Una Compañía de Voluntarios. Una batería de 7,5. Cinco antitanques.

Iniciada la ofensiva, roja, el Ejército del Centro puso a disposición de la División 71.ª dos unidades de Infantería (Tiradores de Ifni y 5.º Tabor de Regulares de Larache). El Cuerpo de Ejército envió por su parte una batería de 15,5, dando orden de que fuera situada al Norte de Brunete, protegida por el Tabor de Tiradores de Ifni. La División, por entender que convenía reforzar los extremos de la línea envió a los Tiradores de Ifni a Quijorna y al Tabor de Larache a la región de Villafranca del Castillo, donde se situó igualmente la batería de 15,5.

Tenemos, pues, que frente a cerca de 60.000 atacantes rojos, apoyados por dos Batallones de carros con 128 unidades, y por 150 aparatos de aviación, las fuerzas nacionales del rector son más que exiguas, insignificantes.

Las unidades marxistas que toman parte en la batalla son las mejores que posee el Gobierno de Valencia, las de instrucción más adelantada,

encuadradas por mandos técnicos (extranjeros y nacionales), en ocasiones, y otras veces por demagogos que sostienen la moral a fuerza de terror.

Las Brigadas formadas por voluntarios y por internacionales acusan una combatividad considerable; las otras son menos consistentes.

En cuanto a las fuerzas nacionales que fueron interviniendo en la batalla también hemos de señalar dos fases, aparte de la inicial: en la primera fase intervinieron las Divisiones 13.ª (Barrón), 150 (Buruaga), unidad ésta de nueva creación que hizo en el encuentro de Brunete sus primeras armas, y la División provisional del Guadarrama (12, mandada por Asensio); en la segunda fase (reacción ofensiva), intervinieron, además de las grandes unidades mencionadas, la 4.ª y 5.ª de Navarra (Alonso Vega y Bautista Sánchez). La División 108 (Cuerpo de Galicia), también de formación reciente, no llegó a tomar parte activa en la batalla, como tal gran unidad.

El ataque del día 6 de julio

Mejor debiera decir del 5 de julio, porque fue, efectivamente, el día 5 cuando el plan de ofensiva en el centro dio comienzo con un ataque a fondo contra las posiciones nacionales de Cuesta de la Reina, en la zona de Aranjuez. Doce Batallones rojos, después de un intenso bombardeo preparatorio, atacaron muy decididos, y consiguieron, en algunos puntos, pisar elementos de trincheras nacionales. Según las instrucciones de su mando, ese ataque tenía la misión de atraer hacia el aludido flanco la atención de los jefes nacionales, y darles a entender que allí era donde se produciría el ataque principal. En realidad, no consiguieron absolutamente nada los atacantes; el sistema de trincheras resistió como un muro y los Batallones rojos se volvieron a sus bases de partida.

En la noche del 5 al 6, la División Lister aprovechó algunos sectores silenciosos y solitarios del Norte de Brunete para adelantar sus tropas y situarlas al amparo de unas depresiones de terreno que permitirían atacar a fondo desde distancias convenientes.

Lister ha dispuesto sus tropas con habilidad para el primer ataque. Tanto es así que el mismo día 6, de madrugada, los defensores de Brunete se ven aplastados bajo una oleada de rojos, absolutamente inesperada para ellos. Como la base de partida de los atacantes se halla muy próxima y no se les aguardaba tan temprano, el efecto de sorpresa se produce

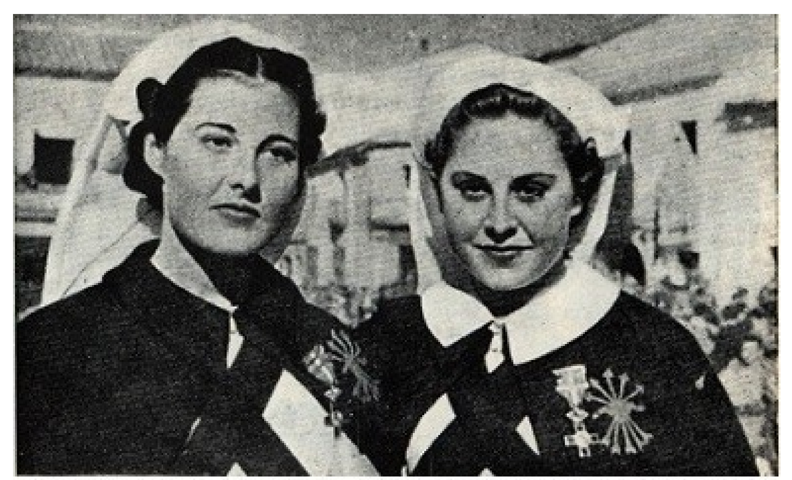
plenamente, y de él sacan ventaja los soldados de la 11.ª División para apoderarse del pueblo de Brunete e instalarse en él. He aquí, pues, que repentinamente la situación del sector adquiere caracteres perfectamente críticos para los nacionales. El ataque enemigo tiene forma de flecha lanzada sobre un punto; el débil frente nacional se ha hundido en ese punto y ha creado una bolsa angosta, dentro de la cual empiezan a verter sus masas diversas Brigadas rojas. El Alto Mando del Ejército del Centro advierte en el acto el gravísimo peligro que sobre el frente de Madrid se cierne. Prieto y Miaja pueden intentar, en resumen, una operación parecida a la que pusieron en práctica los nacionales al romper el «cinturón» de Bilbao; apertura de una pequeña brecha, ensanchamiento de la misma mediante el empleo de masas que sirvan como fuerte cuña, abatimiento sobre los bordes exteriores de la brecha, envoltura del frente de Madrid, corte de comunicaciones y profundización del éxito hasta el pueblo vecino de Navalcarnero. Es la hora propicia para los marxistas. Tienen una inmensa superioridad de fuerzas y de material; la mejor artillería y la totalidad de la aviación de Franco están en los linderos de Vizcaya y Santander; las reservas son escasas; tardarán en llegar las tropas de refuerzo... Es la ocasión buscada. Que Lister, ahora ayudado por Walter al frente de las Brigadas internacionales, consume su maniobra, siga avanzando, y llegue a Navalcarnero. Lo demás se les dará por añadidura.

Pero aparece aquí la debilidad de la organización roja; faltan cuadros subalternos para el empleo adecuado de las unidades.

Ya está Lister en Brunete. Ya están allí con él algunas Brigadas. Mas, para sorpresa de todos, resulta que, en los flancos de ataque, dos pueblecillos guarnecidos por tres o cuatro centenares de falangistas y Regulares resisten enconadamente e impiden el ensanchamiento del portillo abierto. A la vista de ello, da el Mando rojo orden de que las vanguardias llegadas a Brunete se detengan un poco, y den tiempo a la alineación del frente.

¡Gran fortuna ésta para los nacionales!

Rapidísimamente se ordena que la División número 13.ª, mandada por el coronel Barrón, acuda sin pérdida de tiempo y proceda a taponar la herida abierta, sin otras instrucciones que resistir, retardar el avance, defender cada metro de tierra. Mientras tanto, se piensa en organizar una posición de resistencia a la altura de Sevilla la Nueva; pero ¡si fuera posible conservar las posiciones alrededor de Brunete!



Cae Brunete. en el hospital son hechas prisioneras por los rojos las hermanas María Luz y María Isabel Larios, a las que una vez rescatadas se les concedería la Cruz roja del Mérito Militar.

La División número 13.ª se empeña un poco a ciegas en la batalla. Le sigue la 150, mandada por el coronel Sáenz de Buruaga. Las dos aprovechan esas horas de pausa que conceden los rojos para preparar sus ataques a los flancos; horas que contienen el secreto del desastre en que terminó para el Frente Popular la batalla de Brunete. Inmediatamente se organiza otra División —la 12.ª— al mando del coronel Asensio. Recibe el nombre de «Provisional del Guadarrama» y llegó a contar con 19 unidades. Hora tras hora se movilizan los necesarios recursos. La aviación que está en el Norte recibe órdenes de ponerse en vuelo hacia el centro; tomará tierra en Los aeródromos de Avila y Talavera, así como en los más próximos a Madrid.

La 5.ª Brigada de Navarra abandona el frente Norte y se concentra en las estaciones de Llodio, Amurrio y Orduña con destino a Leganés (frente de Madrid).

Al día siguiente, la 4.ª Brigada de Navarra, que estaba en línea sobre el frente de Santander, se traslada en tren desde Aguilar de Campero y Alar del Rey a las estaciones de Avila y La Cañada, también con destino al frente madrileño.

Para el mando del frente atacado y roto se nombra especialmente al General Varela, el cual deja su residencia de Segovia y en unas horas se traslada a Boadilla del Monte. Los rojos siguen atacando enfurecidos. El Mando del 7.° Cuerpo de Ejército nacional va adoptando un dispositivo de defensa casi improvisado a medida que llegan de todas partes las unidades de refuerzo. Sáenz de Buruaga cubre el ala izquierda; Barrón se sitúa en el centro; Asensio manda el ala derecha. El dominio del aire es plenamente

de los rojos, así como es de su iniciativa el fuego artillero. La cantidad de granadas y bombas que cae es enorme, como nunca se había producido por el lado enemigo. Hace un calor asfixiante. En aquel paisaje desolado de Brunete, hasta los guijarros y los terrones parecen cocerse a fuego lento bajo el sol achicharrante del mes de julio.

En resumen, durante este dramático día 6 de julio de 1937, las cosas, según las resume el Estado Mayor nacional a las nueve de la noche, son así:

«Al amanecer, el Ejército rojo ha elegido como zona de penetración la comprendida entre los ríos Guadarrama y Perales; ha atacado Los Llanos, Quijorna y Villanueva del Pardillo, fijado la resistencia en Villanueva de la Cañada, y filtrándose entre este pueblo y el de Quijorna ha llegado a Brunete.»

Varela, que asume el mando de la maniobra nacional, da orden inmediata de que el Batallón 164 salga de Villacastín hacia Chapinería, a fin de organizar un centro de resistencia en el vértice La Casa, que impedirá las filtraciones rojas hacia La Nava y Valdeyerno. Pero las guarniciones de Quijorna y de Los Llanos se sienten tan fuertemente atacadas que el citado Batallón tiene que ir en su auxilio.

La primera Bandera del Tercio avanza hacia Brunete, y a los tres kilómetros del pueblo tiene que desplegar, porque ya ha entrado en contacto con el enemigo.

Dos Tabores de Regulares del primer Cuerpo de Ejército han llegado a Navalcarnero. Un Batallón y un Tabor, también del primer Cuerpo, llegan a Villaviciosa de Odón. Una batería de 7,5 se traslada de Hontoria a Chapinería. Otra del primer Cuerpo llega a Villaviciosa.

Con estas fuerzas, que son las únicas de que por el momento dispone Varela, ordena que el Batallón 164 refuerce la guarnición de Quijorna y establezca enlace con la de Los Llanos.

Dos Tabores marcharán rápidamente desde Navalcarnero a Brunete y enlazarán por la izquierda con la primera Bandera, con el propósito de desbordar Brunete por el Noroeste.

Al mismo tiempo se intentará otro desbordamiento por el Nordeste, para lo cual avanzarán el Tabor y el Batallón llegados a Villaviciosa, alcanzarán el cauce del río Guadarrama y enlazarán por la izquierda con las fuerzas llegadas de Navalcarnero.

Elementos de la 11.ª División procurarán mantener a toda costa las comunicaciones con la línea de Villafranca del Castillo y Villanueva del Pardillo.

A medianoche, el General Varela resume —con destino al General Saliquet, como jefe del Centro, y al Generalísimo Franco—, los hechos, diciendo que todas las posiciones nacionales resisten, menos Brunete; que las fuerzas salidas de Chapinería, Navalcarnero y Villaviciosa han establecido contacto con los rojos, pero que les ha sido imposible completar la maniobra ordenada de desbordamiento a causa del numeroso enemigo y de la cantidad de ametralladoras y de tanques con que están siendo atacadas. El informe termina pidiendo más unidades de refuerzo y mucha más artillería.

Panorama del día 7 de julio

El día 7, las Divisiones rojas 11.ª y 35.ª atacan en dirección de Villanueva de la Cañada. Los cañones y los aeroplanos de bombardeo han llevado a cabo una preparación impresionante, igual que si se tratara de romper un frente de cemento armado. La orden prescribe que el ataque empiece a las ocho de la mañana; pero a consecuencia de una serie de dudas y de reclamaciones de los jefes de unidad no les es posible iniciar la operación hasta las dos de la tarde. Es la Brigada 16.ª la que debe ir en cabeza y entrar en el pueblo, pero un puñado de soldados de la 13.ª División nacional —recién llegados— resiste desesperadamente y rechaza cuatro embestidas apoyadas por tanques. A las seis de la tarde los Batallones segundo y cuarto de la tercera Brigada mixta, que están ocupando posiciones de flanqueo en el río Aulencia, son enviados a la conquista del antes citado pueblo. Allí se les agregan el primero y tercero Batallones de la misma Brigada. Los cuatro se adelantan, protegidos por la artillería de acompañamiento, y a las 21,15 entran en Villanueva de la Cañada, donde recogen algún material abandonado por los últimos supervivientes nacionales, que han tenido que replegarse. Quedan en el pueblo perdido 200 bajas de los defensores. El jefe de la posición ha perecido.

Durante la noche de este mismo día, cuatro Brigadas, formando una masa, tratan de bajar hasta Boadilla del Monte, pueblo cuya conquista les abriría el camino de Villaviciosa de Odón. El empeño fundamental

consiste en ampliar la brecha hacia el Este, siempre hacia el Este, porque obsesiona al Mando rojo la idea de envolver todas las posiciones de la Cuesta de las Perdices, Casa de Campo y Ciudad Universitaria. ¡Qué espectáculo sería ver venirse abajo aquella ciudadela guardada por millares de soldados! En estas posiciones se ha dado la voz de alerta. «Quizá haya que replegarse», dicen algunos jefes subalternos, que no saben cómo será posible detener el alud rojo. En la Ciudad Universitaria se ha dado la consigna de morir antes de retirarse. Hay municiones y víveres para un mes; se repetirá el caso del Alcázar, de Oviedo, de Huesca. En Boadilla del Monte se encuentra el General Varela con su Cuartel General. Desde su puesto de mando ve cómo avanzan los tanques enemigos. Algunos de ellos rozan las primeras casas del pueblo. Las cortinas de exploradores llegan a unos 600 metros del citado puesto de mando y Varela puede ser alcanzado con tiro de fusil. Un poco más y quedará al alcance de las bombas de mano. El Jefe español no piensa ni un solo instante en replegarse. Los Batallones del coronel Asensio se defienden ardientemente noche y día. Un contraataque oportuno aleja a los tanques y a los exploradores; pero ese alejamiento les deja todavía muy cerca; es necesario reiterar una y otra vez los contragolpes.

No ha amanecido aún el día 7 de julio cuando el General Varela celebra una larga conferencia telefónica con el Generalísimo. Durísimos combates en Los Llanos y en Quijorna; ataques violentos en Villanueva de la Cañada, que está resistiendo, pero...

Hay mucho enemigo en Brunete, y los tanques se presentan y maniobran en formaciones fuertes. Por la mañana se espera que llegue aviación. En el puesto de mando de Varela se recibe la noticia de que la guarnición de Villanueva de la Cañada se está replegando. Arde el pueblo de Brunete. El General del primer Cuerpo dice que no puede desprenderse de más unidades, porque también está amenazado su frente. Varela, comunica al Ejército del Centro que es difícil maniobrar ampliamente porque se carece de reservas suficientes.



Batería nacional haciendo fuego

El enemigo ataca Quijorna con tres Brigadas y buen número de carros rusos. Se reúnen algunas fuerzas en Chapinería para reforzar Quijorna.

En la retaguardia del frente rojo se observan grandes concentraciones. La aviación bombardea intensamente Navalcarnero, Sevilla la Nueva y Villanueva de Perales. Por el Este de Brunete —aprovechando el repliegue nacional de Villanueva de la Cañada— se filtran Lister y Walter. Desde el observatorio de Navalagamella se ve que por Villanueva pasan continuamente camiones acompañados de carros en dirección de Brunete. El observatorio de Majadahonda confirma la noticia.

El bombardeo continúa sobre Quijorna, que ha quedado deshecho. Se ha incorporado allí el Batallón 174 y se ha enviado un convoy de víveres y de municiones. La situación de Los Llanos es por momentos más difícil, en razón del ataque constante.

Como la intención de los rojos sigue siendo la de profundizar hacia Navalcarnero, el Mando ordena que se insista —aun sin las necesarias reservas— en la maniobra de envolvimiento de Brunete, y manda que el movimiento se inicie hacia el Noroeste.

El Generalísimo da la orden de que se constituya una posición de resistencia en la orilla izquierda del Guadarrama, apoyada en el vértice Romanillos, fortificándola sólidamente en este vértice y en el llamado Mosquito, y que se constituya esta línea formando martillo con la fijación del frente de Brunete.

El General Barrón, con la 13.ª División, se hace cargo del sector Quijorna-Río Guadarrama. Se le manda organizar una línea de detención al Norte de Sevilla la Nueva para la defensa inmediata de este pueblo, y con fuerzas que llegarán más tarde otra línea al borde del barranco que de Oeste a Este va al Guadarrama, en el frente de la carretera de Villaviciosa de Odón a Brunete, y que enlace por su derecha con el centro de

resistencia del vértice Mosquito. Una vez establecida esta línea, se acometerá la maniobra de Brunete, si la situación lo permite; en caso contrario, se esperará la llegada de nuevas fuerzas. Toda la artillería de la zona de maniobra queda a disposición del General de la 13.ª División.

Delante de Navalcarnero se organizará otra tercera línea de resistencia.

La aviación, a la que se le piden constantes servicios, no puede actuar libremente porque no ha llegado aún bastante «caza», mientras que el enemigo tiene constantemente en el aire unos 40 aparatos de combate.

A la una se lleva a cabo un fuerte bombardeo entre Villanueva de la Cañada y Brunete, pero no es suficiente, y se solicitan más servicios aéreos.

Al anochecer el día 7 de julio —inquietante en extremo— han llegado a la zona atacada 31 Batallones de refuerzo y nueve baterías.

* * *

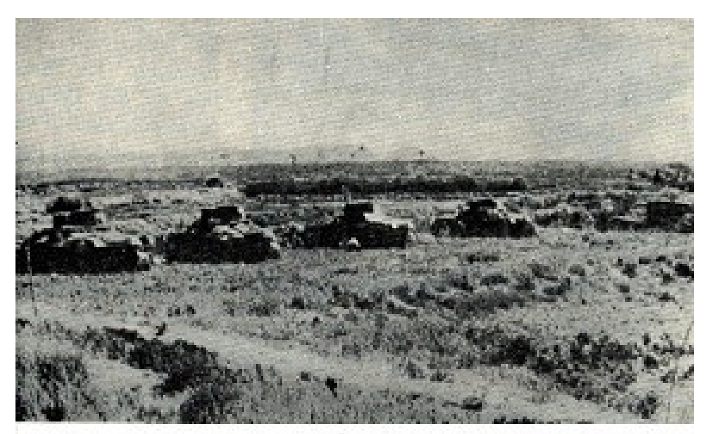
El día 8, los ataques a Quijorna y a Los Llanos siguen con intensidad creciente. Una nota dirigida a «El Campesino» le dice que los éxitos de la 11.ª División Listar son mucho más brillantes que los de la 46 y que, por consiguiente, debe acentuar su ofensiva para alcanzar los objetivos señalados.

Iniciada el día anterior la organización de la línea de resistencia ordenada por el Generalísimo al Este del Guadarrama, y como las tropas que la cubren son todavía escasas, se están filtrando algunas unidades del XVIII Cuerpo rojo entre los vértices Romanillos y Mosquito. La octava Bandera del Tercio, que ha llegado a Romanillos, procede a crear un centro de resistencia entre los dos vértices y contraataca parcialmente para contener las infiltraciones. Desde Villaviciosa de Odón se insinúa un ataque en dirección Sur-Norte para limpiar la zona del río Guadarrama, pero el coronel Asensio tropieza con mucho enemigo y con una cantidad excepcional de ametralladoras.

Se toman medidas urgentes para impedir que Majadahonda resulte desbordado por el Sur.

La aviación ayuda en lo posible a las posiciones de Los Llanos y de Quijorna, bombardeando con intensidad las barrancadas próximas a

Valdemorillo, de donde parten fuerzas nuevas para alimentar el asalto de «El Campesino».



Carros rojos preparados para entrar en acción

Otras dos Brigadas están atacando el pueblo de Quijorna y han conseguido aislarlo. El día 9, Quijorna cae en poder de los atacantes.

El día 10 vuelven éstos a intentar el ensanchamiento de la brecha hacia el Este. Por el Oeste se quiere igualmente tomar el pueblo de Navalagamella, pero falla el propósito. En cambio, cuatro Brigadas se lanzan contra Villafranca del Castillo en el Este, amparadas por tres Batallones más que suben a la posición del Espolón. El coronel Asensio ha tomado disposiciones defensivas en Villafranca, pero ante la superioridad de fuerzas y de fuego hay que abandonar la pequeña localidad, así como el Castillo de Villafranca. Los valles del río Aulencia, igual que los del Guadarrama, están poblados de rojos. Asensio ordena contraatacar inmediatamente y reconquistar el territorio perdido. Por el momento sigue muy superior en número la artillería roja y absolutamente dueñas del aire sus escuadrillas de aviones.

Comienzan a llegar las unidades sacadas del frente Norte.

La quinta División de Navarra es destinada al ala derecha, junto a las tropas de Asensio. La cuarta queda vivaqueando en la zona de Robledo de Chávela, pronta a intervenir en el ala izquierda cuando las circunstancias lo requieran. Un batallón de San Quintín ocupa posiciones al Sur de Villanueva del Pardillo. Se observa que las fuerzas de las Brigadas navarras combaten muy afectadas por el tremendo calor. Vienen de una tierra fresca y suave, y este choque repentino, bajo un cielo de añil y sobre unos campos ardientes, influye notablemente a ellas. Por otra parte, es la

primera vez que se encuentran envueltas en un fuego tan violento de cañón y de aviones.

Es evidente que el enemigo está acentuando su presión en las alas, es decir, en los sectores de los ríos Guadarrama y Perales.

La posición de Villanueva del Pardillo atrae las mayores embestidas. Diecisiete aparatos de bombardeo la han sometido a un violento riego de metralla. A mediodía, el coronel Asensio comunica que desde Villanueva del Pardillo le piden urgentes refuerzos y auxilio de aviación, porque el enemigo ataca con efectivos muy elevados.

No obstante, sigue sosteniéndose la guarnición y se logra comunicación radiotelegráfica con ella.

Por la tarde, el jefe de Villanueva del Pardillo dice en un mensaje radiado:

«Por lomas de enfrente se nos aproxima enemigo con muchos cañones y deseamos protección aviación. Sobre las 16 horas fue atacada esta posición intensamente, con preparación artillera y morteros, presentándose con diez tanques, inutilizándole uno. El resto se retiró, apareciendo nuevamente a las 19 horas dispuesto a entrar en el pueblo; se le han inutilizado seis tanques. Espíritu magnífico; dispuestos a morir en cumplimiento juramento prestado.»

A las 10,55, otro «radio»:

«Enemigo nos acomete gran cantidad; urgen refuerzos.»

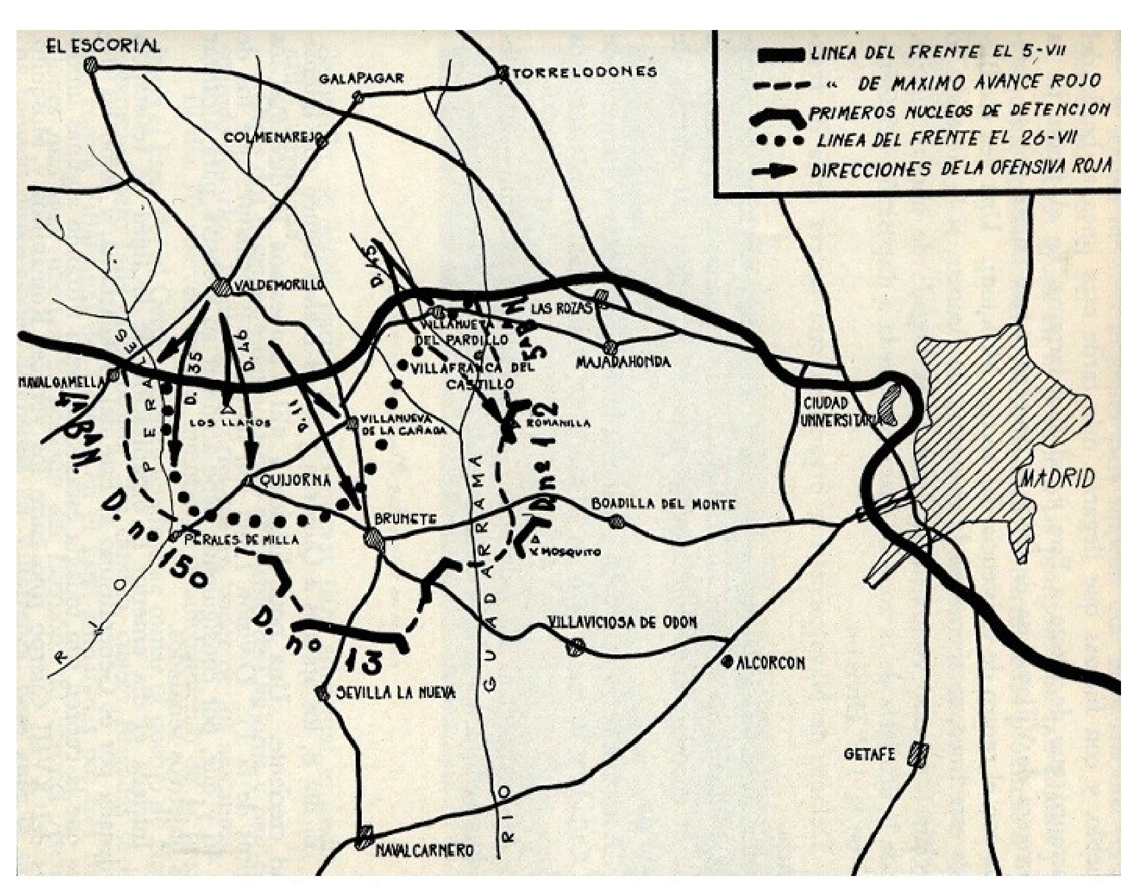
Como la situación es apremiante, se obtiene de la aviación que, pese a no contar con todos los elementos necesarios, bombardee intensamente al Norte y al Oeste de Villanueva del Pardillo.

Este día se observa un cierto desconcierto en el frente rojo por la resistencia, inesperada para ellos, del pueblo mencionado y por la dificultad que encuentran en su intento de filtrarse a lo largo de la línea del Guadarrama. De todos modos, la situación sigue siendo muy delicada, aunque el General Varela va teniendo ya a mano más tropas para ir montando la maniobra.

Cuatro baterías legionarias y otras nacionales anuncian su llegada a Navalcarnero.

* * *

El día 11 se organiza un gran contraataque en el ala derecha nacional. Dentro de Villafranca del Castillo se defienden aún algunos pequeños núcleos, aunque con poquísimas probabilidades de resistencia larga si no se les auxilia rápidamente. La 12.ª División, mandada por el coronel Asensio, se emplea entera en esta iniciativa. Por todas partes salen Banderas, Tabores, Batallones que a pecho descubierto, bajo un fuego que cubre el cielo, trepan por las lomas y los alcores. A docenas van cayendo y cayendo, pero al fin consiguen romper la resistencia y entran en Villafranca del Castillo, semimuertos de fatiga. Afortunadamente para ellos, el cansancio está haciendo los mismos estragos entre los rojos.



Croquis de la ofensiva roja y del contraataque nacional

A la caída de la tarde aún se ordena otro ataque a la cota del Espolón, guarnecido por el segundo Batallón de la tercera Brigada mixta. Ya ha llegado la aviación del Norte y está actuando. Ya están ahí los solemnes trimotores y los ágiles «cazas». La aviación roja, tirana del espacio durante tres días, tiene ahora que aceptar combate frente a pilotos mejores. No es extraño que el primer encuentro cueste a las escuadrillas de Miaja once aparatos. Encima de la cota del Espolón se libra una verdadera batalla aérea. Los aviones nacionales quedan dueños del paisaje.

En la Memoria crítica que sobre las operaciones de Brunete presentó al Alto Mando rojo el comandante-jefe de la tercera Brigada mixta, se dice, a propósito de esta acción:

«*Día 11 de julio*. — En las primeras horas de este día el enemigo, apoyado por una gran masa de aviación y artillería, inicia un violento contraataque sobre las posiciones ocupadas el día de ayer, siendo rechazado con muchas bajas. Mis fuerzas han quedado muy agotadas, por lo que nuevamente insisto cerca de la División sobre la necesidad de que inmediatamente se me envíen fuerzas de refresco y las Compañías de fortificación. Recorro las posiciones de la Cota Mocha (El Espolón) y doy orden al comandante de la posición para que proceda a organizarla nuevamente y fortificarla con nuestros propios medios. A la caída de la tarde, el enemigo hace una fuerte preparación artillera y de aviación sobre nuestras posiciones, precursora de un ataque a fondo. En vista de ello insisto sobre la necesidad de las fuerzas de refresco, sin que se me atienda en mi petición. A las 22 horas, el enemigo inicia un fuerte contraataque que desmoraliza al segundo Batallón, en línea sobre la Cota Mocha; este Batallón se retira al ver caer herido al comandante y como consecuencia de un movimiento envolvente efectuado por el enemigo, movimiento envolvente que fue posible porque la segunda Brigada, que había tomado Villanueva del Pardillo a las veinticuatro horas del día anterior, no efectuó el enlace debido con la posición de la Cota Mocha. Debe hacerse constar que durante todo el día 11 de julio la artillería y la aviación enemigas no dejaron de hostilizar un solo momento nuestras posiciones, y que durante el combate nocturno efectuó tres bombardeos sobre nuestros campamentos.»

Evidentemente, la frase «que había tomado Villanueva del Pardillo a las 24 horas del día anterior» debe referirse a la infiltración de alguna patrulla suelta y no a una verdadera ocupación.

Varela va construyendo su frente para el ataque futuro, para la gran contraofensiva; pero por el momento la situación sigue siendo delicadísima, y el Mando nacional tiene que enviar al horno de aquel fuego espantoso Batallón tras Batallón, aun a riesgo de quemarlos en la pura y estricta defensiva. Las tres Divisiones —Buruaga, Barrón y Asensio— están ya muy reforzadas, poseen unidades por encima de la cifra normal de una División; pero las masas enemigas continúan dando muestras de una actividad incesante, y a pesar de ser segadas por las armas automáticas, lanzan día tras día ataques violentísimos, que de vez en cuando amenazan con romper nuevamente el dispositivo de la resistencia.

Varela tiene que echar mano de todos los recursos de su sólida moral guerrera y de su ingenio táctico para acudir a los problemas que se le

plantean día y noche. Van de un lado a otro las unidades, reemplazándose, haciéndose pases de línea, apretándose corajudamente, asiéndose al terreno, defendiéndose con brazos, manos, uñas y dientes, haciendo uso de los fusiles a modo de maza cuando se les han acabado las municiones, dejándose matar y triturar sobre el puesto que ocupan. Los mandos subalternos envían al Cuartel General noticias sombrías e inquietantes, aunque todos están dispuestos al máximo sacrificio; un comandante de Batallón se suicida en el propio Cuartel General porque se ha visto obligado a comunicar el abandono de una posición que se le había encomendado. Varela le ve exánime y comenta; « ¡Pobre hombre! En su caso, yo hubiera hecho lo mismo. ¡Que se le considere como muerto frente al enemigo!» Jefes de la Legión Cóndor se acercan al General español para insinuarle la conveniencia de ir retirando algunos servicios y de alejar los aparatos; hay mucha cara larga y mucho corazón al galope de las emociones más fuertes... Es en ese momento cuando el Generalísimo, que a distancia tiene la sensación del momento crítico y de la inevitable angustia, da — ¡una vez más!— la medida de su carácter y de su personalidad. Sus instrucciones, sus estudios de la situación son insuperables.

* * *

El día 12 el choque tiene una violencia selvática. Cinco Brigadas se han reunido entre los cauces del Aulencia y del Guadarrama para romper la resistencia de la División de Asensio. Cincuenta o sesenta carros abren la marcha. Ya que en Villafranca del Castillo se ha obtenido poco éxito durante los días anteriores, van a atacar de nuevo Villanueva del Pardillo, donde las vanguardias rojas han entrado varias veces y otras tantas se han retirado. A pesar de la encarnizada defensas los Tabores y de las Banderas, la noche encuentra a los atacantes dentro del pueblo; inmediatamente se han vuelto esas mismas Brigadas hacia Villafranca para lanzar otro ataque duro; pero ahí no han pasado. Es la sólida División roja número 45 la que asalta; «el ataque —dice un documento rojo— no ha llegado a culminar, porque todas las fuerzas han perdido combatividad a consecuencia de su agotamiento físico».

Sin embargo, los días 13, 14 y 15, vuelven las ofensivas, se repiten los asaltos, se reproducen los aludes de fuego y de hombres, siempre con muchos tanques, siempre con mucha artillería, siempre con mucha

aviación, aunque ya la contrabatería nacional es intensísima y los aviones luchan con extraordinario espíritu de iniciativa.

Veamos los siguientes documentos rojos en que el comandante de la tercera Brigada mixta describe esos ataques, llevados a efecto los días 13, 14 y 15

«*Día 13 de julio*. — La tercera Brigada tiene como misión apoyar a la segunda en su ataque a la Cota Mocha y a la 45 División en el suyo sobre Villafranca del Castillo. La segunda Brigada no se mueve; sus fuerzas están agotadas y carecen de decisión para el ataque. De las fuerzas de la 45 División no me da noticias concretas la 34 División, y en vista de ello, y de acuerdo con el Cuerpo de Ejército, doy orden a las Compañías que han hecho el ataque demostrativo sobre Villafranca para que se replieguen a sus posiciones de partida.

Día 14 de julio. — A las 0,15 horas y a las 5 horas, el enemigo pretende recobrar por sorpresa el Castillo de Villafranca y es rechazado con grandes pérdidas; le hemos cogido varios prisioneros, entre ellos un capitán y dos oficiales. También nos hemos apoderado de armamento y municiones. Recibo orden de atacar nuevamente la Cota Mocha en cooperación con la segunda Brigada y fuerzas de la 45 División. Las fuerzas de la tercera Brigada mixta, a pesar de la muy escasa preparación artillera y de la poca decisión de los tanques que cooperan en el ataque, llegan hasta las alambradas enemigas, pero son rechazadas por el enemigo, que concentra sobre ellas todos sus fuegos. Las fuerzas de la segunda Brigada y de la 45 División actuaron como espectadoras.

Día 15 de julio. — Nueva orden para atacar la Cota Mocha. Ataque que realiza el primer Batallón, relevado al efecto de la cota 660 por el tercer Batallón. El ataque se lleva a cabo a pesar de que los tanques no han hecho acto de presencia, como se les tenía ordenado, hecho por el cual se dio parte a la División. Las fuerzas avanzan con lentitud a causa del gran agotamiento que sobre ellas pesa, pues son quince (?) días de operaciones sin descansar. La aviación enemiga vuela día y noche. Las Brigadas que actúan conjuntamente con la de mi mando continúan sin moverse, lo que comunico a la División y al Cuerpo de Ejército, manifestándome éste que tomará las medidas necesarias para que esto no ocurra. Cuando nuestras fuerzas estaban ya pegadas a las alambradas de la posición y dispuestas para asaltarla, la artillería propia dispara sobre ellas, desmoralizándolas y haciendo que se replieguen al punto de partida.»

Los refuerzos que el día 12 han llegado al frente nacional de batalla o están en camino hacia las bases próximas son éstos:

DIRECCIÓN

Batallón de Carros	Cubas.
Quinta batería obuses 10,5 montaña.	Chapinería.
Quinto Batallón de la Victoria	Colmenar del Arroyo.
Sexto Batallón de San Marcial	Nava del Rey.
Cuarto Batallón de San Quintín	Colmenar del Arroyo.
Primer Batallón de Las Navas	Colmenar del Arroyo.
Tercer Batallón de Bailén	Pelayos.
Batallón «B» de Melilla	Pelayos.
Quinto Tabor Regulares de Tetuán	Nava del Rey.
Cuarta batería obuses 10,5 montaña	Boadilla del Monte.
Grupo de Morteros de 260	Villaviciosa de Odón,
Tercer Batallón de Sicilia	Colmenar del Arroyo.
Primer Batallón de Flandes	Nava del Rey.
Grupo de obuses de 10,5 montaña	Nava del Rey.
Batería 6,5 del Grupo anterior	Nava del Rey.
Cuarto Batallón de Bailén	Pelayos.
Segundo Batallón de Flandes	Nava del Rey.
Tercer Batallón de Flandes	Pelayos.
Un grupo de Zapadores	Chapinería.
150 rezagados de San Quintín	Villa del Prado.
Grupo cañones 7,5 legionarios	Chapinería
Plana Mayor cuarta División Navarra	Frente.
Compañía de Zapadores	Pelayos.
Grupo de camiones legionarios	Navalcarnero.

La información obtenida el día 13 de julio no acusa aumento de efectivos en las filas enemigas, pero se diría que hay mayor número de armas automáticas, o quizá han mejorado sus cruces de fuegos.

La maniobra nacional que reiteradamente se ha ensayado en el sector del río Guadarrama, y que ha obtenido solamente éxitos parciales, parece haber sido descubierta en sus intenciones por los rojos; a esto se debe, sin duda, la lentitud de los avances que se van consiguiendo. La situación ha mejorado algo, pero el ritmo de la mejora es poco perceptible.

El día 14 el coronel Asensio informa que sus unidades están muy desgastadas y que de las 7 baterías con que cuenta hay 13 piezas inutilizadas. Los días de ataques fuertes, las bajas sufridas, la falta de cuadros de mando como consecuencia de las pérdidas de oficiales, y la desilusión producida por el repliegue en algunas posiciones, son motivos —según el coronel Asensio— más que suficientes para explicar la necesidad de reforzar el frente con unidades frescas. Los combares que viene librando la 12 son de una violencia extrema y asombra el vigor con que los Batallones nacionales sacan fuerzas de flaqueza. El cuarto Batallón de Toledo y las 8.ª y 13.ª Banderas del Tercio, así como el segundo Tabor de Tetuán y el 5.° Batallón de San Quintín, no pueden dar más rendimiento. El gran Jefe de la 12 expone a Varela la situación táctica de las fuerzas que avanzan en dirección de Villanueva del Pardillo; por el dispositivo de saliente que llevan, se ven batidas de frente y de flanco, sobre todo en el flanco derecho, a consecuencia de las infiltraciones enemigas por el río Guadarrama.

En vista de los justos razonamientos de Asensio, se informa al General-Jefe del Ejército del Centro y se le proponen las dos soluciones posibles: o continuar la ofensiva hasta alcanzar los objetivos señalados o situarse a la defensiva. Saliquet ordena que se siga atacando; reforzada la magnífica unidad de Asensio con infantería y artillería intactas, se renuevan las instrucciones de ataque.

El día 15 el General Varela considera terminados sus preparativos de contraofensiva y arde en deseos de pasar a ella. Ya no deben llegar más refuerzos, porque se considera que las cinco Divisiones —muy reforzadas algunas de ellas— son masa suficiente para contraatacar, forzar una retirada enemiga y recuperar las primitivas líneas.

Se observa un síntoma que acusa la fatiga roja y la desilusión de los Mandos de Miaja. Las Brigadas internacionales y la División Lister comienzan a abrir trincheras; tanto Lister como «El Campesino» y Walter dan orden de fortificarse, o sea, van pasando rápidamente de la ofensiva a la defensiva. En el frente nacional, la transformación es exactamente la inversa; Varela, fiel a su temperamento y a sus métodos, cree que ha llegado la hora de atacar, de rescatar la iniciativa, de agredir a fondo.

En una «Instrucción general» fechada en el Cuartel General de Villa del Prado, se ordena tenerlo todo listo para pasar a la ofensiva en el conjunto del frente. La idea de la maniobra es la misma que ya se ha

dibujado en jornadas anteriores: fijar al enemigo en el centro (Brunete) y atacar en los flancos, con dirección a vértice Lijar (flanco derecho) y a vértice Los Llanos (flanco izquierdo).

Han entrado ya en línea las Divisiones (o Brigadas) 4.ª y 5.ª de Navarra; la primera toma posición en el extremo izquierdo y luego entre Barrón y Sáenz de Buruaga; la otra, entre Asensio y Barrón. Los dos ataques de ala deben quedar principalmente a cargo de estas unidades. La «Instrucción general» prescribe que todos los cambios han de efectuarse en las noches del 15 al 16 y del 16 al 17, para que la operación dé comienzo el 18.

El 16, las tropas del coronel Asensio —flanco derecho— intensifican su actividad frente al Castillo de Villafranca, pero el enemigo está todavía muy fuerte, aunque haya perdido condiciones de ataque profundo. La aviación de Madrid quiere ensayar un ataque en masa y envía 60 aparatos sobre el campo de batalla, donde se libra uno de los encuentros aéreos más violentos de toda la campaña; 10 aviones rojos caen incendiados. La División Barrón ataca Brunete. Se lleva a cabo, previamente, un bombardeo de artillería y aviación, bajo el cual retiembla toda la comarca. Inmensas nubes de tierra pulverizada cubren el horizonte. Legionarios y Regulares atacan; han llegado a Brunete; han reconquistado el crítico pueblo; las vanguardias de Lister se retiran; pero inmediatamente 40 carros rusos contraatacan, envuelven la destruida localidad, se sitúan entre las ruinas y comienzan a arrasar los últimos muros, aún en pie, desde sus torretas de cañón. La Legión y los Regulares se ven obligados a salir de Brunete. Otra vez montan el asalto y otra vez conquistan los humeantes escombros del pueblo; retornan inmediatamente los tanques, protegiendo a los Batallones milicianos; Brunete pasa a manos de los rojos; en una tercera embestida, los soldados nacionales consiguen apoderarse nuevamente de lo que fueron casas y de lo que fueron calles; en un tercer contraataque, rodeados de tanques, Lister, «El Campesino» y una Brigada internacional vuelven a ser dueños de la situación en Brunete. El día ha transcurrido, lo mismo en el centro que en la derecha, entre ataques y contraataques terribles, que cuestan ríos de sangre a los dos Ejércitos. Sáenz de Buruaga trata de avanzar por el flanco izquierdo para conseguir la maniobra de desbordamiento que parece necesaria si ha de prosperar la contraofensiva, pero cada cien metros de avance cuestan sacrificios dolorosísimos; cada loma ha de tomarse a cuchillo y a bombas de mano,

para defenderlas después contra reacciones rojas de especial violencia; sin embargo, Sáenz de Buruaga comunica que la iniciativa va siendo recobrada, aunque lentamente, y que la combatividad roja desciende.

El día 17 es uno de los más tranquilos desde que comenzó la batalla. Por el lado nacional se procede a la terminación de los preparativos ordenados a fin de que se cumplan los planes de contraofensiva en la jornada siguiente. Por el lado rojo se ha advertido alguna más actividad en los transportes, y un informe —no confirmado posteriormente— ha permitido sospechar que, habiendo reunido algunas reservas, Miaja pretendía montar un nuevo ataque violento en el sector de Navalagamella.

Contraofensiva

El día 18 Varela manda que todas las Divisiones pasen a la ofensiva general. La 13, mandada por el coronel Barrón, tiene —según se ha dicho — como misión única, por el momento, fijar al enemigo en el centro del frente, a fin de que la 150, la 4.ª, la 5.ª y la 12.ª maniobren por los dos flancos y traten de envolver las líneas del enemigo.

Sáenz de Buruaga enlaza con la Brigada de Navarra para consolidar el despliegue del flanco izquierdo. Importa empujar a fondo las líneas enemigas y ocupar la cota 640 y el vértice Los Llanos, de 650 metros de altitud; hay que dominar el camino que lleva a Valdemorillo. La de Navarra inicia sus bombardeos a las siete de la mañana; los objetivos quedan durísimamente batidos; la infantería parece que puede avanzar. Se trata de atravesar el río Perales y abordar la cota de Los Llanos. El terreno es difícil y el calor asfixiante, desde el punto de la mañana. De Valdemorillo, los rojos reciben refuerzos constantemente y hay que llegar una y otra vez al cuerpo a cuerpo. Como los observatorios y posiciones artilleras del enemigo son más elevados de cota, la 4.ª Brigada de Navarra, así corno la División de Buruaga, avanzan dominadas por el fuego. Al fin de la jornada, los resultados del ataque son muy exiguos. En cambio, la unidad navarra ha perdido, entre muertos y heridos, 22 oficiales; en la tropa han resultado muertos 187 soldados y heridos 848, o sea, han pasado de 1.000 las bajas a cambio de un avance relativo. La posición táctica de los rojos no se ha modificado gran cosa en el flanco izquierdo.

En el flanco derecho el panorama es bastante parecido al que ofrece la otra ala del dispositivo. Alrededor de Villafranca del Castillo y del

Castillo de Villafranca, las fuerzas del coronel Asensio, que están asistidas de mucha artillería y de gran cantidad de aviación, se encarnizan sin poder romper la resistencia del enemigo, y contra ventajas mínimas, sufren bajas considerables.

Al día siguiente las tropas contraatacantes han tenido que permanecer en las posiciones conquistadas el día anterior porque apenas pueden moverse; la fatiga les acosa; la superioridad de las posiciones enemigas les domina.

> «El nutrido fuego de artillería, constante —dirá la 4.ª de Navarra en su comunicación al Mando superior—, así como el de armas automáticas que han sufrido las tropas, impiden en absoluto realizar movimiento alguno de día, teniendo que efectuarse todos, incluso los abastecimientos, de noche, lo que unido al calor intensísimo y a la falta de agua, hace muy penosa la situación de las tropas allí situadas.»

El día 19 ha sido también duro; se registra la pérdida de 14 oficiales más y 650 soldados.

No se resignan los Mandos del «Canto del Pico» a entregar la presa que conquistaron. Ya comprenden que las ilusiones estratégicas se han perdido en el ciclón de la batalla, pero al menos tratan de disputar ardientemente las ventajas tácticas. De aquella ambición que consistía en alcanzar el nudo de comunicaciones de Navalcarnero y envolver el frente de Madrid, se ha descendido a la desesperación por permanecer en un pueblecillo destruido o en una loma descarnada por la metralla.

Durante los ataques del día 18, el 4.° Batallón de Flandes —4.ª Brigada de Navarra— ha sufrido el 50 por 100 de bajas en los cuadros de oficiales.

El combate de ese día, en el centro y en el ala izquierda, ha sido favorable, pero en términos nada decisivos. La División 13 lucha con un gran número de tanques que maniobran en Brunete y en los alrededores del pueblo. Los rojos han acumulado efectivos importantes en esta localidad y en las trincheras del Cementerio, y hacen mucho fuego con cañones anticarros y con ametralladoras.

La impresión del coronel Barrón es optimista, pero a pesar de ello se encuentra a mediodía con grandes dificultades en el ala derecha de su División, y como no dispone de reservas de Infantería, lanza al combate un grupo de Escuadrones.

De todas suertes, la 13 no podrá llevar a cabo el envolvimiento de Brunete, porque tiene su flanco derecho descubierto a consecuencia de la dificultad de enlazar con las tropas que operan al Este del Guadarrama. Estas hallan delante masas ardorosas de enemigo que se baten tenazmente, tanto que al mediodía del 18 puede decirse que el ataque por el ala del Guadarrama está semiparalizado. La primera preparación artillera no ha sido suficientemente eficaz; hay que proceder a una segunda preparación más intensa.

Estas fuerzas son reforzadas por la 13 Bandera del Tercio. El avance sigue muy lento, a pesar de la intensidad del fuego de cañón; a las seis de la tarde, la 5.ª de Navarra no ha podido apenas moverse; la División de Asensio lo hace con dificultad en varios subsectores.

Durante el día 19, la situación de las grandes unidades no ha cambiado esencialmente. Frente a la de Navarra los rojos se mantienen muy vigilantes, y en cuanto se inicia un avance, tropiezan los nacionales con un fuego intensísimo de armas automáticas. Las fuerzas del General Buruaga proceden a pasar el río Perales, a pesar de las concentraciones rojas; el 9.° Tabor de Tetuán atraviesa el cauce apoyado por los Batallones 254 y 256, así corno por el Batallón 251, que desde su base asiste con el fuego. Al analizar la jornada, Buruaga ha ocupado el vértice Perales.

En el centro, Barrón continúa encontrando frente a su ataque fuertes concentraciones de carros. En el ala derecha, Asensio ha conseguido reducir algo la bolsa al Este del Guadarrama.

El día 20 la reacción de las Brigadas internacionales contra la División que manda Sáenz de Buruaga y contra la 4.ª de Navarra es extremadamente violenta. Ponen en juego todo lo que poseen. El fuego de cañón es intensísimo; el contraataque se produce a las cinco de la madrugada. Al propio tiempo, otras tres grandes unidades se abalanzan contra la División de Asensio. En los dos flancos se llega al ímpetu máximo; en los dos se sostienen bien las tropas nacionales, sin adelantar nada, pero sin ceder una pulgada de terreno. Una de las unidades de Várela termina la jornada con 12 bajas de oficiales y 300 de tropa. Otra pierde 20 oficiales y 500 soldados.

El problema de la contraofensiva nacional reside en moverse con éxito hacia tres objetivos: las revueltas de la carretera de Valdemorillo (en el flanco izquierdo), el cementerio de Brúñete (en el centro) y la cota 660 (en el flanco derecho). Se ha modificado un poco el plan primero; la

División central (coronel Barrón), en lugar de ocupar un frente bastante amplio, se estrecha y, consiguientemente, aumenta la densidad de efectivos para el ataque.

A las once de la mañana, Asensio inicia su preparación artillera. Es violenta, porque la totalidad de las baterías disponibles en su sector (20) tiran sobre un frente reducidísimo. La aviación, que ha desalojado a los aviones enemigos casi definitivamente, vuela sin cesar y deja caer una tras otra las grandes bombas. Una hora después, la infantería de Asensio intenta pasar hacia el Castillo de Villafranca y contra la cota 660, al Este de Villanueva de la Cañada; un nuevo paso de los aviones, ayudado por el calor reinante, incendia los arbustos y ramajes de la cota mencionada; envueltos en llamas, los marxistas tienen que retirarse a la línea de montículos del rio Aulencia, y Asensio alza la bandera nacional en lo alto del monte. Inmediatamente, el Castillo de Villafranca, posición insostenible sin el apoyo de la cota 660, cae a los primeros embates de las tropas de vanguardia. Los rojos acaban de perder dos de las posiciones clave, y a partir de este instante su suerte está echada en el flanco derecho nacional. Son también ocupadas Casa Roja y Casa Blanca, o sea, los rojos son expulsados sangrientamente de su línea de resistencia a lo largo del río Guadarrama.



La aviación nacional llegada del Norte se impone en Brunete

El día 21, Sáenz de Buruaga ordena a una parte de sus tropas que abandonen varias de las posiciones conquistadas el día anterior, porque están sometidas a un fuego muy violento de las baterías rojas; se establece una línea en las orillas del río Perales y se fijan bases de partida para operaciones que tendrán lugar dentro de dos días,

Tremendo esfuerzo llevan a cabo los rojos el día 22, empleando 50 ó 60 tanques rusos y una gran cantidad de armas automáticas. Atacan por todas partes con auténtica desesperación, dejándose matar en los bordes de las trincheras, tratando a toda costa de recobrar la iniciativa y de evitar el aplastamiento que sobre ellos se cierne; pero no consiguen ningún resultado apreciable. En cambio, algunas de sus unidades han dado pruebas de fatiga tal que el Mando nacional se dispone a aprovechar ese elemento de inferioridad enemiga para mover nuevamente hacia adelante todo su dispositivo.

Esto tiene lugar el 24, día muy señalado en esta batalla de Brunete. Sáenz de Buruaga y Asensio rompen francamente la resistencia de los rojos y los aniquilan en cuantos encuentros se libran; de ese modo preparan el ataque en el centro, una vez que los dos flancos rojos están suficientemente debilitados y como doblados sobre sí mismos.

Es la madrugada del 24 cuando el coronel Barrón lanza sus 5.º y 6.° Tabores de Regulares de Melilla para romper el frente al Este de Brunete. Y lo rompen. Brunete queda desbordado. «El primer Regimiento de la Brigada —dice un relato de la propia División 13— ocupa el pueblo; pero a causa de la resistencia del enemigo, que sacrifica bárbaramente a sus soldados, no puede salir de él para continuar el avance».

Maniobra decisiva

¿Qué ha sucedido, en realidad? Después de tantos días de incesante lucha y de tantos sacrificios, el General Varela ha resuelto aplazar el amplio movimiento de rebasamiento por las alas y volver al propósito, más reducido, de envolver Brunete.

Esas instrucciones se han dado en la «Orden de Operaciones núm. 2», fechada, como la primera, en Villa del Prado.

El 24 se aplica el nuevo plan del Mando.

En el ala izquierda, la de Navarra avanza difícilmente por su derecha, pero en el sector de Los Llanos consigue ganar terreno. Buruaga es objeto de un ataque duro, llevado a cabo por el enemigo con fuertes efectivos y 20 tanques; dos de las unidades de la 150 se repliegan a la base de partida del vértice Perales. Como el Mando considera difícil la situación de estas

fuerzas, se ordena al comandante principal de Artillería que las proteja con sus fuegos.

Los enlaces de Barrón con las seis unidades de la de Navarra que han sido trasladados a su izquierda, se hacen con grandes lagunas, y a veces se pierde el contacto.

Fuerzas de la 13 llegan a las diez de la mañana a las proximidades del cementerio de Brunete, que no pueden ocupar.

Hacia las tres de la tarde se intenta nuevamente la ocupación del cementerio, pero no se consigue el propósito. Por la tarde se aprecia que fuertes contingentes rojos descienden por el Oeste de la carretera de Brunete a Villanueva de la Cañada.

Las fuerzas del coronel Asensio se dedican a ir cerrando la bolsa y a progresar sobre la orilla del Guadarrama.

Como en el centro se sigue observando una fuerte concentración roja cerca de Villanueva de la Cañada, se ordena a las agrupaciones oriental y occidental que concentren allí sus fuegos. Por fin, sobreviene un nuevo ataque rojo a Brunete, con 15 Batallones y 40 carros de combate; pero la 13 se sostiene íntegramente, rechaza todas las embestidas y consolida la ocupación del pueblo.

Al coronel Bautista Sánchez, jefe de la de Navarra, que cae enfermo, le reemplaza transitoriamente el jefe de Estado Mayor del séptimo Cuerpo, coronel Esteban Infantes.

La primera fase de la batalla de Brunete es, por parte del General Varela, una constante maniobra con escasas reservas para cubrir los puntos sensibles del dispositivo y para avanzar a fin de obtener una buena base de partida; tácticamente, esta fase se caracteriza por la lucha para obtener la superioridad de fuego, que lentamente van adquiriendo los nacionales.

Una vez iniciada la segunda fase (contraofensiva), comienza la maniobra a base de un gran ataque por los flancos. A pesar de todos los medios puestos en acción, no se logra todavía conseguir la superioridad completa de fuegos y el movimiento no llega a desarrollarse con amplitud. El Mando decide entonces, ágilmente, reducir los vuelos de la maniobra y ceñirla al doble envolvimiento de Brunete por el Oeste y Este, para alcanzar una mayor concentración de los elementos de fuego y un enlace más íntimo entre las grandes unidades.

El ala derecha ha progresado resueltamente y ha doblado más aún el flanco enemigo. Varela dice en su puesto de mando «En cuanto el cementerio de Brunete sea nuestro, se desplomará todo el frente enemigo».

Porque al perder Brunete, los rojos se han retirado al cementerio, situado en posición dominante, y allí resisten enfurecidos. Durante la noche han llegado dos Batallones de refuerzo que contraatacan y que quisieran recobrar la pequeña localidad destruida; nuevos carros hacen su aparición; la artillería nacional arrasa las lomas; pero en la madrugada del 25, el 6.° Tabor de Melilla sale como una exhalación hacia el cementerio, y antes de que el enemigo tenga tiempo de reaccionar contra la sorpresa, conquista la codiciada posición. Todas las demás fuerzas de la División parten en tromba sobre las posiciones rojas. La aviación, que acaba de llegar, contempla la iniciación de la retirada, y bajando a cotas muy exiguas comienza el bombardeo de los derrotados, con lo cual se produce una oleada de pánico y de desorden que ya no cesará hasta que el Generalísimo Franco quiera.

El pronóstico del General Varela se está cumpliendo: el cementerio de Brunete era la pieza maestra del sistema enemigo en las posiciones centrales. Hay que hacer honor a la bravura y heroísmo desplegados por la 13 División y por los valientes de Buruaga y Asensio, y no olvidar la inmensa contribución que prestó al éxito el encarnizado e incesante luchar de las demás Divisiones.



Una ambulancia nacional pasa entre las ruinas de Brunete


Brunete en ruinas, testimonio de la dureza de la batalla

Documentos rojos

En la División roja número 34 se recibe el día 24 de julio el siguiente parte urgente:

«Desde las primeras horas de este día, y sin que se sepan las causas, las fuerzas de las Brigadas 1, 9, 13, 15, 16 y 151, se repliegan desordenadamente, y son inútiles los esfuerzos hechos para contenerlos al llegar a este puesto de mando, dado el gran número de fuerzas que retroceden. Durante todo el día continúa el desfile de los que se retiran; intentamos proceder a reagrupar estas fuerzas para que ocupen sus posiciones al anochecer.»

El día 25, otro parte rojo, de carácter confidencial, dice:

«Como en el día de ayer, aunque en menor cantidad, se ha producido el repliegue de una manera desordenada de fuerzas de algunas unidades, todo ello como consecuencia de los intensos bombardeos de aviación y artillería que no son contrarrestados por nosotros. Debido a que el repliegue no fue de la intensidad del de ayer, han podido ser contenidos los que huyen en dirección de este puesto comando.»

Esos dos partes describen con admirable elocuencia lo sucedido. Fue una desbandada, una verdadera fuga; en un momento determinado, todas las unidades del frente rojo abandonaron sus líneas, se sintieron a punto de aplastamiento y buscaron en el «sálvese el que pueda» una solución inmediata.

Ya lo dice un relato de la 13 División:

«... el enemigo se desbanda y corre alocado, convirtiéndose las Divisiones Lister y Walter en un rebaño humano presa del pánico. Toda nuestra artillería, nuestras ametralladoras, les empujan en su fuga ¡Caen tantos! No se para este rebaño hasta Valdemorillo. Algunos milicianos llegan a Madrid y piden pan y alguna otra

cosa, para comer, a las mujeres de las «colas», porque temen presentarse en sus cuarteles. Las bajas enemigas son enormes. Una sola Brigada llegó a perder 1.500 de los 2.000 hombres de sus efectivos. En el pueblo de Brunete enterró nuestra Sanidad un millar de muertos. El material perdido fue fabuloso; solamente esta División recogió 2.500 fusiles, 15 fusiles-ametralladores, 52 ametralladoras, 18 lanzaminas, y ha inutilizado 30 carros de combare, de los cuales quedaron en nuestro poder 18 en buen estado.»

Decisión del Generalísimo

La batalla de Brunete está a punto de terminar; 10.000 rojos se dispersan desde las vanguardias hasta los campamentos de la retaguardia, y no hay fuerza humana que les contenga. En ese momento, por la mente de Varela pasan, como una ráfaga, varios proyectos. El Jefe del 7.° Cuerpo de Ejército quiere explotar el éxito. ¿Será quizá posible insistir y avanzar hasta el propio Madrid? ¡Acaso resultaría aventurado! Pero es indudable que se da la posibilidad de provocar el desplome de todo el saliente rojo de El Escorial; no hay sino seguir la marcha, aplastar las vanguardias huidizas contra sus propias posiciones de resistencia, aprovechar el pánico enemigo, forzar la maniobra; Valdemorillo puede ser muy pronto posición nacional; puede serlo después Galapagar, con sus lomas dominantes; El Escorial no conseguirá sostenerse... Pero el Generalísimo Franco, desde su puesto de mando supremo, da una voz tajante: ¡alto! Hay en todo el frente una cierta sorpresa. ¿Alto ahora? El Generalísimo repite: «Ni un paso más; alto y fortifíquese la línea alcanzada». La orden se cumple en el acto. El frente nacional detiene su marcha. El Generalísimo explica al General Varela:

«Es necesario conquistar Santander y acabar con la guerra del Norte. No tengo más que unas cuantas semanas para ello. Luego vendrán las nieblas, las lluvias, la nieve en los altos picos. Comprendo que podemos echar abajo el saliente de El Escorial, pero esto supondría aplazar sine die la victoria del Cantábrico.,

La presencia del Generalísimo en el frente es conocida pronto en los sectores más enardecidos. Franco, que ha seguido minuto a minuto la batalla, que no pierde un solo detalle de la maniobra, que ha dado directrices e instrucciones perfectas, quiere estar entre sus tropas, cerca de sus soldados, como en los tiempos de su Tercio, de sus ardientes vanguardias. Llega al puesto de mando del coronel Barrón. ¿Han tenido

los rojos noticias de esa llegada? ¿o es que los observatorios han podido registrar el paso de una importante caravana de automóviles, y adivinan el resto? El caso es que cuando Franco baja a la trincherilla en que Barrón tiene su puesto, algunas piezas de artillería disparan activas sobre aquella zona. Varela se traslada al encuentro del Generalísimo y apelando al entrañable tuteo de los compañeros de Africa, pero sin que ello suponga la menor abolición de las fórmulas de máximo respeto a la jerarquía suprema, no puede menos de exclamar:

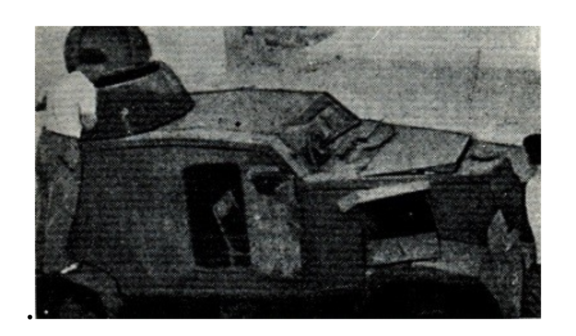
— ¿Qué haces aquí, mi General? ¿No comprendes cuál es mi responsabilidad si te acontece algo?

El corazón impulsa al Generalísimo a quedarse. El fuego enemigo arrecia. Varela insiste. Por fin, los dos se retiran a la retaguardia inmediata.

Es allí donde, después de escuchar a Varela, Franco expone sus puntos de vista y da sus órdenes. Cree preferente el problema del Norte y hay que trasladar a la provincia de Santander las dos Divisiones navarras.

En virtud de esta decisión de Su Excelencia el Generalísimo, el General del 7.° Cuerpo da el día 26 una «Orden General», sobre organización defensiva, según los propósitos del Mando de mantenerse en las posiciones avanzadas, y proceder con urgencia a los trabajos de fortificación.

En los días posteriores, los rojos hostigan débilmente con alguna batería, y queda paralizada por ambas partes toda actividad importante en el frente de Brunete




Blindado rojo incendiado por los nacionales en las inmediaciones de Brunete

Las Brigadas navarras (4.ª y 5.ª) comienzan a concentrarse a retaguardia para regresar al frente de Santander. El campo de batalla de Brunete se envuelve poco a poco en el silencio. Los rojos han terminado su esfuerzo, sin el menor resultado estimable. A punto creyeron estar de una victoria magnífica; el final se ha resuelto en un verdadero desastre. ¿Por qué?

Hay que confesar que los preparativos de la batalla fueron buenos por parte del Gobierno de Valencia y de sus Mandos militares. Planeamiento, reunión de efectivos, acumulación de medios materiales, elección del frente sensible, secreto, fijación de bases de partida, organización del dispositivo, fases iniciales del encuentro... todo esto resultó digno de consideración y acusó una técnica estimable. Después, roto ya el frente, ¿por qué no continuó el ataque hacia Navalcarnero? Aun admitiendo que fuera urgente revolverse sobre las flancos, ¿por qué tuvieron los ataques tan poca profundidad? Las razones son, a mi juicio, estas, aparte la genialidad con que el Generalísimo dispuso los traslados de fuerzas y los planes de la batalla

a) Las guarniciones locales, escasísimas, de los nacionales, resistieron con un heroísmo admirable, que actuó como mecánica retardatriz del avance, en proporciones importantes.

b) Fue interesante que el General Yagüe, a cuyo mando estaba confiado un sector próximo a Brunete, tomara la decisión de enviar a toda prisa unos cuantos Batallones (aunque no se trataba de jurisdicción suya) para que aplicaran los urgentes remedios que la situación requería.

e) La serenidad imperturbable de Varela, su tenacidad sin límites para no ceder ni un palmo de terreno, y el denuedo de Asensio, Barrón, Sáenz de Buruaga, Alonso Vega, Bautista Sánchez y Esteban Infantes,

unidos para el plan defensivo, en primer término, y para la decisión de contraofensiva, después, crearon un cuadro de aciertos.

d) En el campo rojo se acusó una extraordinaria lentitud en el funcionamiento de las transmisiones y de los enlaces; se dio el caso de que una orden dada a las ocho de la mañana llegó a su destinatario (el comandante de la 3.ª Brigada mixta, en este caso) a las nueve de la noche. Por esta misma razón (mal funcionamiento de enlaces y transmisiones) faltó la cohesión indispensable entre las unidades; los jefes de Batallón perdieron frecuentemente el dominio de sus Compañías, porque los mandos intermedios (sección, pelotón, escuadra) no estaban suficientemente capacitados para la misión que se les había impuesto. Un informe rojo resume estas impresiones diciendo:

«El comandante de un Batallón no mandaba en realidad cuatro Compañías de fusiles y una de ametralladoras, sino un conglomerado de 500 a 600 hombres. Consecuencia de todo esto fueron, durante la batalla de Brunete, las líneas continuas de guerrilleros y la mala dirección y poco aprovechamiento de las masas de fuego (ametralladoras y fusiles-ametralladores). Nuestras unidades de Infantería van sabiendo ya lo que es la unión por el movimiento, pero desconocen todavía lo que es la unión por el fuego. Las unidades superiores han agotado excesivamente a las Brigadas de choque, y no las han empleado en el cometido que realmente les correspondía, máxime cuando los pasos de línea estaban perfectamente estudiados y predeterminados en la Orden General de Operaciones del Ejército del Centro.»

e) En cuanto a la artillería, ha podido apreciarse en el campo rojo que su apoyo ha sido, en muchos casos, extemporáneo, y que entre los jefes de Brigada y las baterías no ha existido el menor contacto ni enlace. Los tanques han operado por su cuenta, con absoluta independencia de los jefes que mandaban las unidades atacantes.

Cuando, tras la toma de Brunete, creyeron los Mandos nacionales que el avance continuaría, resulta que la confusión entre las fuerzas rojas era enorme. Dice ese mismo informe a que antes he aludido:

«Hay un gran lío de fuerzas dentro de Villanueva de la Cañada Los jefes de Brigada acuden a la División para que les aclaren sobre qué fuerzas son las que deben quedar guarneciendo el pueblo y cuál es la misión de las demás.»

En otro párrafo agrega, con relación al día 7 de julio:

«El barullo de fuerzas que hay en Villanueva de la Cañada es fantástico, pues

han coincidido allí Batallones de la Brigada 16.ª, de la 68.ª, de la 3.ª, de la 13.ª, de la 15.ª y de la División de Lister. Es imposible saber a qué atenerse hasta que sea de día.»



Camión ruso abandonado por los rojos junto con material de toda índole, después de la batalla de Brunete

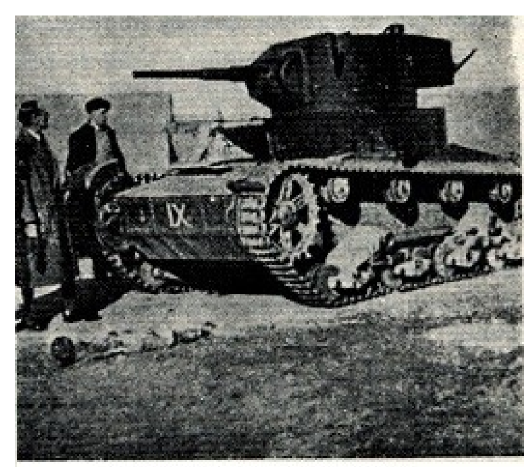
A cada instante, en los documentos marxistas, se ve cómo los jefes de unidades inferiores, al recibir una orden, en vez de prepararse a cumplirla, van al puesto de Mando de la División, piden aclaraciones, solicitan ayudas especiales, se les promete enviarlas, las ayudas no llegan o llegan tarde, y en fin, falta aquella unidad de mando, aquella perfecta mecánica, aquel justo sistema jerárquico que es indispensable en toda operación militar bien desenvuelta.



Dahl, norteamericano, y Chercassof y Jhosiainoff, rusos, pilotos rojos derribados sobre Brunete, ante el Consejo de Guerra, que los juzgó. Condenados a muerte, fueron indultados.

Sea lo que fuere, más de 25.000 rojos cayeron en la batalla, y la masa de maniobra dispuesta por los técnicos extranjeros quedó materialmente deshecha. El Ejército nacional sufrió cerca de 13.000 bajas, o sea, soportó la primera gran sangría de la guerra. La lección de la batalla fue concluyente; los rojos no podían aspirar sino a éxitos locales, porque en todo el curso de la campaña, por muchas que fueren las circunstancias propicias a sus planes, no volverían a encontrarse en situación tan

favorable como la que conocieron durante los días 6 y 7 de julio en el sector de Brunete. El frente nacional de Madrid se había salvado para siempre. Todas las esperanzas marxistas se desvanecían como la sombra de un sueño. En calidad de modelo de batalla clásica, la de Brunete pasa, inmortal y apasionante, a los más ilustres capítulos de nuestra Historia militar. Estamos ante uno de los grandes hitos de la guerra española.



Carro ruso capturado

CAPITULO VII

LA MANIOBRA SOBRE SANTANDER

Retorno de la iniciativa al frente cantábrico. — Preparación de la maniobra hacia Santander. — Dispositivo nacional y sentido general de las operaciones. — Ruptura del frente rojo y forzamiento de los pasos en las altas montañas. — Invasión de los valles; marchas convergentes. — Las tropas navarras cortan la retirada a los batallones milicianos. — Actuación del cuerpo de tropas voluntarias. — Caída de Santander y rendición en masa de los batallones vascos.

Terminada la batalla de Brunete, el Generalísimo Franco vuelve rápido al Norte, y sin dar a los Mandos más plazo que el estrictamente necesario, ordena que se apresuren los preparativos a fin de poder lanzar lo antes posible la ofensiva contra Santander.

La provincia de Santander está como encerrada entre los montes cantábricos y el mar; la limita al Norte el Cantábrico, al Sur el principio de la Cordillera Ibérica, al Este las montañas de Ordunte, que la separan de Vizcaya, y al Oeste los Picos de Europa, que le sirven de comarcal frontera con Asturias. De Sur a Norte, desde los montes al mar, descienden los ríos Saja, Besaya, Pas y Asón, formando valles deliciosos y llenos de atractivos para la vista, así como excelentes por sus pastos y por la rica ganadería que en ellos mantiene la provincia. En las montañas de Reinosa nace el río Ebro, que corre entre picos y vericuetos, y va buscando, anhelante, tierras castellanas. Entre la cordillera cantábrica y el mar hay un espacio de 40 a 50 kilómetros, cruzado por estribaciones y escalones que van perdiendo altitud, hasta llegar a la costa. El más alto de estos escalones, aquel que separa la faja litoral de la submeseta septentrional, es el que por medio de sus pasos o «puertos» enlaza la provincia de Santander con las de Burgos y Palencia. Tales pasos o puertos son los de Los Tornos (con 796 metros), El Escudo (988 metros) y el de Reinosa (784 metros). Por el primero pasa la carretera de Burgos a Laredo; por el segundo la de Burgos a Santander, y por el tercero, la de Palencia a Santander. Los datos anteriores muestran claramente que quien sea dueño de ese máximo escalón montañoso

domina fácilmente los restantes y, por consiguiente, toda la provincia santanderina. Es, pues, evidente que una ofensiva dirigida contra Santander desde el Sur de la cordillera cantábrica debe procurar, desde el primer instante, la ocupación de los «puertos» citados.

Como hemos dicho en el capítulo anterior, Franco tenía muy lógica prisa en apremiar las maniobras del Norte, porque pasado el verano sobrevienen las lluvias constantes y las espesas nieblas que dificultan, no solamente el movimiento de las tropas, sino la observación indispensable para una eficaz cooperación de artilleros y aviadores.

El día 3 de agosto, la Brigada de Navarra, de retorno del frente de Madrid, está ya concentrada en la zona de Aguilar de Campóo y de Alar del Rey. El día 6 queda igualmente concentrada, en la misma zona, toda la 4.ª Brigada, también de vuelta del frente de Madrid.

Como la cantidad de material que debe acumularse para la ofensiva es muy importante, los Servicios se toman todavía una semana para terminar los preparativos con la especial minuciosidad que exige el Generalísimo.

El Cuerpo de Tropas Voluntarias (legionarios italianos que manda ahora el General Bástico) pidió con gran insistencia y entusiasmo que se le reservara una de las acciones principales en la reconquista de la provincia y ciudad de Santander. El Generalísimo le otorgó tal honor, y le encomendó una de las grandes misiones de ataque, al par que la otra —porque se trataba de dos direcciones de marcha— quedaba encargada a tres de las Brigadas de Navarra.

Las masas que iban a chocar estaban integradas del modo siguiente:

Ejército nacional (De Este a Oeste).

Brigada de Flechas Negras.–En la carretera de la costa	6 Batallones
Brigadas navarras 2.ª, 3.ª y 6.ª–En la línea montañosa de Ordunte	30 »
Media Brigada de Castilla.–Entre el sector de Villasana y el de Espinosa de los Montares	4 »
Cuerpo de Tropas Voluntarias.–Sector de Soncillo	26 »
Media Brigada de Castilla.–Entre Bricia y Polientes	4 »
Grupo Moliner.–Entre Ponentes y la carretera de Palencia	6 »
5.ª, 4.ª y 1.ª Brigadas de Navarra.–En la zona Sur de Reinosa	50 »

TOTAL	106 Batallones.

Artillería:

Baterías. (De acompañamiento, Divisionarias y de Cuerpo de Ejército)	63
Anticarros	11
Antiaéreas	6
TOTAL	80

El Cuerpo de Tropas Voluntarias iba reforzado por cinco Escuadrones de Caballería nacional; las Divisiones navarras del ala izquierda recibieron el refuerzo de un grupo artillero y de una Compañía de tanquetas legionarias.

En cuanto a la Aviación, fueron destinadas a la operación de Santander toda la Legionaria, la «Legión Cóndor» completa y la mayoría de los grupos nacionales.

Los Parques de municionamiento y depósitos de material, de tracción y transporte, están bien repletos y han quedado organizados adecuadamente con vista a las máximas necesidades previsibles.


El general Dávila

El General Dávila tiene el mando del Ejército en su conjunto, bajo la suprema dirección del Generalísimo. Las Brigadas de Navarra están

mandadas del siguiente modo: primera, por el coronel García Valiño; segunda, por el coronel Muñoz Grandes, que acaba de escapar de la zona roja y sustituye al coronel Cayuela, destinado a otro frente; la tercera, por el coronel Latorre; la cuarta, por el coronel Alonso Vega; la quinta, por el coronel Bautista Sánchez; la sexta por el coronel Avriat, que ocupa el puesto del coronel Bartoméu, herido en campaña. La Brigada de Castilla va mandada por el General Sagardía. El mando superior de las Brigadas de Navarra sigue en manos del General Solchaga, cuyo Jefe de Estado Mayor es el General Vigón, y comandante principal de artillería el coronel Martínez Campos.

Ejército rojo. —Infantería.

Cuerpo de Ejército número XV.–Formado por 3 Divisiones (52, 53 y 54).– 9 Brigadas	30 Batallones
División vasca de choque (3 Brigadas)	9 »
División santanderina de choque	7 »
División asturiana de choque	9 »
Brigada de Carabineros	3 »
De Infantería de Marina	1 »
TOTAL	59 Batallones

No es fácil cifrar el auxilio recibido de los Cuerpos de Ejército 16 y 17 (Asturias), así como del 14 (Cuerpo Vasco), totalmente reorganizado. Lo que debe el lector tener en cuenta es que casi todo el sector oriental, o sea, el de los montes de Ordunte, estaba guarnecido por tropas del Cuerpo Vasco, las cuales no aparecen computadas en la cifra de Batallones de la estadística anterior. Ello eleva considerablemente el número de fuerzas rojas.

Artillería:

Un total aproximado de 50 baterías.

Aviación:

33 aparatos de bombardeo y caza y 11 de reconocimiento.

Los rojos llamaron a las quintas del 21 y el 22 y formaron Batallones de fortificación con los hombres correspondientes a los años 1913 a 1920, lo cual les permitió disponer —pese a las numerosísimas deserciones y ocultaciones—, de unos 10.000 hombres más para tareas relacionadas con el Cuerpo de Ingenieros.

«En cuanto a las fortificaciones del frente —dice un comentarista extranjero— antes de julio de 1937, las líneas rojas de Santander estaban formadas por "trincheras no siempre protegidas por alambradas ni apoyadas por nidos y caminos cubiertos", pero cuando se advirtieron los primeros preparativos de ataque nacional, "se trabajó ardientemente en la organización de la bolsa de Reinosa-El Escudo, dedicando los más intensos cuidados a la defensa de los sectores del frente especialmente sensibles a un ataque procedente del Oeste y del Este".

Más allá de la divisoria de montañas —agrega— la defensa estaba principalmente confiada a los cortes de carreteras, preparados, de preferencia, en los puentes del fondo de los valles, pasos obligados para las comunicaciones. Con tales cortes pensaba el enemigo frenar un posible avance nacional.»

Pero, quien nos va a decir con claridad y exactitud cuál era el sistema rojo de las defensas de Santander es el Jefe del Cuerpo Vasco, General Gamir Ulíbarri, nombrado el 23 de julio de 1937 General-Jefe de todo el Ejército rojo del Norte (Cuerpo Vasco, Santander y Asturias). Dice así el citado General:

«No existiendo más organización defensiva terminada que la línea de contacto, precisa febrilmente proceder a la construcción de líneas sucesivas para la escalonada resistencia. Estando ya empleados los hombres en armas y prestando tan valiosa cooperación a este mando los Frentes Populares de Santander y Euzkadi, sobre todo después de su enlace, se ordena a los Jefes de Ingenieros el estudio de organizaciones a retaguardia de la primera línea, reforzando ésta al mismo tiempo y organizando una línea de detención a toda prueba en El Escudo, en los montes Carabeos, en la marcada por el río Asón y en la que por Ramales se une a la antelínea de Torrelavega; líneas que se enlazarán debidamente, empleándose para los trabajos de primera urgencia y que requieren dirección técnica, mano de obra y material especial, los Batallones de Zapadores, Disciplinario y tropas que guarnecen las líneas, y para los de la segunda, todos los hombres útiles de los reemplazos movilizados y no incorporados a filas, que son los de los años 1913 a 1920 inclusive.

Se reemplazan los hombres con mujeres en los servicios en que puedan ser

aptas, encargando de esta recuperación a los ya citados Frentes Populares, que ofrecen disponer, por esta recluta, de 10.000 hombres.

Se procuró el mayor rendimiento aprovechando el material de útiles disponibles, aunque muy escaso, y se dio preferencia al aprovechamiento de terreno para obtener buenos observatorios, establecimiento de barreras y obtención de cruces de fuegos, protección de alambradas y obstáculos y abrigos individuales y colectivos, aprovechando las cuevas naturales donde las hubiere, y donde no, construyendo refugios en galería de túnel.

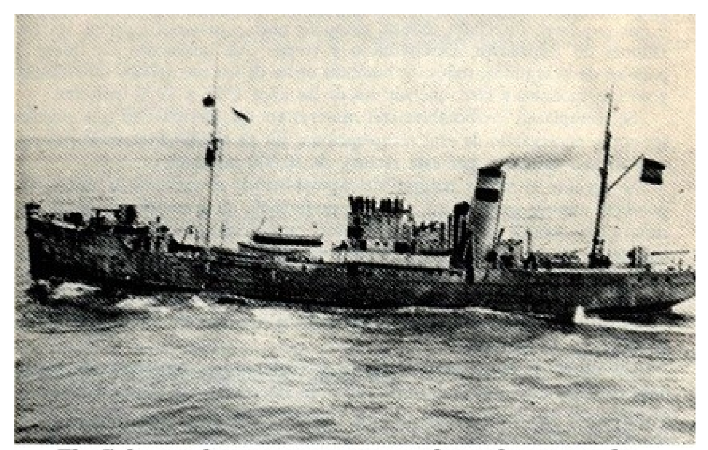
Como línea intermedia entre las de contacto y la del río Asón, se organiza asimismo la del río Agüera.

Las obras de estas organizaciones se traducen en trincheras en zigzag unos trozos, y en cremallera otros, nidos de ametralladoras convenientemente distribuidos, con buen campo de tiro, cubiertos con dos o tres capas de rollizos de 15 a 20 centímetros de diámetro, transversalmente dispuestos entre sí, y una capa de piedra y tierra formando una cubierta de 80 a 90 centímetros de espesor; refugios para cada nido de trazado poligonal con altura de dos metros; anchura de trinchera y vértice reforzados con rollizos; y completan la obra buen número de galerías pequeñas situadas en la contrapendiente, con caminos cubiertos de comunicación.

Dada la premura del tiempo y la escasez de útiles, no obstante disponerse de moldes para nidos, se hace poco uso del hormigón en las líneas y puntos secundarios, consistiendo las defensas en obras de tierra.

La línea de obstáculos, en la generalidad de las mismas, doble alambrada, con doble fila de estacones cada una, con pasillo de dos metros de anchura y un metro y medio a dos metros de profundidad, sumando la del obstáculo cinco metros.

En el frente de Santander, donde por estar la situación más estabilizada, la línea de contacto es más fuerte en los lugares probables de invasión, por haberse empleado el hormigón y contar con algunas casamatas para baterías, falta, sin embargo, organización en líneas sucesivas. Es muy dudoso que el tiempo que deje el enemigo, que acusa concentraciones de fuerzas y elementos en este frente en el mes escaso que media entre la terminación de su empuje por Euzkadi y el que parece iniciarse por Santander, permita la construcción de la totalidad de las obras, cuya necesidad apremiante observa el Mando del Ejército; pero urge ganarlo, y aprovechando los minutos y utilizando las escasas fuerzas de Ingenieros, Batallones disciplinarios, las mismas tropas y el núcleo de hombres no llamados a las armas, que no pueden alejarse por dificultades insuperables de traslado y alimentación, se da comienzo a las primeras obras de una segunda línea desde el Ordunte, por Virtus, Cilleruelo de Bezana, cumbre de Somiedo, a la Hermandad de Valdeporres, Puertos de Tornos y del Escudo, montes Carabeos y Suano, dejando para el último núcleo de trabajadores, por las dificultades antes dichas, la de Torrelavega y cercanías de la capital, entre ellas las de nuevos emplazamientos de baterías de costa para tener el Puerto a cubierto de los cañones del «Cervera». Las características de estas obras son, por el agobio del tiempo, las de las fortificaciones ligeras de campaña.



El «Galerna», barco rojo que, apresado por los nacionales, fue armado y prestó magníficos servicios en el Cantábrico

En consecuencia de la misma información que señala la presencia de Caballería de Villarrobledo en el frente de Soncillo-Villarcayo y de masas motorizadas, se piensa que el terreno apropiado para la actuación de estos elementos es el páramo de la Virga, con dirección Corconte, para la envuelta de la bolsa de La Lora y conjunción sobre Reinosa; en su vista se dispone que por la Sección de dinamiteros del Ejército se proceda a la apertura de zanjas de anchura suficiente para obstaculizar la marcha de jinetes y carros y se entierra a voleo, y debidamente canalizadas, noventa minas que se traen de Asturias, reforzándose al mismo tiempo los equipos antitanquistas con cien hombres, dinamiteros de oficio, pertenecientes al Cuerpo de Ejército Asturiano, valiéndose para el combate contra los mencionados artefactos de guerra, de cargas de trilita existentes en el Parque, ya que la dinamita, muy escasa por la falta de glicerina, se reserva para los equipos de dinamiteros de las Divisiones, a cuyo cargo corre la voladura de obras de fábrica en las vías de comunicación, así como la destrucción de fábricas y elementos útiles al enemigo, por si es preciso efectuar la retirada.»

El General Gamir nos da idea de cómo se preparaba a la defensa, en medio de aquel semicaos de Santander.

Las tres Divisiones del XV Cuerpo de Ejército quedaron concentradas con la base principal en Reinosa, Ontaneda y Lanestosa, respectivamente, y todos los preparativos se dieron por terminados antes del 10 de agosto.

Tanteos y ensayos cojos

Antes de que Franco diera al Ejército del Norte la voz de «adelante», Gamir Ulíbarri pretendió atacar por su cuenta. Es éste un episodio curioso de la campaña cantábrica. El 14 de julio, empeñado como estaba el Gobierno de Valencia en la batalla de Brunete, que ya iba tomando mal

cariz para los atacantes, pidió cooperación activa a los Cuerpos Vasco, Santanderino y Asturiano. El Estado Mayor Central de Valencia les ordenó atacar, en ayuda de la ofensiva de Brunete. Entonces, el General Gamir Ulíbarri propuso — ¡asombro causa recordarlo!— que reunida una masa de maniobra en la bolsa de Reinosa, se atacara a fondo, se cruzara el Ebro, y apoyando el flanco derecho en el mencionado río, se tratara de aislar la provincia de Navarra, yendo a unirse con los Cuerpos del Ejército rojo de Cataluña, o sea con los del frente de Aragón. Gamir dice, no sabemos si con ingenuidad excesiva o con demasiado espíritu de broma:

«No se aceptó este plan mío por la situación política de Cataluña, a pesar del agrado con que se recibió.»

En vista de ello, el Mando rojo del Norte propuso

1.° Que el Cuerpo Vasco atacara en la dirección de San Roque como prólogo para operar más tarde hacia Valmaseda.

2.° Que el Cuerpo Santanderino atacara en dirección Soncillo-Villarcayo para batir las fuerzas concentradas en esa zona.

3.° Que uno de los dos Cuerpos asturianos (el XVII) desplegara su acción ofensiva sobre las posiciones de la Manga y Cimero, cuya posesión traería consigo la seguridad de batir con fuego eficaz la carretera de Grado a Oviedo.

Contestan de Valencia afirmativamente, dejando a Gamir que ataque por donde quiera, y Gamir concibe que el Cuerpo Asturiano tome a su cargo la acción principal. Las razones de esta elección son las siguientes:

«Están curtidos en la lucha por las brillantes (?) ofensivas verificadas anteriormente para la toma de Oviedo; su entusiasmo por la Causa, derivado de su reclutamiento y condición social, es incontrastable; llevan en descanso largo período de tiempo; es evidente el espíritu de Cuerpo, creador de la cohesión, notable realmente en la artillería; su material de guerra es el más completo y numeroso, y las municiones, factor esencialísimo, dado nuestro aislamiento y bloqueo, más abundantes, merced a la autonomía que reinaba entre los Cuerpos de Ejército, a los que puso fin este Mando sin dificultades.»

Puesto en práctica el plan de Gamir, claro es que no pudo pasar de la primera jornada; en todas partes los atacantes fueron muy fácilmente rechazados, tuvieron que refugiarse inmediatamente en sus trincheras y ya no volvieron a salir de ellas sino para abandonarlas en la retirada.

Cosa parecida sucedió con el intento de ruptura del bloqueo, porque los destructores «Ciscar» y «José Luis Díez» no pudieron librar combate con los cañones del «Cervera» y con la flotilla auxiliar del Cantábrico.



La tripulación del «Almirante Cervera» saluda al «Galerna»

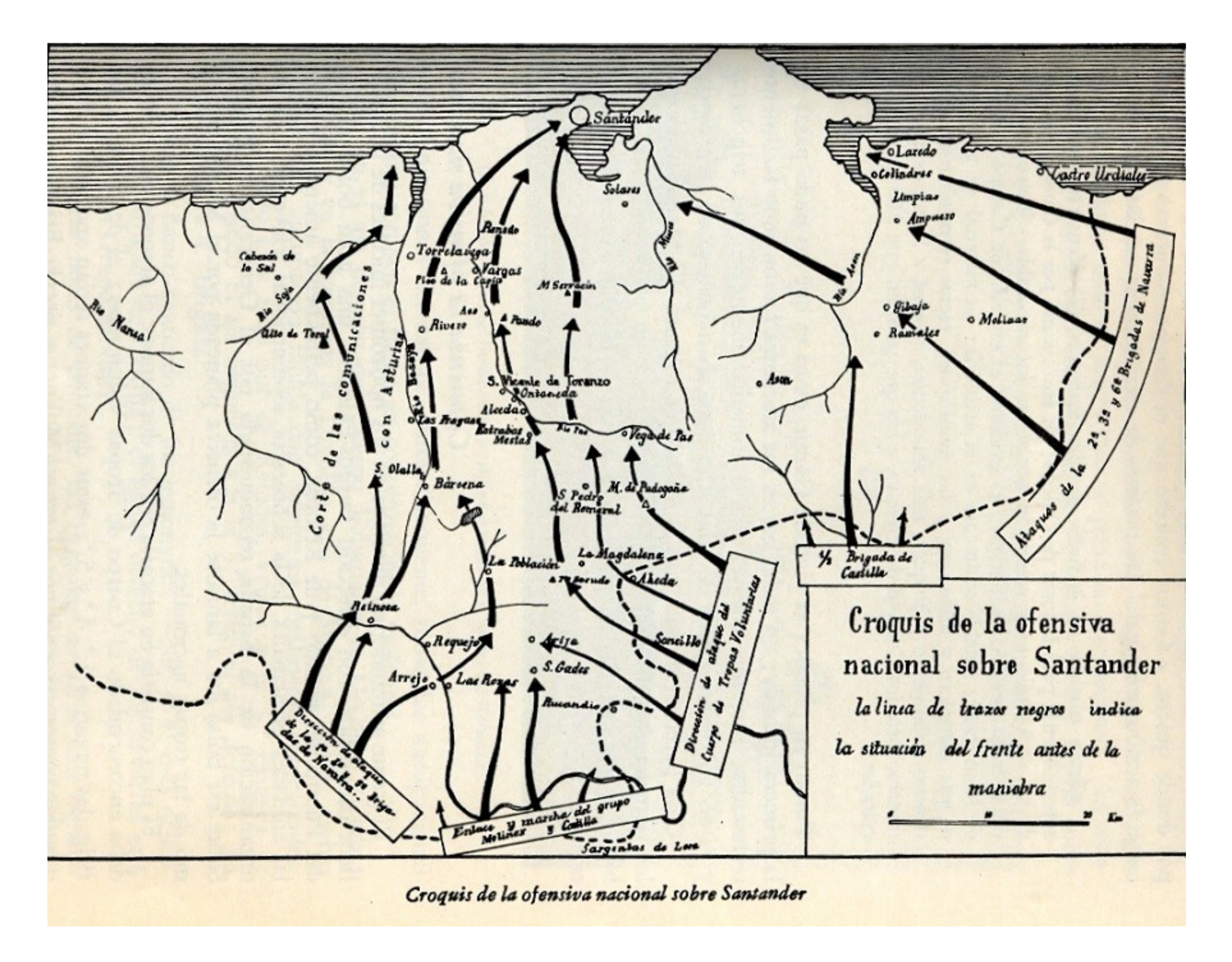
Comienza la ofensiva nacional

El frente santanderino dibujaba en los horizontes iniciales de la cordillera cantábrica, con dirección Burgos-Palencia, una gran bolsa al Sur del Puerto del Escudo y de Reinosa, como permanente amenaza contra las ciudades principales de la submeseta septentrional, clave de toda la organización de la España reconquistada por el Generalísimo Franco. Sobre esa bolsa iba a lanzarse la ofensiva planeada por el Mando supremo de las tropas nacionales.

El plan consistía en atacarla por los dos flancos; el ataque del Este quedaba encomendado al Cuerpo de Tropas Voluntarias; el del Oeste a las Brigadas navarras 1.ª, 4.ª y 5.ª; estos dos ataques serían apoyados y flanqueados constantemente por el grupo Moliner y por la Brigada de Castilla. La División «Littorio» permanecería en reserva del Cuerpo Voluntario.

Este Cuerpo tiene como objetivo el puerto o paso del Escudo. Las Brigadas navarras, el de Reinosa.

El día 14 de agosto es el señalado para desencadenar la ofensiva. Muy de mañana, todo el dispositivo se pone en movimiento. La aviación riega el frente rojo con bombas de 50 kilos y pasa y repasa sobre las organizaciones defensivas. Inmediatamente, todas las agrupaciones de artillería rompen el fuego en concentraciones violentas.



Croquis de la ofensiva nacional sobre Santander

Va en el ala derecha del Cuerpo Voluntario la División «Llamas Negras», y en la izquierda la División «23 de Marzo». Entre ambas marcha una agrupación rápida con elementos totalmente motorizados.

En cuanto a la zona Sur de Reinosa, vemos a la 1.ª Brigada de Navarra ocupando el ala izquierda y a la 5.ª sobre el ala derecha; en el centro va la 4.ª Brigada.

Cubre el flanco izquierdo de los legionarios —que es el más delicado — media Brigada de Castilla; el flanco derecho de los navarros está cubierto por el Grupo Moliner.

A las pocas horas de combate, las Brigadas navarras han tomado toda la Sierra de Híjar, baluarte formidable que les dará en dos días la posesión de la ciudad de Reinosa. La 1.ª Brigada trepa a las posiciones de Cueto (2.063 metros) y Valdecebollas (2.139); ocupa otras alturas de parecida cota y domina de hecho la divisoria. La 4.ª invade toda la zona de Cocoto y Cantillón, hacia el cordal de Torrobledo, que es ocupado en las primeras horas de la tarde. La 5.ª toma una serie de cotas entre 900 y 1.000 metros y hace suyo el pueblo de San Cristóbal del Monte. El frente rojo al Sur de

Reinosa está roto. El jefe supremo de los rojos del Norte lo declara del siguiente modo

«Al final de la jornada, el enemigo ha roto los frentes de las Brigadas 174, 170 y 176 de la División 54, ocupando todo el macizo de Sierra Labra; cuando ha querido forzar el Portillo de Suano, ha sido rechazado a la bayoneta, después de duro combate, por una Brigada de la División de choque vasca.»

En el sector oriental de la gran bolsa, el Cuerpo de Tropas Voluntarias ha obtenido idéntica victoria. A las diez de la mañana, la infantería de las dos Divisiones atacantes se adueña del fortificadísimo macizo de Monte Picones, así como de las alturas de Bricia. También ahí el frente rojo ha saltado en pedazos. Gamir dirá en uno de sus comentarios:

«Por el frente del Escudo, el enemigo ha vencido la tenaz y empeñada resistencia que le oponen la 171 y 172 Brigadas de la División 53, aunque no logra rebasar Cilleruelo de Bezana.»

Ya tenemos, pues, hecho casi trizas todo el dispositivo de la defensa enemiga. Han bastado unas cuantas horas de combate del primer día de ofensiva. El observador menos agudo puede advertir desde este momento que la conquista de la provincia y ciudad de Santander es cosa de muy pocos días.

Al terminar la jornada, el Cuerpo Voluntario está situado en el nudo de comunicaciones de Cabañas de Virtus, al Sur del Puerto del Escudo.

Al día siguiente (15 de agosto) continúan desde el punto de la mañana las operaciones ofensivas del Ejército nacional. El Mando rojo se ha dado cuenta del inminente peligro que corren las fuerzas situadas en el fondo de la bolsa (región del páramo de la Lora) y ordena que esas fuerzas (Brigadas 173 y 175 de la División 54) se retiren rápidamente para evitar su aislamiento. «Las instrucciones generales» exigen la defensa de la línea de montañas a toda costa y la evitación de repliegues demasiado profundos.

Por la región de Bricia las dos Divisiones voluntarias marchan hacia las alturas situadas al Norte de Corconte, con la clara intención de atacar rápidamente el Paso del Escudo. Mientras tanto, los destacamentos rápidos y motorizados limpian toda la zona llana de la Lora y dispersan a los núcleos enemigos que se han rezagado.

Entretanto, la 1.ª, 4.ª y 5.ª Brigadas navarras siguen atacando los macizos montañosos que se alzan sobre Reinosa. Los montes Serena (1.338 metros) y Endino (1.333), así como varios pueblos montañeses, pasan a ser retaguardia nacional. Entran las tropas atacantes en el pueblo de San Martín de los Hoyos y ocupan al atardecer la factoría de la Constructora Naval, situada en las cercanías de Reinosa. Hay allí 30 piezas de artillería a término de fabricación. El enemigo va cediendo terreno con mucha rapidez, salvo en el Portillo de Suano, donde los vascos tratan de prolongar su resistencia. La operación de conquista de Reinosa se lleva a cabo mediante movimientos de flanqueo que la División santanderina 54 no puede evitar por no tener sus fortificaciones preparadas para esos movimientos, sino para resistir asaltos frontales y directos.



Las Brigadas de Navarra en las calles de Reinosa

Los legionarios de Bástico han llegado a todos sus objetivos: las pendientes de Corconte están ya ocupadas antes de que lleguen las sombras nocturnas. Cara a cara frente al Escudo —imponente y sombrío— se encuentran las vanguardias voluntarias.

El Mando rojo comenta este día:

> «Las tropas han resistido bien, pero acusan el duro castigo de la artillería y aviación, así como el consiguiente cansancio de los dos días de lucha constante.»

La división 55 de choque (asturiana) ha sido enviada a reforzar el Paso del Escudo, porque se sospecha que al día siguiente lo atacará el Cuerpo de Tropas Voluntarias.

El día 16 merece ser señalado de un modo especial dentro del cuadro de operaciones de Santander. Las tres Brigadas navarras que cubren el ala izquierda del despliegue (1.ª, 4.ª y 5.ª), y que el día anterior ocuparon la factoría de la Constructora Naval con todas las cotas dominantes, atacan decididamente la ciudad de Reinosa y entran en ella; vanguardias de la 1.ª y 4.ª Brigadas se encuentran en las calles de la importante localidad montañesa a las diez y media de la mañana, porque la única resistencia que se oponía seriamente al avance, aquella que la División vasca de choque oponía en el Portillo de Suano, ha sido arrollada y la Brigada 168, que la defendía, se declara en franca huida. Un Batallón asturiano, perteneciente a la reserva del Ejército rojo, trata de defenderse en las calles, pero es aplastado materialmente, y sólo 63 hombres logran alcanzar las retaguardias. Todos los demás han quedado muertos, heridos o prisioneros.

Elementos de la 4.ª y de la 5.ª Brigadas atacan al mismo tiempo en dirección de las fuentes del Ebro, hacia Fontibre y Celada. Altas cotas, lomas menos elevadas, pueblos, vaguadas, vallecillos, caseríos y prados, caminos, subdivisorias, peñascales, macizos..., todo va cayendo al paso de las Brigadas atacantes, y la 54 División del Ejército rojo demuestra haber perdido el resorte de los mandos y el directo influjo sobre la moral de los combatientes. Los Batallones de San Quintín y de Argel se han distinguido de manera especial en los momentos críticos de la acometida.

Las bajas de las Brigadas son escasas; una de ellas, que ha avanzado en profundidad, termina el día con 5 muertos y 32 heridos de tropa.

En el lado opuesto —sector de operaciones del Cuerpo de Tropas Voluntarias— un huracán de artillería y de aviación cae desde las primeras horas de la mañana sobre las posiciones del Escudo. Es fácilmente comprensible que la División roja número 53 no pueda resistir semejante torrente de metralla; 80 carros de combate y 100 aviones —según el General Gamir— participaron, además de 200 piezas de artillería, en la preparación. La División «Llamas Negras» rompe todas las resistencias hacia la posición fortificada de La Magdalena, que es abandonada por los rojos; la «23 de Marzo» toma las alturas al Este del Escudo; en ese momento, la columna motorizada marcha veloz hacia la zona de Arija para establecer el contacto necesario con las Brigadas navarras, porque la

Brigada de Castilla y el Grupo Moliner tienen mucha tarea en el rastrillamiento del territorio reconquistado por la ofensiva. A mediodía, el enlace entre el ala derecha y el ala izquierda está logrado. Es el General Bergonzoli quien manda los destacamentos de la «Littorio» y de la agrupación motorizada encargada de los enlaces.

En esta operación se produce un episodio emocionante: el comandante López Muñiz, del Estado Mayor de la Brigada de Navarra, marcha a caballo en las vanguardias próximas a Reinosa, cuando una patrulla de rojos le mata el caballo y le hace prisionero. Desde un carro legionario se observa que llevan al comandante hacia un murete próximo, con evidentes intenciones de fusilamiento.

El jefe del tanque intenta evitar que se consume el crimen y se acerca al grupo. Para apresurar su paso desciende del tanque y quiere avanzar, pistola en mano; una descarga roja le mata y poco después cae, bajo el pelotón de fusilamiento, el comandante López Muñiz.

Descenso a los valles santanderinos

Los «escuchas» al servicio de la «radio» nacional captan un mensaje rojo que dice:

«Del delegado del Gobierno en Santander al Gobierno de Valencia:

La aviación está consiguiendo los mismos efectos que en Vizcaya. La nuestra es escasa e impotente. Es precisa que nos envíen aviones en número suficiente con objeto de contrarrestar los terribles efectos que causa la aviación enemiga»

El día 17 los dos grandes pasos hacia Santander —Reinosa y El Escudo— están ya expugnados; la violencia y brío del ataque legionario han superado absolutamente todas las dificultades que en El Escudo se les oponían.

Alineado el frente, el Mando nacional está en condiciones de explotar el éxito. Los Cuerpos de Ejército encargados de la defensa de Santander pueden considerarse perdidos. Gamir Ulíbarri organiza una línea que va de Piedrasluengas a San Pedro del Romeral, pero se halla tan dominada y tan sometida a la superioridad de los fuegos enemigos que no tiene la más pequeña posibilidad de subsistir largo tiempo. Una masa bombardera de 90 aparatos entra en el campo rojo y ataca todos los acantonamientos, todas

las carreteras y caminos, todas las vaguadas y vallejos, sin dar un instante de reposo al repliegue, sin permitir una reorganización ordenada, sin dar tregua al continuo retroceder. Se oyen delante de las vanguardias nacionales grandes explosiones producidas por las voladuras de puentes, de alcantarillas y de toda clase de obras de fábrica en las carreteras que bajan hacia la costa cantábrica.

El jefe supremo de las fuerzas rojas, al relatar las incidencias de esta jornada, trata de consolarse cantando las glorias de sus Batallones, cita numerosos ataques rechazados, pero a la postre declara que se bate como puede, perdiendo constantemente terreno y envolviendo en palabras ambiguas la terrible verdad de su situación. Dice así el relato:

«Tanto en el sector que defiende la Brigada 179 de la 53 División, como en los de la 178 asturiana y parte de la 180, también asturiana (reserva de Ejército), el enemigo atacó furiosamente con gran lujo de artillería, aviación, carros de asalto y gran cantidad de fuerzas, consiguiendo avanzar, apoderándose de nuestras posiciones fortificadas del alto del Escudo, clavando en ellas la bandera italiana; debo hacer notar que gracias al arrojo y valentía de nuestras fuerzas no consiguió avanzar en profundidad, como quizás fueran sus planes, pues hubo varias posiciones que fueron perdidas y reconquistadas nuevamente, entre ellas la de Cruz del Marqués. El número de carros fue tan numeroso que se llegaron a contar 42, que aunque obligaron a replegarse a nuestras tropas, fueron rechazados varias veces, habiéndose inutilizado algunos de ellos y cogido prisioneros.

Por el frente de la 54 División el enemigo continúa atacando a fondo, intentando romper nuestra nueva línea, situada a cuatro kilómetros al Norte de Reinosa, para penetrar por el valle del Besaya en dirección a Torrelavega, pero nuestras fuerzas rechazaron todos los ataques, logrando mantener la línea. En el frente de la División, y a su flanco derecho, lucha la 50 División de choque vasca, de la reserva del Ejército, que en el día de hoy, nuevamente, se ha cubierto de gloria, luchando heroicamente y rechazando totalmente al enemigo.»

Todo se volvía, por lo visto, «rechazar totalmente al enemigo», pero es lo cierto que las dos masas de ataque habían logrado descender a los profundos valles de los ríos Besaya y Pas, y por ellos avanzaban, sin más dificultades serias que las de los puentes volados y las de las carreteras cortadas.

El comandante de la División que ha sido derrotada en el Paso del Escudo dice al jefe superior de las fuerzas rojas:

«La moral de nuestras tropas es inmejorable, coincidiendo todos los informes

de los jefes de Brigada, concordantes con los personales del Mando superior; pero se encuentran agotadísimas por la falta de descanso y continuo pelear; solicitan un descanso, aunque sólo sea de horas, que les sirva también de tónico del sistema nervioso, completamente roto por el horroroso fuego de la artillería, bombardeo y ametrallamiento de aviación.»

¡Descanso de unas horas!... ¿Cómo podrá concederlo el General Gamir Ulíbarri? ¿No dependía ello del General Dávila, y en última instancia del Generalísimo Franco?

Una densa niebla que se recuesta sobre las montañas y los valles viene a aliviar transitoriamente la suerte de los milicianos. Por lo menos, la aviación deja de volar con tanta frecuencia y la artillería disminuye la cadencia e intensidad de su fuego.

El día 18, cuando van a dar comienzo las operaciones, el General Gamir se entera de que el jefe de la 54 División, propietario de una avioneta, ha desaparecido, acompañado de su Estado Mayor y del comandante de una de sus Brigadas; poco después el cónsul rojo en Bayona comunica que el mencionado jefe, con sus acompañantes, ha llegado al aeródromo de Biarritz.

En vista de ello, toma el mando de la 54 el jefe de operaciones del Estado Mayor.

La invasión del Pas y del Besaya se va acentuando. Después de rechazar violentamente la resistencia de la División Vasca, las Brigadas navarras ocupan Bárcena de Pie de Concha, mientras el Cuerpo de Tropas Voluntarias se apodera de San Pedro del Romeral y adelanta la línea hacia la Vega de Pas y Entrambasmestas. Los rojos tienen ya embebidas en el frente todas las reservas; tres Brigadas asturianas, tres Divisiones y la Brigada de Carabineros. No queda un solo hombre a disposición del Mando superior. En vista de ello, se solicita del Cuerpo de Ejército número XIV (Cuerpo Vasco) que embarque inmediatamente dos Brigadas y las envíe al frente de Santander, aunque con ello se debilita el sector oriental, por donde comenzarán muy pronto los ataques, a juzgar por los movimientos de las tropas nacionales.

El 20 de agosto vuelve la niebla a cubrir los horizontes. A favor de ella, el Mando rojo se decide a una operación de vasto repliegue. Se ha visto cómo la Brigada de Navarra, en una marcha fulminante, está dibujando ya un movimiento envolvente de carácter peligrosísimo, pues amenaza teóricamente, y pronto amenazará prácticamente, las comunicaciones entre Santander y Asturias.

Esto podría significar el corte de las mencionadas comunicaciones. De otro lado, el territorio que van ganando los legionarios supone que en el frente oriental se está creando una gran bolsa y que todas las tropas embebidas en ella van a quedar aisladas de un momento a otro. Para remediar, siquiera sea en parte, situación tan crítica, Gamir ordena a la División del Norte de Reinosa que se retire hasta Puente Viesgo; una Brigada del Cuerpo de Ejército XVII (Asturias) se situará en la zona de Torrelavega; las fuerzas de Villasante y Valle de Mena se retirarán al Oeste de Ramales y se fijarán en el valle del río Asón. ¿Hasta cuándo podrá resistir esta nueva línea? Justamente hasta que lleguen las primeras vanguardias nacionales y entren en contacto con ella.

A Gamir, como a cualquier otro jefe, no se le puede ocultar que la colocación de las distintas piezas en el tablero de la batalla anuncia la catástrofe irremediable de los defensores de Santander. Las Divisiones atacantes avanzan con escasísimas bajas, y, en cambio, se cuentan por millares los prisioneros enemigos. Muchas unidades se entregan casi sin combate.

«El día 21, en el frente de Santander —dice un relato oficial rojo—, el enemigo, que se había apoderado, tras obstinada resistencia, de Barcena de Pie de Concha, atacó el pueblo de La Serna, en el sector de la División 54. A las dos de la madrugada se ordena el repliegue de las cuatro Brigadas de esta División hacia Moyedo, Herguera y Santa Cruz, por haberse corrido el enemigo por la presa de Alza hacia Barrio Palacio, Cotillo y Villasuso, pretendiendo batir la carretera general, por lo que se impone una nueva rectificación de líneas hacia el túnel de Las Fraguas. Este repliegue, hecho bajo el fuego de la aviación, que con intensidad y repetidas veces bombardea las posiciones de Moyedo a Las Fraguas, ocasiona bajas que aumentan el desgaste de tanto día de combate, quedando en extremo reducido el efectivo de las Brigadas.

En le retirada de la División 53 por el frente de Ontaneda el movimiento se lleva a cabo con bastante desmoralización de las Brigadas de la División 55, que están todas diezmadas, así como las de la 54, sin reforzar, y reemplazadas después por la 48, que se sacó, como ya se ha dicho, del frente vasco.»

El Cuerpo Voluntario se adueña de Ontaneda y San Vicente de Toranzo y pone en fuga núcleos de retaguardia que dan la impresión de encontrarse desconcertados. Las Brigadas navarras llegan a Las Fraguas, y no solamente toman este pueblo, sino diez o doce más, con muy escaso esfuerzo.

El día 22 las comunicaciones de Santander con Asturias están amenazadísimas, porque la primera Brigada de Navarra ha llegado a las cercanías de Cabezón de la Sal.

Entretanto, el dispositivo general del Este se pone en marcha. Ha llegado el instante de atacar por todas partes. Las Brigadas de «Flechas Negras» y las 2.ª y 3.ª de Navarra, así como la Brigada de Castilla, avanzan hacia el valle del Asón, llevando delante de sí, como quien empuja ganado, a los restos del Cuerpo Vasco, que apenas tiene ya recursos morales para insinuar débiles resistencias

«Flechas Negras» sigue la carretera de la costa con dirección Laredo-Limpias-Colindres; la 2.ª Brigada navarra marcha hacia Ampuero; la tercera hacia Gibaja; la Brigada de Castilla, rumbo a Ramales.

Entrada en Santander

El 23, García Valiño (1.ª Brigada de Navarra) queda a tiro de cañón de campaña de Torrelavega. Se tiene noticia de que en el frente Este —que también avanza sin encontrar resistencia— se han presentado unos parlamentarios del Cuerpo Vasco. Como pretendían poner condiciones, se les devuelve a sus líneas y la marcha continúa.

También en el frente del Cuerpo Voluntario se recibe a una Delegación del Comité de Defensa de Santander, que propone la rendición, pura y simple. Pero ya todo está jugado, ya todo está resuelto, porque las Brigadas navarras han aislado Santander de Asturias, han cortado todas las carreteras que van hacia el Oeste, y son prisioneros de las tropas nacionales todos los Batallones vascos y santanderinos. Las unidades rojas, santanderinas y vascas, están destruidas; han perdido la inmensa

mayoría de su material —cañones, ametralladoras, aviones, motores, camiones—, y, por añadidura, se ha impuesto muy duro desgaste a los Cuerpos de Ejército asturianos. El día 26, a media mañana, la Brigada de Navarra hace su entrada triunfal en la ciudad montañesa, y a la par entran los legionarios del General Bástico, mientras las demás Divisiones siguen avanzando, ocupando pueblos, liberando una provincia entera y haciéndose cargo de millares y millares de milicianos que entregan sus fusiles con un aire entre aturdido y curioso, igual que autómatas, perdida la voluntad y desplomadas sus ilusiones. Solamente en la plaza de toros de Santander y en sus alrededores esperan 17.000 combatientes rojos que desean rendirse.



Momento en el que un teniente de Asalto rojo llega a las líneas nacionales para comunicar la rendición de Santander

¿Cómo repercutió en el Mando rojo ese formidable momento de la rendición de Santander? Oigamos al General Gamir Ulíbarri

«El Ministerio de Defensa Nacional, a quien se dio cuenta de la situación, contesta en radiograma diciendo que se prepara una ofensiva de gran envergadura por el Este (frente de Aragón), lo que indudablemente servirá de ventosa, favoreciendo la defensa de este frente; este Mando del Ejército pregunta fecha aproximada en que se llevará a cabo dicha ofensiva, y se contesta afirmando que antes de setenta y dos horas dará comienzo la operación proyectada sobre Belchite.

Un hecho agrava la situación. Tres Batallones vascos («Padura», «Murguía» y «Arana Goiri»), que combatían con gran arrojo en la División 50, taponando la línea del Saja, desaparecieron del frente en la noche del 21, desobedeciendo a sus Mandos, y se concentraron seguidamente en la débil Santoña, en clara actitud de indisciplina, alegando que, perdida Euzkadi, ellos no se batían junto a quien no tuviese aviación.»


El pueblo de Santander aclama a las fuerzas de la 4.ª Brigada de Navarra

La huida a Gijón

Celébranse varias reuniones en las que se trata de ganar esas setenta y dos horas que el Gobierno de Valencia señalaba; pero para cumplir tal propósito era indispensable conservar la zona de Torrelavega, ¿y cómo había de conservarse, si las Brigadas navarras tenían rebasado el importante pueblo y marchaban a establecer una cabeza de puente en Barreda? La verdad es que a los rojos no les quedaba ya nada que hacer; estaban copados en tierra; les restaba a los más importantes e influyentes la salida por mar hacia Francia o hacia Gijón. Las defecciones de jefes y oficiales fueron tan numerosas, que unidades enteras se quedaron sin mandos.

«Al tener conocimiento del corte de comunicaciones con Asturias, se dio por el General-Jefe del Ejército a sus jefes de Estado Mayor la orden de evacuación de Santander para que la comunicasen a los jefes de las fuerzas navales, aéreas, fuerzas de tierra en el frente de mar, delegado del Gobierno, comandante militar, auditor, comisario inspector, coroneles, comandante general de Artillería y jefe de Intendencia, aprovechando la flota pesquera, muy numerosa, y otros barcos y motoras que había en el puerto; a reserva de este caso, estaba en la entrada de la bahía, custodiándola, para evitar evasiones que con anterioridad se habían tratado de producir y producido en algunos casos, el destructor número 3. Se prevenía en dicha orden que la operación debía estar terminada a las cinco de la mañana, a fin de evitar la catástrofe que sobrevendría si el enemigo, siguiendo su incursión, bien por la parte de Torrelavega o por la de Solares, dominase la entrada de la bahía, y a fin igualmente de evitar la actuación de día, en combinación de las barcos facciosos con las fuerzas de tierra, ya que ni los submarinos podrían permanecer en el puerto sin peligro de ser localizados por la aviación, que con cargas de profundidad los

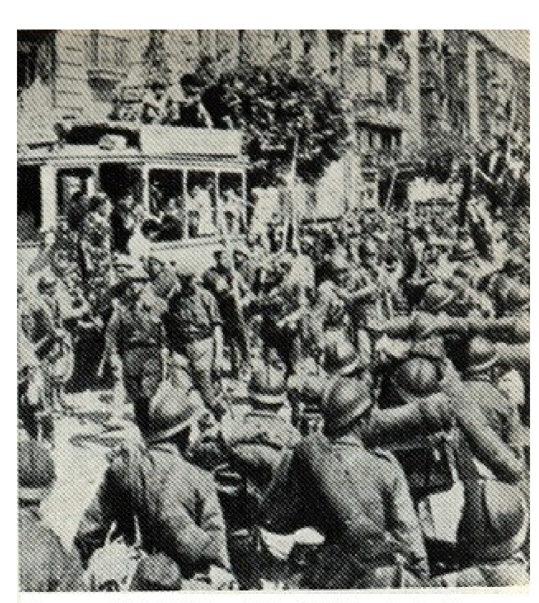
destruiría seguramente.

Las autoridades, personal de los organismos civiles y judiciales, dirigentes de partidos y organizaciones, Comandancia de las armas y servicios que tenían su destino en la plaza, así como víveres y 1.200 toneladas de material de guerra, salieron en tres barcos, uno de los cuales, a la vuelta, después de dejar la carga, fue cañoneado y hundido por el «Cervera», pues otras mil toneladas habían salido anteriormente en tres trenes de 30 unidades cada uno.

… a la 1,30 de la mañana del 25 emprendió la marcha el submarino «C-4», puesto a disposición de las autoridades por orden del Gobierno, y forzando los campos de minas y las bocas del puerto de Santander y Gijón y esquivando al «Cervera» y demás barcos facciosos en bloqueo, remontándose al Norte, llevando a bordo al General-Jefe, vocales de la Junta delegada, parte del Estado Mayor, comandante militar, comandante general de Artillería y diputado a Cortes por San Sebastián, luego asesor del Ministerio de Defensa... A las 11,45 de la noche del 25 llegó el «C-4» a Gijón, y con poca diferencia los otros submarinos.»

El General-Jefe salió inmediatamente hacia Ribadesella, donde tomó el mando del Ejército de Asturias.

La División Vasca número 50 seguía consumiendo sus restos de energía en resistir los ataques de las Brigadas navarras, que sin descansar en Santander continuaron marchando hacia San Vicente de la Barquera, con ánimo de situarse en líneas adecuadas para la futura ofensiva contra Asturias.



Fuerzas del C.T.V. y de la 4.ª Brigada de Navarra se cruzan en las calles de Santander

Un inmenso júbilo invadió toda la España nacional con motivo de la conquista de Santander. Del Cantábrico rojo ya no quedaba más que

Asturias. Masas de soldados gozosos se paseaban por Santander, poblando el ámbito de canciones y de vítores. En diez días las líneas de resistencia rojas, sus Cuerpos de Ejército, sus 50 baterías, sus nidos de cemento, sus altas cumbres, sus fábricas, sus organizaciones políticas, todo, todo se había venido abajo, y ahora se convertía Santander en tierra reconquistada por Franco, en trozo de Patria incorporada a una España que el Ejército llevaba hacia la victoria final.



En las calles de Santander se amontona el armamento abandonado por los rojos

Las campañas de Vizcaya y Santander representaban para los rojos la pérdida de más de 80.000 hombres que disminuían extraordinariamente la fuerza del Gobierno de Valencia, aumentaban en términos excepcionales la de Franco y añadían a la potencia económica del Gobierno nacional factores y elementos de excepcional importancia.

Bella, exacta, rápida, alegre, elástica, móvil, la ofensiva nacional de Santander no había fallado en ninguno de los mecanismos calculados y preparados de antemano. La impresión de excelente Ejército que daban las unidades de Franco fue registrada en el mundo entero como signo de indudable triunfo.

Un general francés ha escrito acerca de esta. Batalla:

«No se exagera al decir que el ritmo de la ofensiva sobre Santander ha sido fulminante: recuerda los mejores modelos de la Historia militar.»



Carros ligeros nacionales cruzan Santander

CAPÍTULO VIII

BELCHITE. – EL FRENTE DE ARAGÓN DURANTE EL AÑO 1937. – EL EJÉRCITO ROJO INTENTA SU SEGUNDA DIVERSIÓN ESTRATÉGICA Y FIJA LA CIUDAD DE ZARAGOZA COMO OBJETIVO

Combates locales en el sector pirenaico de Jaca. – Los rojos, empeñados en la conquista de Huesca, tratan de aislar a esta ciudad de Zaragoza cortando todas las comunicaciones. – Pérdida y rescate de la posición de Santa Quiteria. – Operaciones de abril y mayo en la provincia de Teruel. – Rectificaciones del frente en Vivel del Río. – Ataques rojos hacia la carretera de Zaragoza a Teruel. – Brillantes operaciones nacionales en el sector del Alto Guadalaviar (Albarracín). – Batalla diversiva de los rojos en las líneas que conducen a Zaragoza. – Plan de operaciones convergentes sobre la capital de Aragón. – Los nacionales pierden Belchite. – Empalme de estas operaciones con las de Santander. – Fracaso estratégico del Ejército rojo.

Hemos de pasar ahora, porque así lo requieren los sucesos, del frente cantábrico al de Aragón, porque allí han llevado los rojos la batalla. Esto que acabo de dejar escrito pudiera hacer creer que ellos tienen la iniciativa de los combates. Nada más lejos de la realidad, sin embargo. En Belchite, como antes en Brunete, nos encontramos con un tenaz esfuerzo del Gobierno marxista por desviar el centro de gravedad de la guerra hacia frentes alejados de aquellos en que teme una decisión grave. Así, ahora van a operar las Divisiones milicianas en Aragón, y tratan de evitar, por medio de una maniobra de gran alcance, la caída de Santander. Sólo que los preparativos les han consumido demasiado tiempo, y cuando los primeros tiros suenan en las dos orillas del río Ebro, rumbo a Zaragoza, ya la suerte de Santander está cumplida. La batalla de Belchite se plantea cuarenta y ocho horas antes de que las Brigadas de Navarra y el Cuerpo de Ejército Voluntario ocupen la bella ciudad cantábrica. Naturalmente, los cañonazos de Aragón no consiguen distraer la atención de Franco, que sigue atento a las últimas fases de la triunfal maniobra del Norte. Una vez

terminada ésta, encaminará su pensamiento a la solución del problema planteado en tierras aragonesas.

Antecedentes acerca del frente de Aragón
durante el año 1937

Desde la frontera francesa hasta los Montes Universales, atravesando las provincias de Huesca, Zaragoza y Teruel, tenía el frente de Aragón más de 600 kilómetros de desarrollo. Interesa ahora apuntar aquí los datos geográficos relativos a las dos primeras provincias.

* * *

Jaca, a 818 metros de altura, se sitúa en la orilla izquierda del rio Aragón, y su ciudadela, avanzada de la ciudad, se alza cercana a las huertas de la citada margen.

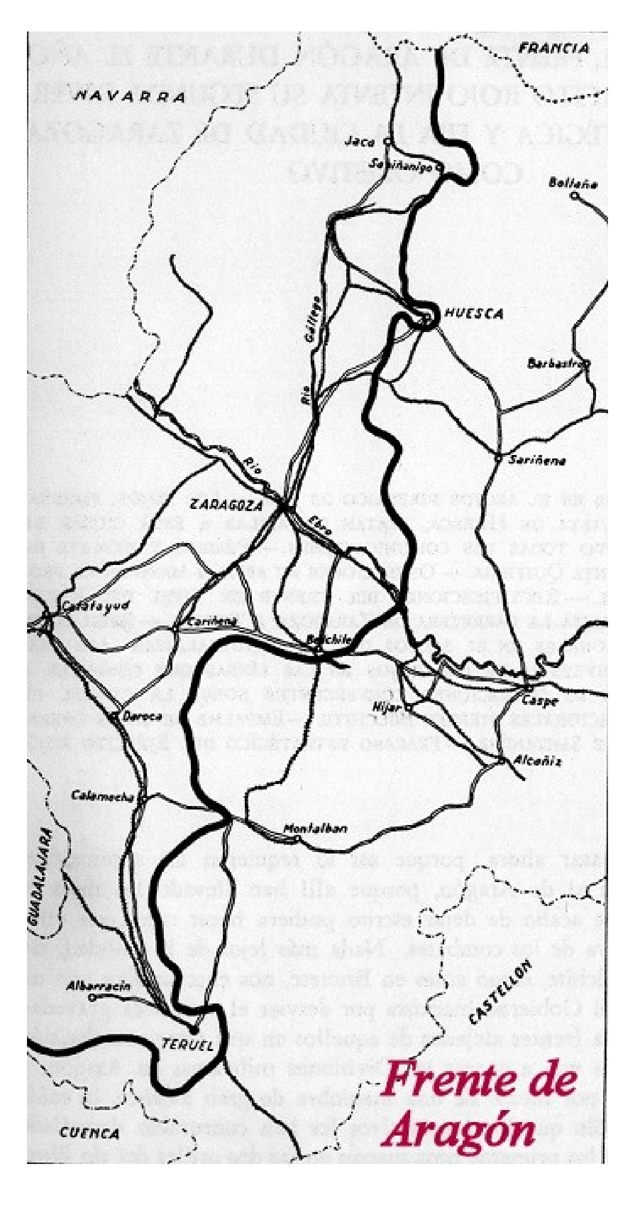
El río Aragón fluye de Norte a Sur a lo largo del valle de Canfranc, y desde sus fuentes, próximas a la línea fronteriza con Francia, discurre tan angostamente encajado en una garganta muy larga, que desde la Selva de Castiello hasta la misma Jaca caminan paralelos el río, el canal de Jaca, la carretera y el ferrocarril de Jaca a Canfranc, ocupando a veces la vaguada del valle y a veces una u otra de sus vertientes. El río, con claro régimen de torrente de montaña, corta y taja de Norte a Sur los potentes plegamientos pirenaicos, especialmente los materiales de fecha nummulítica, constitutivos de una extensa zona en que se asienta la propia Jaca.

Desde la ciudadela y el Cuartel de la Victoria, y más señaladamente desde el Sur de Abay, el río, hasta aquí con rumbo Norte a Sur, toma la dirección Este a Oeste, para entrar y alojar sus aguas en la Canal de Berdún, falla y línea de dislocación, asiento de repetidos sismos pirenaicos.

El valle longitudinal de la Canal de Berdún queda comprendido entre las estribaciones meridionales (vértice Canet, 1.248 metros) de Sierra Plana (Punta Solán de Val, 1.212 metros) a su Norte, y la abrupta Sierra de San Juan de la Peña, que en el Cueto del Pinar de la Plana alcanza los 1.552 metros de altitud, situada al Sur de dicha Canal. Prolongación oriental de la Sierra de San Juan de la Peña es la Peña de Oroel, al Sur de

Jaca, erguida a los 1.769 metros de altitud, gigante sin rivales en un amplio contorno.

Desde la Corona de Abay (760 metros), el río Aragón, al penetrar en la Canal de Berdún, no sólo cambia su rumbo con dirección Este a Oeste, sino su propio régimen, antes torrencial y bullicioso, es ahora lento y sosegado, acompasadas sus aguas en los mismos aluviones por ellas acarreados. Por su margen derecha o septentrional recibe vivos torrentes pirenaicos, tales como los ríos Luvierre, Estamín, Subordán, Veral, etcétera, cuyos valles son regiones naturales bien definidas (valles de Borau, Sinués, Hecho, Ansó, etc.), en que se conservan trajes y costumbres de un Aragón arcaico y tradicional.



Al descender desde la zona montañosa pirenaica en que se yergue la ciudad de Jaca a las planicies del fondo de la fosa tectónica aragonesa, el

contraste no sólo en el modelado del relieve, sino en la amplia totalidad del paisaje, es de una dureza impresionante.

Si en la zona jaquesa dominan el risco y la montaña, aquí prepondera la extensa llanura, sin otra excepción que la Sierra de Alcubierre, que surge de improviso en el allanado nivel general; si en Jaca y sus contornos son nota principal del paisaje los torrentes bulliciosos, de límpidas aguas, que gargolan entre las piedras de su angosto lecho, en los Monegros es típica la ausencia de cauces y la presencia de lagunas endorreicas (balsas de La Naja, de Alcubierre, de Leciñena, de Perdiguera, de Monegrillo, de Castejón de Monegros, de La Almolda), expresión fiel de las lluvias abundantes en los Pirineos y del clima árido (lluvias inferiores a los 300 mm. anuales) en la fosa tectónica del Ebro. De modo semejante, el prado y el bosque —de abetos, de pinos, de hayas en las umbrías y de robles en la solana —son tapiz vegetal que viste y decora los Pirineos, y es, en la fosa tectónica aragonesa, la menguada vegetación de la extremadamente desolada estepa, la más acentuadamente árida entre todas las estepas españolas.

Los materiales que, depositados horizontalmente, cubren el fondo de la mencionada fosa —arcillas, margas azules o albarizas, yesos, calizas de agua dulce— son de fecha terciaria, ya oligocenos, ya miocenos, y posteriormente han sido tajados en valles de erosión por los grandes ríos —Ebro, Gallego, Cinca—, dejando divididos los depósitos en extensas y recias masas tabulares, ostentándose desnudas las térreas entrañas, ya que la parva y grisácea vegetación es insuficiente a cubrirlas.



Milicianos salen de Barcelona para el frente de Aragón. El anarquista Durruti y el Comandante Pérez Farrás, jefe y asesor técnico de las columnas.

Las vertientes o terreras de estos valles de erosión se alzan abruptas sobre el fondo de los tajos. Si el nivel general de la planicie queda a los 300 metros, la Sierra de Alcubierre —dura, seca, agriamente abarrancada — llega en monte Oscuro a los 805 metros en la ermita de San Caprasio. Su prolongación SE. (Sierra de La Naja), de altitud más reducida, alcanza en Torre Ventosa 789 metros. Las cárcavas son más hondas y numerosas en sus vertientes Sur, como, por ejemplo, en los barrancos confluentes hacia Farlete.

Si la altitud no es grande, es muy acusada, en cambio, la acritud de las formas del relieve y su cruda desnudez, lo que da al paisaje una gran dureza, y a líneas y aristas una extremada agudeza. La requejada de las orillas terciarias del Ebro en la zona zaragozana corrobora la afirmación. Belchite, en la margen izquierda del río Aguas Vivas y al Noroeste de la serrezuela de la Zoma pertenece a este mismo paisaje, como una expresión más.

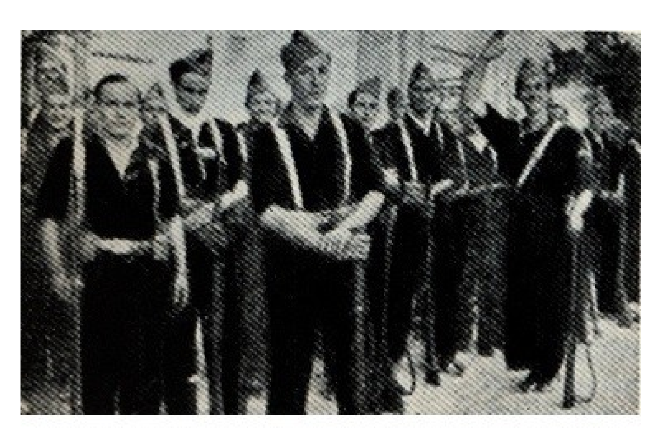
El frente aragonés había quedado, como consecuencia de las precarias operaciones de 1936, en situación poco grata para los nacionales. Estos se encontraban constantemente en la necesidad de suplir con ingeniosos remedios transitorios los muchos duelos y quebrantos que la realidad les producía.

Por el Norte, en el sector de Jaca, era donde las líneas de la 5.ª División (luego 5.° Cuerpo de Ejército) parecían más sólidas. En efecto, gracias a la actividad de las guarniciones permanentes, los nacionales

dominaban el curso del río Gallego y mantenían a los rojos muy alejados de la mencionada plaza septentrional.

En torno a Huesca, el cíngulo del asedio era apretadísimo desde septiembre y octubre de 1936; columnas catalanas muy numerosas se hallaban estacionadas en los alrededores de la ciudad, que sólo podía comunicarse al exterior por medio de la carretera de Ayerbe, batida a ambos lados desde distancias increíblemente cortas. (No insisto aquí sobre el sitio y defensa de Huesca, porque es tema que ha de ocupar uno de los capítulos de este libro).

Al Sur de Huesca, la División anarquista que llevaba el nombre de su jefe Buenaventura Durruti tenía cortada la carretera de Zaragoza hasta los pueblos de Almudévar y Zuera, donde la citada vía retornaba al dominio nacional. Esa zona, por cierto muy crítica y esencial para la defensa del frente norte-aragonés, se apoyaba en la posesión de una altura muy importante, conocida con el nombre de Ermita de Santa Quiteria, porque en ella existía, en efecto, una pequeña iglesia dedicada a la citada santa.



Zaragoza. Voluntarios falangeistas que, junto a los requetés y fuerzas del Ejército, habrían de sostener el frente aragonés frente a fuerzas muy superiores.

Descendiendo con rumbo al Ebro, nos encontramos con la Sierra de Alcubierre, toda ella guarnecida de Batallones rojos en los mejores observatorios; el coraje, indescriptible valor y espíritu de sacrificio de los falangistas aragoneses consiguió filtrar varios puestos diseminados en las barrancadas de la Sierra, y allí se mantuvieron durante meses, completamente dominados por el fuego enemigo, y forzados a combatir un día tras otro en condiciones de manifiesta inferioridad. Las operaciones de fines de año sobre los pueblos de Leciñena y Perdiguera mejoraron un poco la línea nacional, pero no al punto de hacerla inviolable. Caían luego los dos frentes enemigos hasta las llanadas que se abren en las dos orillas

zaragozanas del Ebro. A 20 ó 25 kilómetros de Zaragoza los rojos tenían delante de sus trincheras los ricos sembrados de la huerta, campos magníficos para el tiro y para la maniobra. En la orilla derecha del río, el frente nacional, apoyado sobre los pueblos de Quinto, Codo, Mediana y Belchite, se consolidaba entre las peladas y ásperas lomas que rompen el paisaje en el triángulo Quimo-Fuentes de Ebro-Belchite.

Líneas discontinuas prolongaban el frente hacia el Sur, para internarse en la pedregosa y solitaria provincia de Teruel. Allí, durante los primeros meses de 1937, una columna móvil organizada en Zaragoza procedió a rectificar el frente en la zona de Vivel del Río y Portalrubio; pero hubo de conformarse con resultados estrechamente locales, porque apoyados los rojos en el sector minero de Montalbán y Utrillas, fue imposible dar mayor amplitud a las operaciones. Faltaban para ello tropas y material. Seguía inmediatamente el dispositivo entre el río Alfambra y la carretera de Zaragoza a Teruel. En marzo de 1937, los rojos, dándose cuenta de la importancia que a las operaciones futuras podría tener esta carretera, y aprovechándose de la insignificancia de los efectivos nacionales en toda la región turolense, maniobraron con dos Divisiones (que mandaba el General Gamir) y consiguieron dominar todas las posiciones y observatorios de la comarca, ocupar los pueblos ribereños del Alfambra, subir a las cotas de la Sierra Palomera y establecerse de modo que en cualquier momento pudieran cortar las comunicaciones entre Teruel y Zaragoza.

Describía el frente un arco de círculo al Este de Teruel, y por el Sur iba a internarse en las primeras estribaciones de los Montes Universales, donde los rojos se encontraban también situados en todas las posiciones mejores, dibujando teóricamente una amenaza constante contra el sistema de comunicaciones existente entre Teruel y Molina de Aragón. El peligro de envolvimiento de Teruel era, pues, visible sobre el mapa. Pero como no existían tropas en número suficiente para defender todos los sectores, ni armamento disponible para tantas necesidades, y como por otra parte se hallaba la atención del Alto Mando atraída por múltiples problemas de mayor urgencia, no hubo otra solución que confiar la defensa general del frente de Aragón a la pericia e ingenio de los mandos regionales unidos al heroísmo y temple de las pequeñas guarniciones. Como reserva del Cuerpo de Ejército, el Estado Mayor de Zaragoza consiguió formar una especie de columna volante, fuerte de unos 3.000 hombres, que durante meses y

meses anduvo de aquí para allá, haciendo el papel de «ungüento curalotodo» y apareciendo como «masa de maniobra» en el Norte, en el Centro o en el Sur del dispositivo aragonés, cada vez que los rojos atacaban con brío y pretendían infiltrarse.

El Mando de la región, que al estallar el Movimiento nacional era desempeñado por el General don Miguel Cabanellas, pasó poco después al General don Eliseo Alvarez Arenas, por haber sido nombrado el primero Presidente de la Junta Técnica de Burgos. A su vez, el General Alvarez Arenas, reclamado para otro mando en el Ejército del Norte, fue sustituido en la Región (Aragón) por el General de Caballería don Miguel Ponte. Su jefe de Estado Mayor fue el teniente coronel don Darío Gazapo. Después de la batalla de Belchite, el General Ponte pasó a otro frente y le sucedió el General don José Moscardó.



General Alvarez Arenas

Pérdida y reconquista del Monte de Santa Quiteña

A las 4,30 de la mañana del 12 de abril de 1937 los rojos consiguieron dar un buen golpe de sorpresa. Reunieron efectivos importantes al pie del monte de Santa Quiteria —llave del sector Almudévar-Zuera— y atacaron inesperadamente. La superioridad numérica de los atacantes era grande. Integrábase la posición de Santa Quiteria con dos núcleos principales, llamados «Loma del Centro o de Enmedio» y «Loma Larga». La pequeñísima guarnición de la primera pereció aplastada por el número de los que atacaban y sólo unos cuantos supervivientes se refugiaron en la segunda posición. Esta decidió resistir,

aun cuando desde los primeros momentos se vio completamente aislada, sin el menor contacto ni comunicación posible con su retaguardia.

Era necesario contrarrestar inmediatamente el ataque, porque de otro modo, la situación de Huesca se haría insostenible y la de Zaragoza pasaría a ser muy grave. El comandante más antiguo del sector, don Santiago Amado, Jefe del Tercio «General Sanjurjo», concentró en el pueblo y en los alrededores de Zuera su citada unidad, a la que unió la segunda Bandera de la 1.ª Legión de Africa. Las dos unidades atacaron rápidamente hacia el kilómetro 40 de la carretera general de Zaragoza y entraron en contacto con el enemigo, ya atrincherado, que trataba de cortar la carretera citada y el ferrocarril internacional de Canfranc.

Estaban los rojos a punto de conseguir los dos objetivos, porque sus elementos de vanguardia andaban cerca de las primeras casas de Zuera. El comandante Amado, mediante un contraataque que le costó muchas bajas, alejó a los milicianos unos dos kilómetros, y pernoctó sobre el campo, en espera de algunos refuerzos. Al día siguiente se organizó un ataque más profundo con los elementos siguientes:

Tercio «General Sanjurjo».
Segunda Bandera de la 1.ª Legión de Africa.
Tercer Batallón del Regimiento 18 (fuerza disponible del comandante Caturla).
Grupo de dos Compañías de guardias de Asalto de Zaragoza.
Compañía de Requetés del Tercio «María de Molina».
1.ª Batería de 7,7 del 14 Ligero de Artillería.
7.ª Batería de 7,5 del 9.° Ligero de Artillería.
1.ª Batería de 10,5 del 10 Ligero de Artillería.
2.ª Batería de 15,5 del 10 de Artillería.
Compañía de Zapadores destacada en Almudévar.
Sección del Grupo de Transmisiones (Radios de campaña).
Sección de Sanidad Militar de Almudévar.

En total, no mucho más de 2.000 hombres, frente a los cuales el enemigo aparecía atacando con cerca de 10.000.

Algunas de las unidades nacionales encargadas del contraataque llegaron a Almudévar a las diez de la mañana del día 13; minutos después entraban en línea. El Mando de Zaragoza no tenía otras reservas que enviar por el momento. El dispositivo de ataque fue: ala izquierda, las dos Compañías de guardias de Asalto; centro, la 2.ª Bandera de Africa; ala derecha, el Tercio Sanjurjo; en reserva, la Compañía de Requetés.


Caballería roja en acción en el frente de Teruel

Los primeros instantes del encuentro fueron duros, porque los rojos estaban bien aposicionados y tenían bajo su fuego a los nacionales. En el momento más enconado del combate hicieron su aparición seis aparatos marxistas de bombardeo, frente a los cuales cruzaron rápidamente el cielo dos escuadrillas nacionales. Los aparatos enemigos optaron por no aceptar combate, lo cual produjo un momento de desmoralización en las trincheras rojas. El comandante Amado advirtió este hecho y mandó el ataque general, que poco después era coronado por el más completo éxito; la 4.ª Compañía de Africa, los guardias de Asalto y la Compañía de Requetés reconquistaban la Ermita; la 14.ª Compañía de Africa, la 5.ª de la misma unidad y la 1.ª del Tercio Sanjurjo rescataban la Loma de Enmedio. Con ello, todo el magnífico observatorio volvía a manos nacionales y las posibilidades de infiltración profunda de los rojos desaparecían como por ensalmo. Trescientas cincuenta bajas costó la operación a las fuerzas aragonesas; 679 sufrieron los rojos, según parte del Jefe de la columna.

Combates en defensa de la carretera Zaragoza-Teruel

Conocía el Estado Mayor de Zaragoza la intención roja de aprovechar sus posiciones dominantes en la orilla derecha del Alfambra y en la Sierra Palomera para partir de ellas y alcanzar la carretera de Zaragoza a Teruel, aislar ambas ciudades entre sí, obligar a los nacionales a improvisar otros caminos en una región escasamente comunicada y amenazar de envolvimiento el ala derecha del frente de Aragón.

En la progresión roja de las últimas semanas de marzo y primeras de abril, la 5.ª División había perdido, entre otras, las valiosas posiciones de Santa Bárbara y otras lomas al Norte del pueblo de Celadas. Eran estos

sectores punto menos que vitales para defender la carretera de Zaragoza, y sólo podía contrarrestarse el efecto de su pérdida conservando y consolidando otra posición subsidiaria conocida por el nombre de Cerro Gordo. El Mando de Zaragoza se propuso, en primer término, la reconquista de Santa Bárbara y de las posiciones inmediatas.

Como en tantas otras ocasiones, fue movilizada para ello la Columna Móvil y otra vez vemos alinearse en formación de combate una Bandera del Tercio «General Sanjurjo», la 2.ª Bandera de Africa, dos Compañías de guardias de Asalto y cinco Compañías del Regimiento de Infantería número 17, pertenecientes al sector. La artillería disponible se redujo a dos baterías Krupp (7,7) y una de 10,5.

El día 19 de abril se pidió cooperación a los aviones de bombardeo para la reconquista de Santa Bárbara. Intentaron los bombarderos cumplir su misión, pero la aviación enemiga era mucho más numerosa, por lo cual se llevó a cabo una preparación muy incompleta, y prácticamente ineficaz.

Por la tarde se ordenó el ataque. Lo inició la 2.ª Bandera de Africa por el Sur de Santa Bárbara, mientras la de Sanjurjo atacaba por el Oeste. Una fortísima resistencia roja mostró lo inane de los intentos nacionales, y al llegar la noche se dio orden de suspender la operación.

A las cuatro de la mañana siguiente, las mismas dos Banderas quisieron sorprender al enemigo atrincherado. Pero en las barrancadas de Santa Bárbara aparecieron numerosas armas automáticas, concentradas durante la noche, y por segunda vez hubo necesidad de renunciar a todo avance. Los rojos advirtieron el efecto que en las tropas aragonesas produjeron estos dos ensayos fallidos; y reuniendo todas las tropas allí concentradas, iniciaron una ofensiva local poco antes de las diez de la mañana. El ataque se dirigió principalmente contra las posiciones de la 2.ª Bandera de África. Se desarrolló con extraordinaria rapidez; a favor de la superioridad aplastante de fuerzas, el enemigo consiguió desbordar los dos flancos de la Bandera, especialmente el izquierdo, por donde avanzó un Batallón, precedido por un Escuadrón de Caballería y varios carros. La 2.ª Bandera de África se replegó precipitadamente hacia el pueblo de Caudé, arrastró consigo a los soldados que guarnecían Celadas y sus posiciones, y obligó a modificar todo el dispositivo. La aviación roja, con 20 aparatos, bombardeó y ametralló a las fuerzas nacionales, tanto durante el ataque como durante la retirada.

Ya el Mando nacional no tuvo otra preocupación que cubrir a toda costa la carretera de Zaragoza. Situóse la Bandera de Sanjurjo en el pueblo de Villarquemado —que está sobre la misma carretera—; se le añadió rápidamente medio Batallón del Regimiento número 17 *y* emplazáronse dos baterías. En el pueblo de Caudé se reunieron las fuerzas restantes. La Bandera de África subió a defender la posición clave de Cerro Gordo.

El asalto rojo a Cerro Gordo se produjo al día siguiente. Tras mucho fuego de artillería y de aviación atacaron los milicianos. La situación se fue haciendo muy difícil. Hubo que enviar una Compañía del Regimiento número 17 y una de guardias de Asalto. A mediodía, pese a los citados refuerzos, se vio el Mando en la necesidad de mandar a Cerro Gordo dos nuevas Compañías de fusiles *y* una sección de ametralladoras de la Bandera Sanjurjo. Mantenían el ataque cinco Batallones rojos, con siete camiones blindados, tres tanques y dos Escuadrones de Caballería. Cuatro veces llegaron hasta las trincheras defendidas por los nacionales. Otras tantas hubieron de resignarse a la derrota. Hasta que a las nueve de la noche cesó el encuentro y se replegaron los rojos en su flanco derecho, pero quedando cerca de Cerro Gordo por el izquierdo.

El día 25 reiteraron los ataques, también sin resultado. Y finalmente, al término del citado día, un cañoneo afortunado y bien dirigido por parte de los nacionales forzó al enemigo a replegarse algo más hacia los montes, aunque en definitiva quedó la carretera de Zaragoza amenazada directamente y dominada por los cañones del Ejército de Valencia.

Al siguiente día (26 de abril), el comandante Amado, con las dos Banderas de que tan reiteradamente estamos haciendo mención, organizó un nuevo ataque contra Santa Bárbara. La aviación nacional tuvo en esta ocasión mayor posibilidad de bombardeo, porque la enemiga no hizo acto de presencia. Por consiguiente, la preparación fue importante; al amparo de ella, las fuerzas se lanzaron contra Santa Bárbara y entraron en la codiciada posición a las diez de la mañana. Durante el resto del día el enemigo lanzó cuatro contraataques para volver a ella, pero ya no consiguió sino estrellarse contra las alambradas nacionales.

Así terminaron estos combates entre Villarquemado y Caudé (provincia de Teruel).

Por razones relacionadas con la seguridad de las comunicaciones (igual que en los combates que acabamos de describir), se propuso el Estado Mayor de Zaragoza operar en el sector del alto Guadalaviar, al Norte de este río, con la finalidad de dejar bien consolidadas las posiciones que guarnecían la carretera entre Teruel y Gea de Albarracín. Por quincuagésima vez vemos que aparece en el frente la «columna móvil» de Zaragoza, único recurso que poseía el Mando. Se repite la concentración de la 2.ª Bandera de Africa, la Bandera Sanjurjo, dos Compañías de guardias de Asalto, una de Guardia civil y dos de Falange Española. Les acompañaban las consabidas tres baterías: dos de 7,7 y una de 10,5 centímetros.

El día 1 de mayo de 1937, a las nueve de la mañana, se inició la rectificación. Los objetivos estaban constituidos por dos cotas (1.100 y 1.026), más la posición de Los Frontones. Se ensayó un flanqueo, que no fue todo lo eficaz que el caso requería; se intentaron ataques frontales; flanqueo y ataques de frente fracasaron ante la abundancia de armas automáticas. Durante los dos días siguientes las pésimas condiciones atmosféricas impidieron a la aviación una cooperación seria; el día 4 de mayo, por fin, la «columna móvil» pudo subir a los montes que deseaba conquistar, porque el enemigo, en vista de los dos ataques convergentes que se habían insinuado, optó por retirarse y dejó la zona del alto Guadalaviar en manos de los nacionales, con lo cual quedaron mucho más a cubierto que lo estaban anteriormente las comunicaciones entre Teruel y Gea de Albarracín.

Importa mucho que el lector advierta —consulte el mapa si lo estima necesario— cuán cerca de la ciudad de Teruel se desarrollaban estos combates, en los cuales, la División aragonesa, con escasísimos medios, tenía que limitarse a poner en práctica un sistema general defensivo, apoyado por ofensivas parciales, de ámbito reducido, como medio de ganar tiempo e impedir que la superioridad de elementos del enemigo se impusiera en algún lugar vital del frente. Tiene interés cuanto vamos relatando, como antecedente de la gran batalla de Teruel.

Había dado el mando rojo, en vísperas de iniciar su gran maniobra de Brunete (descrita en un capítulo anterior), orden terminante de que por todas partes se hiciera presión sobre las líneas enemigas, a fin de que Franco se viera en el caso de no poder retirar soldados para el frente de Madrid, donde el Gobierno de Valencia pensaba dar su golpe decisivo.

En cumplimiento de esa consigna, la División 42 (13 Cuerpo) del Ejército rojo (Brigadas 58, 59, 60 y 61), o sea, un total de 8.000 hombres, aproximadamente, eligieron el sector de Albarracín, débilmente guarnecido, y aprovechando los efectos de la sorpresa, al par que la superioridad de efectivos, atacaron a fondo, rechazaron violentamente los puestos nacionales, cuyas pérdidas fueron muy elevadas en proporción al número de combatientes empeñados en la resistencia, y ocuparon la pequeña ciudad de Albarracín; aislados allí los defensores, y cercados por el enemigo, se refugiaron en la Catedral, donde decidieron hacerse fuertes, en espera de socorro.

Las fuerzas que guarnecían Albarracín eran las siguientes:

Una Compañía del Regimiento de Gerona...	163 hombres
Guardia civil…	28 »
Carabineros…	4 »
Guerrillas…	30 »
Refuerzos enviados por el Regimiento n.° 18….	90 »
TOTAL...	315 hombres

Comenzó el ataque rojo el día 6 de julio, o sea, el mismo en que se inició la ofensiva de Brunete. Ese día caía Albarracín.

Correspondió a la División nacional núm. 52 (General Muñoz Castellanos) resolver la situación y libertar a los refugiados en la Catedral. Una Compañía del Regimiento 18 y otra de Intendencia, que desde la División 52 fueron enviadas en socorro de los atacados y sitiados, quedaron detenidas entre Gea y Albarracín, sin poder dar un paso más, porque se les oponían muchas tropas y buen número de ametralladoras. El grave peligro residía en que explotando el éxito inicial los rojos avanzaran en sentido Norte, hacia Cella y Santa Eulalia, y envolvieran las

guarniciones de Teruel y sus proximidades. Para impedirlo, el General Muñoz Castellanos situó medio Batallón en Gea y uno en Pozondón.

En vista de la importancia de los efectivos que el enemigo había puesto en acción, el Estado Mayor de Zaragoza envió más fuerzas en auxilio de la 52, y se pudieron constituir, inmediatamente, varias columnas. Fueron las siguientes;

Columna Norte.— Batallón número 51; una batería de 7,5; un equipo óptico.

Tenía como misión avanzar desde Pozondón en un ataque demostrativo y evitar que la columna principal pudiera ser amenazada de flanco.

Columna Centro.— 4.ª Bandera de la Legión; Batallón de Mérida; una batería de 10,5; una sección de Zapadores.

Debía embestir al enemigo establecido en las alturas al Norte de Albarracín, y avanzar luego sobre la pequeña ciudad para levantar el cerco. Se prescribía una estrecha colaboración con la columna Sur.

Columna Sur.— 2.ª Bandera de la Legión; primer Batallón del Regimiento número 17; una Compañía de fusileros de Intendencia; una sección de Zapadores.

Su misión consistía en recuperar la interesante posición de Las Quebradas, primera de las del cerco de Albarracín, y continuar la marcha por la carretera hacia dicha plaza.

Mandaba el conjunto de estas columnas el coronel don Antonio Perales.

Quedó como fuerza de reserva de la División 52 un Batallón (número 17) al que se agregaron dos Compañías de fusiles y una de ametralladoras del Regimiento número 18.

Mientras tanto, la División roja 42, que había atacado con sus cuatro Brigadas, también recibió algunos contingentes de refuerzo y elevó sus efectivos a los 9 ó 10.000 hombres.

Los días 10 y 11 todos los intentos nacionales resultaron frustrados, porque apenas se iniciaban los avances, un nutrido fuego de automáticas impedía la maniobra de las tres columnas. Se alzaban delante de la columna central las cotas 1.430, 1.480 y 1.492. Sólo el día 12 pudieron ser

ocupadas, a pesar de lo cual, tampoco lograron progresar las dos columnas de las alas.

Para llegar a la posición de Las Quebradas se incorporó el día 13 a la columna Sur la Mehal-la de Tetuán. Desde las seis de la mañana se inició una acción con mucho ímpetu para ocupar Las Quebradas. Pero bien fuese por la insuficiencia del apoyo artillero, bien por la escasa aviación que cooperaba, lo cierto es que el fuego automático de los rojos se impuso reiteradamente.

A la una de la tarde, en vista de la situación, se mandó a la Infantería que avanzara a muy escasa distancia de las explosiones producidas por las granadas de artillería, a fin de aprovechar de ese modo con la máxima eficacia la protección y los efectos destructores. Aun así, el ataque tropezaba con dificultades que parecían insuperables, cuando la 2.ª Bandera de la Legión, en un alarde de valor, se lanzó al asalto, arrastró a las fuerzas restantes y pudo clavar la bandera nacional en lo más alto de Las Quebradas.

A partir de este momento —dice un informe de la División 52— el avance fue arrollador; todas las posiciones del Sur de Albarracín quedaron recuperadas. A las siete de la tarde entraban nuestras tropas en Albarracín, y aún se rescataba una de las posiciones del Norte de este pueblo. El enemigo dejó en nuestro poder más de 300 muertos, 300 prisioneros y abundante material y armamento.

Con unas pequeñas rectificaciones de la línea, un buen enlace de las tres columnas y el envío del primer Batallón del Regimiento número 17 a la guarnición de Albarracín, quedó bien cerrado este período de operaciones en la provincia de Teruel. Pero el General Ponte creyó oportuno ser él quien ahora ayudase a los nacionales que se batían desesperadamente en Brunete. Y, una vez resuelto el problema de Albarracín, resolvió continuar la maniobra, con la idea de ampliar aquel sector, conquistar varios montes y pueblos, rechazar muy al Sur el frente rojo y quedar en situación magnífica de solidez por lo que se refería a la zona del alto Guadalaviar.

Creáronse para ello tres columnas distintas de las que habían operado en la primera fase. Fueron las siguientes:

Columna Oeste.—(Teniente coronel Pareja):

4.ª Bandera de la Legión.
Batallón de Carros.
7.º Grupo de Asalto.
1.ª Sección de Falange.

Columna Centro.—(Teniente coronel Villalón):

Tiradores de Ifni.
Batallón de Mérida.

Columna Este.—(Comandante Sanz Vinajeras):

Tabores de Mehal-la del Rif y Melilla.
Primer Batallón del Regimiento número 17.
Medio Batallón del Regimiento número 18.

Estas tres columnas estaban apoyadas en el flanco izquierdo por las fuerzas de Orihuela, al mando del coronel Mariñas.

Avanzaron resueltamente en dirección Sur, Este y Oeste, sin encontrar más que flojas resistencias locales, hasta que el día 25 de julio los rojos pretendieron dar un golpe de muerte a la maniobra nacional. Acababan de llegar al frente, como refuerzo, las Brigadas 58 (reorganizada), la 97 y la «Columna de Hierro», formada esta última en buena proporción por licenciados de los presidios de San Miguel de los Reyes (Valencia) y Cartagena. El contraataque que se produjo obligó a una lucha ininterrumpida de veinticuatro horas, al cabo de las cuales, la mortandad producida en el campo rojo fue tal que las tres Brigadas tuvieron que replegarse precipitadamente, sin aspirar siquiera a retirar los centenares de muertos y heridos que dejaban sobre el campo.

Reorganizáronse —a los efectos de variar el dispositivo— dos veces más las columnas nacionales y acentuóse la profundidad del propósito táctico, porque el segundo período de operaciones había permitido ocupar los pueblos de Monterde, Bronchales, Noguera, Tramacasrilla, Torres, Griegos, Guadalaviar, Villar del Cabo, Rayuela y Calomarde, así como dejar expedita la carretera entre Albarracín y Orihuela del Tremedal.

En un tercer período de la maniobra, que se extendió desde el 26 al 30 de julio, el avance hacia el Sur continuó triunfante hasta llegar al pueblo de Toril, donde se unen la carretera de Albarracín y la de Teruel a

Cuenca; en el frente Oeste quedó conquistada la comunicación con Teruel por los pueblos de Bezas y El Campillo, y pasaron a la retaguardia nacional los pueblos de Fras, Moscardón, Terriente, Toril, Arroyofrío, Masegoso, El Villarejo, El Vallecillo, Saldón, Valdecuenca y Bezas. La ocupación de este último pueblo tuvo lugar como consecuencia del envolvimiento de la Sierra Carbonera, donde se sostenían guarniciones rojas, ignorantes de la adversidad que las otras unidades venían sufriendo. No se llevaron a cabo estas operaciones sin bajas sensibles, pues solamente el tercer período a que ahora hacemos referencia costó más de 1.000, porque el Gobierno de Valencia envió a toda prisa la División internacional «Gallo», formada por las Brigadas 6.ª, 16, 21 y 41. Una serie de ataques y contraataques durísimos prolongaron los encuentros parciales hasta el día 22 de agosto, fecha en que el Mando nacional, satisfecho de los resultados obtenidos, de la mejora de sus líneas, del quebranto impuesto al enemigo, y temeroso, por otra parte, de agotar con exceso sus reservas, ordenó fortificar el nuevo frente y suspender toda clase de maniobras a vanguardia.

A pesar de la constante inferioridad numérica, originada por los frecuentes refuerzos que los rojos recibieron de Valencia y de Cuenca, las columnas nacionales habían ocupado más de 1.300 kilómetros cuadrados de territorio, liberado 24 pueblos, abierto al tráfico la carretera de Albarracín a Molina, la de Albarracín al empalme de Cuenca, y la que enlazaba con Teruel por Bezas y El Campillo. Tres mil combatientes, entre muertos y prisioneros, deja-ron los rojos, y con ellos 2.000 fusiles, un centenar de ametralladoras y fusiles-ametralladoras, 80.000 cartuchos, 3.000 granadas de mano, 30 camiones, coches ligeros, ambulancias, aljibes, un carro blindado y diversos depósitos de todas clases. En aquel terreno quebradísimo, abrupto, difícil, de una aspereza en pocos parajes igualada, el Ejército nacional, por medio de las pequeñas columnas aragonesas, había demostrado una vez más su capacidad para la maniobra ágil y elástica, y sus condiciones excepcionales para el aprovechamiento del terreno, la idea de la marcha y la ordenación del fuego. Los combates de Albarracín constituían, por sí solos, un éxito muy considerable, que no dejó de producir gran sorpresa y preocupación en los centros militares rojos.

Llegamos al gran episodio que tuvo lugar en el frente de Aragón durante el verano de 1937. Todo cuanto hasta ahora va escrito en el capítulo presente es a modo de resumen de los esfuerzos titánicos que el Ejército nacional hizo en el mencionado frente, desprovisto de medios, reducido a términos de crítica exigüidad en la disponibilidad de hombres y material, forzado a reacciones de ingenio contra un enemigo que poseía todas las superioridades, salvo las de orden moral.

El ministro rojo Prieto (Defensa) había quedado, por lo visto, satisfecho por su nuevo Ejército en Brunete. SÍ es cierto que la operación, desde el punto de vista de su balance final, fue desastrosa, no es menos exacto que en ella se consiguió, por primera vez, poner en duro aprieto a las tropas nacionales. El Estado Mayor de Valencia debió de pensar que faltó muy poco para que de aquel encuentro surgiera una gran victoria marxista.

A condición de rectificar algunos errores graves que entonces cometieron los Mandos subalternos, de comunicar mayor velocidad al ataque y de calcular mejor el número de efectivos indispensables, esperaba el Gobierno del Frente Popular resultados mejores. Va a ponerse, pues, en práctica la nueva prueba del Ejército creado por el teniente coronel Vicente Rojo, mediante el planteamiento de una segunda batalla diversiva de carácter estratégico, cuyo escenario será el frente de Aragón. Coincide esta segunda prueba con la necesidad de aliviar el frente Norte, donde los nacionales se hallan a punto de terminar la maniobra de Santander y se disponen a iniciar la de Asturias. ¡ Hay que salvar a los asturianos ! ¡ Hay que prolongar la guerra cantábrica y procurar que transcurra el invierno antes de que Franco se apodere de Asturias! Por esto, cuando el General Gamir Ulíbarri clama desesperado desde Santander, viendo cómo llegan a marchas forzadas las Divisiones nacionales por los valles del Besaya y del Pas, el Gobierno de Valencia le contesta: «Resista V E. a toda costa, porque dentro de setenta y dos horas empezará la gran operación en el sector de Belchite y esperamos que esa operación descongestionará el ataque sobre Santander».

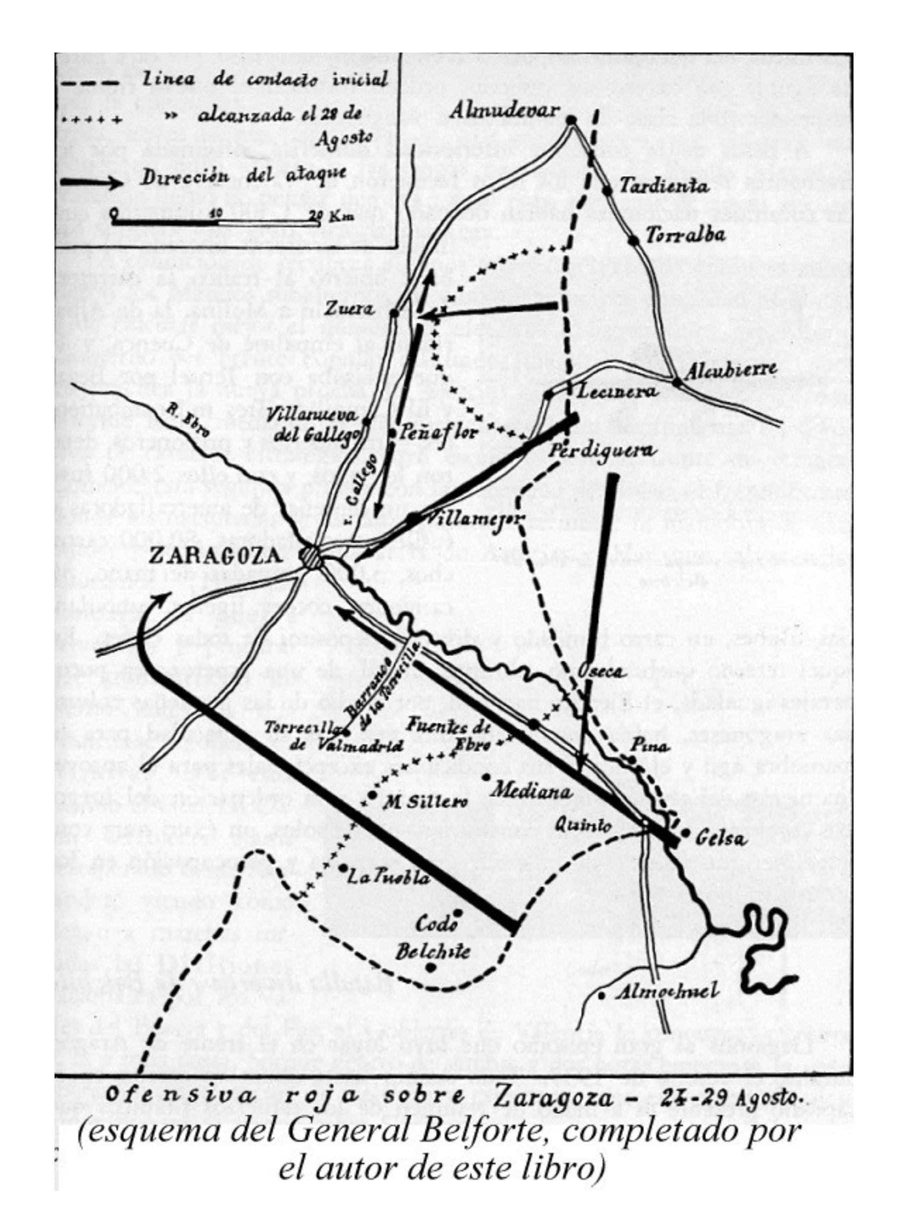
Efectivamente, el 22 de agosto, cuatro días antes de que Santander caiga, los rojos, en número de 80.000 hombres apoyados por 205 aviones, 40 baterías y unos 100 carros, dan comienzo a la batalla estratégica de

Aragón. La manda el General Pozas, que instala su Cuartel General en Bujaraloz. Los aviones estaban así repartidos: 35 en Balaguer; 20 en Sitges; 35 en Sariñena; 100 en Reus y 15 en Figueras.

Para esta batalla han sido trasladadas desde el frente de Madrid todas las unidades de choque; aquellas, precisamente, en que se ha puesto la máxima confianza: División Lister, División Modesto, cinco Brigadas internacionales, la División 27 (antigua «Carlos Marx»), y se han agregado nuevas tropas de Carabineros reclutadas entre las juventudes comunistas, así como todo el Ejército organizado en Cataluña.

El frente aragonés, discontinuo, como hemos visto ya, estaba defendido aquí y allá por centros de resistencia que se enlazaban mediante insignificantes cortinas de tiradores diseminados en el campo, cuando no quedaba una gran brecha entre núcleo y núcleo.

Los preparativos rojos fueron perfectamente registrados por el Estado Mayor nacional. Pero, ¿era lógico y útil abandonar la operación de Santander y correr en auxilio de unas líneas aún no atacadas? ¿No hubiera consistido precisamente en esto el triunfo rojo más terminante? Si Santander se abandonaba, ¿para qué habrían de apresurarse los marxistas en desencadenar su ataque? Continuó, pues, el Ejército del Norte su tarea, tomó Santander, adelantó las líneas hasta el territorio asturiano, y cuando hubo alcanzado las bases de las operaciones futuras hacia Gijón y hacia el frente de Oviedo, se dispuso a volver su atención preferente sobre los sectores aragoneses. No quiere esto decir que esos sectores quedasen desamparados, ni mucho menos, y ahí están las resultados que proclaman el cuidado puesto por el Alto Mando en la labor conjunta; sino que en la guerra, como en toda actividad sistemática del hombre, es importante que cada cosa y cada hecho ocupen su justo lugar; y no se interfieran ni embarullen, estorbándose recíprocamente.



Ofensiva roja sobre Zaragoza – 24-29 Agosto.

(esquema del General Belforte, completado por el autor de este libro)

Así, pues, el 22 de agosto empezó la ofensiva roja en Aragón. La misión encomendada a las tropas y la idea de la maniobra no podían ser más ambiciosas. Se trataba de tomar la ciudad de Zaragoza entre dos ataques convergentes, desbordarla por el Norte y por el Sur, presionarla por el Este, cortarle las comunicaciones principales, y como consecuencia de ello, conquistarla al asalto y privar al Ejército nacional del centro estratégico más importante que poseía, y de uno de los centros psicológicos, económicos y morales que podíamos considerar decisivos para la marcha y desarrollo de la guerra. Zaragoza pasó, a partir de las fechas que vamos anotando, a ser la verdadera capital militar de España. Era lógico que así sucediera, si consideramos su situación, las funciones que desempeña desde el punto de vista de las comunicaciones y las extensas comarcas que domina y manda.

Los rojos contaban con tomar Zaragoza. Para conseguirlo, no solamente pensaban alcanzar la más rotunda victoria en los dos ataques convergentes de que se ha hecho antes mención, sino que disponían de ayudas importantes dentro de la ciudad, antiguo centro y cuartel general de la Confederación Nacional del Trabajo, sede de mandos y submandos sindicalistas y anarquistas.

Esos ataques convergentes planeados por el Mando marxista eran los siguientes:

Una fuerte masa de choque debía operar, por sorpresa, en el sector de Zuera, al Norte de Zaragoza, con la misión de tomar este pueblo, cortar la carretera de Zaragoza, cruzar el río Gallego, aislar absolutamente la ciudad de Huesca por el Sur y amenazar el flanco septentrional zaragozano.

Como operación auxiliar y complementaria de la anterior, otra columna, una vez que la carretera de Zaragoza-Zuera estuviese cortada, desembocaría desde la Sierra de Alcubierre y bajaría hacia el pueblo de Villamayor, donde entraría fácilmente en contacto con los suburbios de la capital aragonesa.

La masa principal de la maniobra se situaría a la derecha del Ebro, en el sector del pueblo de Quinto, y desde allí, dividida en dos concentraciones diferentes, enlazadas por medio de carros de combate, atacaría en la dirección Fuentes de Ebro-Belchite. Coronada esta fase, se asaltaría el monte Sillero, clave táctica de la región de Fuentes de Ebro, y basculando hacia la izquierda, se invadiría la zona de Jaulín y Valmadrid, continuando inmediatamente la marcha hacia las carreteras de Zaragoza a Teruel y Zaragoza a Madrid (dirección general Calamocha Calatayud). Fuerzas de infiltración se lanzarían hacia el cementerio de Zaragoza y hacia el barrio de Torrero para entrar triunfantes por donde penetraron algunas tropas de Napoleón el año 1808.

La conquista de Zaragoza era considerada como el principio del fin de la guerra, porque las consecuencias estratégicas de esta victoria serían inmensas en el interior, determinarían en la política exterior un cambio total de paisaje y provocarían inesperadas resoluciones de las potencias europeas.

En simples tanteos pasaron los días 22 y 23 de agosto, cuando de pronto, el 24, sin que precediera preparación de artillería ni bombardeo de la aviación, grandes masas rojas se pusieron en marcha hacia los objetivos que se les había señalado.

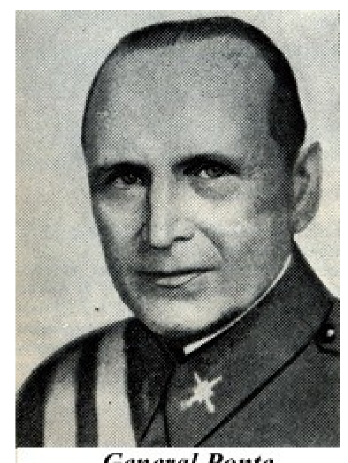
Era la madrugada, y en los puestos nacionales no había más que la normal vigilancia, reforzada de acuerdo con los últimos boletines confidenciales de información. Al Norte del Ebro, el frente rojo se movió desde el Sur de Tardienta hasta la zona de Villamayor. Iban delante unos 25 tanques rusos, que muy fácilmente pudieron salvar el espacio abierto entre las dos líneas. La carretera de Zuera a Almudévar y Huesca había quedado cortada. Era el primer éxito rojo. Cerca del río Gallego, en el propio pueblo de Zuera, o mejor dicho, en sus alrededores inmediatos, los atacantes ocupan unas casas, llegan a la estación del ferrocarril de Huesca, dominan una altura interesante y, en suma, se colocan en condiciones de conseguir todo lo que el Mando se había propuesto. Efectivamente, la situación de Huesca, si esta maniobra continúa adelante, será absolutamente insostenible, y la amenaza sobre el Norte de Zaragoza se dibujará con caracteres de inminencia.

También se ha movido la columna complementaria de la Sierra de Alcubierre, que de un brinco logra avanzar hasta las cercanías de Villamayor, pueblo situado a 10 kilómetros de Zaragoza.

Una orden del Generalísimo moviliza en el frente de Madrid a las Divisiones 13.ª y 150; son dos de las grandes Divisiones de Brunete, cargadas de gloria y dispuestas a entrar en los fuegos más duros. Las mandan los coroneles Barrón y Sáenz de Buruaga, respectivamente. Sale, en primer lugar, la 150; inmediatamente, la 13.ª

Al Sur del Ebro, la masa principal de maniobra roja ha conseguido aislar el pueblo de Quinto; horas más tarde, el de Codo. Las pequeñas guarniciones resisten enfurecidas; pero ¡es tan aplastante la superioridad de los que atacan...! Vienen en masas bien ordenadas, les apoyan 80 aparatos en el aire, 40 carros en tierra, y les protege un fuego de cortina artillera bien dirigido. Ataca de frente el 12.º Cuerpo de Ejército, llevando en cabeza las Brigadas 32, 116, 117 y 1.ª de Asalto.

Para distraer al Mando aragonés, los sectores de Torremocha y Bueña (Teruel), así como el de Biescas (Jaca), reciben embestidas locales, que son rechazadas. A retaguardia de las líneas nacionales hacen su aparición algunas partidas de dinamiteros que tienen por objeto perturbar las comunicaciones. Llegan de noche, y al amanecer desaparecen por las brechas que el frente discontinuo deja.



General Ponte

* * *

¿Qué reservas tiene a mano el General Ponte para responder a la violentísima y bien preparada acción de los rojos? En Zaragoza, el día 24, no quedaban más tropas que las siguientes:

Un grupo de Asalto.

Un batallón del regimiento de Mérida.

Un Escuadrón.

Una Batería a pie.

Una batería de 7,5.

(Todo ello enviado al sector de Fuentes en los primeros momentos).

Un Tabor de Mehal-la del Rif.

Un Tabor de Tiradores de Ifni.

Un Grupo artillero de 7,7 (enviados a toda prisa al sector de Zuera). Total, bien poca cosa.

Todas las demás reservas, que tampoco constituían medios suficientes, se hallaban en los montes de Albarracín.

La resolución con que estas fuerzas de socorro se batieron, lo mismo en Zuera que en Fuentes de Ebro, fue indescriptible.

Fue imposible hacer retroceder a las vanguardias rojas, pero al menos, en el Norte de Zaragoza se consiguió restablecer los enlaces entre Zuera y Almudévar.

El día 26, las guarniciones de Quinto y Codo sucumbieron aplastadas por la masa roja. Y acto seguido, la marcha del ataque se dirigió sin pérdida de tiempo hacia Fuentes de Ebro y hacia Belchite, a cuyos alrededores llegaron el mismo día 26. Un empujón más, y el gran objetivo rojo quedaría casi logrado. El momento era de una gravedad impresionante. « ¡Zaragoza está bajo el fuego de nuestros cañones! », gritaron los rojos al través de sus boletines.

Ciento ochenta y dos requetés catalanes y cuarenta falangistas aragoneses escriben en Codo una página inmortal. De los 40 falangistas queda después de los asaltos rojos un superviviente. De los 182 bravos carlistas de Cataluña, sobreviven 42. Son los requetés del tercio de Nuestra Señora de Montserrat que han hecho maravillas. Es el Tercio que luego volverá a coronarse de gloria en Villalba de los Arcos y en Extremadura.

El mismo día 26 empiezan a llegar a Zaragoza los refuerzos del frente de Madrid. Los primeros destacamentos de la División 150 salen sin perder minuto al sector de Fuentes, y cubren este pueblo, así como el Vértice Sillero, donde los rojos empiezan a renovar su esfuerzo en proporciones fortísimas.

Los elementos recién llegados de la División 13.ª se dirigen a Zuera, y mediante una violenta entrada en fuego, consiguen una victoria local de la mayor importancia en aquellos momentos. Unidos esos elementos con las fuerzas aragonesas del sector, empujan a los rojos en Villamayor y en el sector de Alfajarín, rectifican posiciones cerca de Zuera, y al menos por el momento, se atenúa el agobio que Zaragoza estaba a punto de sufrir por el Norte de la ciudad. El enemigo hace un alto discreto, en vista de las bajas que sus combates últimos le han costado.

Al Sur del Ebro cae en poder de los rojos el pueblo de Mediana, y claro está que el de Belchite queda completamente rodeado y aislado. El Mando de Belchite se comunica por medio de la «radio». Anuncia que está sitiada la guarnición y que tiene el propósito de luchar hasta la muerte. Espera dar tiempo para que lleguen las tropas de socorro.

* * *

Belchite se convierte para los rojos en un lugar de mágica atracción. Menos de 2.000 hombres hay allí, y pueden ser teóricamente aniquilados en plazo brevísimo. ¿Por qué no situó el Mando marxista unas fuertes

guardias en el sitio de Belchite y mandó a toda la masa de maniobra seguir adelante hacia los objetivos de carácter estratégico? Lejos de ello, sobre Belchite se encarnizaron miles y miles de milicianos, casi toda la aviación, una buena parte de la artillería y varias Compañías de carros de combate. Los sitiados estaban repartidos en dos zonas: la del Seminario, donde un pequeño núcleo de requetés resistía con una grandeza heroica que iguala los hechos más altos de las guerras históricas, y la de la ciudad misma, donde metro a metro, patio a patio, corral a corral, casa a casa, se disputaba el terreno con una furia indecible.

Las comunicaciones radiadas se cursan y reciben con bastante regularidad; pero no sin que de todas ellas se informe el enemigo atacante. En estos forcejeos transcurren los días 27, 28 y 29 de agosto. Durante esas tres jornadas, cada Compañía de las Divisiones 150 y 13.ª que llega a Zaragoza es enviada al frente acto seguido, porque —dice un informe oficial— «no se puede atender a otra norma que la de la urgencia determinada por el peligro de cada momento».

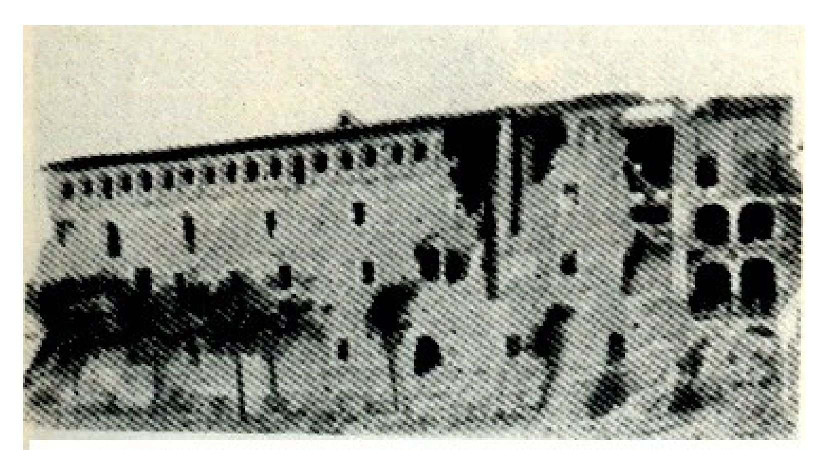
El día 30 quedan constituidas las columnas que deben ir en socorro de Belchite; las forman esas dos Divisiones (13.ª y 150) que están actuando con mucho desgaste en las operaciones preliminares. Un destacamento de fuerzas de Aragón sirve de enlace entre ambas. El calor es atroz; las comunicaciones escasísimas; falta agua; se dan muchos casos de insolación y hasta algunas muertes de soldados por asfixia. No ha llegado aún toda la artillería, y ello hace que la protección no sea suficiente. Pero además, desde los primeros momentos se ve que las dos Divisiones no son bastantes para afrontar aquella masa de combatientes rojos que ocupa las posiciones dominantes de la comarca, salvo el Vértice Sillero. ¡No importa! Las dos Divisiones se superan a sí mismas y atacan una y otra vez. La 4.ª Bandera de Castilla llega a las primeras líneas enemigas. Dice un informe:

> «Allí rechaza los ataques del enemigo, que parten de posiciones dominantes y a cincuenta metros de distancia. Su resistencia es épica; llega a tener cerca de trescientas bajas en pocos días. A pesar de todo, su espíritu no decae; los muertos son enterrados cada día en la misma posición, con la Bandera formada, cantando los himnos de la Falange».

El día 2 de septiembre los rojos extienden su frente de ataque hacia el Suroeste y ganan la zona de Jaulín. Movimiento de orientación muy peligroso para los nacionales, que obliga a éstos a extremar los cuidados y

a vigilar los flancos para evitar incursiones que pondrían a Zaragoza en trance difícil.

Los requetés del Seminario de Belchite, que se han defendido igual que leones, llegan al agotamiento de sus posibilidades; los supervivientes de la hazaña se repliegan al pueblo de Belchite, y allí se unen al resto de la guarnición. Sobre ésta cae día y noche un atroz bombardeo de artillería y de aviación que reduce a polvo el caserío; nubes inmensas de escombros se levantan hacia el cielo, como resultado de las continuas explosiones. Las bajas de los sitiados son muy crecidas y no se dispone de ningún elemento para atender a los heridos, ni apenas para enterrar a los muertos. La aviación deja caer algunas municiones y provisiones de boca. Cuantos intentos de socorro directo se inician mediante el ataque de la 13.ª División empiezan con un verdadero enjambre de armas automáticas. Con un fuego rasante de las baterías ligeras y con la presencia de una aviación muy importante.



Belchite. Aspecto del Seminario después de ser evacuado por sus defensores

Del Norte llega la aviación nacional; escuadras y grupos, aviones legionarios, «Legión Cóndor». Comienzan los combates aéreos, que poco a poco inclinan el dominio del cielo en favor de los nacionales. En tres días caen derribados 29 aparatos rojos.

El día 5, convencido el Mando nacional de que no es posible llegar a la ciudad sitiada so pena de sacar del frente Norte dos o tres Divisiones más, se autoriza a los héroes de Belchite la rendición. Belchite cae el día 6 de septiembre, y los rojos toman posesión de unas ruinas humeantes. Antes de rendirse, doscientos o trescientos sitiados intentan romper el cerco y salir. Atacan con bombas de mano y, en efecto, parten la línea enemiga;

pero la mayoría de ellos son cazados en los olivares próximos al pueblo, y allí encuentran la muerte o la prisión. Unos grupos, más afortunados, consiguen llegar a las líneas nacionales y dan referencia del martirio y de la gloria de Belchite.

«Las jornadas transcurridas —dice un relato oficial de la División 13.ª— han sido las más penosas que ha atravesado la División; el calor, la sed, el viento que arrastraba nubes de polvo que cegaban; los ataques continuados de día y de noche; con las ametralladoras a cuestas por falta de mulos; la falta de vías de comunicación que hace las evacuaciones penosísimas; los medios con que cuenta el enemigo; artillería y aviación, que bombardean sin cesar; todo, en fin, contribuyó a hacer más duras estas operaciones, que nos costaron 58 bajas de Oficiales (de ellos cinco muertos en el campo) y 1.369 bajas de tropa (de ellos 213 muertos en el campo)».

Conquistado el montón de escombros sangrientos y carbonizados de Belchite, los rojos reorganizan a toda prisa su dispositivo; Lister y Modesto reciben orden de apurar los plazos de la nueva preparación, antes de que los nacionales hagan afluir mayores refuerzos. La División 46 sale hacia el frente de Jaulín para flanquear las posiciones de la 13.ª y tomar de revés las primeras líneas de comunicaciones. El frente rojo queda alineado delante de Fuentes de Ebro, Vértice Sillero, Casilla de Valdescalera y Jaulín. Una instrucción especial del Estado Mayor rojo previene que debe ponerse el máximo tesón en la conquista del Vértice Sillero, porque de su posesión depende la ruptura de todo el frente enemigo al Sur del Ebro. Lister es el encargado de atacar, en unión de dos Brigadas internacionales. La División 13.ª ha sido retirada a la retaguardia inmediata; amplía su frente la 150; desde Albarracín han llegado algunas reservas aragonesas; desde Zuera, donde las tentativas están muy contenidas, también se desplazan hacia Sillero y Jaulín algunas unidades. Todas ellas están dispuestas a morir antes que retroceder un solo paso. Los choques de las densas vanguardias rojas contra el mencionado Vértice se estrellan una y otra vez. El dispositivo nacional resiste bien.

Hacia el 15 de septiembre, con más de 20.000 bajas, las Divisiones enviadas por el Gobierno marxista a la batalla se resienten de cuanto están sufriendo, así como del calor y de la dificultad de las comunicaciones. Acusan, evidentemente, una gran fatiga. La Aviación y la artillería nacionales no les dan un minuto de reposo. El General rojo Pozas ordena

un «alto». Alto que servirá para descansar, para reponer fuerzas, para cubrir huecos en las filas de las Divisiones de choque, para preparar ulteriores maniobras a vanguardia. De momento, pese a la conquista de Belchite, los propósitos estratégicos contra Zaragoza han fracasado.

En unos relatos de recuerdos dramáticos que ha escrito Emilio Oliver Ortiz, sitiado en Belchite, encontramos descripciones emocionantes acerca de los caracteres que en la pequeña ciudad aragonesa tuvieron el combate y el sitio. Reproduciremos algunas páginas. Por ejemplo, en las memorias del sexto día de cerco, Oliver Ortiz refiere, amén de otras cosas:

«La argolla del cerco se nos va apretando. De la caída del Saso en poder del enemigo sufre también los efectos el Tercio de Requetés de los Almogávares, que constituye la guarnición de las posiciones del Seminario y del Cementerio, y como consecuencia recibe órdenes de que todos se replieguen al Seminario. Es la media tarde cuando los bravos Almogávares quedan situados en él, y preparados a la defensa. A poco sufren un intento de asalto de una violencia terrible; un grupo enemigo que se filtra por la parte trasera del edificio pretende derribar una de las puertas de entrada. Advertidos los defensores, se enardecen en la defensa de aquel acceso, y a los gritos de ¡Viva España! Y ¡Arriba España! huyen los atrevidos ante el temor de que las balas les alcancen.»

El noveno día de sitio, recoge Oliver en su diario las impresiones siguientes:

«El ataque por el frente Oeste es el de más violencia. Fuego de cañón, de tanque, de morteros, de armas automáticas, en abundancia y aluvión, que atruenan los espacios. Es un volcán de explosiones; trepidan y se hunden las casas y parece que va a desgarrarse el planeta.

Dentro del pueblo, los defensores se contagian de la locura guerrera del momento, que se filtra desde las afueras, y sin hacer caso de los proyectiles que estallan a sus pies, cruzan las calles presurosos, jadeantes, en trabajos de defensa: son militares, paisanos, y hasta alguna mujer. Estalla una granada en medio de la calle, y el humo de la explosión oculta a seis u ocho defensores; pasa un momento y de la nube infernal surgen, como en una escena de magia, unos hombres tendidos en el suelo, en quietud de muerte que contrasta con la movilidad que tenían segundos antes; algunos se incorporan gritando ¡Viva España!; otros no se levantan, quedan rígidos.»

El intento de rompimiento del cerco y de evasión hacia las líneas nacionales ha quedado recogido en las notas del joven sitiado con las palabras que siguen:

«El proyecto es ganar los afueras del pueblo por sorpresa; que cuando el enemigo se reponga de ella nos hallemos ya en campo abierto. El comandante Santa Pau, a la cabeza de la columna, pronuncia una frase de tono confidencial, secreto, a modo de arenga: *¡Muchachos, vamos a morir o a salvamos!*

¡Adelante! —dice Santa Pau—; y nuestros-pies, al ponerse en movimiento producen un alarmante ruido sobre los escombros, pero la orden está ya dada y embocamos la estrecha calle del Señor. A treinta metros encontramos un parapeto de sacos terreros que saltamos libremente los que vamos en la primera mitad de la columna, pero en seguida se nos hace fuego y tenemos que retroceder. ¡Qué terrible pena y decepción volver a saltar el parapeto para regresar a la Plaza fracasados! Pero aún quedan tres calles más que parten de ella; si bien de ruta más larga hacia la libertad. Sin perder un momento iniciamos la salida rumbo a la Puerta del Pozo, pero a los pocos momentos somos detenidos nuevamente por el fuego de fusilería. Ya no es posible la sorpresa; el enemigo se ha dado cuenta y está alerta.

La noche va avanzando de manera alarmante; deben de ser más de las once. Tras unos instantes se hace una nueva intentona por el Cañizo Ancho, hacia el Sur; mal rumbo para la liberación, pero ya no queda otro. Apenas entran los primeros en la callejuela, el fogueo es imponente, lo cual confirma que el enemigo está advertido y preparado. Ya nos ha hecho heridos. Retrocedemos, y el comandante Santa Pau, con palabras que ya no son sigilosas, nos increpa malhumorado: *¡Sois unos cobardes! ¡Apena sois tres tiros, os echáis para atrás! ¡Me voy a dormir, y mañana a morir como un conejo!*

Yo conozco a Santa Pau y sé que en este momento no dice lo que siente. Sus palabras tienen una finalidad psicológica; con ellas está preparando el episodio definitivo, el ataque, no la escapada furtiva, que no cabe. Y su increpación tiene la inmediata respuesta, que él esperaba: *¡A salir! ¡Vamos por ellos! ¡Con bombas de mano! ¡A cuchillo!*

Se oyen tiros. Silban balas sobre nuestras cabezas. Veo la imposibilidad de la aventura que nos proponemos. Tenemos que salir de esta plaza rodeada por miles de rojos; hasta la salida del pueblo hemos de asaltar varios parapetos enemigos atravesando la estrecha calle del Señor, la aún más estrecha de San Ramón, la plazuela de San Salvador y la calleja de San Roque. Toral, 300 metros, que es el rumbo más corto, y hemos de marchar como ganado acorralado entre una barrera de fuego que nos llega a mansalva por la derecha y por la izquierda, desde los balcones, patios y ventanas.

Los que consigan llegar a las afueras del pueblo no habrán hecho más que salir de las ruinas de Belchite para meterse en montes y barrancos que se hallan en poder del enemigo sobre una extensión de más de 20 kilómetros; 20 kilómetros de trágica odisea, que la harán algunos sangrando, hasta llegar a una posición en donde les reciban con abrazos y con gritos de ¡Viva España!, o en donde les desarmen, les registren y se rían de su esfuerzo estéril...

Unas formidables explosiones de bombas de mano; nuestros pasos no se

detienen, y una profusión de gritos y vivas retadores nos dan la impresión de que se acaba de abrir en la calle el boquete libertador. Sin embargo, aún no hemos llegado al primer parapeto. Sus guardias son arrolladas. Los que no cayeron con las bombas, mueren a cuchillo. En el ataque toman parte muchos de nuestros heridos, que a la llamada de España abandonaron sus lechos. Con agilidad felina trepamos sobre los sacos terreros y los vamos saltando en ondulante cadena de fugitivos desesperados, tropezando unos con otros; somos muchos a saltar y la trinchera que cruza la calle es estrecha. La calleja es un incendio de tiros; los fogonazos nos deslumbran; da miedo seguir avanzando. Los tiros matan igual a la luz del día que por la noche; pero durante el día no son más que una detonación; por la noche son, además, un fogonazo que deslumbra y empavorece. Un fugitivo cae a mi lado; ¿herido?, ¿muerto?, ¿simplemente una caída? No lo sé. Nutrido fuego de ametralladoras quiere cerrarnos el paso, pero nadie se detiene, salvo los que se desploman muertos.

Y así va describiendo Oliver Ortiz sus emociones, hasta que al través de los olivares próximos a Belchite, cruzando barrancos y esquivando guardias y nidos de ametralladoras, llegan algunos de los que intentaron la fuga hasta el campo nacional. El comandante Santa Pau ha muerto gloriosamente bajo la breve y plateada copa de un olivo.

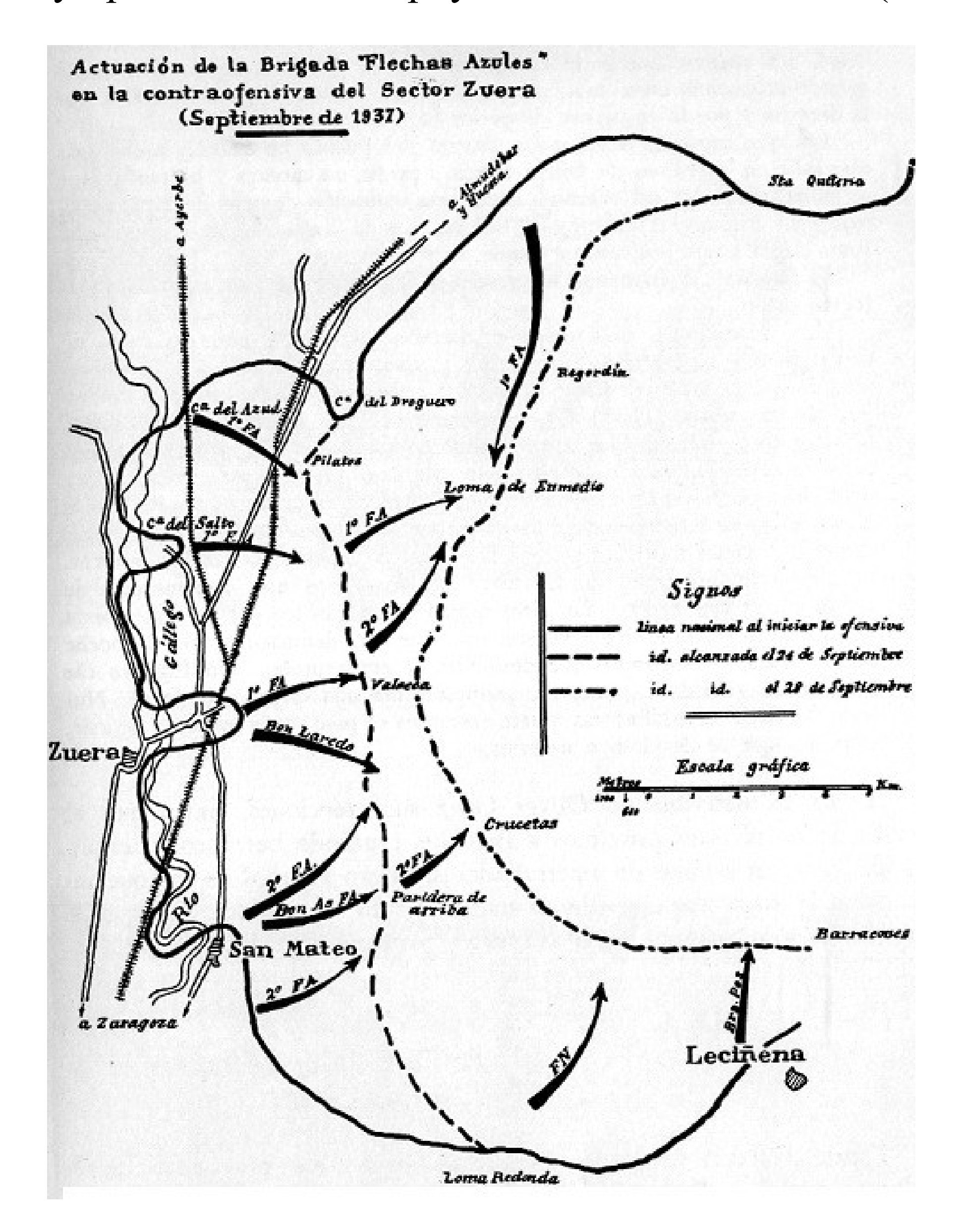
La División de «Flechas» en el sector de Zuera

Desde el frente de Andalucía acaban de llegar —poco antes de la segunda quincena de septiembre— la Brigada de «Flechas Negras» y la de «Flechas Azules»; han combatido hasta ahora bajo las órdenes de Queipo de Llano en las sierras cordobesas, adonde fueron trasladadas después de la maniobra de Santander.

Con esas dos Brigadas se forma una gran unidad llamada «División de Flechas». El 24 de septiembre la Brigada de «Flechas Azules» (jefe de Estado Mayor, teniente coronel Isasi) emprende una contraofensiva en el sector de Zuera para alejar el frente enemigo de la carretera y del ferrocarril de Zaragoza. Al flanco derecho se sitúa la Brigada de «Flechas Negras». Son formaciones mixtas de soldados españoles y de voluntarios italianos.

Apoyados por cinco escuadrillas de aviación, un grupo de baterías de 100/17 y una Compañía de carros ligeros, se lanzan los «azules» al ataque del sistema fortificado rojo, que presiona de una manera directa en el sector de Zuera. El ataque logra pleno éxito; las posiciones de Valseca (374 metros), Dehesa Boyal, Sarda Alta y Paridera de Arriba son

arrebatadas a los rojos, que amenazados en sus flancos se repliegan hacia otra línea cuyo punto central de apoyo es el vértice Crucetas (403 metros).



El 25 de septiembre, fuerzas del 2.° Regimiento de «Flechas Azules» atacan por el flanco derecho y adelantan sus vanguardias hasta las posiciones de Corbatielo y El Vedado, lo cual permite a los «Flechas Negras» apurar su presión más al Sur, poner en condiciones de inferioridad a otras fuerzas rojas y, en definitiva, facilitar la reacción ofensiva de las fuerzas aragonesas en la zona de Villamayor y en la línea de la Sierra de Alcubierre, donde el enemigo se ve obligado a abandonar todo el territorio que en el empujón reciente había invadido.

El 26 cae en poder de los «Flechas Azules» el vértice Cruceta, y el 27 y 28 se amplía el avance; a la derecha, por las posiciones de Las Colladas;

a la izquierda, por el Portillo y la Sarda. Definitivamente se han frustrado todas las esperanzas rojas al Norte del Ebro. Y no sólo las esperanzas, sino las inmediatas realidades, porque de la ofensiva del 22 de agosto ya no les quedan más recuerdos que unos centenares de tumbas abiertas en el campo y unos millares de camas ocupadas en los hospitales de la retaguardia. Los «Flechas Azules» son felicitados por el Generalísimo Franco, y así termina, por ahora, toda la actividad roja en el Norte del Ebro y de la ciudad de Zaragoza.

Ataques al rojos en el sector de Jaca

La ofensiva roja, tanto al Norte como al Sur del Ebro, parece terminada, rota, muerta. Sin embargo, el Estado Mayor de Valencia piensa reanudarla, porque considera que las bases de partida alcanzadas en la fase anterior autorizan la esperanza de que, si se cumple un nuevo y profundo esfuerzo, los objetivos estratégicos de Zaragoza y de sus comunicaciones serán conseguidos, aun cuando sea a costa de nuevas pérdidas. Vale la pena de sacrificar algunas unidades a condición de llegar a la ciudad de Zaragoza, término supuesto de tantas ansiedades y ápice de tan grandes anhelos.

Por eso, el 22 de septiembre comienza una nueva fase de actividad. La primera muestra se presenta en el frente de Jaca. Los rojos quieren romperlo, tomar el centro industrial de Sabiñánigo, aplastar las defensas sobre Jaca, rebasar esta ciudad y anunciar una marcha hacia tierras navarras.

A favor de las sombras de la noche, varios Batallones catalanes entran en el dispositivo nacional entre los pueblos de Biescas y Orna. Ocupan Escuer, Pueyo Alto y Lanave. Había, pues, dos direcciones de ataque hacia Jaca, una al Norte y otra al Sur. Las reservas del sector acudieron inmediatamente a la zona Norte, que era la más peligrosa, pues podía ocasionar la pérdida de Sabiñánigo y entregar a los rojos la carretera de Cantirana a Jaca.

Por el Sur llegaron los rojos hasta Orna, y como no pudieron progresar más de frente, extendieron su maniobra por el flanco izquierdo hasta Bentué de Rasal. Las guarniciones de este sector se condujeron en forma que produce admiración. Se cita como ejemplo el caso de la

posición del Mogote, cerca de Bentué, donde diez hombres frenaron el asalto rojo, hasta que en la loma mencionada no hubo más que diez cadáveres.

Recuerda este episodio aquel otro que se dio durante el año 1936 en la Sierra de Alcubierre; maravilloso ejemplo de abnegación y de heroísmo de 60 falangistas aragoneses que, atacados por fuerzas muy superiores, rodeados por todas partes, se batieron de modo tal que no callaron los tiros hasta que los 60 hubieron perecido, el uno junto al otro, sin que ninguno intentara ni rendirse ni salvar su vida en un retroceso afortunado.

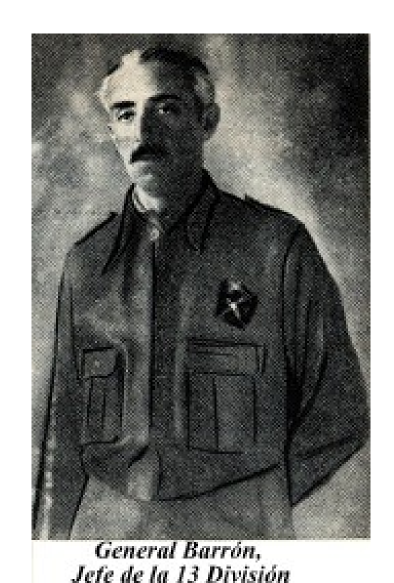
No tiene este libro la misión de recoger y exaltar cuantos episodios de prodigioso valor se dieron en los distintos frentes, porque todas sus páginas no bastarían para ello; ha de limitarse a registrarlos como de pasada, aunque ello no significa que el autor no rinda a los héroes la debida reverencia y homenaje.

Fuerte como era el ataque rojo en Jaca, se dio orden de que saliera hacía allí la 1.ª Brigada de la División 13, que estaba en reserva. Los soldados de Barrón llegaron a las orillas del Gallego, atravesaron el río, contraatacó violentamente el 6.º Tabor de Melilla y se sacrificó hasta el máximo grado, en forma que el Mando le anunció el relevo; el Tabor lo rechazó, diciendo que con los hombres que le quedaban podía asegurar la defensa de su sector. Los rojos siguieron insistiendo en toda la zona de Jaca, aunque las ventajas que lograron fueron exiguas, porque quizá no midieron suficientemente sus fuerzas en relación con el objetivo que se proponían y porque tampoco pensaron que para vencer la férrea resistencia nacional necesitaban demostrar en sus asaltos mayor capacidad de profundización.

Se hicieron, eso sí, dueños de los pueblos de Biescas y de Orna, creando dos bolsas tácticas a su favor; pero no pudieron poner en verdadero peligro las defensas inmediatas de Jaca, con las cuales ni siquiera entraron en contacto.

El 6 de octubre reanudaron la ofensiva y dirigieron su acción principal por el Sur de la Peña de Orsel, con intención de cortar la carretera de Huesca a Jaca. Algunos elementos de vanguardia llegaron hasta la mencionada carretera, pero no tuvieron ni el poder de consolidación indispensable en las posiciones alcanzadas ni las reservas suficientes para alimentar el ataque en hondura. Entre el 10 y el 12 la ofensiva revistió caracteres aún más duros, pero se vio que se trataba de

fuerzas superficiales, sin apoyos serios, y, por consiguiente, no consiguieron resistir las pérdidas que el asalto les producía, con lo cual redujeron su actividad a golpes de mano y hostigamientos locales, hasta que en los últimos días de octubre llegaron otros dos enemigos —el frío y la nieve— que determinaron el cese de todo movimiento amplio y de todo propósito importante. Así terminaron los ataques en el sector de Jaca.



General Barrón, Jefe de la 13 División

Nuevo intento rojo sobre Zaragoza

Pensó, sin duda, el Estado Mayor de Pozas que la ofensiva roja en el sector de Jaca había embebido la mayor parte de las reservas nacionales destinadas al frente de Aragón y consideró oportuno insistir en la maniobra del Sur del Ebro, con Zaragoza como objetivo. Las Divisiones Lister, Modesto y varias internacionales, estaban ya reorganizadas, repuesta la artillería, rellenos los depósitos. Volvía a la actualidad el Vértice Sillero y tornaba a disputarse el pueblo de Fuentes de Ebro.

Cincuenta carros, una masa de 75 aviones y 20 baterías comenzaron a batir las defensas nacionales a partir de la madrugada del día 11 de octubre. Defendía el sector la División 150, más las fuerzas de la Columna Móvil de Zaragoza. Desde la División 13 se desplazaron hacia Fuentes de Ebro un Tabor de Tiradores de Ifni y la Bandera de la Legión. De la misma División marcharon al Vértice Sillero un Batallón del Regimiento de la Victoria, un Tabor de Ifni-Sahara y la 4.ª Bandera de Falange.

«Los ataques —dice un informe— son muy violentos; una unidad va entrando

tras de otra; el enemigo se filtra entre las posiciones, ataca día y noche y emplea gran cantidad de medios; pero todos ellos se estrellan ante el heroísmo de nuestras tropas.»

Hay un instante en que a fuerza de acumularse refuerzos rojos en las líneas de ataque los nacionales tienen delante los efectivos de tres Cuerpos de Ejército.

El día 12 de octubre los rojos pierden 10 tanques y 24 aviones. Para su aviación, cada combate con los «cazas» de Franco es un desastre; legionarios, escuadrillas nacionales, aparatos de la «Cóndor» rivalizan en denuedo, y pese a las masas aéreas que el enemigo presenta, no hay posibilidad de que domine el aire. Zaragoza sufre varios bombardeos de aviones sueltos. Las posiciones resisten admirablemente.

El día 13, Lister pone en juego una estratagema curiosa. Pozas ha enviado a su disposición 45 tanques. Lister, cuya agudeza han celebrado los rojos, dispone que en cada uno de los tanques, acomodados sobre la coraza, se sitúen diez hombres con fusil y con la consiguiente dotación de granadas de mano. Esos tanques deberán romper las filas enemigas en Fuentes de Ebro, pasar a la retaguardia y depositar allí una columna de 300 ó 400 combatientes, los cuales, desplegados en guerrilla, atacarán por la espalda los parapetos y trincheras de la 150 División y del Grupo de Asalto de Zaragoza. Desde las posiciones defensoras se ve avanzar la gran masa de tanques. Sorprende el espectáculo de aquellos hombres que cabalgan sobre los monstruos metálicos. ¿Qué pretenden? La caravana de carros entra en el pueblo de Fuentes de Ebro, lo invade, atraviesa sus calles, pasa entre los parapetos.

Lo grande y lo asombroso para los rojos es que si, en efecto, los carros han pasado a la retaguardia en algunos puntos, las líneas de resistencia siguen intactas; ni uno de los puestos se ha movido; nadie ha pensado en abandonar su trinchera. Y cuando los hombres llegados a lomo de los carros de combate intentan desplegar, se encuentran cogidos entre diversos fuegos, incapaces de moverse, agarrotados, sacudidos por todas partes, y sólo unos pocos logran huir de nuevo a las bases de partida. La inutilidad de esta experiencia resulta evidente. Detrás de las líneas nacionales han quedado inútiles 17 tanques, delante otros 7, o sea 24 en total. La masa de carros está dislocada, despedazada, y los que han podido escapar de la acción defensiva van a toda prisa en busca de los recovecos y desenfiles que presenta el paisaje. Mientras los tanques del Ejército rojo atacaban, su aviación hizo acto de presencia con 48 aparatos; una hora

después volvieron a aparecer 27; 13 de ellos dieron con sus huesos de metal en tierra, y los restantes no pudieron afrontar la contraofensiva de los «cazas» nacionales.

El Vértice Sillero, que también fue objeto de grandes ataques durante la jornada, se mostró tan sólido que a su pie encontraron la tumba centenares de atacantes.

Maravilla de estas jornadas fue la División 150; pero es imposible que al tratar de Fuentes de Ebro olvidemos al Grupo de Asalto de Zaragoza, cuyos hombres, al defender el pequeño pueblo cercano a las orillas del Ebro, no sólo igualaron las más grandes hazañas, sino que superaron muchas de ellas y se acercaron a los límites de lo excepcional.

De este modo terminó la ofensiva roja contra el frente de Aragón. De este modo sangriento y sombrío los efectivos de cuatro Divisiones marxistas quedaron allí o en los hospitales; el plan estratégico fracasó rotundamente; las ventajas tácticas no significaron la menor modificación en el conjunto de las operaciones. Si el lector ha seguido el relato, habrá podido apreciar que, fuera de la aviación y de una parte de la artillería, Franco no movió una sola unidad del frente Norte, porque con las reservas de otros frentes y sectores le bastó para hacer que el proyecto ofensivo del Gobierno marxista acabara en un inmenso fiasco, apenas disimulado por la propaganda internacional. Zaragoza no perdió su fe. Por la noche, radiantes iluminaciones alumbraban los paseos y las calles de la ciudad, a 25 kilómetros del frente.

CAPÍTULO IX

RECONQUISTA DE ASTURIAS POR FRANCO. – «EL FRENTE NORTE HA DESAPARECIDO»

Dos Cuerpos de Ejército, a las órdenes del General Dávila, mandados por los Generales Aranda y Solchaga, cumplen sobre Asturias la maniobra de cerco planeada por el Generalísimo. — Marchas por el Este, el Sureste y el Sur. — Preparación de otro Cuerpo de Ejército para eventualidades. — Dificultad de las operaciones por la configuración del terreno. — Paso de los puertos. — Duros combates en Ribadesella. — Llegada a Villaviciosa y desplome general del frente rojo. — Gijón se rinde. — Veinte Batallones rojos se entregan a las vanguardias nacionales. — Asturias se incorpora a la España nacional. — «El frente Norte ha desaparecido». — Resumen de algunas operaciones secundarias en otros frentes.

Si la posible salvación militar de Santander era una vana ilusión del Gobierno de Valencia, porque cuando se preocupó de prestar ayudas serias a los defensores ya era demasiado tarde, y la suerte de Santander no admitía remedio dentro de los limites humanos, podía, en cambio, considerarse como teóricamente cumplidera la salvación de Asturias, región sobre la que empezaba a pesar una amenaza directísima. Ahora bien; desde todos los puntos de vista —militar, psicológico, social e internacional—, importaba mucho más al Frente Popular el problema asturiano que el santanderino. ¡Asturias!... Se había hecho de esta provincia española un mito revolucionario de resonancias universales.

«Es necesario que Gijón se defienda a toda costa y resista —decían desde Valencia a los jefes socialistas asturianos—, porque la pérdida de Asturias sería gravísima.»

En resumidas cuentas, según luego se ha sabido por documentos irrefutables, si bien los Batallones de mineros pensaron en un principio que su resistencia mellaría la ofensiva nacional, pasaron más tarde a entretener en su ánimo fines más modestos, aunque de alguna significación. Se reducía el propósito del Mando rojo a frenar todo lo posible la marcha de

las tropas de Franco para que sobreviniera la época de las nieves, durísima en la cordillera cantábrica, con lo cual quedarían cerrados los pasos o puertos, impracticables los campos y los caminos, cerrados los accesos todos, y, en consecuencia, tendría el Generalísimo nacional necesidad de aplazar sus proyectos de ataque hasta la primavera. Eran cinco o seis meses ganados. Durante ellos, ¿cuántas vueltas podrían dar las cosas? ¿No sería posible una negociación? Y, por encima de todo, ¿no parecía probable que en la primavera de 1938 estallase en Europa una inmensa conflagración, y al amparo de ella se salvara la España roja?



La hora del correo en las posiciones avanzadas de la Uña

Una de las esperanzas que más han dañado a los rojos en su política militar es la de la guerra europea; porque pensando en ella —en una especie de remedio mágico— abandonaron otros caminos que pudieran serles más útiles, como acontece siempre con aquellos que esperan su fortuna de los males ajenos antes que del propio esfuerzo.

En estas condiciones psicológicas iba a empezar para los rojos la campaña de Asturias.

El teatro de operaciones favorecía francamente a los defensores. Una inmensa cordillera, de altitudes sobresalientes, les guardaba frente a los atacantes.

«La cordillera cantábrica —dice el distinguido historiador y geógrafo militar teniente coronel de Estado Mayor Díaz de Villegas— sufre en las montañas astúricoleonesas una inflexión hacia el Suroeste y luego otra hacia el Sur, alcanzando el sistema las mayores alturas en la Torre del Cerredo (Picos de Europa, 2.678 metros). Esta parte de la cordillera es paleozoica, disponiéndose los terrenos de mayor a menor antigüedad a medida que se marcha de Oeste a Este. Sobre el plegamiento herciniano original se adosó el pirenaico, que impuso la alineación. Tal

es el país astúricoleonés.»

En la misma obra de donde tomamos estas líneas (*Geografía militar de España.* Imprenta y Talleres del Ministerio de la Guerra), se añade:

«La región de los Picos de Europa es sumamente fragosa. El macizo se encuentra rodeado por fosos naturales, que son: por el Este, el río Deva; por el Norte, la garganta de Cares; por el Oeste, el Sella, cerrándole por el Sur los valles de Liébana y Valdeón.

Al decir del geógrafo y explorador francés Conde Saint-Sand, el macizo de los Picos de Europa es más fragoso, agrio y acantilado que el más áspero de los Alpes. La acción de la gravedad hace rodar las piedras que se desprenden de la masa caliza, formando al resbalar por las «canales» las «graveras» o «cascajeras».

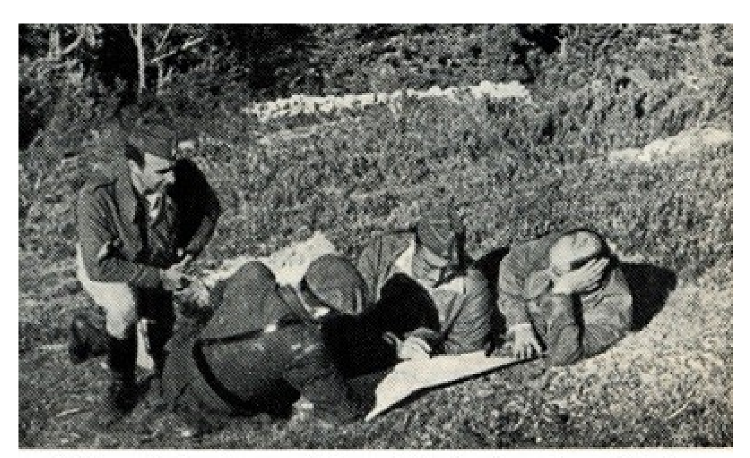
Al ensancharse luego la zona litoral se forma una amplia región, por donde corren el bajo Sella *y* el Nalón. Este conduce al puerto de Tarna (1.287 metros); el Lena, su afluente por la izquierda, es seguido desde Pajares por la carretera y el ferrocarril de León a Oviedo. A la cuenca del Sella lleva, por el puerto y desfiladero del Pontón, la carretera que une Gangas de Onís con Riaño (valle de Burón). El Narcea abre camino hacia Leitariegos, y el Sil y el Navia hacia Galicia.

El clima en todo el litoral cantábrico es templado y uniforme. El país es muy lluvioso. El máximo de estas lluvias corresponde a la primavera y al otoño, pero realmente no hay estación seca. En el interior el clima, naturalmente, sufre la influencia de la altitud. Buena parte del año la nieve cubre las cimas que se alzan por encima de los 1.200 metros.»

Para atravesar esta cordillera y entrar en el corazón de Asturias hay que cruzar uno de los muchos pasos o puertos que forman las depresiones de la montaña. Los más importantes son los de Leitariegos, Somiedo, Ubiña, Pajares, Vegarada, Tarna y El Pontón. Por lo que se refiere al tema militar que nos ocupa, en relación concreta con las operaciones de 1937 y con la reconquista de Asturias llevada a cabo por Franco, solamente nos interesan los cinco últimos.

En este escenario iban a chocar dos Cuerpos de Ejército nacionales con tres Cuerpos de Ejército rojos. Aunque aún no se había dado organización oficial de Cuerpos de Ejército a las unidades franquistas, podemos designarlos ya con los nombres de «Navarra» (General Solchaga) y «Galicia» (General Aranda). A estas fuerzas hay que añadir el grupo de Batallones «Moliner» y la Brigada de Castilla, mandada por el General Sagardía. Los Cuerpos de Ejército rojos eran el XVI y XVII, más un tercer Cuerpo formado con los residuos de lo que fue Cuerpo XV (Santander).

No debe, sin embargo, engañarse el lector con lo que acaba de leer, pues podría imaginar que los rojos disponían de superioridad numérica, lo cual no es cierto, ni mucho menos, pues ha de tenerse en cuenta que los dos Cuerpos nacionales entraban en acción reforzadísimos, con un número de unidades superior al corriente.



El General Aranda con el Coronel Muñoz Grandes y Jefes de Estado Mayor, estudian el plano del frente

Tampoco vaya nadie a creer, caprichosamente, que esa superioridad nacional era demasiado fuerte, pues con todas las movilizaciones llevadas a cabo en Asturias por el Frente Popular se había conseguido una recluta nada desdeñable, que ponía en las manos de los jefes políticos y militares del marxismo asturiano una masa de combatientes superior a los 50.000 hombres.

Sin embargo, la diferencia, desde el punto de vista del armamento, era grande a favor de los nacionales, especialmente en lo que atañe a la aviación, carros de combate y artillería. Los rojos contaban, en cambio, con centenares de ametralladoras, que les permitieron lograr en determinados sectores una densidad de fuego automático más sostenida que la alcanzada por las ametralladoras de Solchaga o de Aranda.

El plan general de operaciones de Franco, comunicado a todas las unidades a mediados de agosto, comprendía, como ya hemos indicado, tres movimientos: uno de Este a Oeste, encomendado a las Brigadas de Navarra; otro de Sureste a Noroeste, que llevaría a cabo el ala derecha de «Galicia» (Aranda); un tercero Sur-Norte, que cumplirían las unidades restantes (Centro y parte del ala izquierda) del Cuerpo de Ejército citado (VIII Cuerpo).

Se atacaría constantemente, procurando caer sobre las posiciones-clave, sin desgastarse excesivamente en marchas frontales, y se daría lugar

a la creación de bolsas tácticas que la maniobra y los flanqueos lejanos irían estrangulando una tras otra.

Forzamiento de la línea del Deva y operaciones entre este río y el Sella

Ya en los primeros días de septiembre, sin distraer fuerzas de este frente, a pesar de que la ofensiva roja en Aragón alcanzaba su máxima furia (el día 6 cayó Belchite), el General Dávila (Jefe de Estado Mayor, General Vigón) dio orden de que la 2.ª y 3.ª Brigadas de Navarra, constituyendo una gran unidad, quedaran bajo el mando del coronel Muñoz Grandes y que pasaran a la zona de Asturias-León, sector del VIII Cuerpo de Ejército, del cual formarían parte en las operaciones que Franco iba preparando. En cambio, el teniente coronel Moliner, con sus Batallones, se incorporó a la 6.ª Brigada de Navarra.



El General Vigón y el Teniente Coronel Barroso

Sin perder tiempo, las tropas de Solchaga, que después de la toma de Santander avanzaron hasta las riberas del Deva y se encontraban a la altura de San Vicente de la Barquera, comenzaron la maniobra de forzamiento del río Deva, que fue fácilmente rematada y abordaron las estribaciones de los Picos de Europa, en donde se asienta el importante pueblo de Potes. Fue la 6.ª Brigada la que entró en esta localidad, que ardía en pompa cuando las avanzadillas nacionales llegaban a sus calles, ennegrecidas por

el humo de los incendios. Era el anuncio de que los marxistas no pensaban resistir allí; por eso destruían previamente el pueblo.

Ante las Brigadas de Navarra se levantaba el imponente sistema de los Picos de Europa (la Sierra de Cuera, la Peña Alira, la Peña Vieja, la Peña Prieta, el Monte Mazuco y otras crestas), inaccesible de frente contra un enemigo dispuesto a defenderse. Era indispensable proceder a constantes movimientos de envuelta y de rebasamiento local para salvar las fabulosas dificultades que el terreno presenta en la zona a que aludimos.

Como consecuencia de la ocupación de Potes, la 6.ª Brigada invade toda una extensa zona, en la que están enclavados los pueblos de Rases, Rosiero, Armaya, Otero, Trillayo, Cobeña, Pumareña, Escamos, Cillorigo, Castro, Salarzón de Durango, Vallejo, Los Llanos, Pandres y Coscaya.

El día 4 de septiembre la 4.ª Brigada de Navarra avanza rauda a lo largo de la costa en dirección de Llanes y arrolla todos los obstáculos; al mismo tiempo, los soldados que manda García Valiño rebasan por el Norte la Sierra de Cuera y al atardecer amenazan el aeródromo rojo de Llanes. Valiño tiene envuelta la risueña villa de Llanes. Alonso Vega avanza resuelto y asegura la ocupación.

Entretanto, la 6.ª Brigada establece contactos directos con las fuerzas de Muñoz Grandes, que suben de Sureste a Noroeste por la zona de Riaño. Uno de los cuidados más escrupulosos del Alto Mando en estas regiones tan abruptas y accidentadas consiste en establecer un sistema de contactos permanentes entre las distintas Divisiones, de modo tal que cada unidad pueda conocer en todo instante la posición de las demás.

En la madrugada del día 5, las unidades de la 4.ª Brigada entraron en el risueño pueblo costero de Llanes; los rojos se replegaban hacia el Sella; las señales de sus movimientos dejaban sospechar que sería allí, en las orillas del mencionado río, donde fijarían su resistencia. Grandes refuerzos llegaban constantemente de la zona de Oviedo y se establecían en fortificaciones de campaña.

La toma de Llanes costó algunas bajas de jefes y oficiales, y entre ellas la del coronel-jefe de la 4.ª Brigada. D. Camilo Alonso Vega, el cual hubo de ser evacuado. Le sucedió temporalmente en el mando el coronel D. Heli Rolando Tella.

La 1.ª y la 5.ª Brigada de Navarra se sumergieron en opera-dones y maniobras de más difícil condición. Apenas se hablaba de ellas. La primera, en especial, tenía que forzar el paso del Monte Mazuco, enrevesado laberinto de barrancos, crestas, pendientes a pico, gargantas estrechas, valles profundos y peligrosos vericuetos. El día 10 de septiembre asaltó posiciones que permitían abordar el Maznen, y el 12 lo rebasó por el Norte. Tanto era el mérito de esta Brigada, que el General Solchaga se creyó en el caso de decir al comandante-jefe del Ejército del Norte lo siguiente:

«Me permito señalar a V. E. la labor desarrollada por la 1.ª Brigada de esta División en estos días de duras operaciones, que si bien han pasado inadvertidas, constituyen una de las fases más brillantes de la ofensiva, ya que ha tenido que conquistar una por una toda la serie de crestas de carácter alpino, casi inaccesibles, que forman el citada Puerto de Mazuco, defendidas por las tropas rojas más seleccionadas, teniendo que llegar en todas ellas al combate cuerpo a cuerpo y rechazando los numerosos y violentos contraataques con que el enemigo pretendió recuperar lo perdido en la lucha, tan tenaz como enconada, que victoriosamente lleva adelante esta Brigada.»

No le iba en zaga la 5.ª Brigada, ocupada en la durísima tarea de dominar la Sierra de Cuera y en apoderarse de las crestas de Peña Turbina. Lo consiguió el día 16 de septiembre, pero ¡a costa de qué trabajos y de cuánto heroísmo! La dificultad del avance hacia Turbina por la Sierra de Cuera era tal, que sólo pudo situarse en el monte una batería de 6 5/17; para arrastrarla hasta su asentamiento fueron necesarias 57 horas; imposible llevarla tras ningún vehículo de motor; tampoco era posible subir las piezas a lomo de mulos, porque las bestias cargadas resbalaban y caían por los derrumbaderos. A fuerza de ingeniosas combinaciones y de trucos de alpinista, los propios hombres de la quinta Brigada consiguieron elevar la batería hasta las cumbres, pero llegados un punto en donde estaban mojadas las rocas renunciaron a seguir, y desde allí, mal que bien, apoyaron los cañones de 6 5/17 aquel complicado avance hacia Peña Turbina. Mas no sólo se transportó artillería, sino que se logró instalar una red telefónica en la Sierra y dejar un depósito de víveres y de municiones para 5.000 hombres.

Contra el macizo de Peñas Blancas parece que va a estrellarse la 6.ª Brigada, porque tres veces acomete las defensas rojas y otras tantas tiene que cejar en el empeño, dado el número de ametralladoras que disparan

desde enfrente. Pero al fin, el 4.° Batallón de Ceriñola, el 8.º de Mérida, el 16 y el 13 de Zaragoza, uno de Arapiles, el 9.° de Zamora y uno de San Fernando atacan en tromba y conquistan toda la crestería de Peñas Blancas, mientras la 5.ª termina la ocupación de la Sierra de Cuera.



El Generalísimo, con los Generales Dávila y Aranda, en el frente asturiano

Llama la atención la cantidad de enemigo y de armamento que se ha concentrado en este frente de los Picos de Europa, y en general entre el Deva y el Sella. ¿Supondrán los rojos asturianos que el único ataque ideado por Franco es el de la dirección Este-Oeste? Para probar fortuna y descongestionar el sector de que tratamos se ordena a la tercera Brigada una demostración por el Sureste hacia el Puerto de Tarna.

Llueve y llueve torrencialmente. Con la lluvia se mezcla una niebla espesa que impide toda visibilidad aun a los observadores de infantería. En las comunicaciones de los primeros veinte días de septiembre es frecuente encontrar informes como éstos:

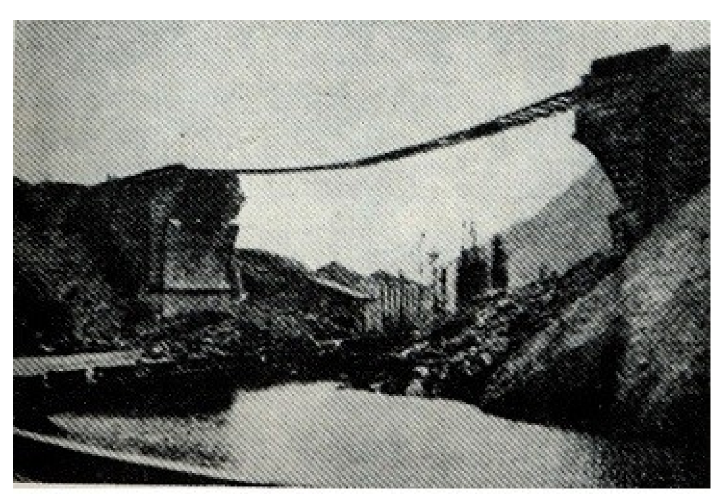
> «Es materialmente imposible trepar por estas montañas con tiempo de lluvia; la cantidad de mulos despeñados es grande.» O bien: «No se tiene noticias de los efectos producidos por la acción de la artillería, porque estamos envueltos en lluvia y niebla.» O: «Llueve torrencialmente durante la noche y el día.»

Las Brigadas de Navarra, pese a todo, han llegado a las estribaciones orientales de la Sierra de Bustasirmín.

Operaciones en el Sureste y en el Sur

No ha permanecido inactivo el VIII Cuerpo de Ejército durante este tiempo. El General Aranda (el defensor heroico de Oviedo) conoce la

región asturiana de modo minuciosísimo; la ha estudiado no sólo en los planos, sino recorriéndola constantemente en todas direcciones y calculando cuantas posibilidades de defensa encierra, así como los mejores proyectos ofensivos para el caso de que hubiera de ser invadida por tropas procedentes de la zona de León. En este caso nos encontramos ahora, como durante meses y meses nos hemos encontrado en el primero.



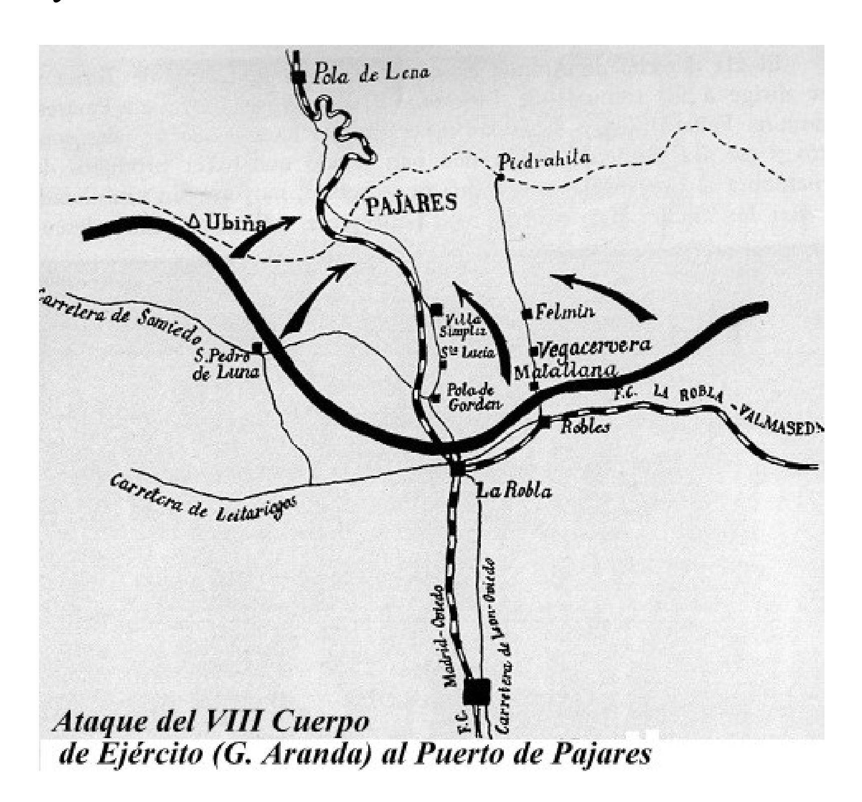
Pasarela tendida en Busdongo para sustituir el puente desruido por los rojos en su retirada

Tiene a sus órdenes todos los Batallones formados por soldados gallegos, Batallones de increíble rendimiento en la guerra, que han hecho sus pruebas en los combates de las comunicaciones de Oviedo y ahora se superan a sí mismos subiendo de Sur a Norte hacia los pasos de la cordillera. Unidades de la Legión y de Regulares, así como milicias voluntarias, han reforzado considerablemente el Cuerpo de Ejército, al cual se agregan, finalmente, la 2.ª y 3.ª Brigadas de Navarra, mandadas por el coronel Muñoz Grandes.

Siguiendo el valle de Pola, encajonado entre angosturas difíciles, Aranda ha llevado a cabo una operación cauta e inteligente, que hacia el 20 de septiembre le ha dado plena posesión del Puerto de Pajares y que le permite extenderse por el Cerro del Aguila, el macizo del Gallo y Vegacervera.

En el Sureste, Muñoz Grandes es enviado a la conquista del Puerto de La Ventaniella, mientras otras de sus fuerzas rompen la línea enemiga en dirección del Puerto de Tarna. Los combates en Tarna y la Ventaniella son ásperos; el enemigo se «pega al terreno» con tenacidad difícilmente superable, y ni siquiera le desalojan los bombardeos de aviación, que en aquellas altísimas crestas y entre nieblas, no alcanzan la eficacia habitual.

Sólo a la bayoneta y mediante el intenso empleo de las bombas de mano se llega a los objetivos que Aranda ha señalado y se dominan los puertos de La Ventaniella y de Tarna.



Ataque del VIII Cuerpo de Ejército (G. Aranda) al Puerto de Pajares

Aún es más difícil la conquista de Peña Ubiña, donde el General Aranda mide y pesa cuidadosamente cada movimiento, para que ninguna de las unidades empeñadas en las fragosidades de la cordillera sea víctima de las mil emboscadas y asechanzas que los rojos tienen preparadas.

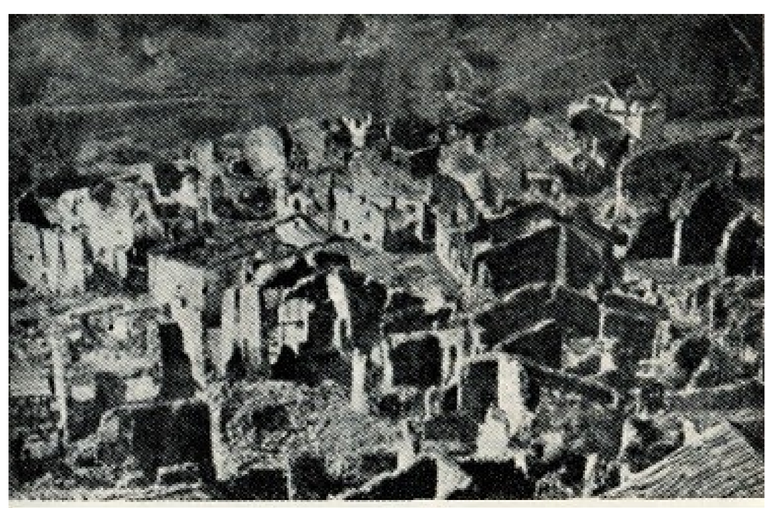
La Sierra de Bustasirmín va siendo vencida. Muñoz Grandes, cuando todas las demás fuerzas se ven casi obligadas a la inacción, tiene aún arrestos para operar en el macizo de Las Fremosas y triunfar contra una resistencia encarnizada. El enemigo quiere defenderse por el Sur en Peña Ubiña, por el Sureste en el sistema de Tarna, por el Este en los montes del Alto Sella.

El día 1 de octubre las Brigadas de Navarra toman el monte y el Santuario de la Virgen de Covadonga. Ese día, el jefe de las Brigadas dirá al General-Jefe del Ejército del Norte:

«Para honrar como se merece el aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado, las Brigadas de Navarra han querido ofrecer hoy al Generalísimo el único presente digno de él: Covadonga, cuna de la Reconquista y núcleo espiritual de Asturias, tierra de adopción de S. E. y de naturaleza de su esposa. Al comunicar el parte a V. E., le suplico le haga llegar la ofrenda de este modesto triunfo en nombre

de toda la División.»

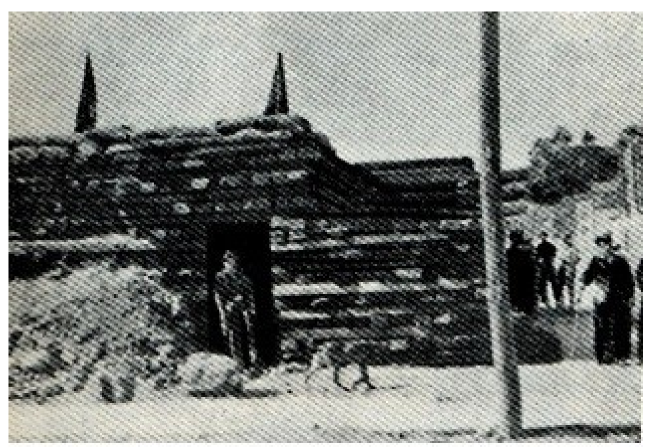

5.ª Brigada de Navarra en Covadonga


Ruinas de Tarna

La 4.ª, 5.ª y 6.ª Brigadas siguen adelante. La 1.ª afronta las avanzadas defensivas del Alto Sella y las rompe el día 8 de octubre. Pero queda la línea principal de resistencia. Los observadores creen, sin embargo, que empieza a cundir la desmoralización entre los rojos, sobre todo en aquellos sectores que va señalando la línea de envolvimiento.

En cambio, las tropas de la 4.ª, que han llegado al Sella cerca de Ribadesella, tienen que detenerse, porque, volados los puentes, dos Batallones se sostienen en el pueblo y cubren con el fuego de las ametralladoras todos los lugares de paso. Por un momento, el Estado Mayor rojo piensa que en Ribadesella terminará el avance nacional. Con renovado tesón lo defiende. Esa esperanza dura poco. El día 10 de octubre los soldados nacionales rompen la línea principal del Alto Sella y ocupan todas las posiciones que el enemigo creía inexpugnables. Trepan a todos

los macizos inmediatos y descienden sobre Cangas de Onís para marchar en seguida hacia Arriondas, cruzar el río allá donde los rojos no esperaban, trazar una curva envolvente con rumbo a las Sierras de Sueves y del Fito y tomar por la espalda el dispositivo del bajo Sella, que queda prácticamente encerrado. He aquí una operación que, en cierto modo, recuerda la de la envoltura de la Sierra de Elgueta, cuando la misma 1.ª Brigada de Navarra marchó sobre el pueblo de Elorrio y ocupó la retaguardia de los montes Inchorta.



Ribadesella: Fortificación roja ocupada por las fuerzas nacionales

El 13 las fuerzas nacionales cruzan el río Piloña, en parte con el agua al pecho y en parte a nado, sin tener en cuenta la bajísima temperatura.

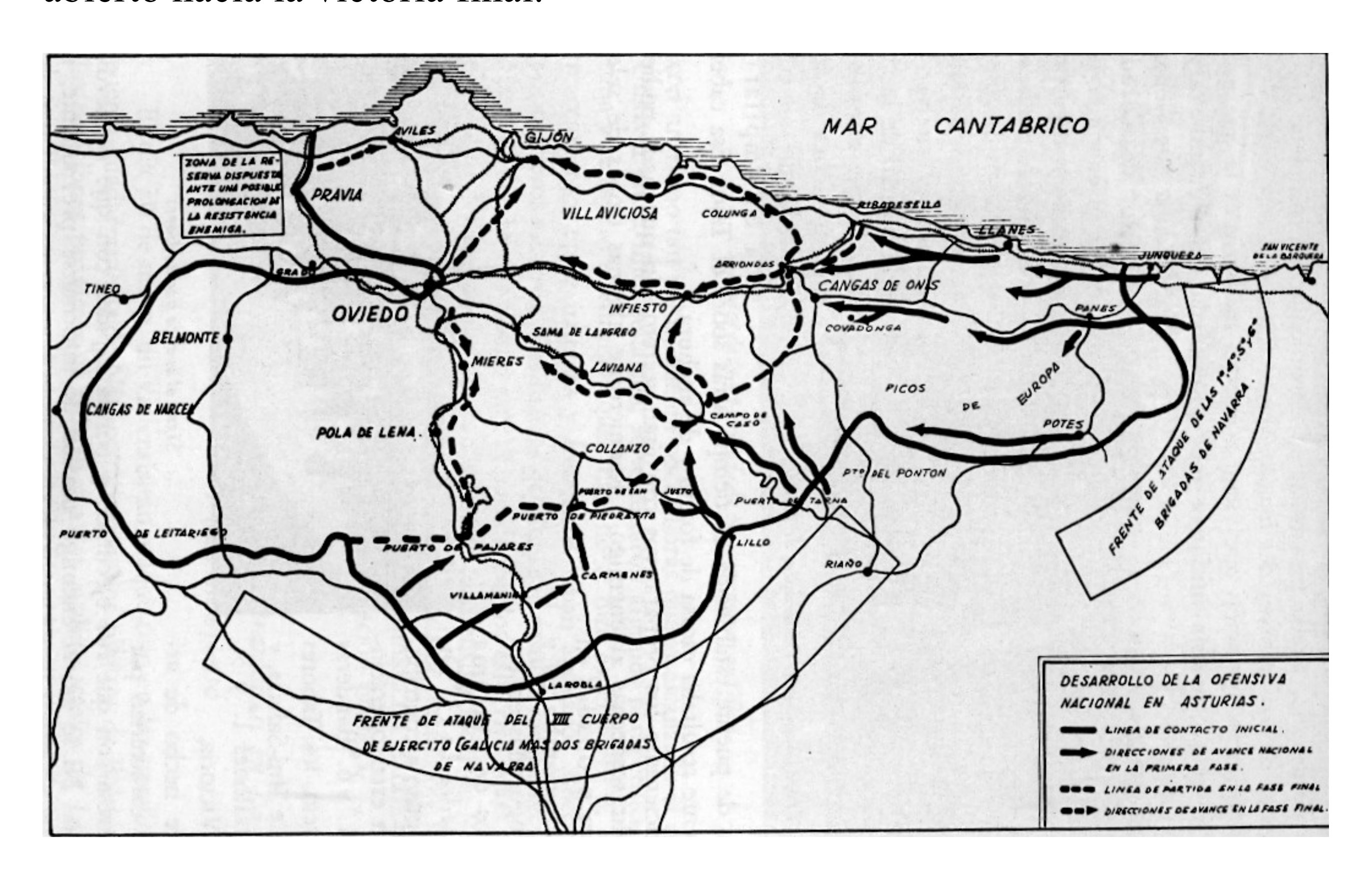
Alcanzan los pueblos de Arriondas, Lago, Tospe, Arobes, Viabaño, Llamés de Parres, Porro de Santianes, El Corono, La Manjosa, la Ermita de las Nieves, Castiello, El Cueto, Torzales, Nevares, Solaceaga, Huelgos y Riperoso. Ya los rojos van abandonando muertos y material por todas partes.



Reconstrucción de un puente destruido por los rojos en las cercanías de Arriondas

El ala derecha de Aranda es dueña de toda la región de Tarna y se dirige a los caminos de Infiesto. El centro se apoya en Pajares, domina Peña Ubiña y toma las rutas directas hacia Oviedo. Ese centro y ese ala izquierda de Aranda han tenido que hacer prodigios de maniobra táctica, escalar una a una las cumbres, moverse sin visibilidad, evitar las emboscadas, cubrirse constantemente, asaltar a pecho descubierto; sólo así ha sido posible vencer la maraña de posiciones y la red de armas automáticas que les aguardaban.

El Generalísimo quiere apresurar el paso. La batalla de Aragón le ha confirmado en su opinión de que es allí, en tierras aragonesas y levantinas, frente al mar Mediterráneo, donde tiene que buscar al Ejército rojo, destruirlo y decidir finalmente la guerra. Para ello necesita disponer íntegramente de los 150 Batallones que tiene embebidos en las operaciones del Norte, quedar libre de toda preocupación por el lado del Cantábrico, acumular la aviación, la artillería, los carros y todos los servicios en Aragón y preparar ya sus amplísimas maniobras, que serán el camino abierto hacia la victoria final.



Para ganar días, y antes de que vengan las nieves continuas, dispone que una División del Cuerpo de Ejército Voluntario, con cuatro Compañías de carros y 30 aeroplanos, más la División de Grado,

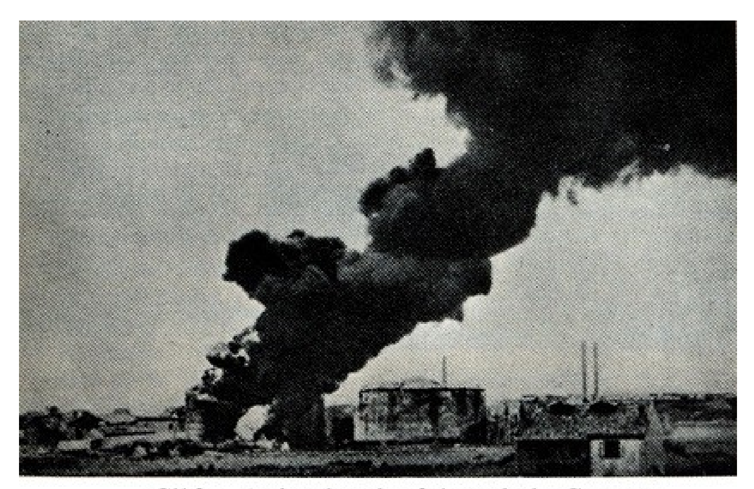
agrupadas en un Cuerpo de Ejército a las órdenes del General Aranda, ataquen en dirección Oeste-Este, partiendo de Grado y del sector de Avilés, con lo cual es seguro que se obtendrá un efecto de aplastamiento inmediato y se abreviarán las tareas del frente de Asturias. Ya empieza a organizarse todo para dar cumplimiento al plan del Generalísimo cuando, desplomado el frente del Sella, envueltas las líneas rojas, en marcha Muñoz Grandes hacia Infiesto por el valle de Tarna, triunfantes las vanguardias del resto del VIII Cuerpo en las crestas más importantes y en los observatorios decisivos del Sur, llega el momento de acometer a fondo, y sobreviene la marcha fulminante de la 4.ª y 5.° Brigadas de Navarra hacia Villaviciosa, cuya ría cruzan y cuyo caserío ocupan el día 19 de octubre. El día 21 se efectúa el enlace de las fuerzas de Solchaga con el ala derecha de Aranda, o sea con las tropas del coronel Muñoz Grandes. Al producirse ese hecho, de gran trascendencia para la situación general de Asturias, el frente rojo se derrumba con estrépito. El parte de Solchaga a Dávila dice el día 21 de octubre:

«Hoy se ha desmoronado totalmente la resistencia roja en nuestro frente. Las Brigadas de Navarra han avanzado sin encontrar enemigo, enlazando por la izquierda con el coronel Muñoz Grandes. A las 17 horas, el grueso de la 4.ª Brigada ha entrado en Gijón, aclamado por la muchedumbre. Al recoger en esta jornada el fruto de la dura y brillante campaña llevada a cabo por las fuerzas de mi mando, me atrevo a dirigir a V. E. un respetuoso saludo.»



Soldados de la 4.ª Brigada de Navarra entran en Gijón

La guerra en Asturias había, prácticamente, acabado. ¿Qué era de todas las amenazas, de todos los desafíos lanzados hasta última hora por el «dictadora asturiano Belarmino Tomás? Cinco mil personas iba a fusilar, según su propia proclama, en el caso de que los aviones nacionales siguieran bombardeando el puerto. Todos los hombres habrían de ir al frente. ¿Y después? No habían llegado a Villaviciosa las vanguardias nacionales cuando en el puerto de Gijón comenzó un activísimo preparativo de naves de todas clases, para que en ellas pudieran huir los directivos y responsables de las organizaciones sindicales.



Gijón. Arden los depósitos de la Campsa



Jefes rojos huídos de Gijón llegan a un puerto francés

En unas cuantas horas el aspecto moral de la población cambió radicalmente. Millares de personas perseguidas y acorraladas como fieras hasta momentos antes se sintieron renacer, cobraron ánimo ante la proximidad del Ejército de Franco y se lanzaron a las calles pidiendo la rendición sin condiciones. Una Comisión salió al campo, al encuentro de las tropas en marcha. Grupos armados de pistolas se apoderaban de los cuarteles, de la estación, del telégrafo, de la emisora de «radio». Cuando

los comisionados llegaron ante el coronel Camilo Alonso no tenían sino prisa, mucha prisa en llegar, porque lo urgente era evitar que Belarmino Tomás consumara sus amenazas. La 4.ª de Navarra avanzó por la carretera de Arroes sin cuidados especiales, con el fusil sobre el hombro, sin disparar un tiro, sin desplegar siquiera, como quien lleva a cabo un paseo militar.

Mientras tanto, las columnas restantes progresan por todas partes: por Grado, por Trubia, por lnfiesto, por Avilés, por Mieres, por Sama... Asturias ha sido definitivamente reconquistada por Franco.

El comunicado dirá a los españoles:

«El frente Norte ha desaparecido»

La campaña del Cantábrico ha sido cumplida tal como el Generalísimo la anunció. Ya están libres los 150 Batallones nacionales que en ella tomaban parte; libres los centenares de cañones; libres todas las escuadras aéreas, y los camiones, y los depósitos de proyectiles y los millares de kilómetros de cable, y los inmensos almacenes de víveres...

Todos los puertos del Cantábrico son nacionales. Y las minas, y las siembras, y los bosques, y millares de pueblos ricos, y centenares de fábricas y talleres. La flota de Franco, más genialmente audaz y heroica que numerosa, no tendrá que preocuparse del bloqueo del Norte.

De Asturias han huido todos los dirigentes socialistas. Veintidós Batallones de mineros se rinden a las armas de la Nación. La campaña norteña ha hecho desaparecer un Ejército rojo de 150.000 hombres, ha puesto bajo la protección de Franco 100.000 prisioneros y ha aumentado los efectivos del Generalísimo en 250 Batallones; los 150 que ahora mismo, terminada la ocupación de Gijón y roto el Ejército enemigo, empiezan a desplazarse hacia otras comarcas españolas, y los 100 que saldrán de la recluta de las provincias liberadas.

Puede afirmarse sin temor que la guerra ha sido ganada ya por Franco; quien triunfase en el Norte triunfaría en todas partes, porque de su victoria le vendría una inmensa superioridad de medios. El triunfo final fue siempre cierto; ahora es irrevocable; no hay sino llevarlo a sus últimas consecuencias.

Esto será función de otras campañas.

La dislocación de unidades hacia sus respectivos acantonamientos está en plena ejecución. Las Brigadas de Navarra reciben un merecido descanso, y se les autoriza a marchar a Pamplona, donde se les acogerá en pompa, como a los grandes triunfadores.

Resumen de otras operaciones durante el año 1937

Aunque en diversos lugares de este libro hemos dado cuenta, al pasar, de ciertas operaciones de carácter episódico que fueron llevadas a cabo durante el año 1937 en frentes de misión secundaria, queremos resumir aquí aquellos hechos, a fin de que el lector curioso encuentre al menos los datos elementales para que, en caso de mayor curiosidad y deseo de estudio, pueda procurarse la documentación completa que se encuentra en los archivos del Estado Mayor Central.

La primera operación que viene a nuestra memoria es la que nació el 7 de mayo de una iniciativa muy afortunada del General Yagüe. Mandaba este General el sector de Toledo, donde el enemigo, por su mucha y angustiosa proximidad, podía ensayar golpes de mano, amagar con situaciones molestas y turbar la vida normal de la ciudad. Yagüe concibió una maniobra de ámbito reducido que consistía en ampliar la cabeza de puente establecida de tiempo atrás sobre el Tajo. Esa cabeza de puente resultaba escasa de fondo y de anchura.

Hiciéronse los preparativos con gran secreto, sin que nada pudiera infundir sospechas al enemiga. Reuniéronse algunas tropas de selección, ya probadas en muchos combates y muy fogueadas en encuentros de extrema vanguardia. La 13.ª División puso a contribución en estas operaciones la 1.ª y 6.ª Banderas del Tercio, los Tabores de Ifni e Ifni-Sahara, y los Batallones 1.° y 3.º de la Victoria.

Este hecho de armas se caracterizó por la sorpresa con que fue ejecutado y por la rapidez con que se llevó a término. Ni se dio al enemigo ocasión de informarse previamente, ni plazo para reaccionar. Las unidades encargadas del ataque procedieron con un ritmo tan veloz, que en pocas horas quedó alcanzado el objetivo. Una vez en la línea señalada, se levantaron algunos parapetillos de fortuna y se esperó el contraataque. Este no se hizo esperar. El 8, los rojos reaccionaron, entre irritados y frenéticos. Iban apoyados especialmente por morteros y carros. Las fuerzas de Yagüe

se sostuvieron perfectamente. Hasta el día 14 del mismo mes se sucedieron los esfuerzos marxistas por el recobro del frente que poseían antes de la ofensiva local de los nacionales, pero no consiguieron recuperar una pulgada de territorio y hubieron de resignarse a lo inevitable, no sin haber consumido un Batallón entero en su constante esfuerzo por restablecer la situación primera.

Episodio dramático en La Granja de San Ildefonso

El día 30 de mayo, un violentísimo ataque rojo en las pendientes del puerto guadarrameño de Navacerrada, por los pinares de Balsaín, sobre las posiciones próximas al palacio y a los jardines reales de La Granja de San Ildefonso, anunció el proyecto de filtración al través de las débiles líneas nacionales para llegar, si era posible, en muy pocas jornadas, hasta la ciudad de Segovia. En la citada ciudad tenía su Cuartel General el General Varela. La primera noticia que llegó hasta allí fue la de que el frente había sido roto por el ataque rojo. La posición central del dispositivo de la defensa era la de Cabeza Grande. Gracias a ese triunfo, vanguardias rojas del Cuerpo de Ejército que mandaba el «General» Walter, jefe de la 35.ª División (el mismo que luego había de actuar en Brunete), entraban en los jardines, invadían las estancias del palacio que sirvió de lugar de veraneo a nuestros Reyes, Príncipes e Infantes, y se situaban sobre la carretera de Segovia, a 10 kilómetros de esta ciudad y en condiciones de continuar el avance.

Varela se presentó personalmente en La Granja, dispuesto a disputar muy cara la partida. Era uno de esos momentos de la guerra que exigen la fascinación personal de un jefe para que las tropas no sientan desmayos. Walter confió ese día en la victoria. Según nos refieren testigos presenciales —Nick Gillain, entre ellos, que pertenecía a la 14.ª Brigada internacional francobelga—, apuró todos los medios y apretó todos los mecanismos, incluso los más extremos del terror, a fin de lograr de sus tropas una combatividad sostenida, capaz de explotar el éxito primero. Cuando Varela llegó a La Granja, la situación presentaba caracteres muy sombríos para la línea nacional. Era comprensible que las guarniciones del sector hubieran cedido, porque se trataba de fuerzas muy pequeñas, ante

las cuales se presentaron Brigadas completas, muy bien dotadas de armamento.

Desde el frente Sur de Madrid llegó en camiones una parte de la División mandada por el coronel Barrón. Eran el 5.° y el 6.º Tabor de Regulares de Melilla, un Tabor de Ifni-Sahara, el Batallón 73, el 3.° de la Victoria y las 1.ª y 6.ª Banderas del Tercio; en total, siete unidades magníficas, con las cuales se dispuso Varela a desbaratar las planes del Cuerpo de Ejército de Walter. Reducidos los focos de las avanzadillas, se trató de recuperar Cabeza Grande, en donde se hallaba, después de todo, el verdadero secreto del problema táctico. El día 1.º de junio se planeó y se produjo un ataque a la citada posición. Desde los instantes iniciales del choque se vio que los internacionales de Walter y los milicianos de Modesto —que según parece procedían de La Granja— retrocedían en desorden. En cuatro o cinco horas de rudo combatir, Cabeza Grande volvió a coronarse con la bandera nacional. El resto del dispositivo rojo se replegó a su vez, y por la noche, las líneas de partida de los rojos habían sido incluso rebasadas en algunos puntos, y el frente de Varela quedaba mejorado para la resistencia. Reiteradamente contraatacaron los rojos; Walter depuso jefes españoles, fusiló subalternos, mandó apalear milicianos, dictó órdenes estremecedoras; pero nada de ello pudo contrarrestar los resultados del ataque montado por el General Varela, que el día 3 de junio volvía a Segovia, seguro ya de que en el frente de La Granja había quedado definitivamente conjurado todo peligro y de que la retaguardia segoviana podía continuar viviendo en paz.

Operaciones en el Ejército del Sur

Hemos aludido a los intentos que el General Queipo de Llano, llevado de su incansable actividad, puso en práctica sobre el frente Sur durante el año de 1937, con escasísimos medios. Tres fueron los planes de operaciones principales. (Dejamos aparte, como es natural, por su alcance y porque ya ha sido minuciosamente referida, la operación de la conquista de Málaga). El primero de esos planes tuvo por objeto invadir la zona de Montoro, Lopera y Porcuna. Tenía esta invasión una doble ventaja: alejar ampliamente de Córdoba las líneas rojas y rescatar un territorio muy rico desde el punto de vista agrícola, porque se trata de una zona poblada de olivares y, por consiguiente, fuerte productora de aceite. Los rojos no

vieron ni oyeron la maniobra. Cuando quisieron volver en sí, Queipo era dueño de todos los objetivos que se había señalado. Quizá tuvo en algún momento la ilusión de abrirse paso hacia Andújar y acercarse así al Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza; pero la modestia de sus medios y la imposibilidad de obtener otros le obligó a detenerse en las líneas alcanzadas, donde se fortificó con tanto acierto que todos los ataques de los rojos a lo largo de la campaña sobre los sectores de Lopera y Porcuna no tuvieron el menor éxito.

El segundo plan tuvo la intención de acercar el frente nacional a la región de Almadén, para lo cual era necesario apoderarse de la gran población de Pozoblanco. Sobre esta operación hemos dado el posible resumen en páginas anteriores.

El tercer plan, finalmente, tuvo como escenarios la zona de Campillo de Llerena y la Sierra de Grana. Se tenían en los primeros días de abril informaciones fidedignas de que el Estado Mayor rojo, que entonces estaba principalmente influido por el coronel Asensio Torrado, trataba de atacar con grandes masas rumbo a Mérida, a fin de romper el frente nacional y llegar a la frontera portuguesa, aislando así las dos grandes zonas —Norte y Sur— que integraban la España de Franco. Había de mandar las fuerzas de la ofensiva el General Zaisser (a) «Gómez», cuyo prestigio se hallaba en su punto máximo.

Queipo de Llano tuvo la feliz idea de adelantarse y mejorar sus posiciones mediante la ocupación de la Sierra de Algallén, parte de la Sierra del Pedroso y la Sierra de la Grana. Las fuerzas del Ejército del Sur constituidas en masa de maniobra, fueron reforzadas con la Brigada legionaria de «Flechas Azules», que en estas operaciones recibió su bautismo de sangre.

En tres días, todos los objetivos fueron alcanzados perfectamente. Al contraataque partió la 13.ª Brigada internacional, que trató de recobrar la Sierra de la Grana, así como otras tres Brigadas más, todas internacionales, empeñadas en recuperar las Sierras de Avila, Lázaro, Algallén y el Puerto de los Americanos

Durante cinco días la artillería roja disparó sin cesar y apoyó seis contraataques. Una columna mixta de voluntarios italianos y de soldados españoles salió de Campillo de Llerena y sorprendió mediante un movimiento de flanco a los contraatacantes, los cuales hubieron de

retirarse con grandes pérdidas. Estos hechos se producían entre el 13 y el 20 de abril de 1937.

El 21, los Batallones de «Gómez» decidieron suspender sus actividades, la línea nacional quedó consolidada, y el fracaso del plan de ruptura hacia Portugal repercutió en Valencia, donde la política hostil a Largo Caballero y al coronel Asensio Torrado puso en evidencia la inanidad del esfuerzo, con lo cual resultaron triunfantes Indalecio Prieto en lo político y el teniente coronel Vicente Rojo en lo militar.

En conjunto, las iniciativas de Queipo de Llano durante el año de 1937 sirvieron para dar solidez al frente Sur, y si no modificaron ninguna situación estratégica, dieron al Mando español una posición de dominio y de iniciativa, al amparo de la cual fue posible retener en el Sur fuerzas rojas que importaba no ver empleadas en otros frentes.

Este es el resumen de las operaciones secundarias a que nos hemos referido en las primeras líneas del presente apartado.

CAPÍTULO X

PAUSA, PLANES EN ARAGÓN, PREPARACIÓN DE UNA NUEVA OFENSIVA NACIONAL EN GUADALAJARA Y GRAN ATAQUE GENERAL DEL EJÉRCITO ROJO EN TERUEL

Reorganización del Ejército de Franco. — Ejércitos y Cuerpos de Ejército. — Concentración de la masa de maniobra en Aragón. — La tentación del mar y de Cataluña. — Nuevo proyecto de operaciones hacia Madrid por los valles del Tajo, el Tajuña y el Henares. — Persistencia de las adversas condiciones meteorológicas. — Reorganización del ejército rojo. —Dos fuertes masas en el Este y en el Centro. — Adquisición de material. — Problemas morales y políticos. — Tercera gran diversión ofensiva de las tropas rojas. — Ataque general a las líneas nacionales en el saliente de Teruel. — Contraataque nacional. — Tempestad de nieve.

Coronada la campaña de Asturias, y con ella la de todo el frente cantábrico, mediante la concluyente victoria que allí aseguró el triunfo final para las armas de Franco, dispuso éste que las unidades a cuyo esfuerzo se debía la conquista de Bilbao, Santander y Gijón disfrutaran de unas semanas de descanso y se empleara ese tiempo en reorganizar activamente el Ejército, dándole nuevos lineamientos, articulándolo con la necesaria amplitud, perfeccionando sus servicios y transformándolo definitivamente en un sistema de tal eficacia, seguridad y exactitud que se le pudieran encomendar maniobras de largo aliento y de anchos propósitos, porque había llegado el momento en que la estrategia de Franco, revelada hasta ahora de manera admirable en operaciones de naturaleza parcial, pues sólo se referían —aun las más importantes— a frentes y objetivos de carácter intermedio o preparatorio, iba a ensanchar su vuelo en decisiva busca de los objetivos terminales.

El Generalísimo ha ido haciendo muy pausada y cautamente la Movilización de las diferentes quintas o clases. No quiere que abandone los campos, los talleres o las oficinas de España ni un solo hombre más de

los que considera necesarios para cubrir las etapas de la victoria. Los demás, aun cuando se trate de hombres en magnífica edad de combatir, deben permanecer en sus puestos de trabajo, porque tanto como ir reconquistando territorios importa ordenar más y más la economía de los ya reconquistados y sostener la producción. En este punto, como en todos los demás, Franco lleva siempre un considerable margen de ventaja al Gobierno rojo; éste moviliza con mayor incoherencia y mueve de un lado a otro de sus dominios verdaderas masas de jóvenes a las que, en ocasiones, ni siquiera tiene fusiles y ametralladoras que entregar.

Con las últimas incorporaciones de reclutas, el mes de noviembre de 1937 encuentra a Franco al frente de un Ejército formado por 650 Batallones de Infantería, una División de Caballería, 290 baterías de artillería (incluidas las legionarias y las anticarros) y 400 aviones. Tenemos, pues, que esa fuerza representa una masa (aproximada) de 600.000 hombres. Según noticias técnicas, 200 Batallones y 70 baterías correspondientes a esa masa integran la Reserva general.

Mientras las Brigadas de Navarra reciben en Pamplona y en todos los pueblos de su provincia el homenaje más ferviente, la reorganización decretada por el Generalísimo sigue su camino.

Quedan divididas las fuerzas nacionales en tres grandes núcleos llamados Ejército del Norte, Ejército del Centro y Ejército del Sur. Manda el primero el General don Fidel Dávila (Jefe de Estado Mayor, General Vigón); el segundo, el General don Andrés Saliquet (Jefe de Estado Mayor, coronel Uguet); el tercero, el General don Gonzalo Queipo de Llano (Jefe de Estado Mayor, teniente coronel Cuesta).

Cada uno de los Ejércitos se forma con un número variable de Cuerpos de Ejército, así como varía y variará durante la guerra el número de Divisiones de cada Cuerpo.

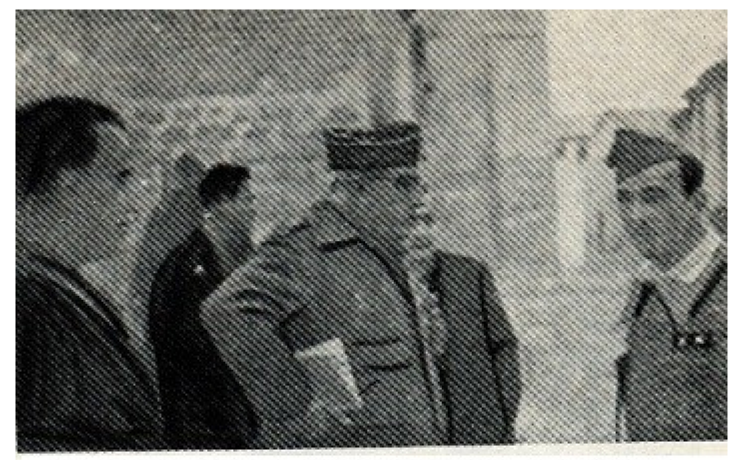
Estas grandes unidades toman el nombre de las regiones de donde salieron sus primeras tropas; así, por ejemplo, tenemos el Cuerpo de Ejército de Navarra (General Solchaga), afecto al Ejército del Norte; el de Galicia (General Aranda), también del Norte, como el de Aragón (General Moscardó).

En el Centro aparecen, por de pronto, el Marroquí (General Yagüe) y el de Castilla (General Varela).

En el Sur, por la menor urgencia operatoria, el General Queipo de Llano manda durante algún tiempo su primitiva organización basada en el sistema divisionario.



El General Moscardó, Jefe del Cuerpo de Ejército de Aragón



El General Yagüe, Jefe del Cuerpo de Ejército Marroquí, en el frente de Aragón

Libre ya de preocupaciones divergentes, el Generalísimo se dispone a organizar sus grandes ofensivas totales; y las llamo así, porque en ellas se empleará casi toda la masa de maniobra disponible, así como la mayor parte de las agrupaciones de artillería, toda la aviación y el 80 por 100 de los elementos de transporte.

La moral del Ejército de Franco es elevadísima; no sólo por el influjo que en el espíritu de los combatientes han ejercido las continuas e importantísimas victorias alcanzadas, unidas a la inviolable defensiva puesta en práctica sobre el frente de Aragón durante los primeros tiempos,

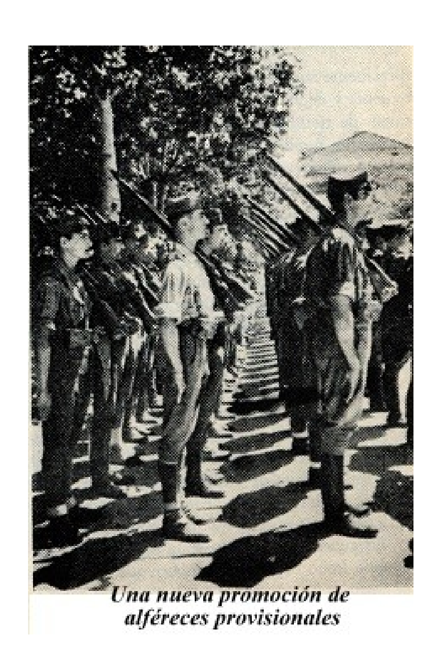
sino porque la eficacia de los cuadros de mando, la experiencia que han alcanzado y la disciplina de las tropas son perfectamente satisfactorias.


El General Varela, Jefe del Cuerpo de Ejército de Castilla

No es menos fuerte y sólida la moral de la retaguardia. Si los fallidos intentos llevados a cabo contra Madrid en noviembre y diciembre de 1936, reiterados luego en febrero y marzo de 1937, pudieron producir y de hecho produjeron alguna desilusión, ésta se halla compensada por muy grandes motivos de seguridad y de certidumbre. En lo militar, la conquista del Norte ha sido apreciada justamente por toda la opinión pública; y no dejan de aparecer con claridad los extraordinarios progresos alcanzados por el Ejército en su organización y pujanza; en lo económico, la abundancia de alimentos, la baratura de los precios, la normalidad de la existencia en ciudades y pueblos, el orden reinante y el mejoramiento de los instrumentos financieros del Estado, ofrecen a la retaguardia facilidades, y aun comodidades, que los visitantes extranjeros no pueden menos de observar y de contemplar con penetrante curiosidad.

En cuanto a la política internacional respecto de España, la adhesión de Italia y de Alemania a la Causa nacional se ha ido fortaleciendo en el curso de los meses; a ella se han agregado la del Japón, Hungría y varias Repúblicas hispanoamericanas. Dentro del grupo de países expectantes, indiferentes u hostiles, los triunfos de Franco no han dejado de imprimir su huella; así se ve que la Gran Bretaña va modificando poco a poco su actitud hasta entrar en relaciones comerciales y semidiplomáticas con el Gobierno de Salamanca o de Burgos; la propia Francia, pese al Frente Popular, ve cómo en el seno de su sociedad política aumenta la corriente favorable a Franco; y, en fin, la conciencia de que Franco vencerá irremisiblemente y de que el comunismo será derrotado se difunde por

toda la tierra, al par que baja y baja todos los días la fe que algunos pueblos y no pocas organizaciones internacionales habían puesto en un posible triunfo del Frente Popular. Reflejo de lo que dejamos dicho es la cotización de las dos monedas y su estimación en el exterior; mientras la peseta roja cae vertiginosamente por debajo del franco francés hasta alcanzar niveles de casi absoluto desprecio, la peseta de Franco, sin oro, sin reservas, sin representaciones diplomáticas en los países poseedores de las riquezas áureas y dueños del comercio exterior, se sostiene briosamente en cotizaciones que van del franco y medio a los dos francos por unidad monetaria española.



Una nueva promoción de alféreces provisionales

Gran colaboración prestan a la victoria nacional las nuevas Academias de Oficiales provisionales organizadas por el General don Luis Orgaz. La guerra ha sido desde el primer día terrible consumidora de Jefes y Oficiales, que para asegurar el cumplimiento de sus misiones no han vacilado en dar ejemplo excepcional de heroísmo y de grandeza de alma. La organización del Ejército exige que casi todos los Jefes y Oficiales profesionales sean habilitados para el empleo y mando inmediatamente superior, con lo cual se produce el vacío en las jerarquías de teniente y de alférez. A llenar ese vacío acuden las Academias, de donde salen, de tiempo en tiempo, promociones abundantes de Oficiales provisionales, nombrados y elegidos entre los mejores combatientes, y sometidos a cursos y prácticas de carácter intensivo. El rendimiento de esos Oficiales bajo el fuego excede a todas las esperanzas imaginables. Su modo de guiar a la tropa, de mantener la moral, tanto ofensiva como defensiva, de

garantizar la disciplina sin alharacas ni terrores, y su capacidad para el sacrificio ante el fuego enemigo —en lo que muchas veces se excedían, por pura gallardía del ánimo— llenan uno de los capítulos más gloriosos y emocionantes de la Historia militar, y de cualquiera de los más luminosos períodos que nos ofrece la vida del mundo civilizado.

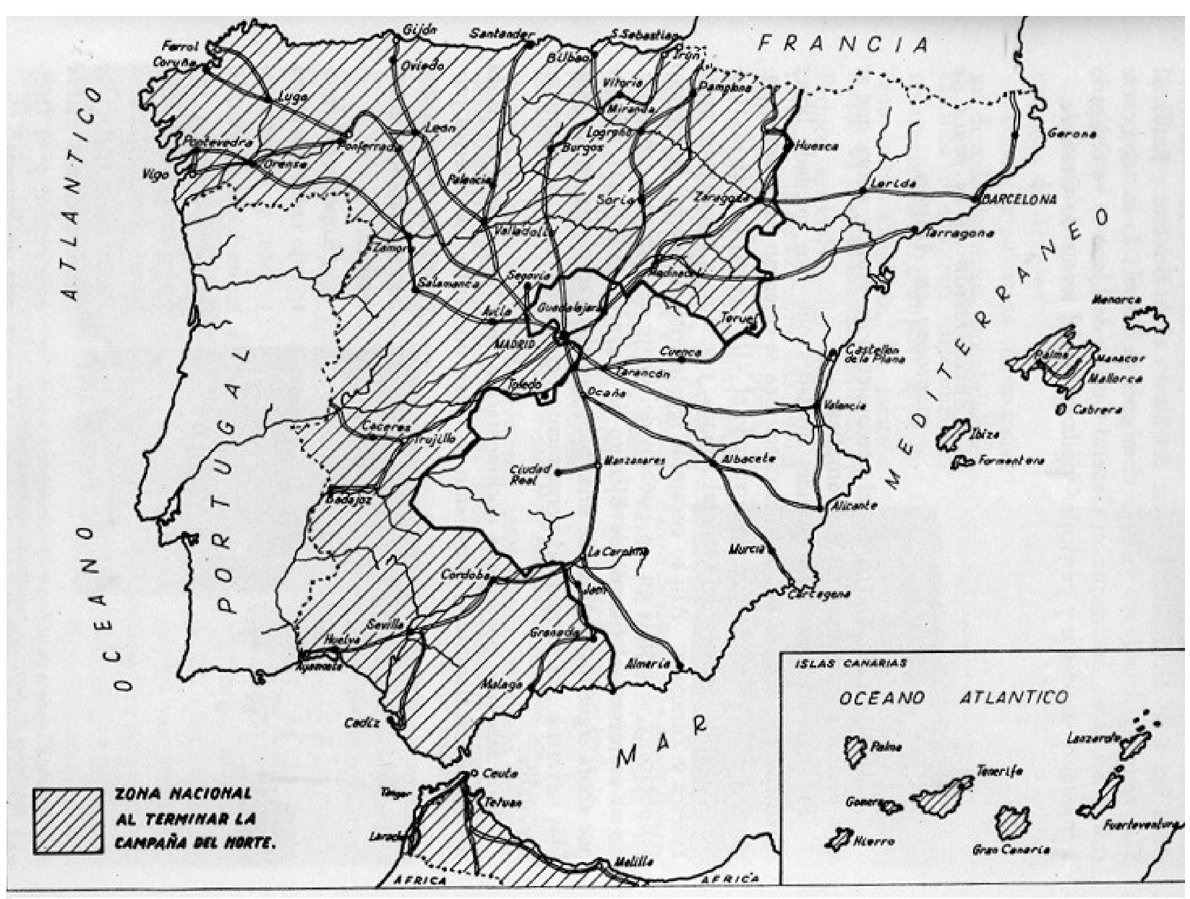


Gráfico general del frente en el mes de diciembre de 1937

* * *

El frente nacional, tal como queda constituido a partir del final de la guerra en el Norte, va desde el Pirineo —al Este de Canfranc— hasta el Mediterráneo en los alrededores de Motril, dibujando una inmensa línea, aproximadamente de 1.800 kilómetros de longitud, muy irregular en su trazado, llena de curvas y contracurvas, que son verdaderas bolsas o cuñas incrustadas por uno de los frentes en el seno del dispositivo enemigo.

En general, la solidez de la organización de Franco es grande; pero no sería lícito dejar de reconocer que varios de sus sectores ofrecen mayor debilidad que otros, y presentan a los rojos ocasiones de idear ataques y maniobras que, al menos en teoría, pueden alcanzar éxito. Así, por

ejemplo, el frente comprendido entre Jaca y Huesca; así, igualmente, el de la Sierra de Alcubierre al Norte del Ebro y el de Belchite y Jaulín al Sur; tampoco deja de ser tentador el saliente de Teruel; lo mismo ocurre con el del Tajo; finalmente, el General Queipo de Llano se ve obligado a mantener constante y particular vigilancia en el sector de Granada.



«Margaritas» confeccionando prendas de abrigo para los combatientes

Concentración de la masa de maniobra en Aragón

¿Cuáles son las directrices del pensamiento de Franco, ahora que se va a decidir a las maniobras más amplias?

En primer término, las grandes unidades que han quedado libres como consecuencia de la campaña cantábrica se orientan hacia acantonamientos situados en Aragón. Allí va todo el VIII Cuerpo de Ejército (Galicia), bajo las órdenes del General Aranda, y se sitúa a retaguardia entre Huesca y Zaragoza. Allí se encamina igualmente el Cuerpo de Ejército Voluntario y se instala en los pueblos del Oeste de Zaragoza, Allí irá, en su momento, el Cuerpo de Ejército de Navarra (Solchaga), aunque por ahora sigue disfrutando de unas bien ganadas vacaciones en los pueblos navarros. El secreto del pensamiento del Generalísimo se mantiene inviolable.

Hoy sabemos, por alguna documentación que las semanas de pausa del mes de noviembre se emplearon en elegir uno entre los diversos proyectos de ofensiva que las circunstancias aconsejaban.

¿Ruptura del frente rojo entre Zaragoza y Jaca, y marcha resuelta hacia el corazón de Cataluña, por las líneas de Lérida y Barbastro, hasta llegar a Barcelona y cortar las comunicaciones entre esta ciudad y la frontera de Francia?

¿Ataque en masa por el saliente de Teruel, rumbo al mar Mediterráneo, ganando las líneas de Segorbe y Sagunto?

¿Ofensiva contra Madrid por la carretera de Aragón?

Una compulsación minuciosísima de todos los datos, probabilidades, cálculos e informes determinó el aplazamiento de cualquier gran intento sobre Cataluña. La estación estaba ya muy avanzada; en todo el Pirineo arreciaban los rigores del invierno; la nieve cubría una amplia zona por donde habría de operar el ala izquierda del dispositivo nacional; y por añadidura, el enemigo había concentrado en el frente de Aragón sus tropas mejores, su material más abundante y más moderno. No era prudente iniciar una operación de amplio alcance con menos de 300.000 hombres, y dados los efectivos disponibles para los 1.800 kilómetros antes citados, resultaba peligroso desguarnecer una gran parte de las líneas para formar la indispensable masa de maniobra en Aragón.

Parecidas razones se opusieron a la ofensiva hacia el mar desde Teruel; la invernada, por sí sola, es capaz de detener la más audaz de las marchas en los montes turolenses. Recordemos con qué prodigioso tino sabía servirse el General carlista Cabrera de la nieve que paralizaba todas las actividades de las columnas liberales en el Maestrazgo. Tomando ahora los datos que el invierno de 1937-1938 nos ofreció, vemos con perfecta claridad que el General Franco tuvo razón en el aplazamiento de tales proyectos, porque no se sabe cómo hubieran podido moverse las Divisiones por el Pirineo aragonés o por los imponentes vericuetos de las Sierras de Gúdar y de Javalambre, dados los temporales de lluvia, nieve y granizo que cayeron sobre el Norte y el Sur de la región aragonesa.

La tentación del mar y de Cataluña ofrecían atractivos insuperables; pero estaba corriendo ya el mes de noviembre, y ¡era tarde para poner en práctica tales propósitos!

En vista de ello, y dado que aún pesaba sobre el ambiente nacional la preocupación de Madrid —Madrid, como supremo objetivo político, moral, militar y psicológico—, el Generalísimo se decidió a emplear una parte de su Ejército en reproducir, aunque en mucha mayor escala, y con

sistemas mejores, con planeamientos acabados, con garantías muy superiores, la operación del ataque a Madrid por la región de Guadalajara.

En virtud de ello, mandó que reconcentraran en el frente mencionado tres fuertes Cuerpos de Ejército; el mandado por Yagüe (Marroquí) o Agrupación *A*, que cubriría toda el ala derecha y tomaría como eje de marcha el río Henares; estaba integrado por las Divisiones 5.ª, 82, 150 y una de reserva, la 54; el Voluntario, o Agrupación *B*, formado por las Divisiones «Littorio», «Flechas Negras», «Flechas Azules» y una de reserva, la 62, cuya directriz sería la de Trijueque-Torija-Guadalajara., marchando entre la derecha del río Badiel y la izquierda del Tajuña; y el de Castilla (Varela) o Agrupación *C*, con sus Divisiones 1.ª, 61, 13.ª y la de Caballería, que atacaría hacia el Alto Tajo, tomando este río como eje para penetrar en las direcciones de Tarancón y Aranjuez. La convergencia de las tres masas se produciría en una amplia zona, con Alcalá de Henares como centro.

El Cuerpo de Ejército de Galicia quedaba concentrado a retaguardia de Zaragoza lo formaban las Divisiones 4.ª, 81 y 84; las dos primeras podrían ser eventualmente utilizadas por el Cuerpo de Ejército de Castilla. Sus acantonamientos se hallaban en los alrededores de Ariza y Nuévalos.

En la primera quincena de diciembre iban a dar comienzo las operaciones. El Mando ponía en ellas una fe completa. Pero he aquí que, durante el aludido mes de diciembre, las condiciones meteorológicas fueron tan hostiles que todos los preparativos —traslado de tropas, acumulación de medios, instalación de servicios, reconocimientos y observaciones necesarias— determinaron una inevitable espera e impusieron varios aplazamientos del día «D».

Como por mucha que sea la prudencia de las gentes no es posible guardar todos los secretos indefinidamente —y mucho menos en países como el nuestro—, sucedió que en el transcurso de los días —desesperantes— de mal tiempo, empezaron a difundirse noticias y rumores relacionados con la ofensiva, y no tardaron los corrillos de conversadores en comentar detalles del plan, lo cual quiere decir que los conocieron igualmente los informadores secretos del espionaje rojo.

Consecuencia de ello fue que el Estado Mayor de Barcelona —el Gobierno marxista se había trasladado a Barcelona e instalado allí hacia mes y medio—, que ya venía acariciando la idea de lanzarse a una nueva ofensiva, porque entendía que su Ejército era mucho mejor que el de

Brunete y el de Belchite, mandó apresurar los preparativos del ataque, a fin de anticipar fechas y de matar, antes de que naciera, la gran maniobra nacional contra Madrid. ¡Vino el asalto a Teruel!

Reorganización del Ejército rojo

Un crítico militar italiano ha escrito:

> «Si pensamos que las Divisiones orgánicas regulares, bien armadas y equipadas, que a mediados de diciembre cercaron Teruel, son las herederas directas de aquellas columnas de milicianos que, en los primeros tiempos del Movimiento nacional vimos sin mandos, mal armadas, sin disciplina ni freno, nos daremos cuenta de la profunda transformación producida en el Ejército rojo y de que ese Ejército es susceptible de mejoras más importantes.»

Esta es la verdad. El primer Gobierno del Frente Popular (Giral) cayó porque su política militar le llevó a los fracasos del Norte, de Andalucía y de Extremadura. El segundo Gobierno (Largo Caballero) fue víctima del avance nacional hasta las puertas de Madrid, del inmenso fracaso rojo en Toledo y del «fiasco» de los mineros asturianos en torno a Oviedo. El tercero (Negrín) llevó al Departamento de Defensa a Indalecio Prieto, considerado siempre como el más capaz de los jefes socialistas y el mejor de todos los políticos del Frente Popular. Indalecio Prieto orientó resueltamente su actividad a la organización de un verdadero Ejército, no de una masa miliciana entregada a las facciones y a los distintos partidos. Para ello, comenzó por eliminar la oposición de los anarquistas y de los llamados «trotskistas», apoyó la unificación de las fuerzas sindicales, trató de establecer la disciplina con arreglo a los clásicos métodos militares, llamó a su lado a los Jefes y Oficiales de profesión castrense, les dio todos los mandos y los poderes compatibles con el sistema político imperante en la España roja, creó Academias de Oficiales, dejó trabajar a los Estados Mayores y compró enormes cantidades de material en el extranjero.

La instrucción y la preparación de cuadros y soldados se fue acentuando. La actividad de los comisarios políticos en el seno de las unidades de combate decreció en forma tal que casi estuvo a punto de desaparecer. Esta hostilidad de Prieto hacia los comisarios políticos le valió la enemiga resuelta del Partido Comunista, que aprovechó una ocasión propicia para desembarcarle del Gabinete.

De ahí que ante los jóvenes comunistas Prieto haya quedado con el estigma de traidor.

Prieto había llegado al Ministerio de Defensa como una gran esperanza. Su dialéctica de parlamentario le permitió razonar los desastres de Brunete y de Belchite presentándolos como «triunfos incompletos», reveladores, sin embargo, del «fantástico adelanto» conseguido en la organización militar de la España roja. Graves fueron para su prestigio los desastres de Bilbao, Santander y Asturias; pero también pudo argüir diciendo que se trataba de frentes distantes, incomunicados con los centros vitales de la España dominada por el Gobierno de Valencia o de Barcelona, y por consiguiente, inaccesibles al socorro directo y a la ayuda eficaz.



Un puesto nacional en la línea exterior de Teruel

Frente a las críticas que iban alzando la cabeza, Prieto aseguraba que «su» Ejército estaba a punto de conseguir la deseada perfección, y que en plazo breve daría brillante prueba de ello. Los agentes rojos en el extranjero prepararon a las Cancillerías para una sorpresa que tendría lugar a fines de 1937 y que cambiaría, radicalmente la faz de las cosas.

Integraban el ejército rojo unos 450.000 hombres, repartidos en dos masas; la del Centro, mandada por Miaja, y la del Este bajo las órdenes del teniente coronel (ascendido a General por los rojos) Hernández Sarabia. Sarabia había sido Ministro de la Guerra en las primeras semanas de la guerra. En Valencia se estaba organizando un tercer Ejército que se llamaría de Levante o de La Costa. Todo ello representaba sobre el papel 640 Batallones, con efectivos más reducidos, por Batallón, que los del Ejército nacional. Disponía Prieto de unos 350 aviones *y* de 200 baterías. «La reserva —nos dice un crítico— equivalía a 90 Batallones y 35 baterías». Esta cifra no respondió jamás a la realidad.

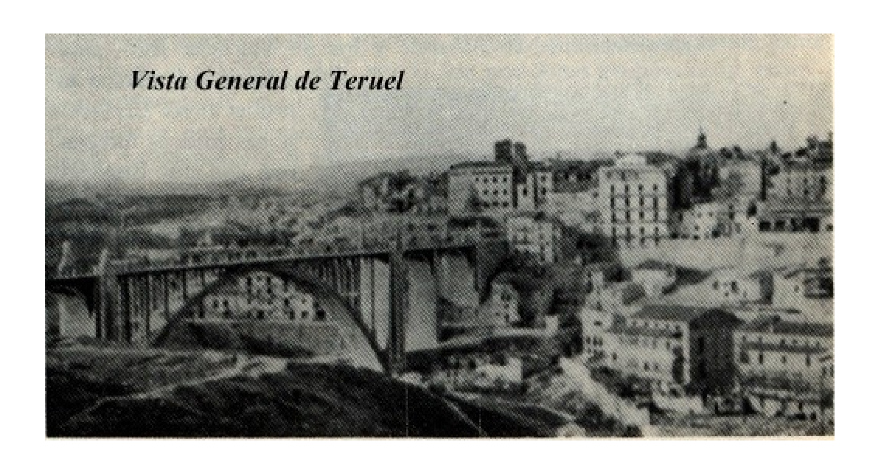
Al frente del Estado Mayor General figuraba el teniente coronel Vicente Rojo, que llegó a ser el hombre de la máxima confianza de Prieto, y luego de Negrín, como el coronel Asensio Torrado lo había sido de Largo Caballero.

Buen número de Divisiones estaban mandadas por Jefes profesionales; las internacionales conservaron sus mandos extranjeros; algunas de las más célebres entre las de choque actuaban bajo la férula de milicianos muy populares, como Lister, «El Campesino», Modesto Guilloto, Cipriano Mera, Tagüeña, Merino y otros, tipos instintivos de más o menos imaginación, sin preparación apenas, guerrilleros, que poco a poco fueron aprendiendo algunas de las artes del mando, pero que se sostuvieron por su capacidad de implantar regímenes de terror entre sus soldados. Varios profesionales les asistían en el Estado Mayor. Oficiales de la reserva de algunos Ejércitos extranjeros aparecían desempeñando cargos técnicos y mandando baterías. De todas suertes, la técnica y la moral de los nacionales seguían siendo superiores, en grado importante, a la moral y a la técnica de los rojos. Hasta en el orden directamente político Franco había unificado todas las fuerzas —carlistas, falangistas, alfonsinos, populistas y neutros— en un solo Partido llamado Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., mientras que Negrín, que había importado los métodos de la policía rusa, sólo a duras penas lograba contener la rebeldía de los anarquistas y apenas evitaba la corrosiva actividad de los elementos nacionales residentes en la zona roja, más conocidos por el nombre genérico de «quinta columna».

Como un gran estallido, se inicia la ofensiva roja en Teruel

Prisa, aún más, urgencia suma, todavía más, apuro sentían los rojos por apuntarse algún tanto en el tablero de la guerra, porque la opinión que por el mundo adelante les asistía comenzaba a flaquear notoriamente, y ya no creía en palabras de propaganda, si éstas no iban acompañadas de hechos muy concluyentes. ¿Por qué eligieron el frente de Teruel para su poderosa tentativa? ¿Qué les impulsó a ello? Verdaderamente, las líneas nacionales en torno a Teruel no eran muy fuertes, ni estaban de sobra guarnecidas; sólo el amor propio de los mandos y de los combatientes, que no quisieron jamás ceder de buen grado un palmo de tierra, ni un pueblo,

ni mucho menos una ciudad al enemigo, mantuvo el frente del Bajo Aragón a pesar de las peligrosas condiciones de su trazado. Pero, aun siendo ello así, ¿por qué el Estado Mayor de Barcelona no acumuló sus masas de atacantes en otros sectores —por ejemplo, entre Huesca y Zaragoza, o entre Monreal del Campo y Teruel— donde los objetivos posibles se hallaban más próximos y las consecuencias del triunfo inicial podían ser más importantes? Se dejaron seducir por el nombre de una capital de provincia; creyeron que el anunciar la conquista de unos cuantos pueblos y de una serie de cotas no produciría ningún efecto fuera de España, y que, en cambio, la resonancia de un nombre geográfico y político (en este caso una ciudad), removería con mayor eficacia los entusiasmos semiapagados de los amigos y correligionarios. Esto, por lo que se refiere al Gobierno. En el ámbito del teniente coronel Rojo, Jefe de Estado Mayor General, prevalecieron otras hipótesis. No se sabe por qué pesadilla u obsesión, Rojo se empeñó, desde los días de Belchite, en cortar los frentes nacionales de modo que quedara aislada la ciudad de Zaragoza y empalmaran directamente al través de la ruptura estratégica las Divisiones rojas de Aragón con las de Guadalajara. Este propósito, que en la batalla de Belchite tuvo como directriz ideal el rumbo Calamocha-Calatayud, fijó sus ilusiones durante la batalla de Teruel en la directriz de Molina de Aragón, y más tarde en la de Monreal del Campo-Calatayud. El día 15 de diciembre se inició la ofensiva.



Datos geográficos

La comarca de Teruel es un país de *páramos,* en la más estricta acepción morfológica y climatológica de la palabra.

El país se modela en los materiales miocenos, de facies continental; arcillas, margas y calizas de origen lacustre. Las aguas han tajado en el espesor de los todavía horizontales estratos, amplios unas veces y angostos otras, valles de erosión por cuyo fondo, y al nivel de las arcillas, fluye el caudal líquido de los ríos actuales; Guadalaviar o Turia, que es el principal, y Alfambra, afluente izquierdo del Turia aguas arriba de Teruel.

La erosión, igualmente, ha modelado los altos páramos amesetados, coronados por recios tableros horizontales de lacustres calizas que toman el tono blanco rosado. Comenzando por el Norte y continuando en el sentido en que se mueven las agujas de un reloj, estos altos cerros amesetados se suceden en el orden siguiente en torno de Teruel, Alto de Celadas (1.165 metros). El Muletón (1.086), Sierra Gorda (1.119), El Mansueto (1.156) y Santa Bárbara (1.032), este último inmediato y al Noroeste de Teruel; Castellar (1.041 metros), el Morrón de Quilez (1.065) al Oeste de Aldehuela, Rama (1.076), Galiana (1.020 metros), al Sur de Villaespesa y al Suroeste de Teruel y derecha del Turia, cerros en meseta cuya llanada superior alcanza los 1.076 metros, al Norte de Villastar, en conexión con la ya famosa Muela de Teruel, emplazada al Oeste-Suroeste de la capital, alcanzando la altitud de 1.052 metros.

Al Norte de La Muela de Teruel, el relieve del país desciende hasta los 900-920 metros, para alojar en la hondonada el cauce del Turia, las huertas de su vega y los barrios de San Blas y de La Guea. Aquí se tiende igualmente la carretera de Zaragoza a Teruel y el ferrocarril de Calatayud a Valencia. Es paralelo al vallejo en que se aloja el menguado arroyo que pasa entre Concud, por cuya margen izquierda aportan sus aturbonadas aguas las cárcavas y los barrancos del recio macizo que culmina en Cerro Gordo (1.222 metros) y El Petrón (1.205), de amplias llanadas tabulares, las cuales, con los vértices 1.160 y 1.123, inmediatos a la Ermita de San Cristóbal, se relacionan con el Alto de Celadas, del que partimos. Concud encierra el yacimiento paleontológico más rico de España en mamíferos fósiles terciarios y ha servido para fijar de modo incontrovertible la fecha de los depósitos en que los huesos se hallan enterrados.

En el modelado del relieve del terreno turolense la forma cóncava es el valle de erosión —labrado por la labor de las lluvias y aguas corrientes — y la forma convexa y en resalto es el cerro amesetado que muy expresivamente llaman muelas en el país (Muela de Teruel, Muela de Villastar, Muela de Sarrión). Teruel mismo, a los 915,70 metros de altitud,

se asienta en las faldas occidentales de otra muela que culmina en El Mansueto, a los 1.556 metros, dando frente la población a la llamada específicamente Muela de Teruel (1.052 metros) allende el río Turia. El país entero es una alta meseta con altitud media de 1.000 metros sobre el nivel del mar, manteniéndose a los 900 el nivel medio del fondo de las hondonadas en que los cauces se alojan. Forma parte del borde Nordeste de la meseta y del llamado «sistema ibérico», constituido por montañas de plegamiento (Sierra de la Demanda, Moncayo, Albarracín) y excelsas altiplanicies (altas tierras sorianas, serranía de Cuenca, Molina de Aragón, mesetas de los Montes Universales, etc.), que se extiende de la Bureba a Sierra Martés.

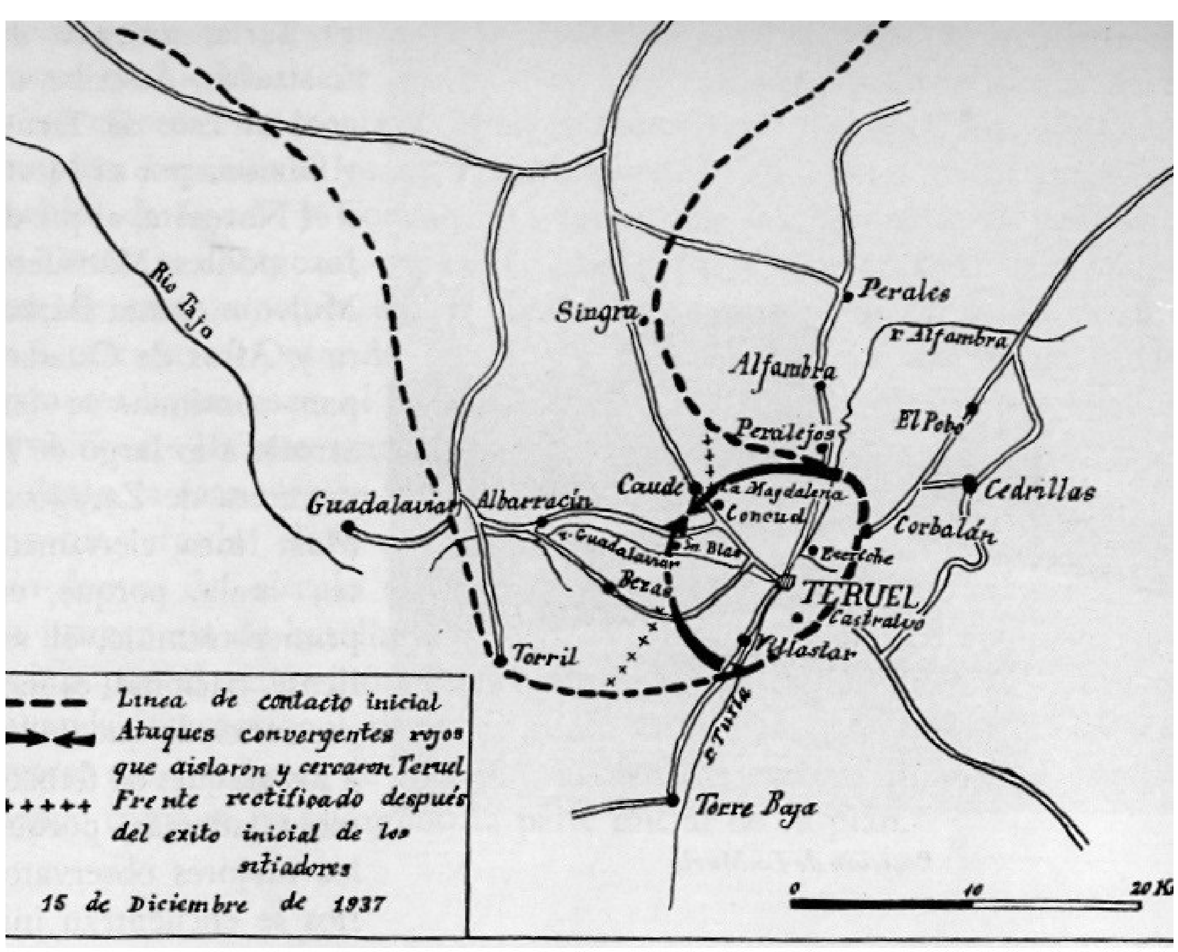
El clima de Teruel, de tipo acentuadamente continental, es seco, duro y extremado; sus parameras son de las más frías, áridas y desoladas de España. El invierno es duro y largo; el verano, corto; la oscilación anual y diurna, considerables. El período de temperatura inferior a 5 grados dura tres meses, y sólo los de julio y agosto son los meses exceptuados de temperaturas inferiores a cero grados. Es frecuente registrar (diciembre-enero) temperaturas de 15, 17, 21 y 22 grados bajo cero. La nieve cae con frecuencia y persiste largo tiempo, de octubre a mayo. En oposición, el verano es cálido; da una media máxima de 33 grados. La nubosidad suele ser muy reducida, grande la insolación, luminoso, cristalino el ambiente (carácter común a toda la España árida). El número de días de lluvia es muy pequeño igualmente (63 en todo el año como promedio) y escasa la cuantía de las precipitaciones, que llega a los 380 mm. de lluvia y nieve en todo el año, por término medio.

La vegetación, pobre, de naturaleza mediterránea, tiene en el matorral —tomillo, romero, espliego, aliagas, coscojas, enebros, sabinas— su principal expresión.

Un doble ataque convergente

Ya ha reunido el teniente coronel Rojo su masa de maniobra. Asciende, en términos aproximados, a 100.000 hombres. Dicha masa está integrada por los Cuerpos de Ejército XIX (Divisiones 47 y 70), XX (Divisiones 40 y 68), XVIII (Divisiones 34, 64 y 92, Brigada Mixta) y XXII (Divisiones 11 y 25). La artillería de campaña del Cuerpo de Ejército XVIII comprendía cinco Grupos de calibres 75, 100, 105 y 155,50, y dos

baterías antiaéreas de 76,2; el Cuerpo XXII contaba con cuatro Grupos de campaña de calibres 70, 75, 100 y 155, más dos baterías antiaéreas de 76,2 y otras dos Oerlikon. Figuraban igualmente el 5.º y el 2.° Batallón de Carros y un Grupo de Escuadrones. Doce Brigadas cubren las vanguardias. Las reservas están repartidas entre los acantonamientos de Albacete y los de Valencia, listas para para ponerse en marcha al primer aviso. Las Divisiones rojas se integraban con tres Brigadas de cuatro Batallones de a tres Compañías, una Compañía de ametralladoras de ocho máquinas, una Agrupación de Artillería de dos grupos, a dos baterías; una Compañía de Zapadores y otra de Transmisiones.



Ataque rojo de doble envolvimiento que aisló la ciudad de Teruel

Han concentrado los rojos, al servicio de la batalla de Teruel, lo mejor y más abundante de su artillería, lo mejor y más abundante de sus carros y de su aviación. Allí está, en las posiciones elegidas como base para desencadenar el ataque, la División de «El Campesino», muy reorganizada, muy reforzada. Tiene la misión de atacar Teruel de frente cuando las Divisiones de las alas hayan envuelto la ciudad. Allí está,

igualmente, Walter, el que manda la División internacional; allí Lister, mandando una División en la que se ha puesto gran confianza. Será la encargada de romper hacia San Blas.

En la madrugada del 15 de diciembre, sin preparación artillera, sin alardes previos de aviación, la línea nacional se ve súbitamente atacada por una tromba de combatientes que se lanzan furiosos contra los parapetos. Esa línea viene —de izquierda a derecha— desde el Sur de Albarracín, donde está apoyada sobre las posiciones conquistadas por la Columna Móvil de Aragón, hacia Tramacastilla, donde dibuja un pequeño entrante, se afirma en las lomas de Campillo y Villastar, cruza el Turia, avanza en Castralvo, describe un arco al Este de Teruel y flexiona por el Norte y el Noroeste, al pie de las montes Mansueto, Muletón, Santa Bárbara y Altos de Celadas, para continuar su desarrollo a lo largo de la carretera de Zaragoza. Mala línea, ciertamente; mala, porque, en primer término, el saliente nacional es tan pronunciado que invita a los ataques de flanco; mala, además, porque los mejores observatorios se encuentran inicialmente en poder del enemigo; mala, finalmente, porque al Noroeste de Teruel las trincheras y parapetos se hallan pegados a la línea principal de comunicaciones. Línea, por consiguiente, que vive bajo constante presión y con amenaza de asfixia si el enemigo ataca a fondo. Pues bien; ya ha atacado a fondo el Ejército rojo.

Los 4 ó 5.000 hombres que cubren el arco y saliente de Teruel están repartidos en varios núcleos de resistencia. El frente es discontinuo y ofrece diversas brechas de penetración.

En el primer envite, las avanzadas caen en manos de los rojos. Es entonces cuando 100 piezas de artillería inician un bombardeo intenso contra la retaguardia, para evitar que lleguen refuerzos. Y entonces, también, cuando la aviación despega en los aeródromos recientemente construidos y deja caer toneladas de metralla sobre los atacados. Realmente, el ímpetu miliciano es brioso en esta ocasión. Iba a dar comienzo la ofensiva de Franco en Guadalajara cuando llegan al Cuartel General noticias de lo que acontece en Teruel. Hay un primer momento de expectación y de observación atenta. ¿Resistirán las posiciones? ¿Se quebrará y mellará el asalto? Mediado el día, el ataque rojo progresa. Por el Sur y el Suroeste, entre los pueblos de Campillo, Villastar y Bezas, la progresión profundiza por momentos. Ya se siente el ataque en La Muela de Teruel y en La Pedriza, posiciones vitales para evitar el cerco de la

plaza. Por el Norte y el Noroeste, una División completa baja desde los montes Mansueto y Muletón y cruza entre los pueblos de Caudé y Concud. Ya tocan con las bayonetas la carretera de Teruel a Zaragoza; ya la alcanzan; ya la han cruzado. La maniobra de atenazamiento está a punto de obtener pleno éxito. La tenaza va a cerrarse al Oeste de Teruel. La Muela ha caído. Las vanguardias atacantes bajan hacia el pueblo de San Blas. Unas horas más y las dos Divisiones —la que atacó por el Sur y la que embistió por el Norte— se darán la mano entre San Blas y Concud. Teruel es ya plaza completamente cercada. Todo su sistema de posiciones, la ciudad misma, quedan dentro del círculo de hierro de los atacantes. Como resultado de un primer día de batalla no está mal. Los rojos pueden sentirse satisfechos por el momento. Prieto comenzará a cantar victoria. La propaganda internacional tiene un punto de apoyo para lanzar a pulmón abierto sus consignas de triunfo. El teniente coronel Rojo debe sonreír viendo cómo se ha cumplido la parte inicial de su plan.

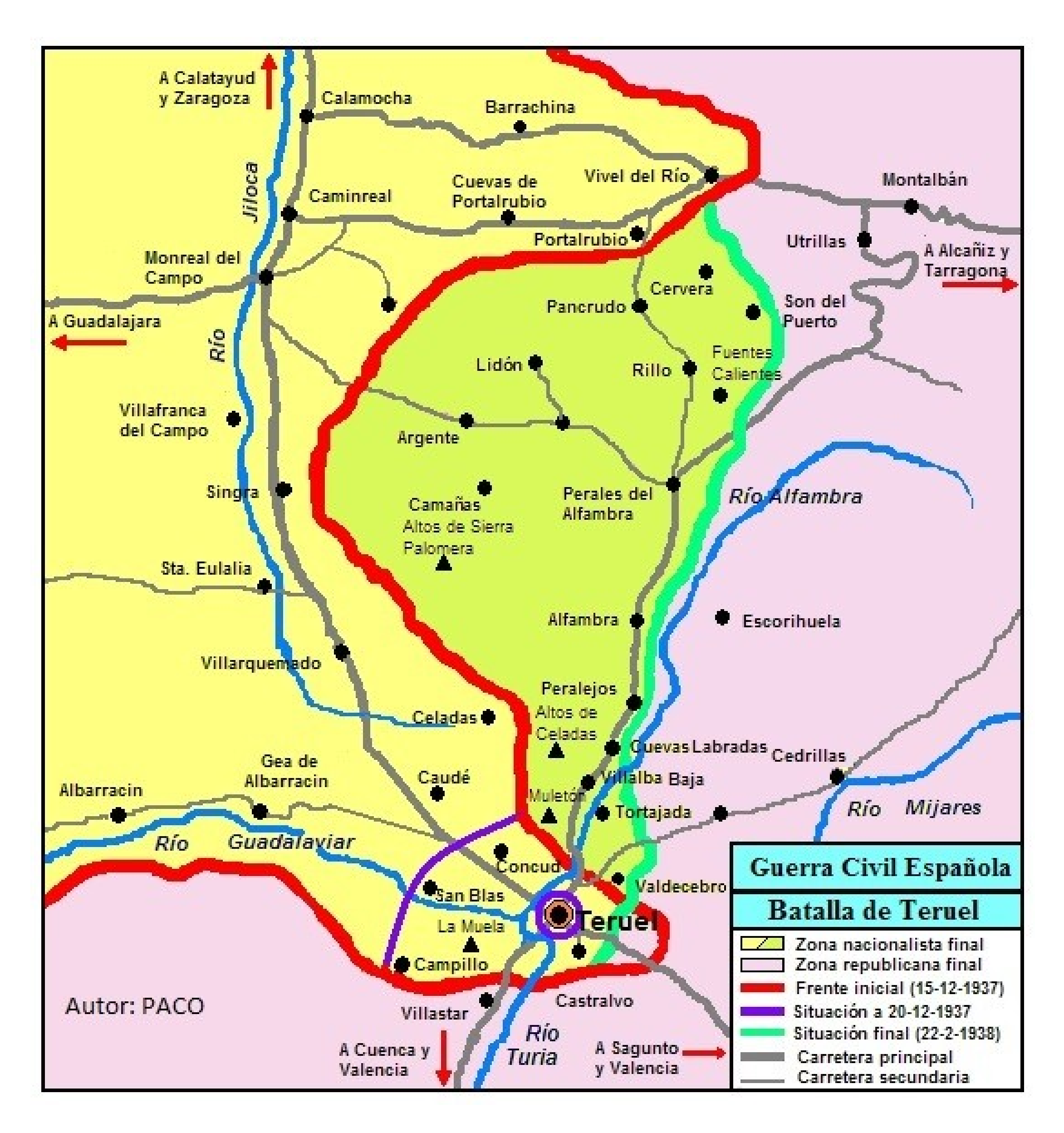
Maniobra de los distintos Cuerpos de Ejército rojos

Es útil precisar un poco más los datos técnicos de la maniobra llevada a cabo por el Ejército marxista.

El ataque a Teruel había sido previsto con antelación. De ello son prueba los boletines de información de la División 108. Hernández Sarabia ordenó que el día «D» fuera el 14 de diciembre, pero una ligera nevada impuso el aplazamiento de las operaciones por veinticuatro horas.

Para el doble envolvimiento de Teruel, que constituía la idea central de la maniobra roja, los Cuerpos de Ejército XVIII y XXII habían de estrangular el frente al Noroeste de la ciudad. El XXII, formado por las Divisiones 11 y 25 (Lister y Vivancos), apoyados por unos 30 carros del 5.° Batallón, empezaron a infiltrarse a las 7,15 de la mañana del 15 de diciembre de 1937 entre el Alfambra y las estribaciones del Muletón, llegando a las diez de la mañana a la altura de Concud, donde la 100 Brigada de la 11 División ocupó el pueblo inmediatamente; mientras tanto, el Cuerpo de Ejército seguía el avance para cortar la carretera de Zaragoza, que era objetivo principal. A las 11,30 de la mañana, el corte estaba logrado a la altura del kilómetro 178.

Durante el ataque, la 11 División roja iba cubriendo la línea exterior, y la 1.ª Brigada de esta misma División, más la 25, atacaron en dirección de San Blas, adonde llegaron a las tres de la tarde. Ocupado el pueblo de San Blas, prosiguió la marcha hacia la posición de Los Morrones, que los rojos ocuparon y fortificaron, esperando enlazar con el XVIII Cuerpo. El XXII Cuerpo había terminado su misión y quedaba en la línea exterior la 11 División completa, de San Blas a Concud; una parte de la 25 guarnecía Los Morrones; las unidades restantes iniciaron el ataque a La Muela de Teruel por el Noroeste.



El XVIII Cuerpo de Ejército rojo, formado por las Divisiones 34 y 70 (mandadas por Vega y Toral), más la 92 Brigada, atacó el día 15 el flanco derecho nacional (Betas-Campillo-Pedriza), y el 18, después de tres días

de violentos choques con las guarniciones aisladas, tomó Cerro Perdiguero y las alturas próximas, Carrascalejo y las lomas al Este de Campillo, que sirvieron de apoyo para la toma posterior de este último pueblo; en las horas de la madrugada del 19 enlazó con el Cuerpo XXII en la posición de Los Morrones. La línea exterior de los rojos en Teruel quedó, finalmente, definida del modo siguiente: Alto de Celadas-Noroeste de Concud-cruce de las carreteras de Zaragoza, Teruel y El Pobo-San Blas-Los Morrones-La Pedriza y Campillo, quedando, por consiguiente, completamente aislada la ciudad y terminada la primera fase de la maniobra concebida por el teniente coronel Rojo.

Mientras tanto, ¿cuál era la actividad del Ejército republicano de Levante?

El XIII Cuerpo, con sus Divisiones 39, 42 y 10, al mando de Fernández Heredia, guarnecía la línea Pancrudo-Palomera-Concud y atacaba débilmente las posiciones nacionales al Norte y Nordeste de Teruel; el XX Cuerpo, bajo las órdenes de L. Menéndez (Divisiones 66, 67 y 68), atacó el 15 en Puerto Escandón y luego se desplazó hacia la Ermita y pueblo de Castralvo.

El día 18, las guarniciones nacionales de Puerto Escandón recibieron órdenes de replegarse sobre la ciudad de Teruel. El Castellar resistió hasta el 20; Villaespesa, hasta el 21 de diciembre; Castralvo no pasó a manos de los rojos sino tras brillante defensa.

El XIX Cuerpo, mandado por el comandante de Infantería Vidal (Divisiones 41 y 64), atacó, también el día 15, las posiciones de La Muela de Villastar y el pueblo del mismo nombre. No encontraron resistencia, sin duda porque las guarniciones nacionales habían recibido consigna de repliegue a la plaza. En vista de ello, esta gran unidad roja asaltó las posiciones Sur y Suroeste de La Muela de Teruel.

Perdida La Muela el 19, y abandonadas todas las posiciones exteriores al Norte, Este y Sur, comenzó el cerco de la ciudad.

A partir de este momento, hay que dividir las operaciones en dos capítulos: interior de Teruel y líneas exteriores.

Según opinión autorizadísima del Teniente General García Valiño en su libro *Guerra de liberación española*, todas las Divisiones rojas «tenían orden de organizarse defensivamente tan pronto fueran alcanzados los objetivos asignados y barrear con sus fuegos las comunicaciones que

conducían a la plaza sitiada, lo que demostraba la inexistencia de un plan de envergadura que implicara el derrumbamiento parcial de aquel frente...» «...se trataba de una ofensiva de objetivos limitados, con el único fin de dar el «tironazo» y desviar la amenaza que se cernía sobre la capital de España en momentos de verdadero peligro para el adversario».



Carro rojo inutilizado en las proximidades de Concud

Interior de Teruel

Las fuerzas nacionales replegadas sobre la plaza por distintos caminos ascendían, en cifras redondas, a 4.000 hombres. Unas 2.000 personas civiles se adscribieron a la suerte de los soldados.

La tragedia de Teruel va a consistir en que falta allí un verdadero Mando militar. ¡Si hubiera existido!... Toma la dirección de las operaciones el teniente coronel Rey D'Harcourt. Padre de un héroe —su hijo Enrique, el alférez, murió como un bravo frente a los tanques rusos en la batalla de Brunete, en los cuadros de la 4.ª Brigada de Navarra—, ¿emulará él mismo las glorias del hijo muerto por España?

Ya ha pagado tributo a la muerte el teniente coronel Rey D'Harcourt. A última hora, cuando las apelotonadas masas milicianas ganaban la frontera francesa tras la rota de Cataluña, unos soldados de la División Lister le alojaron cuatro balas en el cuerpo. ¡Honor al mártir de España!

Pero su muerte no ha de apartarnos de la más estricta objetividad cuando se trata de juzgar su actuación en la defensa de Teruel.

Desde que, por orden de este jefe, las posiciones de la defensa exterior de Teruel comenzaron a ser evacuadas el día 16, pudo decirse: ¡mal síntoma! ¿Por qué esa evacuación, si había núcleos de resistencia bien equipados, con guarniciones de magnífica moral, con Oficiales de extraordinario valor? Bien. Sin duda, el teniente coronel Rey va a concentrar en la ciudad de Teruel todas las fuerzas y allí reproducirá las gestas del Alcázar y de Oviedo. No es demasiado explicable la retirada urgente de la línea exterior, ni la solución que Rey adopta es la más conveniente; pero si al cabo consigue resistir bien dentro de la ciudad, todo lo demás pasará a segundo plano. Entretanto, el comandante García Berenguer muere lleno de gloria defendiendo la posición de Castralvo.

Teruel ofrece para la prolongada resistencia mejores condiciones que Oviedo y que el Alcázar toledano. Levantado sobre un cerro, le rodean fosos naturales muy profundos, resultado de milenarias erosiones. Un puente lo une con la carretera de Sagunto. Si el jefe de la defensa ordena la voladura de ese puente, los rojos quedarán sin accesos directos a la ciudad; habrán de asaltarla trepando desde los fosos. Pero ni siquiera es necesaria la mencionada voladura, porque los defensores cuentan con posiciones urbanas muy bien situadas, desde las cuales unas ametralladoras pueden barrer la entrada del puente y hacer imposible todo tránsito sobre el mismo. Los bordes del cerro en que la ciudad se asienta parece que están invitando a construir trincheras, nidos de ametralladoras y parapetos especiales, bien protegidos, para tiradores. Se cuenta con una magnífica moral en la tropa y en la población civil.

La contemplación de Teruel invita a pensar que un capitán joven y bien dispuesto, un hombre con pasión de gloria, hubiese quizá bastado para sostenerse en el casco de la ciudad muchos más días que los que Franco necesitaba para rescatar la presa que los rojos querían apretar entre sus manos.

El primer cuidado del Generalísimo, cuando vio que el cerco se había producido, fue enviar a los defensores un mensaje radiado que era un pequeño tratado de táctica, encaminado a ilustrarles sobre los medios más adecuados para alargar la resistencia. Ese mensaje decía:

«23 de diciembre. — *Al Gobernador militar de Teruel.* — El Generalísimo

saluda a los defensores de Teruel. Nuestro Ejército prepara sus fuerzas para el inmediato aplastamiento de los asaltantes. El enemigo está muy castigado. Teruel será rápidamente liberado. Las fuerzas de esa guarnición se bastan ampliamente para prolongar la defensa sin peligro para la plaza. Deben defenderse a toda costa las posiciones, economizando municiones y víveres. La niebla, la nieve y el hielo son elementos importantes. Hay en la plaza antiguos pozos, restos de canalizaciones, vino y otros artículos que deben ser cuidadosamente racionados. La guerra de calles es favorable a la defensa. Los tanques enemigos son impotentes dentro de la ciudad, porque no pueden disparar hacia arriba. Se les puede destruir por medio de gasolina y de granadas de mano. La guarnición debe defenderse en conjunto y en cada uno de los sectores. La caída de un centro de resistencia no debe desalentar a los demás ni justifica su desfallecimiento. Si algún Mando desmayara, debe ser sustituido inmediatamente por el más capaz de sus inferiores inmediatos o por cualquiera de ellos en el caso de que esto fuese necesario para prolongar la defensa. Desde ahora queda usted nombrado Comandante de la plaza con plena autoridad. La conducta heroica de Villarreal, Oviedo, Belchite, servirá de ejemplo para esa gloriosa guarnición. Tened confianza en España como España confía en vosotros. ¡Arriba España! ¡Viva España!»

Es decir, Rey D'Harcourt tenía hombres suficientes, armamento, municiones, víveres, bebida y una posición que autorizaba las más legítimas esperanzas.

Dios quiera librarnos de juzgar con frivolidad o con excesivo desenfado los episodios de maravilloso heroísmo que se dieron en Teruel; pero líbrenos también de deformar los hechos a sabiendas.

Directiva de Franco

El Generalísimo, en decisión rapidísima, suspende todos los preparativos del frente de Guadalajara y toma una de las resoluciones más fecundas de la guerra: se batirá en Teruel hasta el fin; es decir, hasta que el Ejército rojo de maniobra haya sido destrozado, pulverizado. No deja de oír opiniones contrarias a esta resolución por parte de jefes que, muy respetuosamente, exponen la conveniencia de aceptar sin alarmas la pérdida de Teruel e insistir en las operaciones proyectadas sobre Madrid. Pero Franco ha visto claro. Lo de menos sería la pérdida ocasional de una ciudad que no pertenece al sistema básico de la estrategia nacional en aquellos momentos; lo importante, lo decisivo es que en Teruel hace acto de presencia el verdadero Ejército enemigo y, siendo la finalidad de la batalla destruirlo y perseguirlo, no debe perderse la ocasión que las

circunstancias brindan de conseguir tan gran victoria. Por consiguiente, Franco da la orden: ¡a Teruel!

El día 22 de diciembre de 1937 llegó a manos del General Jefe del Ejército del Norte (Dávila) una «directiva» del Generalísimo «para liberar la plaza de Teruel». El contenido de tal «directiva» es el que sigue:

«Estimo de la mayor urgencia atacar a fondo, poniendo en ello el máximo esfuerzo, para llegar a Teruel, considerando que es precisamente por el Sur del Turia por donde puede llevarse la acción más eficazmente y, por tanto, es al Sur del indicado río por donde debe ir el eje principal del ataque. Deberá V E. organizar, con las fuerzas que operan ya en la zona de Teruel y las que están llegando, dos Cuerpos de Ejército al mando de los generales Aranda y Varela.

»El primero de estos Cuerpos de Ejército quedará formado con las fuerzas que primeramente se concentraron en el flanco Norte y Divisiones 84 y 62, además de los medios de artillería de que más adelante se habla.

»El segundo de estos Cuerpos de Ejército quedará formado por las Divisiones 81 (actualmente en línea), 82, 61 y 54, además de los medios de artillería de que más adelante se habla.

»El Cuerpo de Ejército del Sur del Turia necesitará, para poder atender a sus servicios y despliegue de su artillería, de una zona que comprenda la carretera que de Gea de Albarracín va hasta el kilómetro 172 de la carretera de Zaragoza a Teruel, pero dejando el cruce para el Cuerpo del Ejército del Norte y estrechando después la zona en la forma que más convenga hasta tomar como límite el río Turia al Oeste de San Blas. »Este Cuerpo de Ejército atacará decididamente en dirección Morrones-Muela de Teruel, con la misión de liberar lo antes posible la plaza de Teruel, tomando posiciones que garanticen su defensa exterior.

»El Cuerpo de Ejército del Norte del Turia tendrá como zona de acción la limitada al Sur por la Norte del Cuerpo de Ejército del General Varela, y al Norte-Noroeste la limitada por Cerro Gordo y estribaciones SO. del Muletón; atacará en dirección general Concud-Santa Bárbara, y posteriormente, cuando la situación de Teruel quede restablecida, alcanzará la línea Muletón-Alto de las Celadas.

»Pondrá V E. la artillería no endivisionada a las órdenes de los Cuerpos de Ejército en relación con las misiones señaladas, dedicando, por tanto, el máximum de elementos a apoyar el ataque que realice el Cuerpo

de Ejército del Sur del Turia, debiendo, por tanto, el Cuerpo de Ejército del Norte del Turia (General Aranda) supeditar sus apoyos a los que se den al General Varela. A este respecto, el Cuerpo de Ejército del Norte del Turia deberá prestar al del Sur del Turia la cooperación máxima y ayudarle con los fuegos y con la maniobra.

»La Agrupación de Carros deberá V E. afectarla a las fuerzas que desarrollan la acción en terreno más favorable a su empleo, recuperándola una vez que hayan dejado ya aquélla, para poder emplearla en otras nuevas.

«Medinaceli, 22 de diciembre de 1937 (II Año triunfal), a las 12,35 horas.»

A Teruel empiezan a llegar tropas de refuerzo; bajan desde el Norte del Ebro las que forman el Cuerpo de Ejército de Galicia y manda el General Aranda; desde el sector de Maranchón acuden a toda prisa las del Cuerpo de Ejército de Castilla, que capitanea el General Varela. Esas dos masas maniobreras, bajo las órdenes del General Dávila, y en realidad bajo las directísimas y personalísimas del propio Franco, reciben la misión de aceptar batalla, batir al enemigo, lanzarlo sobre sus retaguardias y reconquistar la ciudad de Teruel.



Fuerzas del Cuerpo de Ejército del Norte de Turia en su avance en socorro de Teruel

A partir del día 20 comienzan a advertirse algunas reacciones nacionales, pero no consiguen gran éxito, como no sea el de frenar mayores propósitos del enemigo. En realidad, hasta los días 29, 30 y 31, no varió la situación del frente.

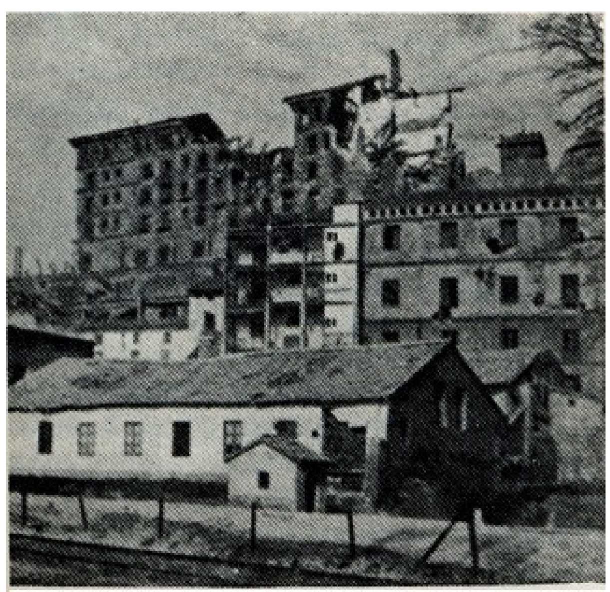
Los rojos, que tienen todas las posiciones necesarias y dominan en absoluto las líneas nacionales, han hecho un pequeño alto. Quisieran continuar el avance; hacia el Norte, en un sentido, por la carretera de Zaragoza, lo cual equivaldría a caer sobre las retaguardias nacionales de Aragón y tomarlas de revés; hacia el Norte-Noroeste en otro, para coadyuvar a la operación primera y cumplir los sueños estratégicos del teniente coronel Rojo.

Pero la resistencia de la ciudad de Teruel les frena el paso. El Gobierno de Barcelona ha cometido la imprudencia de anunciar al mundo, no solamente el cerco, sino la conquista plena de la mencionada ciudad. Como la realidad no corresponde exactamente a esos anuncios, se encuentra en la necesidad de apurar los trámites y de aceptar todos los sacrificios a fin de que la toma de Teruel sea inmediatamente un hecho consumado. Porque el Gobierno de Salamanca ha rectificado la versión roja y sostiene que Teruel no ha caído, y los corresponsales extranjeros comprueban que es Salamanca la que dice la verdad. He aquí, pues, que Prieto ordena al coronel Hernández Sarabia, jefe del Ejército de Levante: «Es indispensable concluir con la toma de Teruel en un plazo brevísimo, sofocar los núcleos de resistencia, empleando para ello todos los medios necesarios».

Los núcleos de resistencia siguen en pie, por ahora.

El teniente coronel Rey D'Harcourt mantiene comunicación casi normal con el Alto Mando por medio de una emisora de «radio». El ánimo de los sitiados es excelente. Rojo trata de desplegar en una maniobra más amplia las fuerzas del XXI y del XX Cuerpos de Ejército rojos, pero advierte que sería peligroso moverse a vanguardia y aventurado seguir la maniobra mientras se mantenga a retaguardia el foco irreductible de Teruel. Toda la División de «El Campesino» ataca la ciudad. Los carros, en número elevado, han cruzado el puente de la carretera de Sagunto. Al amparo de los carros pasa la infantería. ¡Es inconcebible! ¿Por qué ha decidido Rey D'Harcourt abandonar la ciudad entera y recluirse en dos o tres edificios que están muy lejos de tener caracteres de fortaleza? ¿Cómo

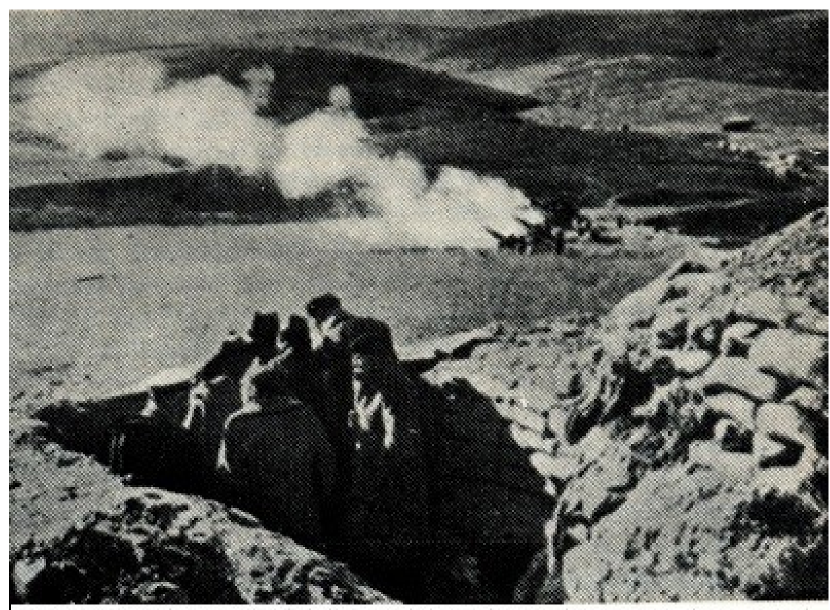
ha caído en semejante error? Lejos de haber abierto trincheras en las calles y construido parapetos sobre los fosos que envuelven la ciudad, el jefe de la defensa se recluye, con una parte de los defensores, en el edificio de la Comandancia Militar, y da órdenes para que otros núcleos se encierren en el Seminario y en las oficinas del Banco de España.



Teruel. El Seminario en ruinas es el último reducto nacional

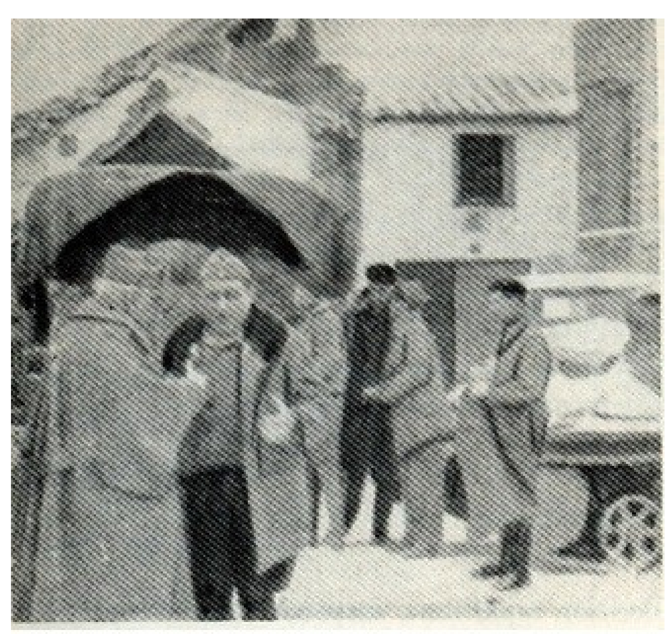
Desde el 16 hay en la región de Cella tropas frescas que vienen de otros sectores. Es la División 84. Se traslada a Caudé para ocupar posiciones. «El enemigo —dice una Memoria— había roto nuestro frente y conseguido rodear Teruel, cortar sus comunicaciones y apoderarse de Concud y otras importantes posiciones al Norte y Oeste de Teruel; trataba de continuar su avance en dirección a Cande y Cella, y por ello la primera preocupación del Mando fue la de establecer una línea fuerte que primeramente contuviera al enemigo, para más tarde rechazarlo y liberar la plaza de Teruel. Las unidades (se refiere a las Divisiones del Cuerpo de Ejército de Galicia; el General Aranda ha instalado su Cuartel General en el pueblo de Santa Eulalia), a medida que llegaron a Cella fueron tomando posiciones en Cerro Gordo y en el Llano de Caudé, cumpliendo perfectamente su misión de contener al enemigo y realizando más tarde acciones ofensivas que dieron por resultado el establecimiento de una sólida línea que se extendía desde la altura de la cota 1.222 de Cerro Gordo por las de. 1.209, 1.192, 1.175, 1.130 y 1.149, continuando en dirección Este-Oeste por los Llanos de Caudé hasta las inmediaciones y Norte de este pueblo, enlazando por su derecha con la 62 División

(también de refresco) y constituyendo a su izquierda un flanco defensivo. Los numerosos y fortísimos contraataques llevados a cabo en los primeros días por fuerzas enemigas dotadas de abundante material y de gran número de elementos (aviación, artillería, tanques y armas automáticas en gran cantidad) fueron enérgicamente rechazados, aunque a costa de sensibles bajas. Solamente del 16 al 25 de diciembre la División 84 sufrió 3.147; hubo Batallón que de las 720 plazas de su plantilla sólo contaba el día 25 con 181 fusiles.»



Un puesto de mando del General Aranda en el avance sobre Teruel

Franco ha constituido, como hemos dejado dicho, dos masas de maniobra, dos Cuerpos de Ejército. A la derecha, con cuatro Divisiones, está el General Varela; a la izquierda, con otras cuatro Divisiones, el General Aranda. Deben aplicar un plan envolvente por las alas, a fin de dejar encerrada la ciudad de Teruel en ese movimiento y unirse al Este de la plaza sitiada. De ese modo el enemigo tendrá que retirarse en toda la línea o quedar a su vez sitiado y, lo que es peor, irremisiblemente copado.



Los generales Aranda y Yagüe cambian impresiones

Pasan los días de la última decena de diciembre sin que los rojos puedan hacer otra cosa que atacar y atacar reiteradamente los centros y focos de resistencia dentro de la ciudad. Las 25 Brigadas del primer momento han aumentado hasta 50, enviadas desde los campos de Albacete y también desde los cuarteles de Valencia y de Barcelona. El Presidente del Consejo marxista (Negrín) y el Ministro de Defensa (Prieto), en compañía del coronel Hernández Sarabia y del teniente coronel Rojo, están instalados en un tren que se esconde bajo un túnel del ferrocarril de Valencia, a unos 12 kilómetros de la ciudad. Allí esperan de un momento a otro la noticia de la conquista de Teruel, con la rendición de los defensores.

De todos modos, parece que el ímpetu de la maniobra preparada durante mucho tiempo, y comenzada el día 15, tiende a atenuarse, porque a medida que las jornadas transcurren hay mayores fuerzas nacionales sobre el campo de batalla, y ya no es posible la sorpresa en ninguno de los sectores del Bajo Aragón.

Los observadores nacionales han calculado —seguramente con exageración— que ascienden ya a unas 300 las piezas de artillería roja en el frente de Teruel. Los carros rusos —según el mismo cálculo— pasan de 200. Es, pues, muy grande la fuerza que los rojos aplican a su plan de ofensiva. Juegan a fondo y ponen sobre el tapete sus cartas mejores. ¡Ay de ellos cuando las pierdan! ¿Qué probabilidades tienen de ganar? Mucho menores el día 25 que las que tuvieron el 15; menores a fines de diciembre

que cinco días antes. Franco no se aparta del campo de operaciones. Cada uno de los movimientos locales es seguido desde el Cuartel General con atención muy minuciosa.

Contraofensiva nacional

El día 27 de diciembre han quedado terminados los preparativos de la contraofensiva nacional. En varios combates parciales, al Norte y al Sur, la mayor combatividad de las tropas de Franco impone su dominio. Por otra parre, la aviación nacional se ha hecho dueña del aire y se permite el lujo de llevar el combate muy adentro en la zona roja. Al disponerse a la contraofensiva general, el frente dibuja una línea irregular de 12 a 15 kilómetros de desarrollo, que va desde los Llanos de Caudé, en la izquierda, a la zona del macizo de Villastar, en la derecha, pasando por el suburbio turolense de San Blas y las posiciones montañosas de Los Morrones y La Pedriza.

Desde el día 21, fecha en que el Gobierno de Barcelona anunció —por segunda vez— la conquista de la ciudad de Teruel, la División de «El Campesino» se enfurece en constantes asaltos a los reductos del Banco de España, del Seminario y de la Comandancia Militar. Aprovechando el alcantarillado, se disponen minas potentísimas que hacen volar casas enteras.

El día 29 se abre en toda su plenitud el plan contraofensiva nacional. Por el lado rojo defienden su presa tres Cuerpos de Ejército.

A mediodía, las tropas del ala derecha (Varela), que han iniciado el contacto con el enemigo en forma impresionante, avanzan tres kilómetros de fondo y se acercan, antes del atardecer, al pie del monte de Las Pedrizas, posición indispensable para dominar Campillo, para adelantar hacia Villastar y para progresar hacia La Muela de Teruel. En la izquierda, el Cuerpo de Ejército de Galicia trata de expugnar el pueblo de Concud, al Norte de la ciudad. Los efectivos que el enemigo tiene allí reunidos y la cantidad de ametralladoras, bajo la protección de un fuego de barraje artillero muy poderoso, oponen una resistencia que es difícil vencer. La Brigada de Castilla (General Sagardía) entra en fuego. Varias unidades, y entre ellas la 5.ª Bandera de Falange de Castilla, intentan entrar en Concud, pero tienen que replegarse a los Llanos de Caudé, acosadas por

las baterías rojas y por 20 carros rusos de combate que son otros tantos cañones en constante movimiento.

Durante toda la tarde Varela se bate en Los Morrones y en La Pedriza y rebasa el macizo de Campillo.

Por el Cuerpo de Castilla operan las Divisiones 1.ª de Navarra, 61, 81 y 82; como el objetivo a alcanzar es La Muela de Teruel, a él se subordina toda la maniobra. La 1.ª de Navarra se esfuerza en ocupar Las Pedrizas, pero al anochecer, y dado el mal tiempo reinante, se suspende la operación a fin de reanudarla en cuanto amanezcan las primeras luces de la jornada siguiente.

El Cuerpo de Galicia, que sigue una dirección de ataque paralela a la carretera Zaragoza-Teruel, tropieza por momentos con una resistencia más enconada.

El día 30 Varela sigue atacando con furia. Ya son suyos, por completo, los montes de La Pedriza y Los Morrones, donde el día anterior quedaban algunos puestos rojos. La bolsa sobre Campillo se va estrechando. Una Brigada marxista (la 81) queda allí aniquilada al intentar oponerse al avance. Las vanguardias rebasan el pueblo de Villastar. El peso principal de la maniobra ha descansado sobre la División 1.ª, que manda García Valiño.

Aranda sigue chocando con una defensa tenaz. Nuevamente se vuelve a la carga contra el pueblo de Concud. Tres asaltos consecutivos al arma blanca y «a la granada de mano» se estrellan contra las ametralladoras enemigas. Los soldados de la Brigada de Castilla superan todas las fatigas y sacan fuerzas, indescriptiblemente, del fondo del alma. Por la noche consiguen entrar en las posiciones que dominan el pueblo de Concud, y esta pequeña, sangrienta y ruinosa localidad queda envuelta.

El día 30 aparece en el frente de la División 82 (Delgado Serrano) toda la artillería legionaria, que apoyará los asaltos en el sector de Los Morrones, donde también está empeñada la División 61.

A las 12,40 ha terminado la ocupación de Las Pedrizas por la 1.ª de Navarra (García Valiño). Se señala una resistencia fortísima del enemigo, a quien le llegan considerables refuerzos en columnas de camiones por la carretera de Rubiales a Campillo.

A la una de la tarde se ordena a la División 81 (Múgica) que ocupe San Blas, porque la 61 (Muñoz Grandes) está terminando brillantemente la conquista de Los Marrones.

Poco después el General Varela, que manda el Cuerpo de Ejército, comunica su impresión optimista, porque si las concentraciones de aviación sobre La Muela de Teruel se llevan a cabo inmediatamente, y si la División 81 puede romper el frente enemigo en San Blas, es probable que antes del anochecer lleguen las vanguardias de García Valiño a La Muela.

El General que manda la 81 comunica que se oponen a su avance muchos carros y que sus enlaces con el ala derecha del Cuerpo de Galicia son muy irregulares.

El día 31 amanece con muy poca visibilidad. El cielo está cubierto de nubes y hace un frío intenso. A las ocho nieva. El General del Cuerpo de Castilla se da cuenta de la importancia que tiene la ocupación del pueblo de San Blas para que la maniobra hacia Teruel se cumpla sin contratiempo. Se comunica, por consiguiente, a la División 81 que va a empezar una preparación encomendada a la artillería legionaria y que debe aprovechar los efectos de la misma para atacar inmediatamente.

El enlace de la aviación manifiesta que los servicios aéreos solicitados son impracticables a causa de la niebla.

A las nueve, la 61 informa acerca de la fortísima resistencia que encuentra hacia su flanco izquierdo. Se le ordena que, pese a todo, impulse el ataque. A las 10,35, la 61 se encuentra al pie de La Muela de Teruel, y por el Este, la 1.ª de Navarra está desbordando la mencionada posición.

A la 1,30, el General del Cuerpo de Ejército visita personalmente el frente de San Blas y fuerza el asalto de las lomas que dominan el pueblo.

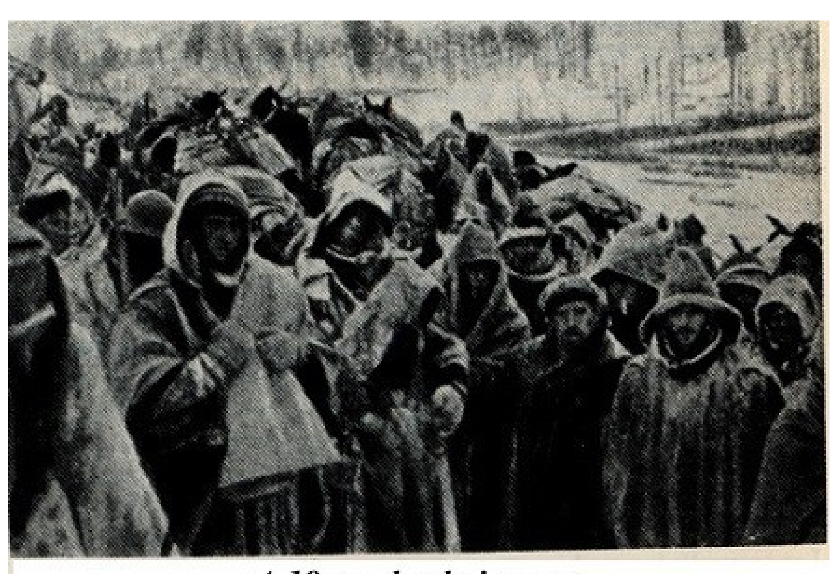
A las 4,15, el coronel-jefe de la 1.ª División de Navarra dice por teléfono que sus tropas están entrando en las primeras casas de Teruel; se trata de un barrio situado en la orilla derecha del río. García Valiño recibe orden de asegurar su base de partida a fin de evitar cualquier reacción del enemigo que pretenda cortarle la comunicación.

La 82 dice a última hora de la tarde que sólo recibe fuego de cañón por la derecha y que responde de la solidez de la línea en el sector de Campillo.

A última hora de la tarde el estado del tiempo empeora notablemente.

Varela está coronando su fulminante marcha. No eran las horas del atardecer cuando algunas fuerzas de García Valiño y de Muñoz Grandes aparecieron en La Muela de Teruel, dando vista a la ciudad. Desde la Comandancia Militar y desde el Seminario ven a los soldados que atacan y vencen. Una gran oleada de júbilo cruza sobre la ciudad que se defiende. «¡Ya están, ya están! si, dicen los soldados y los oficiales, demacrados, extenuados, enfermos. Y, en efecto, ahí están, a dos pasos, al alcance de los ojos y casi de la mano. Fuerzas rojas se han filtrado por el cauce del Turia y quisieran atacar por el barrio de la estación del ferrocarril, pero tropiezan con los fuegos de los reductos, y apenas se ven bajo la amenaza de la División, que continúa marchando, se repliegan precipitadamente.

A las cinco de la tarde —cuando ya no falta más que media hora para la noche— las avanzadas del Cuerpo de Ejército de Castilla han llegado al borde extremo de La Muela de Teruel, la han ocupado totalmente, entran en las casas que se alzan sobre ese borde de La Muela. Desde la Comandancia Militar se puede reconocer a simple vista a los Jefes y Oficiales que mandan las vanguardias de García Valiño. ¿Qué separa a unos de otros? Varela espera que el teniente coronel Rey D'Harcourt le envíe un enlace con información de lo que sucede dentro de la ciudad, de los medios con que cuentan allí los rojos, de las intenciones del enemigo; en suma, de la realidad militar que encierra Teruel. Pero Rey D'Harcourt permanece mudo. Desde las ventanas de la Comandancia Militar se agitan pañuelos y se lanzan clamores de alegría que los reconquistadores de La Muela oyen perfectamente.



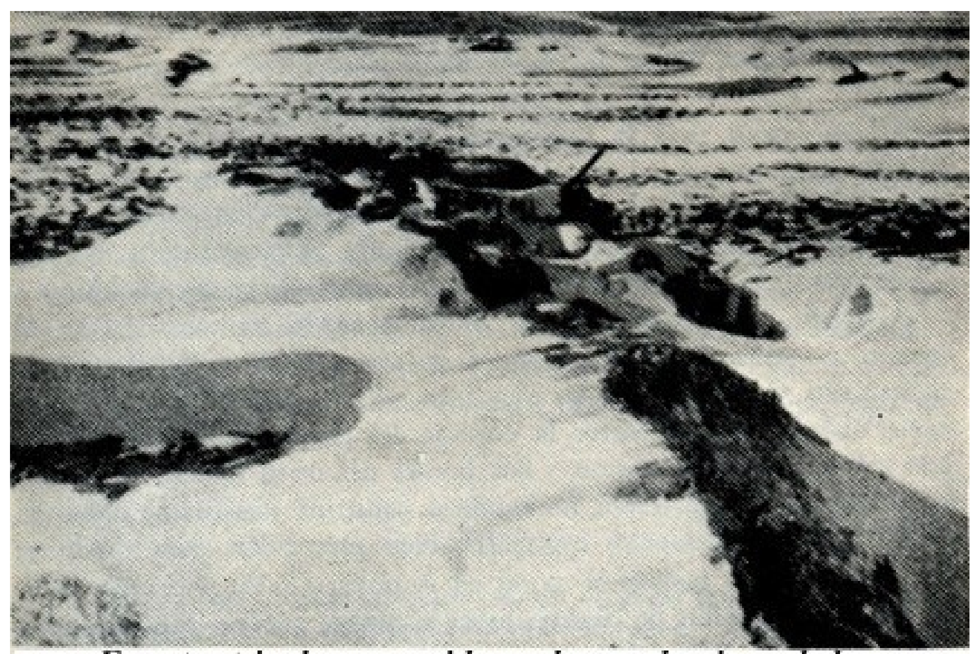
A 19 grados bajo cero

Varela tiene que atender al resto de su Cuerpo de Ejército. ¿Qué sucede en San Blas? ¿Por qué no avanza el ala izquierda? Los rojos se baten metro a metro en aquellos lugares. La División 81 no consigue romper definitivamente. La posibilidad de entrar en Teruel antes de que se agote la jornada del 31 de diciembre se aplaza a consecuencia de este retraso en el sector de San Blas, por otra parte lógico y justificado.

A las 4,25 de la tarde la 81 tiene dos Batallones en la ermita del pueblo, un Batallón en la cota 966, otro sobre el camino de Los Moros, en enlace —débil, sin embargo— con el Cuerpo de Galicia, y dos Batallones de reserva en la cota 1.008. Sería imprescindible que continuara el avance y que consolidara el enlace con la 62, perteneciente al Cuerpo de Ejército de Aranda.

A la puesta del sol se produce un frío intensísimo y la nieve cae con desusada intensidad. A pesar de todo, la 81 acaba de romper las resistencias enemigas y toma el pueblo de San Blas y las barriadas de Los Molinos y La Guea. Con ello queda bien apoyada la posesión de La Muela, cuya llave está en la posición de San Blas. Las comunicaciones van siendo muy precarias a consecuencia del mal tiempo: el abastecimiento y el servicio de municiones se llevan a cabo con verdadera dificultad; la evacuación de heridos presenta problemas delicados; los enlaces se interrumpen constantemente...

Por añadidura, el Cuerpo de Ejército de Galicia continúa encontrando dificultades muy importantes en torno a Concud. Como todos los observatorios y todas las posiciones dominantes siguen en poder de los rojos, y como los asentamientos de la artillería enemiga están desenfilados, el fuego que Aranda encuentra en su camino produce bajas elevadas y amengua el vigor del ataque. Al caer la tarde del 31 no es posible alinear adecuada y rigurosamente a los dos Cuerpos de Ejército (Castilla y Galicia) en un frente que ofrezca la debida solidez. Por eso, y ya que el primero está en las casas de La Muela, lo cual es tanto como decir que ocupa un barrio exterior de Teruel, se aplaza la operación decisiva para el día siguiente, primero de enero de 1938, confiando en que el nuevo día permitirá remediar las apuntadas deficiencias.



En estas trincheras, casi borradas por la nieve, de las inmediaciones de Caudé acabó la ofensiva roja

Pero… Durante la noche del 31 de diciembre cae una tempestad de nieve que no cesa durante horas y horas. Desde hacía diecisiete años no se había conocido en la región noche tan rigurosa. El termómetro desciende a 19 grados bajo cero. Una inmensa sábana blanca, la nieve que inmediatamente crea capas de hielo, cubre los horizontes. Revientan los motores y los depósitos de agua de los camiones automóviles. La aviación no puede volar en esas condiciones. Se dan casos de soldados conductores que mueren de frío pegados a sus volantes. Los soldados que atacaron Concud y La Muela tienen que pasar la noche cuerpo a tierra, helándose materialmente, quedando inanimados en muchas ocasiones y sintiendo en las piernas y en los pies la quemaduras de la helada.

Cuando amanece el día 1 de enero los soldados parecen fantasmas. Las ametralladoras y los cañones han quedado enterrados en nieve. Los rojos, que el día anterior habían dispuesto el abandono de Teruel, vuelven, abren nuevas trincheras, reorganizan algunas unidades y continúan resistiendo.

Este día 1 de enero de 1938 el Jefe del Cuerpo de Castilla se encamina a su nuevo puesto de mando, situado en una de los cotas de San Blas. Tiene que hacer la marcha a pie; pero en la cota indicada no es posible instalar las transmisiones. Se vuelve al puesto de Mando anterior, o sea, a la posición de La Magdalena; nuevo viaje a pie; los automóviles no pueden avanzar sino arrastrados por tractores. Resumen: hasta las dos de la tarde no ha podido llegar al puesto el General que manda el ala derecha.

Todas las Divisiones comunican que el estado del tiempo no les permite maniobrar, a los sumo pueden mover pequeñas unidades encargadas de efectuar rectificaciones locales.

La primera fase de la batalla de Teruel ha terminado, quebrada por el tiempo adverso. Ni desde Concud ni desde La Muela se puede dar un paso. La nieve continúa cubriendo la tierra. El frente de Teruel es como un fabuloso desierto blanco y los soldados se revisten de formas espectrales.

Con rabia en el corazón, los dos Cuerpos de Ejército ven que se les escapa de la mano la ciudad anhelada, y que deberán consumir nuevos plazos y nueva sangre para reconquistarla. A eso se disponen las baterías y las Divisiones que Franco va haciendo llegar al campo donde va a librarse la batalla decisiva del frente de Aragón. Así termina el año 1937.



La nieve lo cubre todo y hasta la evacuación de bajas es muy penosa



Rincón de una trinchera nacional casi enterrada en la nieve

CAPÍTULO XI

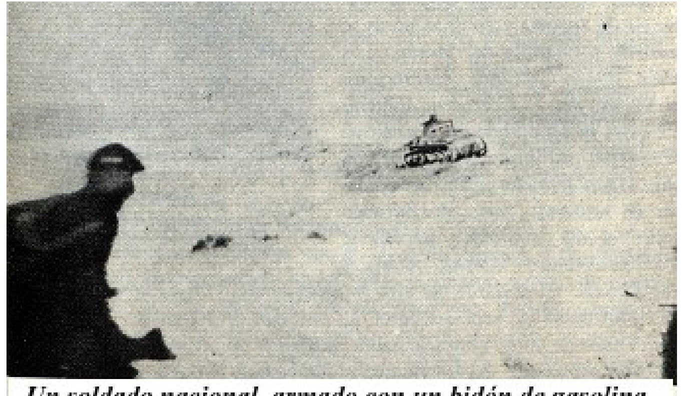
AÑO 1938. — GRAN BATALLA DE TERUEL Y DEL ALFAMBRA

Alto en las puertas de Teruel. – Bajo la nieve. – La resistencia de los sitiados se debilita, mientras los rojos arrecian en sus ataques contra los centros de defensa. – Rendición de la Comandancia Militar. – Nueva ofensiva nacional sobre las posiciones dominantes al Norte de la ciudad los días 17, 18 y 19 de enero. – Preparación, desarrollo y victoria de una gran maniobra sobre el río Alfambra. – El ejército rojo del Este sufre uno de los descalabros más importantes de la guerra. – Rebasamiento de Teruel por el Sur y el Norte y reconquista de la ciudad. Particularidades y excelencias técnicas de la batalla del Alfambra y su influencia en la situación de conjunto. – El Gobierno de Barcelona pierde su masa de maniobra de Levante. – Pequeñas diversiones en el frente de Extremadura.

En el desolado amanecer del día 1.° de enero de 1938, cuando los jefes de batería quisieron reanudar sus concentraciones de fuego contra las líneas rojas al Norte y Nordeste de Teruel, se encontraron con que la nieve cubría las piezas y las inmovilizaba. Los jefes de Batallón que pretendían mover sus unidades hacia las posiciones de vanguardia tuvieron que renunciar a ello, porque los soldados no podían dar un paso, ni arrastrar sus ametralladoras, ni adelantar sus cajas de municiones. Más que núcleos de combatientes parecían grupos de exploradores en los desiertos horizontes del Polo. Envueltos en sus mantas para defenderse contra la crueldad del frío, se veían condenados a casi total inmovilidad. La aviación volaba con 30 y 40 grados bajo cero, alerta constantemente contra la formación de capas de hielo en la superficie de las alas. Al través de la tormenta, la visibilidad era casi nula.

Un corresponsal extranjero (Pariset), comunica las siguientes impresiones relativas a los combates del día 31 de diciembre:

«La jornada ha terminado en victoria nacional. A pesar de la nieve han sido capturados 500 prisioneros. Toda la llanura está sembrada de cadáveres. Medio metro de nieve recubre la enorme necrópolis blanca, sumergida en un silencio de sepultura. De la blanca superficie salen cabezas, brazos, pies, carroñas de mulo, material bélico y uniformes abandonados. En este paisaje polar, los hombres y las máquinas son otras tantas columnas de hielo. Reina sobre el panorama un «éxtasis» indecible. En medio de la sorpresa general, se ven de vez en cuando aviones nacionales. Unos cien aeroplanos vuelan constantemente lanzando potentes bombas y descargando interminables cinturones de proyectiles de ametralladora. En Vizcaya, en Asturias, en las provincias de Santander y de León, surgió de improviso, en el verano de 1937, una aviación de montaña, que con su valor superaba todas las reglas de la técnica aeronáutica. Ahora, en el frente de Teruel, se ha descubierto una aviación alpinista. Los aparatos maniobran sobre campos nevados, actúan entre remolinos de nieve con treinta grados bajo cero, ametrallando parapetos que no son otra cosa que barreras de hielo, entre la tormenta, sin horizonte y sin luz. Como en Guadalajara, también en Teruel ha habido que luchar contra un enemigo terrible: el frío, el invencible enemigo que lentamente, con el sadismo de los grandes criminales, comienza a atacar a sus víctimas por las extremidades, hasta llevar su agresión mortal a los órganos motores de la vida humana.»



Un soldado nacional, armado con un bidón de gasolina, se adelanta a batirse con un carro rojo aislado

La Memoria de la 13 División de Infantería dice textualmente:

«Los soldados que vienen de morir de sed en Mediana, conocerán otra manera de morir: de frío; y otro nuevo sufrimiento: los pies helados.»

Un jefe de Ejército extranjero que tiene misiones de observador en los campos de Teruel, dirá con ocasión de la victoria final:

«El recuerdo más extraordinario que guardo de la guerra de España es el del espectáculo increíble que daban los soldados de Franco, tendidos sobre la nieve para no ofrecer blanco a los cañones y a las ametralladoras enemigas, calzados muchos de ellos con alpargatas, y sin embargo, silenciosos, sin una protesta, sin una palabra

airada, dispuestos a la más rigurosa obediencia y resueltos a continuar el ataque o a prolongar la defensa hasta los límites que el Mando fijase. Esto me pareció tan excepcional, que no sé si fuera del Ejército español se podría repetir el caso.»

Del 1 al 7 de enero de 1938

Los sitiados en Teruel han comprendido que el día 1 de enero del nuevo año no les traerá ya la anhelada liberación. Les llenó la noche anterior de ilusiones y de esperanzas; allí estaban, al alcance de la mano, las columnas de Varela; un poco más lejos, pero también muy cerca, las de Aranda; no faltaba sino un pequeño brinco hasta el centro de la ciudad, y se habría acabado la angustia. Pero ahora, bajo la tempestad de nieve, la dramática quietud de las tropas de socorro y aquel «éxtasis» del paisaje les anunciaban un obligado «alto», y otra vez se veían entregados a sus propias fuerzas, a su coraje, al brío que aún pudiesen encontrar en su misma flaqueza.

La División 84, la 5.ª de Navarra, la 13, intentan maniobrar; en el sur de la ciudad, Varela no puede ya moverse; cumple la maniobra al Cuerpo de Ejército de Galicia, que tiene frente a sí las Divisiones de choque rápidamente concentradas en el sistema de resistencia organizado sobre los Altos de Celadas, El Muletón y El Mansueto. Hay que tomar de flanco esas posiciones.

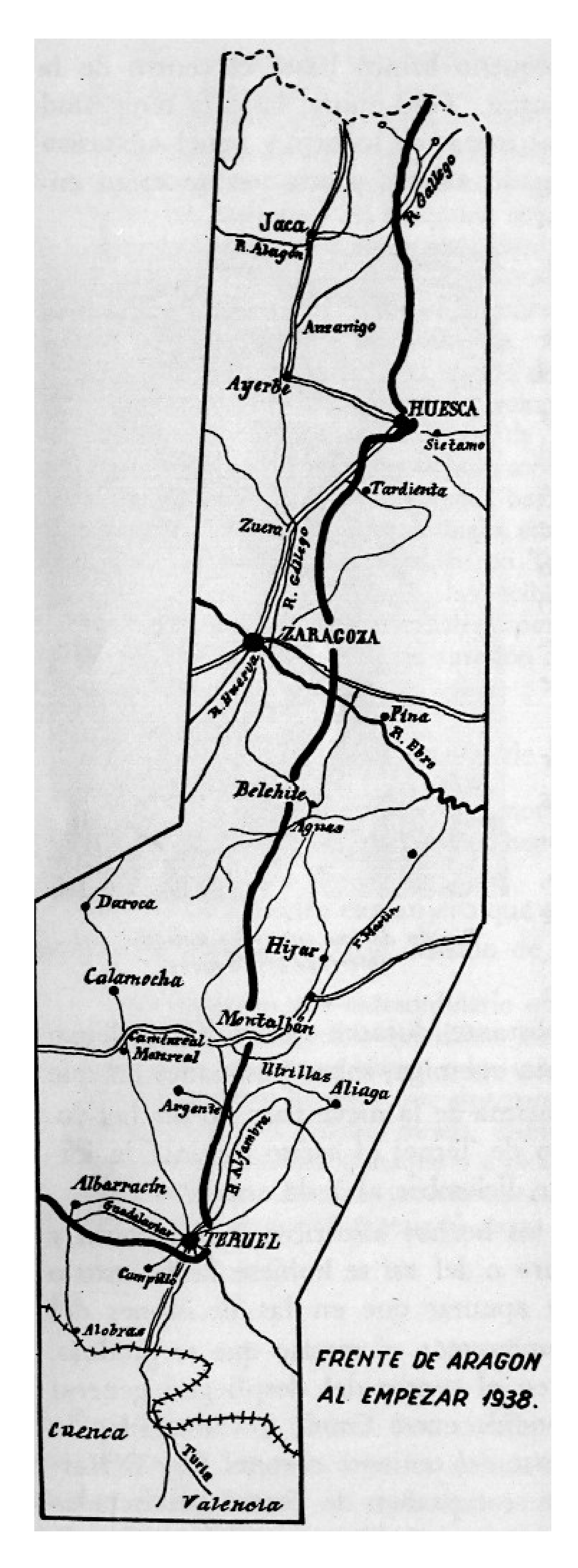
Pero la nieve ha impedido ver durante los reconocimientos, y las fotografías de aviación no han podido señalar las trincheras; por eso, las Divisiones atacantes, en vez de encontrar el flanco de una línea, chocan con el centro de ella en su parte más fuerte. Se ataca, no obstante, durante varios días y llegan las vanguardias a clavarse en la línea enemiga, sobre posiciones en que es necesario pasar el día combado encima de la nieve para no ser herido.

¿Pudo haberse tomado el centro de Teruel al asalto durante la jornada del 31 o en la noche del 31 de diciembre al 1 de enero?

No vale la pena de considerar los hechos históricos a la incierta y caprichosa luz de «lo que pudo pasar» o del «si se hubiese hecho esto o aquello»; pero parece conveniente apuntar que en las decisiones del Mando influyeron dos hechos concomitantes: el retraso que se produjo, a causa de la resistencia enemiga, en el centro del despliegue general (barrio

de San Blas y zona comprendida entre Caudé y Concud), y la ausencia de toda información por parre del teniente coronel Rey D'Harcourt, el cual no avisó que los rojos se retiraban de Teruel precipitadamente aprovechando las sombras nocturnas, ni dijo una palabra sobre la ausencia de enemigo en la barriada de la Estación. Hubo jefes que quisieron adivinar esta realidad, pero la prudencia aconsejó esperar una palabra, al menos, del jefe de la plaza, y basar la actuación de las columnas en informes seguros.

Cuando Rey D'Harcourt, que había perdido ya toda capacidad de mando y de organización, se vio nuevamente rodeado, asaltado a poca distancia, sometido a la tortura de las minas que volaban constantemente, encerrado en un recinto pequeño, dentro del cual se amontonaban los cadáveres —sin posible enterramiento— y los centenares de heridos clamantes sin asistencia médica o farmacéutica, decidió aceptar las sugestiones de negociación que le llegaban del campo rojo.



La situación fue, sin duda, horrible, y todos los relatos que debemos a los supervivientes de Teruel son espeluznantes. Era necesario un espíritu superior para hacer frente a tan abrumadoras circunstancias, y Rey D'Harcourt no conservó ese espíritu. Contribuyó a hundirle más la sensación de que toda la masa artillera concentrada por los nacionales al

Noroeste de la ciudad, y las magníficas Divisiones encargadas del ataque, no lograban romper el dispositivo rojo ni coronar las alturas dominantes. Creyó Rey que, por primera vez en la guerra, la potencia ofensiva de Franco chocaba con una defensa insuperable; y arrastrado por el pesimismo, abandonó la decisión del Mando y del supremo sacrificio. Así, mientras el Cuerpo de Ejército de Galicia, magnífico en su heroísmo y en la grandeza de sus sufrimientos, atacaba sin cesar y poco a poco iba colocándose en situación de asalto contra los montes cercanos; mientras el de Castilla, victorioso en el Sur, aguardaba el instante de consumar su operación de envolvimiento, las «radios rojas» anunciaron la rendición de la Comandancia Militar. Ya habían muerto carbonizados los defensores del Hospital y los del Convento de las Clarisas. En el Seminario, el coronel Barba, dispuesto a morir, creyó en las palabras humanitarias de los rojos y negoció la evacuación de mujeres y niños, así como la de los heridos y enfermos. Para ello debía otorgarse un corto armisticio. Las vanguardias rojas, apenas cesó el fuego, no tuvieron en cuenta lo pactado, y en tromba cayeron sobre las pulverizadas ruinas del Seminario, donde Jefes, Oficiales y soldados cayeron prisioneros cuando pensaban organizarse más eficazmente para prolongar la resistencia.

Por el lado de la Comandancia Militar, los negociadores rojos encontraron fácil brecha en el desplomado espíritu del teniente coronel Rey. Apenas éste abrió el portillo a los diálogos y a los cambios de impresiones, toda posibilidad de defensa quedó apagada. Los grupos milicianos pudieron entrar en el recinto, y allí se pactó una rendición que teóricamente había de ser «honrosa», pero que en realidad fue un asalto y una ocupación impune, sin riesgo para los asaltantes. De todo ello salió la rendición del teniente coronel Rey D'Harcourt y de cuantos estaban a sus órdenes. El mando rojo pudo, por vez primera desde el 18 de julio de 1936, lanzar al mundo la alborozada noticia de que sus tropas se habían apoderado de una capital de provincia: esta capital era Teruel. Por vez primera, también, una tropa nacional se rendía al enemigo, contra las órdenes de resistencia que su jefe recibiera del Caudillo español.

Veamos cómo se fue apreciando el episodio de Teruel desde el interior de la ciudad.

El día 15 de diciembre, la comunicación de Teruel con Zaragoza sufrió una rara interrupción. Rara por lo desacostumbrada. En la llanura de Caudé, donde existía un campo de aviación nacional, los autobuses del servicio de viajeros encontraron grupos de Caballería que parecían adoptar una actitud hostil. Muy pronto se inició un intenso tiroteo que infundió pavor a los viajeros y les llevó a abandonar los vehículos para atravesar el campo y regresar a toda prisa hacia Teruel.

En la comandancia turolense no se alarmaron por ello. ¡Alguna patrulla de infiltración, que se había complacido en dar un golpe de mano! La población civil no se inquietó lo más mínimo y siguió la vida normal.

Pero la verdad era que la 11 División roja ocupaba Concud al filo de las diez de la mañana y que a mediodía quedaba cortada la carretera de Zaragoza en el kilómetro 173. Poco después la Brigada Mixta 116, perteneciente a la 25 División, asaltó el pueblecillo de San Blas y se instaló en las alturas de «Los Morrones». Durante la misma jornada las divisiones rojas números 34 y 64 ocuparon el Cerro Perdigón y las cotas 1.163 y 1.184, con ánimo de proseguir sus movimientos ofensivos hasta adueñarse de La Muela de Teruel y del Vértice Pedriza.

El 16, inesperadamente, aparecieron sobre Teruel varias escuadrillas rojas de bombardeo que tomaron como objetivo el edificio del Banco de España, de muy sólida construcción, donde solían refugiarse muchos vecinos de Teruel cuando sonaban las sirenas de alarma. Aquel día se apreció que los rojos bombardeaban con proyectiles de mayor potencia que en otras ocasiones.

Un segundo bombardeo, con un cuarto de hora de intervalo, eligió otras zonas de la ciudad. El tercero hundió la techumbre del Hospital.

«Entre escombros discurren las enfermeras —dice un testigo presencial—; heridas, cubiertas de polvo otras; la farmacia ha sido destruida por la metralla; por todas partes se oyen los gritos de dolor y horror de los enfermos; los más no gritan ya, porque les carbonizó el fuego producido por los disparos rojos.»

A la vista de los resultados del fuego, se da la orden de que se organice la defensa del Seminario, y hacia el mismo corren centenares de mujeres, ancianos y niños, enloquecidos por lo que adivinan. ¿Por qué esa organización de la defensa del Seminario y no la de la ciudad entera?

Alguien parece que dio además otra orden más absurda la de que «toda la gente que quiera refugiarse, corra al Seminario y a la Comandancia Militar». ¿Era que se avistaban ya las vanguardias rojas? No; se hallaban todavía lejos, pero la imaginación de los vecinos, acalorada por tales órdenes, pensó que ya no quedaba remedio y que todo estaba perdido.

«Serían las tres de la tarde —dice el mismo testigo anteriormente aludido (P. Gil, de la Orden Franciscana)— cuando volví al Seminario, al que pude llegar sin dificultad. El silbido de algún que otro cañonazo, que a veces explotaba cerca, me acompañó en mi recorrido; pero como siempre la mayor impresión eclipsa la menor, llegué a no dar importancia a aquellos disparos. En el Seminario, la misma actividad que en la Comandancia; ventanas y pasillos fuertemente atrincherados con sacos de tierra...

Bajé a los sótanos y me encontré a más de 3.000 personas colmadas en un pequeño recinto; estaban en pie, y en tal forma apiñadas, que era imposible el tránsito...

Las calles están desiertas y cubiertas de escombros; sólo el silbido de un obús rompe de vez en cuando aquel silencio sepulcral...

En los sótanos del Seminario era voz corriente que los rojos estaban en Teruel y arrastraban y asesinaban a las personas de bien.»

Cinco o seis mil proyectiles de cañón —de los calibres 12,40 y 15,5 — cayeron sobre la ciudad el día 17. Desde el Seminario se veía cómo las primeras unidades nacionales de refuerzo llegaban a los Llanós de Caudé y se esforzaban heroicamente en contener el alud rojo entre Caudé y Concud. Durante los días siguientes, la batalla defensiva de los soldados de Franco llegaba al encarnizamiento en el Noroeste de Teruel, y los rojos encontraban mucho más difícil de lo que en un principio creyeron el avance hacia los segundos objetivos. Los primeros quedaron alcanzados desde el instante en que cerraron el cerco al Oeste de la capital bajoaragonesa.

«Las calles de Teruel estaban pobladas ya de gran cantidad de animales muertos por la metralla, y veíanse dondequiera coches y automóviles hechos trizas. Las tiendas, abiertas, sin amos ni custodios; lo propio que las fondas y las casas de

comidas; la tensión nerviosa que nos producía la contemplación de aquel tremendo cataclismo había hecho que olvidáramos alimentarnos; es más: los alimentos nos producían verdaderas náuseas; sólo los estancos permanecían abiertos ante la afluencia de los pobres soldados, que requisaban el tabaco. Entonces me convencí de que los estados nerviosos y las graves preocupaciones piden tabaco, mucho tabaco.»

Doce tanques rusos se veían hacia San Blas; quince más por la carretera de Villastar. El fuego de artillería y los bombardeos de aviación eran intensísimos. Dos Divisiones rojas atacan La Muela de Teruel. Un puñado de hombres la defienden. Uno tras otro fracasan los asaltos. Cuando ya van tres horas de continuo combatir, el Mando de Teruel ordena que La Muela, posición clave de Teruel, sea abandonada y que los supervivientes de los parapetos se retiren a la ciudad.



Lo que quedó de Teruel después del asedio

Empezó a presentarse el problema trágico de los heridos. Se disponía de material sanitario para 200, pero la cifra llegaba a 1.500; muchas camas estaban ocupadas por dos de ellos, y en ocasiones por tres.

Hacia el 20 de diciembre, el General Dávila, jefe del Ejército del Norte, envió a la guarnición de Teruel un telegrama que decía:

«General-Jefe del Ejército del Norte a Gobernador Militar Teruel. Resistid unos momentos. La España nacional va a libraros. ¡Arriba España!»

Los cañones rojos —porque ya hacía algunos días que los asaltantes ocupaban parte de la ciudad— estaban situados a 200 metros del Seminario.

No hubo grandes modificaciones en la situación de la ciudad desde el día 20 de diciembre al 31 del mismo mes. Las privaciones y sacrificios de los defensores iban en aumento y el cerco se hacía por momentos

angustioso e irresistible. El día 31 de diciembre se dio la voz de que en La Muela de Teruel se advertían extraños movimientos de las tropas rojas.

«Subí al tejado —dice el P. Gil—, y pude comprobar que así era, en efecto; Batallones enteros de rojos huían a la desbandada. Bajé para comunicar tan grata noticia a los Oficiales, y volvieron a subir conmigo al puesto de observación varios Oficiales, el teniente coronel y un comandante. Todos pudimos comprobar que la huida de los rojos era verdad y que, además, nuestra artillería les perseguía certeramente en toda la extensión de La Muela.

… … …

Desde el tejado que nos servía de observatorio pude apreciar de nuevo cómo nuestros soldados iban bajando de los altos de La Muela y se dirigían hacia nosotros; ya, a simple vista, se distinguían los colores de nuestra gloriosa Bandera, y a eso de las tres llegaban ya a las primeras casas de Teruel, en el barrio del tío Jorgico; un poco más tarde avanzaron hasta los depósitos del agua potable, a 50 metros del puente de hierro, a 50 metros de las calles de la población. Tan es así, que desde nuestras posiciones nos llegamos a entender perfectamente con las tropas libertadoras.

— ¡Sois libertados! —nos gritaban ellos—, y nosotros contestábamos.

— ¡Vivan los libertadores!

… … ….

En esto se nos vino encima la noche, y la nieve impidió la victoria definitiva de nuestras armas. Desde las cuatro de la tarde, toda la noche del 31 de diciembre y el día primero de año, estuvo nevando sin cesar sobre Teruel y sus contornos, y ésta fue la causa de que nuestras tropas no pudieran entrar en la ciudad.

Sucedió que al llegar los rojos en su huida hasta el Puerto de Escandón, más alto que Teruel, la gran cantidad de nieve acumulada allí les cortó el paso hacia Valencia; sus coches y ambulancias tuvieron que retroceder, y como el frío intensísimo no les permitía estar a la intemperie, se fueron aproximando poco a poco a la ciudad, y al ver que nadie les molestaba llegaron a apoderarse de varias casas, y así regresaron a Teruel.

A los nuestros les sucedió otro tanto; las avanzadas llegaron hasta la ciudad, pero no pudieron entrar en el casco de la población, porque esperaban a los Batallones de la retaguardia, y la nieve impidió su llegada.

Como estuvo dos días nevando sin cesar, la nieve alcanzó medio metro de altura, borró veredas y caminos y llegó a congelarse por la baja temperatura. En estas condiciones, ni podían avanzar las tropas ni los mulos, cargados con las ametralladoras y demás material de guerra, podían dar un paso, ni menos bajar los

terraplenes de La Muela; total, que la entrada se paralizó hasta que pudieran llegar nuestras tropas, transcurriendo en esto los días 1 al 8 de enero; y mientras tanto se consumó la traición y fuimos entregados a los rojos por el coronel Rey.»

Me perdonará el lector que califique de excesivamente sencilla esta explicación. La reproduzco porque se trata aquí de dar la impresión que la batalla produjo en el ánimo de los defensores. Pero creo necesario advertir que la tardanza en reconquistar Teruel tuvo sus orígenes en otras circunstancias, de las cuales algunas han quedado apuntadas en las páginas anteriores.



Teruel: La comandancia Militar tras la rendición



Teruel: Ruinas del Gobierno Civil

El día 7, mientras un Mando con su capacidad disminuida y su moral quebrantada —es ridículo hablar de traición— rendía la Comandancia Militar, un centenar de sitiados decidía pasar a las líneas nacionales, y mediante un nocturno vadeo del río Turia, con 18 grados bajo cero, llegaban a los parapetos del Batallón de América. Durante la huida de los rojos se había dado un caso patético: el niño José Vicente formaba parte de la caravana de fugitivos y llevaba en los brazos a su hermano Luis; éste no

pudo resistir el frío. Cuando José llegó a las trincheras del Batallón de América y depositó en el suelo al hermanito, éste había muerto.

Así terminó el asedio de Tamal, mientras Franco preparaba una de las más importantes batallas de la guerra.

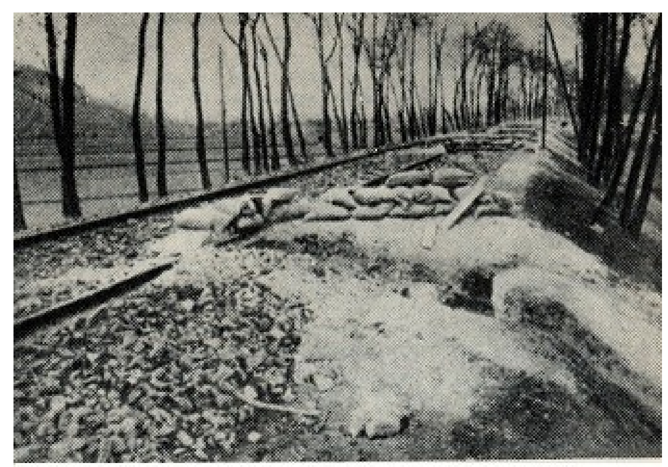
Triunfos locales del Cuerpo de Galicia (17, 18 y 19 de enero)

Ha terminado, con la rendición de la Comandancia Militar de Teruel, la segunda fase de la batalla librada en torno a la capital del Bajo Aragón. Los rojos cantan victoria. Sin embargo, un observador imparcial aprecia en la situación dos hechos importantes: el primero es que la masa roja de ataque está contenida en todas partes y que le es imposible desembocar hacia las líneas de comunicaciones del Ejército nacional, según era su propósito; el segundo, que los nuevos dueños de Teruel están peligrosamente amenazados por el Norte y por el Sur; en las dos alas han perdido posiciones de gran valor táctico; en las dos se encuentran muy cerca del supremo riesgo. Desde estos puntos de vista, la batalla comienza a recordar otro gran episodio de la guerra Brunete. Lo mismo que en Brunete, el Estado Mayor rojo consiguió en la primera fase de Teruel un éxito de alcance reducido; en la segunda fase queda fijado su avance y detenido en todas partes, mientras los nacionales dibujan movimientos envolventes. Examinemos ahora la tercera fase.

Pero antes de esa fecha, a partir del día 2, el Cuerpo de Castilla libra muy violentos combates defensivos. De ello son muestra elocuente las embestidas que sufre la gloriosa División 1.ª de Navarra, mandada por García Valiño. No pasa día sin asalto rojo a La Muela de Teruel y a las cotas 1.076 y 1.062. Véase lo que el propio Valiño ha escrito sobre lo ocurrido el día 6:

«Se produjo (en esta fecha) el más fuerte ataque de los rojos. Dos Brigadas, apoyadas por fuego de artillería y carros, consiguen avanzar hasta distancia de asalto de la línea principal de resistencia de La Muela. Después de una potente preparación artillera, y precedidas de dos Compañías de Carros, se lanzan sobre aquélla, retrocediendo alguno de nuestros Batallones. La guarnición de Casa Blasco (una Compañía) es materialmente aniquilada, muriendo con ella todos sus oficiales.»

El 17, una fortísima agrupación artillera —la mayor que se ha concentrado desde el comienzo de la guerra— lleva a término la necesaria preparación para el movimiento del Cuerpo de Galicia a que más arriba hemos aludido; millares y millares de proyectiles caen como una tempestad sobre los altos de Celadas, El Muletón, Las Pedrizas y El Mansueto. Buena parte de la artillería legionaria está allí, unida a los grupos nacionales. Los «legionarios» tiran con su típica escuela y sitúan sobre los "óvulos" elegidos todo el poder de sus baterías de ligero y mediano calibre. El espectáculo es impresionante. El frente que Aranda se dispone a atacar tiene unos diez kilómetros de desarrollo. Se trata de arrebatar a los rojos las posiciones montañosas del Norte y Noroeste de Teruel, desde donde baten fácilmente los acantonamientos y las comunicaciones nacionales.



Teruel: Trincheras rojas en la vía férrea

El Cuerpo de Ejército del Norte del Turia (Galicia) ha recibido orden de instalarse en las posiciones que van desde el Alto de Celadas hasta El Muletón inclusive. Para ello, la División 13 llevará a cabo una acción demostrativa por el fuego sobre la zona del Petrón, y ulteriormente tomará la cota 1.205. La 150 ocupará la cota 1.180, al Este de Cerro Gordo. La 5.ª de Navarra ocupará el Alto de las Celadas y posteriormente El Muletón y Las Pedrizas. La 84 enlazará por el Sur con la 5.ª, una vez que ésta haya alcanzado sus objetivos.

Las Divisiones 84 y 62 parten al asalto. A las nueve de la mañana, 30 aviones rojos aparecen sobre el campo de batalla y disputan el cielo a los «Fíat». Media hora después del choque aéreo, los «Fiat» evolucionan solitarios, porque los «Curtis» y «Ratas» enemigos se han replegado hacia los aeródromos de la costa levantina.

A las dos de la tarde, protegidos los despliegues de infantería tras las cortinas y barrajes de toda la artillería, se inicia el ataque a los altos de Celadas. A las tres, la Bandera nacional ondeaba en la cota más elevada. La División 84 parte de los Llanos de Caudé, rompe la línea roja y avanza impetuosamente hasta conquistar los barrancos de La Hoz y del Rubio, los cerros de San Simón y Miguel, la importante posición llamada «Masía del Chantre», los espolones Sureste del Muletón y la estación del ferrocarril de Ojos Negros.



Batería nacional de 7,5 en fuego en el sector de Celadas

Por el lado de Celadas y del Muletón, así como en el horizonte del Mansueto, los observadores aprecian organizaciones defensivas de gran consideración. Ha de tenerse en cuenta que esos montes del Norte de Teruel venían siendo rojos desde el principio de la guerra y que, por consiguiente, se había construido en ellos una verdadera red de fortificaciones de campaña, con muchos caminos cubiertos, parapetos protegidos, nidos de cemento armado, casamatas artilleras y pequeñas cúpulas para dos o tres armas automáticas. Todo ello comienza a ser envuelto por las Divisiones del Cuerpo de Ejército de Galicia, que maniobran con agilidad, evitan los ataques frontales y consiguen desalojar las trincheras enemigas mediante amenazas de envolvimiento.


Carros nacionales en las inmediaciones de Caudé

Los días 18 y 19 la línea roja sigue batiéndose en retirada. Entran en fuego la División de «El Campesino», la número 35 (Walter), formada exclusivamente por Brigadas internacionales, y la de Lister, más las tropas del sector. Pero Las Pedrizas, Santa Bárbara y El Muletón caen, una tras otra, y ya no queda a los defensores, sobre el horizonte de Teruel, otro punto de apoyo —muy importante, es cierto— que El Mansueto, al que todavía no alcanzan las vanguardias del General Aranda. La 5.ª de Navarra se bate heroicamente contra las fortísimas reacciones de la División Walter y, pese a las muchas bajas, arrolla cuanto encuentra a su paso.

Cuando se llega a los altos de Celadas, el General Yagüe hace al cronista oficial «Tebib Arrumi» la siguiente declaración

«Antes los rojos, desde los altos de Celadas, tenían vista y veían todo su campo y el nuestro, y nosotros, en el llano, estábamos ciegos, porque no veíamos nada más que el terreno que pisábamos. Ahora ellos se han quedado ciegos y nosotros vemos todo lo que deseamos.»

Para contestar a este ataque, el Mando rojo dispone un flanqueo. Fuerzas frescas descenderán desde la Sierra Palomera y caerán por sorpresa sobre el flanco izquierdo del Cuerpo de Galicia. Pero allí se encuentran con la 13 División, y el ataque no consigue progresar más allá de los primeros intentos locales.

La 84 División sigue avanzando, sube a la cota 969 y desde allí anuncia que domina la línea del río Alfambra. El día 22 los rojos son lanzados a la orilla izquierda del río, y así queda cortada por los fuegos nacionales la carretera de Teruel a Villalba Baja.

«Teruel —puede afirmar «El Tebib Arrumi» en su crónica del día 17 de enero — queda ya dentro del arco de una tenaza y a merced de nuestros tiros directos por

tres de sus lados; Norte, Oeste y Sur. Les queda a ellos el Este.»

El teniente coronel Rojo, jefe del Estado Mayor marxista, comunica en una orden:

«La batalla de Teruel ha terminado. Fortifíquense las fuerzas en sus posiciones.»

Sin embargo, la batalla de Teruel está en su fase aguda, y pronto va a alcanzar una intensidad sin precedentes dentro de las campañas españolas.

Antes del día 20 de febrero todo el sistema de montañas del Norte y Oeste de Teruel —salvo El Mansueto, que en realidad está situado al Nordeste— había caído en poder de las tropas nacionales; todo el del Sur, salvo algunas alturas hacia Castralvo, estaba en manos de los soldados de Varela; la situación táctica era, pues, magnífica; pero el Generalísimo Franco soñaba con más amplios proyectos y planeaba batallas de mayor alcance.

Temerosos los rojos, sin duda, de las consecuencias que iba a producir la batalla de Teruel, desencadenaron, dentro de la tercera fase que ahora examinamos, un contraataque de particular violencia. Como sus vanguardias, bien apoyadas en las posiciones de la Sierra Palomera, estaban muy próximas a la carretera de Zaragoza a Teruel, quisieron descomponer toda la organización de los Cuerpos de Ejército nacionales atacando en el punto de sutura entre el Cuerpo de Ejército de Galicia y las fuerzas que éste tenía a su izquierda.

Los rojos atacan con su 30 División y con las Brigadas mixtas 64 y 146. Es la 13 División nacional la que les espera. El 25 se agregan al ataque dos Brigadas más, llegadas de Extremadura, y una Brigada de la División de «El Campesino». La División 27 se desangra pretendiendo forzar las líneas nacionales. Los informes de la 13 División dicen, a propósito de estos combates:

«Los ataques de «El Campesino» son violentos y reiterados tercamente durante varios días, según su método acostumbrado. Su gente es empujada desde atrás, y los numerosos carros que le apoyan no le dejan en ocasiones replegarse; pero, a pesar de todo, son rechazados una y otra vez. La carnicería que se le hace es espantosa; nuestras posiciones están formidablemente elegidas; el enemigo tiene que pasar una llanura para atacarnos; se le deja acercarse al sitio previsto y entonces nuestras ametralladoras le paran, le obligan a pegarse al terreno bajo el fuego de artillería, que le deshace, y tiene que soportarlo sin trincheras, porque el que intenta replegarse cae

otra vez bajo el fuego de nuestras ametralladoras. Por los datos recogidos, se puede calcular en un 50 por 100 las bajas que tuvo esa División.,

Fue el día 28 de enero el que registró contraataques rojos especialmente sangrientos. De día y de noche fueron atacados los altos de Celadas, Las Pedrizas y la cota 1.059. Fue admirable el comportamiento de la División nacional número 84. Ciertamente, no era blanda la tercera fase de la batalla de Teruel para los efectivos nacionales. Basta leer estas cifras de bajas de la 84 División:

Jefes y Oficiales muertos	29
Jefes y Oficiales heridos	75
Suboficiales y tropa muertos	376
Suboficiales y tropa heridos	2.014
Enfermos	1.814
TOTAL	4.308

bajas desde la contraofensiva de los primeros días de enero hasta el final de esta fase de la batalla.

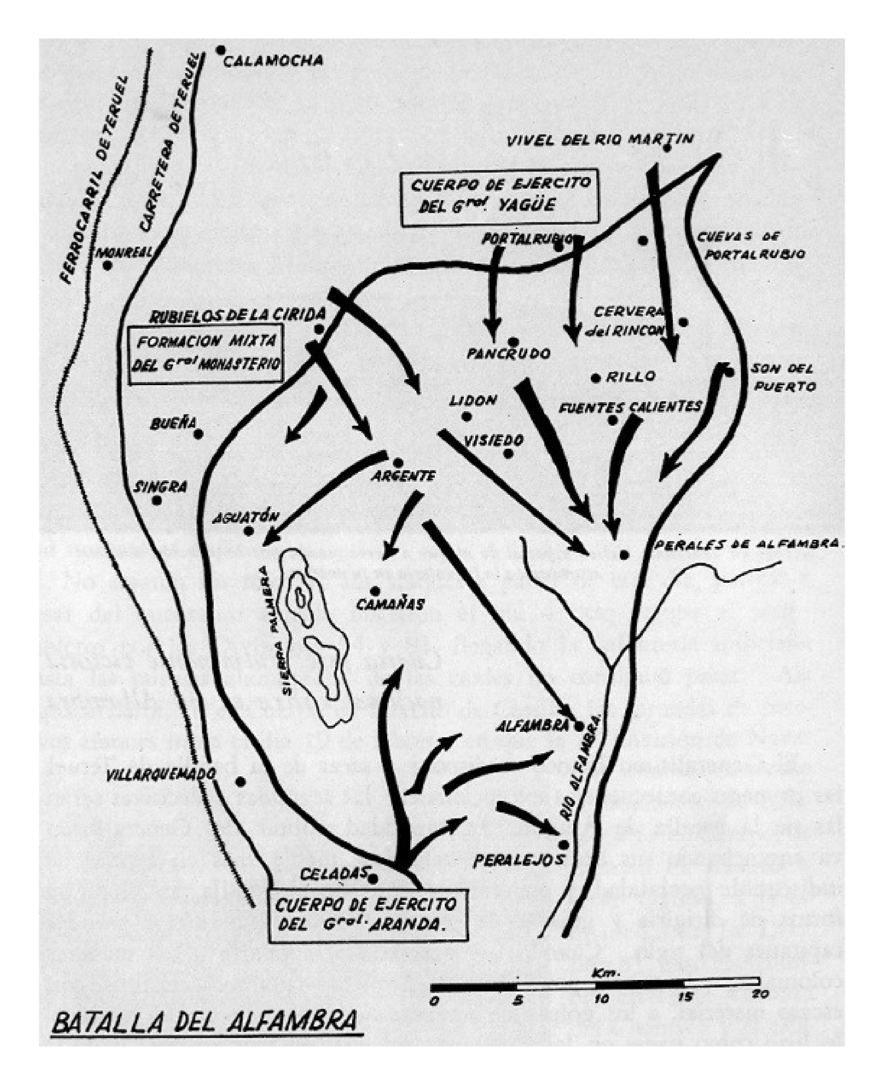
Cuarta fase: Fulminante victoria nacional sobre el río Alfambra

El Generalísimo Franco se dispone a sacar de la batalla de Teruel las primeras consecuencias excepcionales; las segundas y decisivas serán las de la batalla de Aragón. La capacidad militar del Generalísimo va ensanchando sus horizontes, revelándose más y más en formas de indiscutible genialidad, y sus concepciones de la batalla, así como su forma de dirigirla y guiarla, le presentan como uno de los grandes capitanes del siglo. Cuando fue necesario acomodarse a las maneras coloniales, a la guerra por medio de pequeñas columnas elásticas, con escaso material, a los golpes de sorpresa que desconciertan al enemigo, lo hizo como nadie en las campañas del Sur, de Extremadura y de la marcha sobre Madrid. Cuando se trató de importantes fijaciones de frente y de estabilizaciones tácticas consolidadas, nada faltó en sus planes; recuérdese la campaña en torno a Madrid. Cuando se presentó la ocasión de llevar a

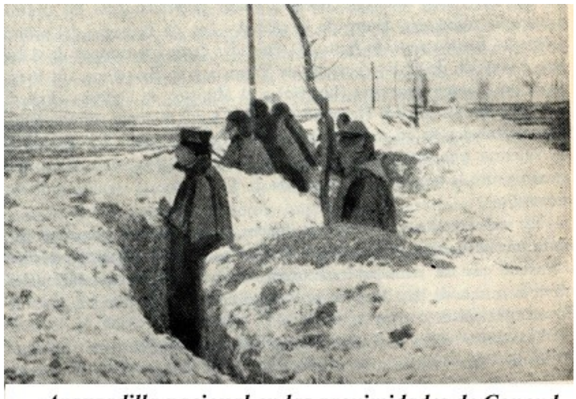
efecto una gran campaña montañera, de movimientos complejos y de grandes dificultades debidas a las características del terreno, concibió y coronó de victorias la guerra del Cantábrico. Ahora llega el día propicio para las maniobras amplias, con efectivos poderosos, con una organización de grandes unidades, con el juego difícil de los distintos Cuerpos de Ejército, asistidos por masas de aviación y de artillería, sobre horizontes vastos, con propósitos extraordinarios; se va a poner en práctica aquel supremo arte de la guerra que tiene como finalidad directa la destrucción de un Ejército enemigo; en ese momento Franco va a mostrarse más admirable que nunca. Su demostración durante la batalla del Alfambra (cuarta fase de la de Teruel) será concluyente.

En los primeros días de febrero quedó modificado todo el despliegue del Cuerpo de Ejército de Castilla. Al amanecer del 3 de febrero el enemigo, que en días anteriores había demostrado poca actividad, hostilizando solamente con fuego de cañón y armas automáticas algunas de nuestras posiciones, previa una intensa preparación de artillería se lanzó al ataque sobre la primera Brigada de la División 54, en la dirección de los barrancos que limitan la cota 1.076, siendo rechazado con numerosas bajas.

No cesaron los rojos en sus ataques a partir de este día, porque a pesar del quebranto sufrido iniciaron el día 4 otro ataque al sector cubierto por las Divisiones 54 y 81, llegando la infantería miliciana hasta las mismas alambradas, de las cuales no consiguió pasar. Así transcurrieron en el Cuerpo de Ejército de Castilla las jornadas de sucesivos ataques hasta el día 19 de febrero, en que la 1.ª División de Navarra, establecida como destacamento de enlace entre el Cuerpo de Ejército de Castilla y el de Galicia, a la izquierda de la División 81, pasó el Alfambra entre la «Masía del Chantre» y la estación del ferrocarril de Ojos Negros, con lo cual quedaron desbordadas las posiciones enemigas situadas en la margen derecha del río Alfambra.



El día 2 de febrero de 1938 las tropas que van a encargarse de la ofensiva en gran escala para resolver la batalla de Teruel reciben las instrucciones generales del Estado Mayor del Ejército del Norte. La misión del Ejército, según las citadas instrucciones generales, consistirá en batir al enemigo desplegado desde Portalrubio hasta Celadas, cortar sus comunicaciones sobre Perales y Alfambra, rectificar después el frente y adelantarlo hasta la línea del río Alfambra.



Avanzadilla nacional en las proximidades de Concud

Para ello, la maniobra que el Generalísimo ha concebido tiene la sencillez y la belleza matemática de todos los planes militares que han dejado señal en la Historia. Una agrupación de fuerzas fijará al enemigo en el centro del dispositivo (frente Villarquemado-Singra-Bueñas), mientras las alas lanzan dos ataques convergentes, uno por la izquierda, en dirección Portalrubio-Perales; otro por la derecha, en dirección Celadas-Alfambra. Una vez que la ruptura quede lograda, se irrumpirá con una masa de Caballería en la dirección Lidón-Visiedo-Santa Catalina y se restablecerá la continuidad del frente.

En el ala izquierda tiene a su cargo la rotura de las líneas enemigas un Cuerpo de Ejército que alcanzará victorias espléndidas en muchos combates: el marroquí, mandado por el General D. Juan Yagüe. En la derecha, el Cuerpo de Ejército de Galicia, el de Aranda, que tiene su solera en tierras gallegas y en los intrincados montes asturianos. La agrupación central, encargada de la fijación del enemigo y de la irrupción en las brechas, queda constituida por la División de Caballería y por la División de Navarra, bajo los mandos del General Monasterio y del coronel Bautista Sánchez.

El Ejército de operaciones sobre Teruel ha sido reorganizado en forma que su constitución se fija en cuatro Cuerpos: el marroquí (Divisiones 1.ª, 4.ª, 82, 105 y 108; mando, Yagüe); el de Galicia (Divisiones 13, 83, 84 y 150, más algunos elementos de la 85; mando, Aranda); el de Castilla (Divisiones 54, 61 y 81; mando, Varela), y la reserva de Ejército con la antes dicha 5.ª División y la de Caballería.

Queda fijado el día «D» para el 5 de febrero. La hora «H» para las 7,30 de la mañana.

Se trata, como es lógico, de proceder por sorpresa, para lo cual se prescribe que la artillería, haga su entrada en posición durante la noche, utilizando los tractores lo menos posible. Los soldados deben ocultarse en sus acantonamientos cuando llegue la aviación enemiga. Determinadas carreteras serán utilizadas exclusivamente después del anochecer, y los «autos» y camiones marcharán por ellas con los faros apagados.

La División 108, que está en sector, pasa a constituirse en reserva de Ejército.

En cuanto a la artillería, cada uno de los Cuerpos de Ejército dispone, aparte de las baterías divisionarias, de unas 20 baterías de distintos calibres como agrupaciones de Cuerpo. Asiste a la batalla casi toda la artillería del

Cuerpo de Tropas Voluntarias, bajo las órdenes del General Manca. Por consiguiente, la masa de baterías es muy importante y promete un fuego capaz de pulverizar las defensas rojas.

Esas defensas ofrecen especial fortaleza en un determinado sector: el que tiene por centro, al Norte del dispositivo, el pueblo de Pancrudo.

La observación aérea presenta varias líneas muy bien combinadas y excelentemente apoyadas entre sí; todo hace prever que será difícil afrontarlas, por lo cual se confía a la 1.ª de Navarra su envolvimiento por los flancos.

Esas líneas rojas dominan la base de partida del Cuerpo Marroquí y se sitúan en la arista de un altiplano.

Antes de empezar la batalla, el General Yagüe lanza a su Cuerpo de Ejército una instrucción que por su valor moral queremos reproducir aquí. Dice así

«*Conducta con el enemigo*. — Hay que respetar la riqueza nacional y las haciendas particulares; sólo con los destrozos inevitables de la guerra va a quedar nuestra economía bastante resentida. El robo y el pillaje deshonran a los que los cometen y a la unidad a que pertenece el ladrón. El Código lo castiga con penas severísimas que serán aplicadas rápida y ejemplarmente.

Perdonar al enemigo caído demuestra grandeza de alma y conciencia de nuestra fortaleza. Sólo el débil o el cobarde es cruel. Los prisioneros y pasados, después de interrogados rápidamente, serán conducidos a retaguardia con un ligero informe de su actuación.

Daroca, 3 de febrero de 1938»

Sobre el frente que va a ser escenario de la maniobra de Franco el Ejército rojo de Levante está situado en posiciones muy ventajosas. Ocho Divisiones cubren la línea adelantada del río Alfambra: la 30, 39, 41, Walter, Lister, «El Campesino», las Brigadas mixtas 32 y 58 y una División de Carabineros y Asalto, recientemente llegada de Castellón de la Plana.

Las unidades se ordenan principalmente en los Cuerpos de Ejército números X y XIII. Apenas iniciada la maniobra, aparece otra Brigada roja: la número 61. El frente de ataque tiene unos 55 kilómetros de extensión.

En la retaguardia inmediata (Perales-Camañas-Argente-Lidón-Visiedo-Mezquita de Juque) se señala la presencia de fuertes núcleos

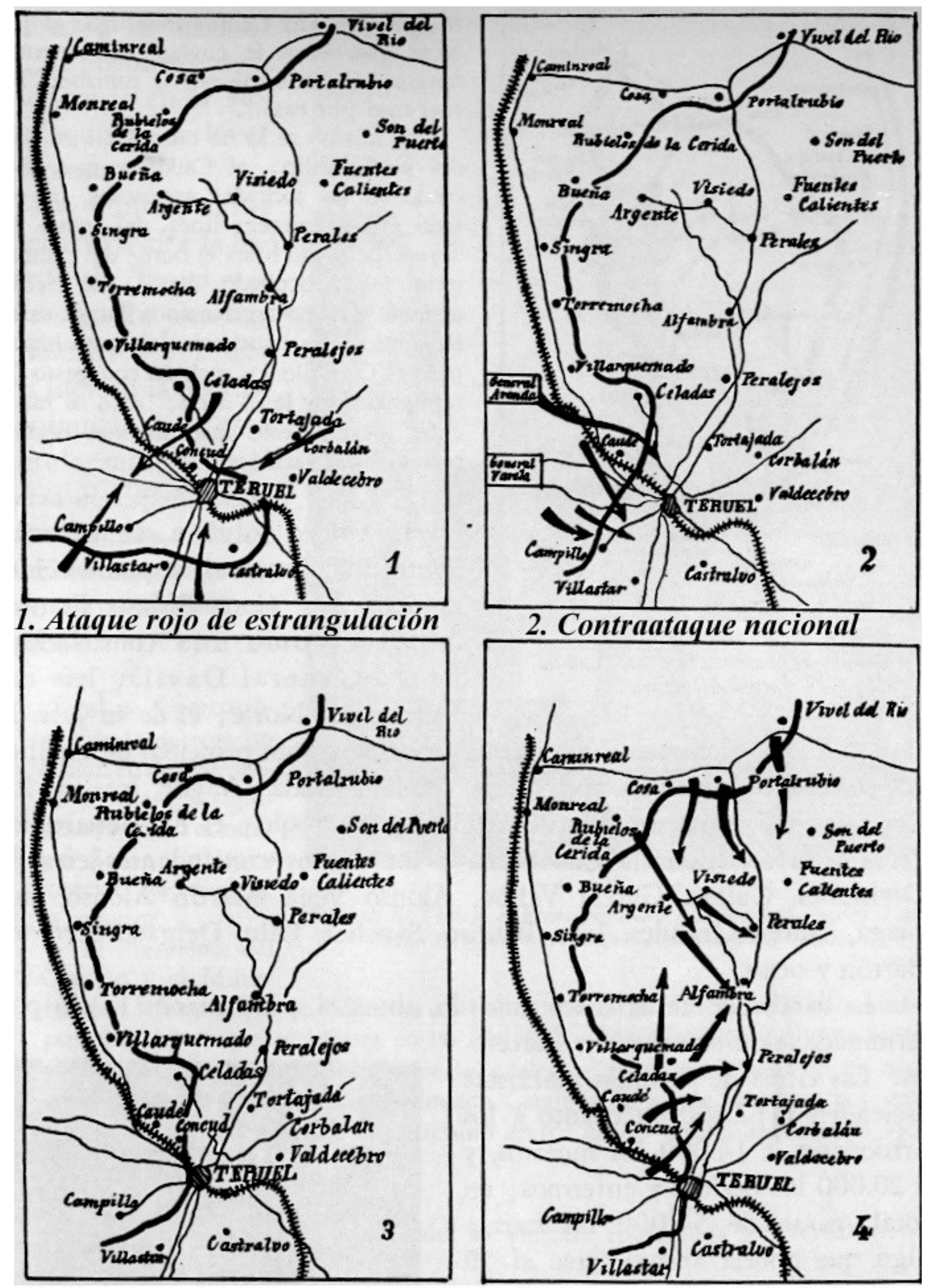
enemigos, entre ellos las Divisiones 27, 28, 52 y 45 del XII Cuerpo de Ejército, y la 39.

Decidido y preparado el camino de la operación para el amanecer del día 4, circunstancias de coordinación impusieron un retraso de veinticuatro horas. En estas condiciones se produce un hecho lamentable: cuatro individuos pertenecientes al Regimiento de San Quintín (4.ª División) desertan en la noche del 4 y proporcionan al enemigo amplia y detallada información sobre los propósitos nacionales. El efecto de sorpresa se había malogrado.

El día 5 de febrero, antes de la hora prevista, los Mandos del Cuerpo de Ejército comunican al Ejército del Norte que la visibilidad es muy escasa y que interesa demorar la preparación de artillería. Esta se inicia con dos horas de retraso. La 4.ª de Navarra encuentra fuerte resistencia enemiga, pero la rompe decididamente y avanza resuelta hacia el Sur; el frente enemigo, por esa parte, queda roto en dos horas. La 1.ª de Navarra, que había preparado perfectamente el envolvimiento de las fortísimas defensas de Pancrudo, ocupa el pueblo de este nombre y alcanza los objetivos de la primera jornada en un verdadero brinco heroico. La División 82, a la izquierda de la anterior, también encuentra al enemigo con decisión de resistir, pero tritura los obstáculos y ocupa el pueblo de Corbatón.

Las Divisiones del Cuerpo de Ejército de Galicia, con un ímpetu igual al de las mejores unidades de cualquier gran Ejército, atacan en las direcciones Santa Bárbara-Cerro de la Mina y Celadas-Alfambra. Una de esas Divisiones parte el frente en el vértice Lustal, convierte hacia el Sur, vuelve a convertir hacia el Nordeste y cumple perfectamente los objetivos del primer día. El vértice Lustal, Las Majadillas, El Rebollar, Corral Blanco y Las Lomas de Casares quedan en poder de los atacantes.

Entretanto, la 5.ª de Navarra y la División de Caballería mantienen el contacto estrechísimo que las circunstancias aconsejan en el centro de la línea y no permiten que el enemigo rompa el combate. Cuando los movimientos de las alas han cobrado suficiente amplitud, se ve que los soldados de la 5.ª y los de la Caballería aprietan su ataque hacia el sector de Lidón y Visiedo.



1. Ataque rojo de estrangulación 2. Contraataque nacional

3. El frente el 1 de enero de 1938. 4. Ofensiva nacional de Alfambra

Batalla Teruel-Alfambra

Sobre los resultados de esta jornada dijo el cronista oficial, señor Ruiz Albéniz:

«¿Recuerdan los que me escuchan aquella operación del Norte que nos puso en una sola jornada a las puertas de Reinosa y dejó encerrada una enorme extensión de terreno en el Sur de Santander y Norte de Palencia y Burgos? Con ella decidimos el triunfo de la campaña de Santander, porque no sólo destrozamos al enemigo, sino porque éste nos vio situados a su retaguardia cuando creía que nos tenía enfrente y a muchos kilómetros de distancia de Reinosa.

Pues similar a aquella inolvidable página de guerra ha sido la que hoy hemos vivido en el sector aragonés. Hemos atacado a fondo, repito, y en un frente extenso, que se puede representar gráficamente por un triángulo que encierra no menos de 600 kilómetros cuadrados de tierra. El Ejército, que ha operado bajo el mando directo del General Dávila, extendió su acción desde el sector de Celadas por el Sur al de Portalrubio por el Norte, pasando por la línea de Celadas y Singra. El día empezó mal, porque una niebla densa nos obligó a retrasar el comienzo de la operación durante más de dos horas. Pero al fin venció el sol a la niebla y quedó un hermoso día primaveral, que hemos aprovechado hasta el mismo crepúsculo para realizar este avance formidable, que yo reputo uno de los mayores, si no el mayor, de cuantos se han conseguido en la campaña. No he de especificar la situación de los puntos, de los pueblos, caseríos, cotas y montañas que han quedado en nuestro poder. La enumeración sería larguísima. Sólo diré que por el Norte hemos adelantado nuestra línea 12 kilómetros, por el Centro 8 y por el Sur 10.

Si los que me escuchan conociesen el terreno de nuestro avance en el día de hoy, se quedarían estupefactos. Sólo en recorrerlo sin guerrear, pacíficamente, es forzoso emplear, con buena marcha, de diez a doce horas. Pues nuestros soldados, combatiendo, los han cubierto en ocho nada más. Y cuente el que me escuche que, entre otras cosas, ha quedado a nuestra retaguardia, totalmente envuelta, la famosa Sierra Palomera, desde la que de continuo el enemigo hostilizaba nuestra línea del centro de ese sector y donde, al amparo de las quebraduras y del arbolado de dicha Sierra, armaba sus contraataques con el propósito de llegar a cortar nuestras comunicaciones de la carretera general de Teruel a Zaragoza. Esa carretera, objetivo esencial de los contraataques rojos realizados últimamente por Singra, hoy ha quedado a más de 10 kilómetros de la línea de contacto con el enemigo. Teníamos una postura incómoda en esa parte del frente de Aragón, y hoy la hemos trocado en una situación fuerte, despejada, segura y, por si fuese ello poco, toda nuestra línea ha quedado adelantada en un promedio de 12 kilómetros.»

Este mismo cronista exaltó su estilo el día 6 de febrero y reflejó la explotación del éxito inicial con las palabras siguientes

«Ayer avanzamos en profundidad media de 10 kilómetros sobre el terreno enemigo en un frente de no menos de 50 kilómetros. Hoy, a esos 10 kilómetros hay que añadir otros 15 de profundidad media en la misma extensión de frente. El triunfo que ayer conseguimos al romper a los rojos su frente en mil pedazos requería un esfuerzo notable por nuestra parte para aprovecharnos debidamente del éxito, y hay que confesar que pocas veces en esta campaña se ha hecho una explotación de una victoria con resultado tan brillante como el obtenido hoy. Ha sido un triunfo en tromba, un alud, un torrente que se ha lanzado sobre los rojos.»

Las reservas enemigas empezaron a actuar. La 27 División (122, 123 y 124 Brigadas mixtas) acude a reforzar el frente rojo, pero la entrada en

línea de estas fuerzas se hace de una manera desordenada y con muy baja moral; en vez de conseguir un resultado positivo, sólo lograron aumentar la confusión y el desorden. Esta confusión se acrecentó por la desbandada de las Brigadas 61, 59, 82 y 151, procedentes de la izquierda roja, que sólo pensaban en alcanzar el Alfombra para ponerse a salvo en la orilla izquierda. El 2.° Grupo de Asalto, llegado de la zona de Alcañiz, se dirige hacia el sector de Loma Carbonera a fin de oponerse, en unión del Batallón de la 132 que había en Utrillas, a una posible acción nacional sobre Martín del Río-Utrillas. La 74 Brigada marcha por la carretera de Aliaga para contener el avance del Cuerpo de Ejército de Galicia.

Este día 6 la División de Caballería cumplió la misión de «irrumpir en las brechas», según se le ordenaba en la «Instrucción general» del día 2 de febrero. Por su parte, el ala derecha daba vista a las aguas del Alfambra y no dejaba delante de sí ni una posición roja que no cayera bajo los golpes de maza de la 13, la 84, o la 85 Divisiones.

El día 7, todo el Cuerpo de Ejército de Galicia tocaba con las puntas de sus bayonetas las aguas del río Alfombra. Por consiguiente, en ese sector el movimiento convergente estaba terminado. La totalidad del frente rojo quedaba rebasada, envuelta, y sólo la mucha prisa y la encendida urgencia podrían salvar los restos de las Brigadas marxistas empeñadas en la batalla.

Casi todos los partes de operaciones que se reciben en el Ejército del Norte comunican que el enemigo se encuentra en franca huida y que rompe el contacto en todas partes, sin que sea posible activar la persecución sino por fuerzas de Caballería y por elementos muy motorizados. El enlace de la División de Caballería con el Cuerpo de Ejército Marroquí ha quedado establecido. La alineación y restablecimiento de la continuidad del frente, encomendada a la 5.ª División de Navarra y a la Caballería se producen rápidamente, porque no hay resistencia roja. Cada una de las Divisiones pide a los comandantes de artillería que supriman los fuegos de preparación y aun los de acompañamiento, pues el avance es fácil y no hay perspectivas de combate para superar defensas. Algunos de los pueblos de la orilla izquierda del Alfambra están siendo evacuados por sus guarniciones. De Sur a Norte se establecen al través del Alfambra tres cabezas de puente: una en la zona de Villalba Baja, otra en Peralejos y la tercera en Alfambra. Las tropas de Yagüe ocupan Perales. Las de Aranda, Alfambra. La Caballería está a

retaguardia de las guarniciones rojas que ocupaban Sierra Palomera. Nueve Brigadas completas están cercadas. Algunas de ellas consiguen escapar a duras penas; las demás caen prisioneras o son aniquiladas.



Aviones en «cadena», táctica especial de ataque a tierra creada por la aviación nacionl, acompaña a la Infantería en su avance

El descalabro que está sufriendo el Ejército marxista de Levante es enorme. No queda en pie ni una de las unidades de choque y de extrema vanguardia. Desde que comenzó la batalla ale Teruel las bajas vienen segando el Ejército de maniobra de Levante que preparó el Ministro Prieto y que tanto mimó el teniente coronel Vicente Rojo.

La batalla del río Alfambra ha terminado. Los planes del Generalísimo se han cumplido tan al pie de la letra que parece la operación uno de esos movimientos mecánicos que se producen a distancia, valiéndose de una máquina de relojería.

Las dos fases previstas han sido, en realidad, una sola. Los diez días calculados para llegar a los últimos objetivos se han reducido a tres. La maniobra ha resultado perfecta. ¿Cómo no celebrar el esplendor y madurez del talento militar de Franco a la vista de una concepción tan rigurosa y de una realización tan brillante? En tres días unos efectivos que suman tres Cuerpos de Ejército se han movido con arreglo a compás y medida, de suerte que ni una sola unidad ha estorbado a las demás ni se ha variado un horario, si no es por causas relacionadas con la visibilidad, ni se ha aplazado la consecución de un objetivo. Todo el frente rojo de Sierra Palomera ha quedado envuelto en una acción cumplidamente sutil sobre las retaguardias. Las líneas de comunicaciones del Ejército Nacional bajo-aragonés quedan ahora a 30 kilómetros del fuego rojo; en cambio, todas las comunicaciones rojas que vitalizan el sector de Teruel quedan de tal

manera sometidas a riesgo, que no podrán sostenerse sino durante el tiempo que Franco quiera.

Pero ante todo, y por encima de cualquier otro resultado, el Ejército de maniobra de Levante está completamente destruido. Pronto veremos las consecuencias de este hecho básico en la guerra de España.

El despliegue enemigo en la nueva línea estabilizada se integra, de Norte a Sur, con las siguientes fuerzas: un Batallón de la 132 Brigada mixta, 2.º Grupo de Asalto, 22 Brigada mixta (de la 39 División) y los restos de la 27 División. Al día siguiente varía esta cobertura, porque la 70 División releva a la 39 y se organiza un sector defensivo autónomo, que sirve de enlace entre los Ejércitos del Este y de Levante.

«La operación de rectificación del frente de la carretera de Zaragoza a Teruel al del Alfombra —escribe el Teniente General García Valiño en su libro dedicado a las campañas de Aragón, Maestrazgo, Teruel y Ebro— se había conseguido con pleno éxito y a costa de un número de bajas tan exiguo que parecía inverosímil: unas 10 de oficiales y 300 de tropa; menos de lo que la ocupación de cualquier cota había costado en los primeros días de la batalla. En contraposición, el enemigo había sufrido duro quebranto, ya que la maniobra envolvente de Sierra Palomera le había desconcertado de tal forma que muchas unidades quedaron sin retirada posible.

… … …

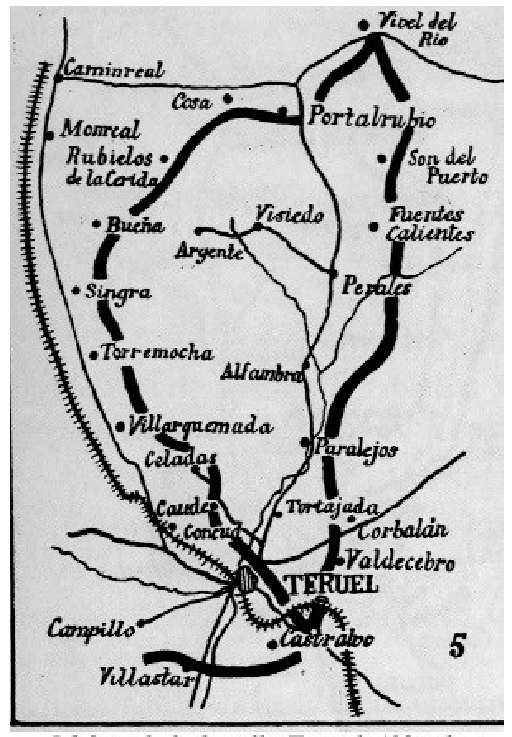
La victoria había sido espléndida y el Mando Nacional, en uso de su plena iniciativa, iba a comenzar el último acto de le batalla que el enemigo había provocado y estaba ya lamentando, de seguro.»

Quinta fase de la batalla de Teruel: Reconquista de la ciudad por los nacionales

Al llegar el ataque de Franco a las orillas del Alfambra volvió en el frente de Teruel a prevalecer el mal tiempo. Nieve, chubascos continuos, ráfagas heladas y granizo en forma de tormentas impidieron continuar avanzando. Hubo necesidad de descansar. Los soldados victoriosos dispusieron sus acantonamientos en los pueblos recién conquistados.

Hacia mediados de mes, concretamente durante la noche del 15 de febrero, dos nuevas Divisiones rojas —la 70 y la 34— trataron de contestar a la gran maniobra del Alfombra con un ataque flanqueante en el que no se sabe bien lo que pretendían conseguir. Eligieron como zona

atacable el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército Marroquí y trataron de filtrarse hacia Vivel del Río, envolviendo el ala nacional y poniendo en riesgo las comunicaciones Fue inútil el intento, porque las tropas de Yagüe reaccionaron perfectamente, impusieron su moral de victoria y deshicieron la contraofensiva a fuerza de fuego de baterías y de cruzamientos de ametralladoras.

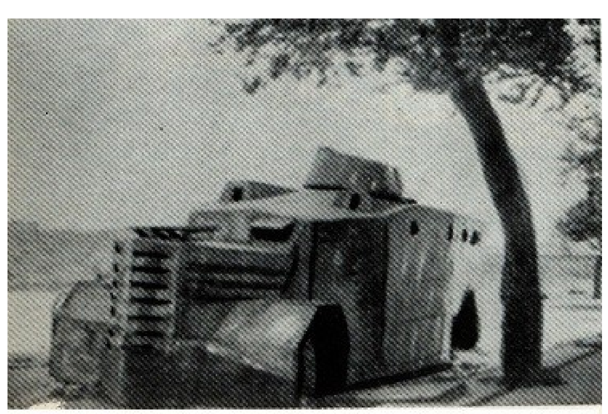


5.ª fase de la batalla Teruel-Alfambra

El tiempo mejoró entretanto y permitió consolidar el dominio del Alfambra. El 17 todo el Ejército empeñado en el plan de Franco pasaba el río Alfombra, conquistaba la orilla oriental, avanzaba en una profundidad de ocho kilómetros y cortaba todas las comunicaciones principales y secundarias entre la ciudad de Teruel y el Norte de la provincia. La victoria se coronaba tan completamente que ya no cabía alargar la presencia de los rojos en la ciudad mencionada. Debían abandonarla inmediatamente, so pena de quedar encerrados y copados en ella.

En los combates del 18 y el 19 fue ocupado el valle del bajo Escriche, interrumpida la carretera de Corbalán y dominado El Mansueto, último baluarte montañoso junto a Teruel. La Caballería, en movimientos incontenibles para las retaguardias rojas, envolvió el caserío por el Este, se dirigió hacia Castralvo y —¡momento calculado y bien esperado!— permitió que el ala derecha del frente, la que cubría el Cuerpo de Ejército

de Castilla, avanzara decidida y fuera a abrazarse con el Cuerpo de Ejército de Galicia, a retaguardia de la disputada capital, en una exacta coincidencia de todos los movimientos previstos y calculados por el Generalísimo.


Teruel: Blindado rojo destruido en las inmediaciones del Seminario

La 67 División internacional, con sus Brigadas 215, 216 y 217, ha quedado destrozada. En total, las fuerzas gastadas y desorganizadas durante la batalla de Teruel suman en el campo rojo unas 60 Brigadas; es decir, todo el Ejército útil para las empresas fuertes y comprometidas. ¿Qué será ahora de las líneas rojas de Aragón? ¿Con qué se opondrá el Gobierno de Barcelona a los planes de Franco?

A partir del día 18, la ciudad de Teruel está virtualmente en manos del Generalísimo. Desde las alturas del Chopo y el Tocón «se ven todas las entradas de Teruel y la ciudad está a nuestros pies; se dominan sus accesos y los caminos que bajan hasta el valle a retaguardia de la población.

»Continuando el movimiento envolvente —dice la Memoria de la 84 División—, y marchando en dirección Sur, la División ocupa Valdecebra y Los Lomones, y corta la carretera a Sagunto en su kilómetro 7, y Fuentecerrada, con lo que la División ha cumplido, con exactitud y completamente, la misión a ella asignada, En este último avance, en un principio, el enemigo, desarticulado al ocupar nosotros su primera línea de posiciones, ha conseguido, días después, rehacerse en parte, y durante varios días, fuerzas que proceden de Corbalán, lanzan fortísimos ataques a Los Lomones y al alto de la Torana, ataques llevados a efecto con varios tanques que preceden a las fuerzas que los lanzan».

El cronista oficial anuncia la reconquista de Teruel de la manera que sigue:

«Una vez más, como en los días de mayor gloria, constantemente resonaba por los campamentos y en las mismas líneas de fuego la consigna, el nombre invicto de Franco, de Franco, que pudo escuchar, que ha escuchado perfectamente estas aclamaciones, porque —ya es hora de decirlo— desde el primer día en que se empezó a desarrollar el plan magistral que concibiera para dar respuesta a los rojos en su célebre audacia de Teruel, que tan mal resultado les ha dado, Franco está viviendo la vida de sus soldados, de los que luchan, en contacto constante con ellos, y éste, quizá, ha sido el estímulo que más ha llevado hasta lo inconcebible la acometividad, la bravura, la abnegación y la resistencia de sus tropas,

Hemos ocupado ciertos edificios de Teruel; lo tenemos cercado, pero, conseguido nuestro objetivo de evitar que pueda escapar la Brigada de Carabineros y la de «El Campesino», que al parecer guarnecen la ciudad, no tenemos ninguna impaciencia por ir tomando Teruel casa por casa...

Yo mismo se lo he oído decir en este día al Caudillo; al Caudillo, que hoy, como en las jornadas anteriores, ha estado en la primera línea del frente de Teruel, llegando hasta el borde del cementerio, recién ocupado, donde, por cierto, alguien le quiso regalar unos látigos rusos hallados en las trincheras del santo lugar; pero el Caudillo los rechazó con gesto de repugnancia, y le oí decir: «No os manchéis tocando esos instrumentos, hechos para torturar esclavos.»



Tropas nacionales en Teruel

La ciudad volvía a ser nacional. Sobre ella, junto al resplandeciente nombre del Generalísimo Franco, brillaban, como una constelación, los del General Dávila, Jefe del Ejército del Norte; el de su Jefe de Estado Mayor, General Vigón; el de su comandante principal de Artillería, coronel Martínez Campos; el de Varela, Aranda y Yagüe, Jefes de los Cuerpos de Ejército de Castilla, Galicia y Marroquí; el de Monasterio, Jefe de la División de Caballería, y los de los comandantes-jefes de Divisiones,

Galera, García Valiño, Alonso Vega, Martín Alonso, Buruaga, Muñoz Grandes, Juan Bautista Sánchez, Ollo, Delgado Serrano, Barrón y otros.

La batalla de Teruel ha terminado, ahora sí, y no cuando la dio por terminada el Gobierno de Barcelona. Las cifras de pérdidas marxistas ascienden a 17.000 en cuanto a los prisioneros, a 14.000 los muertos, y a 20.000 los heridos y enfermos; en total, pasan de 50.000 las bajas; algo que podría aproximarse al 50 por 100 de la masa de maniobra. Veinte baterías, 100 aparatos de aviación, medio millar de ametralladoras, 40 tanques, 1.600 kilómetros cuadrados de territorio, 50 pueblos y toda la confianza en la victoria, quedan a favor de Franco.



Soldados del Tercio de Montejurra en Teruel

Los comentarios internacionales a la batalla de Teruel y a sus resultados son muy significativos y todos ellos indican la enorme importancia que este capítulo militar de la guerra de España tiene en los diversos órdenes.

El comentarista italiano *General Belforte* escribe:

«Las repercusiones de la derrota no tardan en dejarse sentir de manera significativa, ya en el campo de la política interior, ya en el de la exterior.

El Presidente del Consejo y el Ministro de Defensa rojos se esfuerzan en poner coto a la crítica situación creada por el malestar que se infiltra en las filas de los combatientes y que de éstos se extiende a las poblaciones, entre las cuales se producen señales de un mal disimulado nerviosismo. Especialmente Cataluña se siente invadida por una oleada de pesimismo y de escepticismo acerca de las posibilidades de la victoria final.

… … …

En el campo de los nacionales la victoria conseguida en Teruel tiene

repercusiones de amplio alcance...

El prestigio de la España nacional se afirma, cada día más fuerte, en el mundo europeo y en el extraeuropeo, cada día más propicio a reconocer el nuevo estado de cosas, evidentemente creado por un movimiento netamente nacional e ideal, orientado en un sentido de justicia y de humanidad, que no puede dejar indiferentes a las propias democracias.»



Teruel: las ruinas del Banco de España, uno de los principales cenros de resistencia nacional

En el *Times* de Londres encontramos, el día 23 de febrero, el siguiente comentario:

«La batalla de sesenta días en torno a Teruel ha terminado por una aplastante derrota del Ejército republicano,»

Pero lo que mejor revela el grado de esa derrota es una frase que da especial valor a la crónica de cierto corresponsal rojo encargado de reflejar las incidencias del encuentro. Ve el corresponsal cómo se retiran las masas informes de tropas batidas en campo abierto, mezclados los elementos de todas las Divisiones; y no puede contener estas palabras: «como en la carretera de Málaga a Almería».

No menos de 16 Divisiones rojas han sido desbaratadas.

Allá va, a reorganizarse en la retaguardia, el resto de un Ejército en el que pusieron los rojos esperanzas sin cuento; allá va, maltrecho de tal suerte que en mucho tiempo no podrá volver a su condición de instrumento eficaz para la guerra.

La batalla de Teruel, la batalla de las cinco fases, ha terminado. Sólo en el sector de Corbalán se advierte resistencia. Allí es magnífico el terreno para organizarla. Las tropas del Cuerpo de Galicia que han

atravesado el Alfambra y se han lanzado contra Sierra Gorda anuncian que el enemigo empieza a pretender rehacerse en parte al Este de Valdecebro.

Las posiciones nacionales han llegado en todo el frente al punto de partida de la ofensiva roja; y en determinados sectores, mucho más adelante. Se acerca el mes de marzo. Ese mes dará inmenso testimonio de la profundidad y trascendencia que revisten las victorias nacionales de Teruel.

Pequeñas diversiones en el frente Sur

En el curso de la batalla del Alfambra, los rojos, sin duda para dar fe de vida, han intentado unos movimientos locales contra el ala izquierda del frente que manda el General Queipo de Llano. Este ha aprovechado la ocasión para dar una respuesta enérgica, y esa respuesta ha servido para que en la zona de la Granja de Torre Hermosa y en la Sierra de Algalén las líneas nacionales queden ampliamente fortificadas y en consolidación táctica que mejora positivamente las condiciones del frente. Los soldados del Sur han hecho demostración plena de combatividad y de excelente espíritu.

CAPÍTULO XII

MARTIRIO Y GLORIA DE LA CIUDAD DE HUESCA

Resumen de sucesos militares con motivo del ataque, asedio y defensa de Huesca desde el mes de agosto de 1936 hasta el 22 de marzo de 1938. Incomprensible fracaso de los asaltos rojos. – De la resistencia elástica a la defensa rígida. – Martirio y heroísmo de la población civil de Huesca. – Extraña situación táctica durante dieciocho meses de asedio. Resolución del problema por medio de la ofensiva nacional en todo el frente de Aragón.

Entre la mole pirenaica y la región aragonesa del Ebro central se levanta la ciudad de Huesca, capital de la provincia de su nombre y capital del Alto Aragón, como Teruel lo es del Aragón Bajo. Está situada entre las dos plazas más típicamente militares del Pirineo y el Subpirineo: Jaca y Zaragoza; y enlazada por carretera y ferrocarril con ambas, así como con otras dos ciudades de amplia significación estratégica: Barbasco y Lérida. Huesca no es defendible sino a condición de que el defensor sea dueño de Zaragoza y de Jaca; pero aun en este caso, su posición resulta extremadamente delicada contra fuerzas que procedan de Lérida y Barbastro. Esta fue la realidad que se produjo desde los primeros días de la gran guerra civil de España (1936-1939).

El día 18 de julio de 1936 mandaba la Plaza el General don Gregorio De Benito. Las plantillas de la guarnición se hallaban tan reducidas y tan venidas a menos que, reunidas todas ellas, no alcanzaban los efectivos de medio Batallón. Trescientos soldados en el Cuartel de Alfonso I, más 50 guardias civiles y de Asalto; esto era todo. Los 300 soldados pertenecían al Regimiento de Valladolid.

Con estos elementos y algunos grupos de falangistas declaró el General De Benito el estado de guerra en Huesca y su provincia. Muy pocas horas después comenzaba a recibir noticias de los pueblos en donde los núcleos marxistas reaccionaban agresivamente y empezaban a adueñarse de los medios de acción que encontraban a mano. Carecían de

armamento largo, pero esperaban recibirlo pronto, si las organizaciones sindicalista de Zaragoza podían cumplir las promesas que venían haciéndoles desde tiempo atrás.

El triunfo del Alzamiento en Jaca y Zaragoza aseguró mucho los ánimos de los sublevados en Huesca; en cambio, la incorporación de las plazas de Barbastro y Lérida al Frente Popular anunció jornadas duras, ante las cuales no era fácil saber cómo habría de resistir la capital del Alto Aragón.

Los primeros cuidados se orientaron hacia la línea de comunicaciones con Zaragoza; en ella había un pueblo cuya conservación era vital: Almudévar. Los grupos marxistas comarcales cayeron sobre él; lo disputaron ardorosamente unos cuantos guardias civiles y dos docenas de falangistas. Llegaron elementos voluntarios de Zaragoza, y Abundévar quedó dominado por los nacionales, mientras los milicianos se retiraban hacia Tardienta y se adueñaban de este pueblo.

La aviación roja, cuyo aeródromo principal era en aquella época el del Prat de Llobregat (provincia de Barcelona), inició sus visitas a Huesca a los ocho días de guerra. Al propio tiempo, las primeras columnas rojas, procedentes de Barbastro, se ponían en marcha hacia el Oeste, y promovían reclutas en los pueblos por donde pasaban. ¿Qué hacer ante aquella amenaza que día a día iba creciendo? ¿Esperar en Huesca?

¿Salir al encuentro?

Pero, ¿con qué tropas?

Una columnilla, magra y escueta, decidió avanzar hacia el enemigo y situar lo más lejos posible de la ciudad las líneas de resistencia. El coronel Villalba, que mandaba a los rojos de Barbastro, pensó que su triunfo sobre Huesca era cosa descontada y que sólo tardaría en lograrlo el tiempo indispensable para recorrer la distancia entre las dos ciudades. Era lógico el supuesto del coronel, porque no existía una sola razón, al menos en la superficie de los hechos, que abonara la salvación de Huesca. La columna salida en busca de los rojos encontró a éstos en las inmediaciones de Siétamo y trabó combare. Pudo apreciarse desde el primer momento que la combatividad de los republicanos, formados en columnas de organización sindical, mandados por jefes anarquistas sin la más ligera noción de la técnica militar, era pequeña; pero su número resultaba tan desproporcionado respecto de los humildes efectivos nacionales, que por sí

solo iba imponiéndose, pese a las bajas que las milicias sufrían en sus ataques, absurdamente pensados y más absurdamente dirigidos.

A fines de julio, tras repetidos asaltos, entraron en el pueblo de Siétamo, donde los vecinos, armados de escopetas y de armas cortas, se defendieron con indudable heroísmo. El General De Benito consiguió recuperar la combativa localidad aragonesa. Pero, al propio tiempo, la comunicación entre Almudévar y Huesca quedaba cortada, con lo cual se inutilizaba la línea directa de comunicación entre Huesca y Zaragoza. Una pequeña columna salida de Huesca y otra procedente de Almudévar atacaron hacia el pueblo de Vicién; encontraron al enemigo fuertemente atrincherado y tuvieron que retirarse, perseguidas por la aviación catalana.



Fuerzas rojas de artillería salen para el frente de Huesca

A fines de agosto, el ataque rojo estaba generalizado en todos los frentes del Alto Aragón. Cierto que los episodios de Siétamo y de algunos otros puntos habían retrasado mucho el contacto de los rojos con la zona inmediata a Huesca, pero ya se estaban agotando las posibilidades de resistir lejos de la ciudad y las fuerzas nacionales se replegaban lentamente hacia posiciones precarias.

Un testigo de la defensa de Huesca (el señor Martín Retortillo) describe del modo siguiente la situación de los primeros días de agosto:

«No obstante el castigo durísimo que el enemigo ha sufrido, no ceja en su empeño conquistador. La guarnición de Huesca seguía siendo muy escasa, a pesar de los pequeños refuerzos llegados de Jaca; febrilmente se trabajaba para encuadrar a los muchachos que, cediendo a impulsor patrióticos, se apresuraban a tomar las armas para defender a España. Muchos de ellos, escasamente habían cumplido los dieciséis años; era necesaria una breve instrucción para enseñarles el manejo de las armas. A todo eso, las columnas procedentes de Cataluña presionaban ya por tres frentes distintos y las partidas sueltas de los revolucionarios del país merodeaban por la

Sierra, inquietando los pueblos de Apiés, Arguis, Loarre, ere, a la vez que por la tierras baja se acercaban a Novales, Los Alberos, Vicién...; eso hizo necesario que unas Compañías del Regimiento de Galicia viniesen a reforzar nuestros elementos de la carretera de Barbastro. Pocos días antes llegaron a nuestra ciudad unos 250 requetés, voluntarios de Navarra, que con su patriotismo venían a esta tierra aragonesa a luchar por la santa Causa de España.» (Del libro *Huesca vencedora*.)



Puesto nacional en el sector de Jaca

En los últimos días de agosto, los rojos alcanzaban las puertas de Huesca. Cortadas casi todas las comunicaciones, dueños los atacantes del Salto de Roldán y de las Canteras de Almudévar, instalados en el pueblo de Apiés y en el Carrascal de Pebredo, irrumpieron en masa el día 31 por la carretera de Zaragoza y entraron en el cementerio, situado a las mismas puertas de la población; tras el cementerio se filtraron por la llanura de sembrados que se abre al Sur, y todo hizo prever que, ampliado el ataque durante dos o tres horas, conseguirían tomar la Loma de San Jorge, con su ermita, y finalmente, caer sobre las calles céntricas de Huesca, sin que nada se opusiera a su ímpetu.

Pero no fue así; a pesar de catorce horas de bombardeo artillero y de luchar en proporción de diez contra uno, el asalto quedó cortado en seco por varias reacciones elásticas de los núcleos defensores, que hubieron de multiplicarse noche y día, pegándose encarnizadamente al terreno, y acudiendo a todas partes, con más furia de combatientes dispuestos a la muerte que probabilidades de alcanzar la victoria, dada la desproporción de las fuerzas empeñadas en el encuentro.

A partir del 1 de septiembre los rojos atacan por los frentes Norte, Sur y Este de la ciudad y se filtran hacia el Oeste, con ánimo de completar

el cerco. En la carretera de Barbastro, o sea en dirección Este, continúan resistiendo el vecindario de Siétamo y una pequeñísima guarnición. El coronel Villalba quiere eliminar ese obstáculo que le impide moverse con desembarazo, y ordena un ataque decisivo.

«Defienden Siétamo —escribe el autor más arriba citado— una Compañía de fusiles y una sección de ametralladoras del Regimiento de Valladolid, con siete guardias civiles y siete falangistas. El ataque lo lleva a efecto una gran masa de milicianos. Lo inician de madrugada y se prolonga varios días. Nuestros soldados son totalmente cercados, pero no ceden ni aun después de habérseles arrebatado la loma Norte; los intentos de asalto al pueblo son rechazados valientemente; la aviación, en múltiples ocasiones, les hostiga con sus bombardeos; nuevo intento de asalto, también frustrado gracias al coraje de los defensores. El asedio era cada vez más duro y más difícil la situación de nuestros soldados, pero no retroceden y el valor y celo de los capitanes es secundado admirablemente por todos. Así dos semanas, hasta que el enemigo logró filtrarse en el pueblo, dedicándose con botellas de líquido inflamable a quemar los pajares y las primeras casas de la carretera; pero todavía nuestros soldados se defienden con bravura no superada. Incomunicados con Huesca desde hace veinte días, y por consiguiente sin refuerzos de ninguna clase, mientras el enemigo, que tenía expedito el camino hacia Barbastro y Barcelona, recibía toda dase de ayudas, los soldados de la pequeña guarnición de Siétamo aún pelean contra los invasores. Ahora la lucha se mantiene en las casas, y a medida que éstas se incendiaban, se replegaban a las de enfrente; la situación no podía ser más desesperada, pero no se rindieron, sino que se hicieron fuertes en el famoso castillo del Conde de Aranda, donde asediados por todas partes resisten seis o siete días, viéndose obligados el 14 de septiembre a replegarse a Estrecho Quinto, donde supieron que también esta posición estaba sitiada. Nuestras fuerzas habían agotado las municiones.»

La posición de Estrecho Quinto es un largo espolón situado a seis kilómetros —aproximadamente— de Huesca, y constituye el último obstáculo natural para las fuerzas que ataquen la mencionada ciudad viniendo de Barbastro. A su flanco izquierdo, Estrecho Quinto está apoyado por una loma donde se asienta el viejo Monasterio —antigua ciudadela de campaña— de Montearagón, hoy sin valor militar, dada la potencia de las armas.

Dominadas por los rojos las llanuras del Sur y una parte de las posiciones del Norte, fue para los rojos tarea fácil filtrarse y establecerse entre Huesca y Estrecho Quinto, con lo cual es claro que el espolón defensivo quedaba cortado de su base, igual que había quedado Siétamo.

«Por espacio de 28 días y 28 noches, totalmente rodeados de enemigo, y de enemigo poderoso, que además cuenta con gran abundancia de ametralladoras, con cañones y con una aviación que solícita les ayuda», los defensores de Estrecho Quinto se baten a fin de dar ocasión a que las columnas de Huesca rompan el cerco. Mientras tanto, algún viejo avión observador va dejando caer en las trincheras alimentos y pequeños paquetes de municiones.

Son, en conjunto, 800 hombres, más unas docenas de combatientes que hay en Montearagón. Frente a ellos avanza una División roja completa.

El día 17 de septiembre toma el mando de Huesca el coronel Beorlegui. Es el que hemos visto batirse en el frente de Irún, el que expugnó la mencionada plaza fronteriza y entró en San Sebastián. Viene con un balazo en una de las piernas; la bala le alcanzó cuando entraba en Irún, pero el coronel se ha negado a hospitalizarse; unas curas superficiales le van permitiendo seguir adelante, pese a los dolores que frecuentemente le agobian.

El primer propósito de Beorlegui es organizar en Huesca una columna con todos los elementos de que pueda disponer y romper las líneas rojas en dirección a Estrecho Quinto, a fin de enlazar con la guarnición sitiada y restablecer en esa zona las comunicaciones. La opinión de los Jefes y Oficiales de Estado Mayor es pesimista, porque todos se dan cuenta de la enorme inferioridad de medios con que habrán de operar.

Ha llegado a Huesca la Bandera Gallega, la magnífica e inmarcesible Bandera Gallega, que se ilustrará en combates de extraordinario heroísmo. Llegan igualmente los requetés navarros, en número reducido, pero llenos de ardimiento por las victorias de Guipúzcoa. Y llega la segunda Bandera de la Legión, con sus efectivos reducidos a 200 hombres. En total, muy poca cosa, pero... Mola no tiene nada más que enviar a tierras de Huesca.

Durante la última quincena del mes de septiembre dos bravísimas columnas quieren ensanchar posiciones, batir a los rojos en el campo, desbaratar aquel cepo con que el enemigo amenaza a la ciudad; una de ellas es la del coronel Beorlegui que trata de desembocar por la carretera de Barbastro; la otra está mandada por el teniente coronel de Caballería don Gustavo Urrutia y lucha sobre las comunicaciones con Zaragoza.

Entre Huesca y Estrecho Quinto se esconden los pueblecillos de Quincena y Tierz. Fuertes masas de milicianos los ocupan. ¡Si se pudiera llegar hasta allí! Beorlegui enfila sus ataques hacia el edificio del Manicomio, situado a dos kilómetros de la población. La resistencia que los rojos oponen es demasiado dura para que puedan arrollarla por completo los efectivos nacionales del sector. Ataque tras ataque, consigue el coronel Beorlegui llegar al Manicomio. Un asalto final lo conquista; pero no se puede seguir más allá. Desde el 20 hasta el 31 de septiembre se lucha por unos centenares de metros de terreno, hasta que el día 31, a la vista de una realidad implacable, el Mando autoriza la retirada de los defensores de Estrecho Quinto. A favor de la noche, entre sombras, y después de haber destruido el material que no podían transportar, aquellos héroes burlan la vigilancia de los puestos enemigos y se repliegan en orden hasta las trincheras nacionales de la ciudad.



Huesca: Ruinas del Manicomio, avanzadilla nacional

La resistencia en Siétamo, en Montearagón y en Estrecho Quinto fue la clave de la salvación de Huesca. Esas posiciones, mediante un sacrificio admirable, detuvieron durante ocho semanas a las masas más fuertes que la España roja enviara contra la capital del Alto Aragón. Detrás de la línea heroica que en los tres citados puntos había surgido como por arte de magia, fue posible iniciar la organización de una defensa sistemática de la ciudad.

Todo el mes de octubre se pasó entre ataques rojos a Huesca. Pero cada día ganado era un gran triunfo que los defensores registraban llenos de esperanza.

El coronel Beorlegui había pagado tributo a la muerte; aquella herida de bala recibida en Irún y desdeñada como cosa baladí, acabó con su vida. El coronel Solans, que con el capitán de Estado Mayor señor Zanón había

mantenido la heroica resistencia oscense durante las primeras semanas, pasó a otro mando en el Ejército del Norte, y vino a sucederle en Huesca el coronel Adrados, del Cuerpo de Ingenieros. Con pericia y denuedo ejemplares comenzó a montar rápidamente una defensa rígida, porque la resistencia elástica que hasta el mes de octubre se mantenía hubiera exigido gran consumo de fuerzas y estas fuerzas no existían en aquellos tiempos. Resolvió Adrados proponer al Estado Mayor de Zaragoza la construcción de varias líneas de fortificaciones de campaña, sólidas y perfectamente combinadas, a fin de que los centenares de hombres con que contaba la guarnición estuvieran en condiciones de dar el máximo rendimiento, y al propio tiempo aplicaran los fuegos con toda la eficacia deseable.

No dejaron los rojos de advertir esta intención, y para desbaratada dispusieron una ofensiva directa contra la ciudad, a la que sometieron a violento bombardeo de seis baterías el día 21 de octubre. Tras la preparación artillera volaron los aviones, y Huesca empezó a ver cómo sus casas y calles se desmoronaban y se llenaban de escombros. A las diez de la mañana Batallones completos de milicianos se lanzaron al asalto, pero tropezaron ya con las primeras defensas fijas y no pudieron adelantar un solo paso. El coronel Villalba, que había anunciado oficialmente aquel ataque «como el último que será necesario para la toma de Huesca», se encontró sobremanera sorprendido, y pensando que la insistencia en el empuje daría rápidamente los frutos esperados, volvió a bombardear la ciudad el día 22 y ordenó que delante de la Infantería marcharan todos los «autos» blindados, y hasta un tren, igualmente blindado, que era la ilusión de las tropas catalanas; pero ni los soldados del Regimiento de Valladolid, ni la Legión Gallega, ni la Falange aragonesa, ni el Regimiento de Galicia, ni los pequeños, pero acerados refuerzos llegados de Zaragoza, retrocedieron, y el segundo día de ataque se transformó en un verdadero desastre de bajas para los atacantes.

Cuando el año 1936 iba declinando, tropas del sector de Huesca se permitieron algunas pequeñas reacciones ofensivas con el propósito de dar un poco de aire a las defensas y asegurar algunas zonas que podían servir de observatorio y de empalme entre diversos núcleos de resistencia. Entre estas operaciones merece que citemos las de los días 20, 21 y 22 de diciembre; la Mehal-la de Tetuán y la segunda Bandera del Tercio, al mando del comandante Galera, ocuparon los pueblos y posiciones de

Lierta y de Arascués, cortaron en parte una sección de atrincheramientos enemigos y dieron, sobre todo, muestra de una combatividad que no esperaban los rojos. Más tarde, hacia el 6 de enero de 1937, fue necesario replegar y retirar esas posiciones, porque faltando la indispensable artillería, era imposible resistir en ellas el constante bombardeo de los cañones enemigos.



Soldados de la 2.ª Badera de la Legión en Huesca

Mitad días de relativa calma, mitad horas de golpes de mano, transcurrieron los meses de enero y febrero, hasta que el 17 de marzo, los rojos atacaron otra vez la ciudad por el sector de la Posición núm. 2 y por el Manicomio. La intensidad del ataque era considerable. Cayó aplastada una avanzadilla y el pelotón que la defendía sucumbió también. Continuó el ataque a escasa distancia y con gran violencia, y las fuerzas nacionales se sostuvieron enérgicas para dar tiempo a que llegaran los aviones de bombardeo; bajo el vuelo de los grandes aparatos, una sección del Regimiento de Galicia, mandada por el alférez Vela, volvió a recuperar la avanzadilla y salvó a una parte de la guarnición prisionera. Pensaron los atacantes que un nuevo método de asedio les daría resultados más brillantes que el ataque de ruptura en que hasta entonces habían fracasado. Dieron en suponer que la operación aconsejable era la de infiltración por el Oeste de la ciudad, para cortar allí «la única carretera» que unía a Huesca con la retaguardia. Esa carretera —que va a Ayerbe— estaba batida a derecha e izquierda por las ametralladoras rojas; y a tan corta distancia,

que se podía oír perfectamente durante la noche algunas conversaciones de los milicianos sitiadores.

El ataque contra la comunicación se produjo el 7 de abril. Llegó hasta el pueblo de Esquedas, pero no pudo mantenerse en él. Al mismo tiempo se combinó un ataque general que las defensas hicieron fracasar. El día 8 los rojos reanudaron el ataque con gran energía e intentaron penetrar entre el pueblo de Esquedas y la carretera de Jaca, con propósito firme de cortar esta vía; los soldados gallegos se superaron a sí mismos y lucharon hasta el agotamiento; cuando el asalto cesó, llegada la noche, fue necesario relevarles.

Los bombardeos de artillería contra el centro de la ciudad eran casi diarios. Sangriento fue todo el mes de mayo, porque el Ejército de Cataluña se obstinó en una operación que, después de todo, era absolutamente lógica: el dichoso corte de las comunicaciones del Oeste. Allí estaba la victoria inmediata, al alcance de la mano, a la izquierda y a la derecha de la carretera; en el carrascal de Alerre y en las posiciones del pueblo de Chimillas. ¿Cuánta distancia había hasta la «única carretera»? ¿Ochocientos metros? ¿Quizá seiscientos? ¿Acaso quinientos? Un salto brioso y el cerco de Huesca quedaría perfectamente cerrado.

Claro es que ya no se tropezaba con aquellos pequeños pelotones y aquellas secciones de los primeros días, fuerza entregada a sí misma, sin medios y sin más esperanza que las de su coraje. Ahora, el coronel Ruiz Plasencia había ido acumulando más tropas, aunque no en número muy importante, por la sencilla razón de que tampoco hubiera sido posible concentrarlas en tan pequeño recinto como el de la línea de fortificaciones del coronel Adrados. Pero en cambio, la abundancia de material automático, la presencia de unas cuantas baterías, el aumento de las disponibilidades de aviación para el frente aragonés, la experiencia de los soldados defensores, la energía del mando, la moral civil de los habitantes de Huesca y la lección de los numerosos ataques rojos fracasados, daban a la resistencia un aire de cosa insuperable e inexpugnable que autorizaba las máximas confianzas.

El coronel Adrados, con su jefe de Estado Mayor el capitán Miranda, asumía frecuentemente el mando directo de los núcleos en los propios parapetos y proclamaba un «no pasarán» de pleno optimismo; tan bien fundado, que «no pasaron» los milicianos.

Sin embargo, muchas noches, el Mando de Huesca pensó, en su intimidad: «¿serán estas las últimas horas?» Porque la desproporción de fuerzas combatientes, y la situación táctica de las líneas de comunicación, eran tan extraordinarias que no se comprendía cómo podía llevarse adelante la defensa victoriosa.

Fue en el mes de junio de 1937 cuando Barcelona resolvió hacer un esfuerzo final. Reunió dos de sus mejores Divisiones —la 28 y la 29— con algunas Brigadas internacionales, puso a su disposición 40 aviones y otros tantos carros de combate y dio instrucciones generales muy minuciosas.

En una «Orden de Operaciones» del Ejército del Este (3.ª Sección), fechada el día 8 de junio, dice el Mando rojo:

«El enemigo, que había concentrado sus principales medios en tropas y material en el norte de España para realizar un ataque a fondo contra Euz-kadi, ha tenido que suspender su acción por nuestra ofensiva de Navacerrada. Interesa al Mando Superior continuar manteniendo la iniciativa en sus manos, evitando que el enemigo insista de nuevo en su ofensiva de Vizcaya. Para ello van a llevarse a cabo una serie de ataques en los diversos Ejércitos.»

¡Ofensiva de Navacerrada! ¡Mantener la iniciativa! Lo cierto es —como el lector habrá visto— que ni la ofensiva mencionada detuvo la maniobra nacional de Vizcaya, ni el «Mando Superior» rojo llevaba la iniciativa de las operaciones.

«El frente de Aragón —decía luego la Orden General— está cubierto por seis Divisiones y una Brigada autónoma, desde la frontera francesa hasta Rillo. Frente a nuestro Ejército el enemigo tiene parte de su 5.º Cuerpo de Ejército, formado por la primera y segunda Divisiones, cuyas cabeceras radican en Ayerbe y Calatayud. Nuestra línea actual presenta una serie de anomalías que conviene corregir, al objeto de economizar fuerzas. Se va a empezar por la ocupación de Huesca —asediada por las Divisiones 28 y 29—, lo que nos permitirá recobrar una División, rectificando el dispositivo actual en el cual la División 29 ocupe en dos partes el sector de la División 28.

La idea de la maniobra consiste en efectuar acciones secundarias en las zonas correspondientes a las Divisiones 26, 27, 29 y 130 Brigada autónoma, con objeto de fijar las reservas enemigas de sector. La División 25 llevará a cabo una acción concomitante para atraer las reservas generales del 5.° Cuerpo de Ejército enemigo, ejerciendo la principal en la zona correspondiente a la División 28, convenientemente reforzada, con el fin de cercar Huesca y ocuparla posteriormente. Conseguidos estos objetivos se profundizará en las direcciones que se determinen. En esta fase se atenderá muy especialmente a la seguridad del flanco occidental del orden de batalla,

para lo cual se situarán convenientemente escalonadas las reservas.

Los medios de acción contra Humea serán:

División 28.
Brigada mixta 108 de la División 25.
Cuatro Batallones de la 31 División.
Brigada Mixta 49.
División 27.
Brigada móvil número 12.
Una compañía de carros de combate.
Una íd. de coches blindados.
Un grupo de tres baterías de 10,5 de campaña.
Un íd. de tres baterías de 11,5.
Dos baterías de 15,5.
El «Batallón de la Muerte».
Dos Compañías de Zapadores del Batallón del Ejército.

Al sur de la zona de acción de la División 28 se situarán dos Batallones de la División 27, una Compañía de carros de combate, un grupo de dos baterías de 10,5 de campaña, dos baterías de 15,5, dos Compañías de Zapadores del Batallón del Ejército, un Grupo de guardias de Asalto y una Compañía de trabajadores.»

Estos eran los medios con que iba a darse el golpe de gracia sobre Huesca. Ya que antes hemos aludido a la desproporción de fuerzas, es útil esta reproducción de los datos que figuran en la «Orden general de Operaciones» del Ejército rojo del Este, porque muestran con resplandeciente claridad en qué importante medida se aplicó el Estado Mayor de Barcelona a la idea y decisión de aniquilar a los dos o tres mil hombres que defendían todo el sector de Huesca y sus comunicaciones.

«La Misión y Repartición de Tropas preveía aun golpe de mano» contra la población enemiga de Cariñena, a cargo de la aviación y de dos Batallones de Infantería de la División 25. El objeto de esta operación es sembrar la alarma en la guarnición enemiga; conseguido este objetivo, los Batallones se replegarán a la base de partida». En la segunda fase «debe atacar y ocupar las posiciones enemigas de la «Novia del Viento» y «Vértice La Serna». En la tercera fase «vendrá la ocupación por sorpresa de las posiciones enemigas del Vértice Jaulín, situado al norte de Sierra Gorda, para continuar contra el pueblo de Jaulín al amanecer del día 11.

También al amanecer de este mismo día debe ocuparse Villanueva del Huerva, para continuar en dirección de Ailés y Mozalocha. Esta acción deberá ser llevada a cabo en forma rápida y violenta, pues tiene por objeto atraer la reserva general del 5.º Cuerpo de Ejército (Zaragoza), reteniéndola en este sector mientras se desarrolla la acción principal en Huesca.»

Luego venía en las «Instrucciones Generales» la descripción de la quinta fase. Y dice el documento:

«Ocupación de Chimillas, Alerre y Lomas de Cillas. Para conseguir estos objetivos se efectuará una acción combinada por dos Agrupaciones, situadas, respectivamente, al Norte y al Sur de los mismos. La Agrupación Norte, compuesta por la 12 Brigada Móvil, 49 Brigada mixta, «Batallón de la Muerte», dos Batallones de la División 28, una Compañía de carros de combate y dos Compañías de Zapadores, al mando del general Lukacs, avanzará de Norte a Sur en dos tiempos. Esta acción deberá ir precedida de un golpe de mano que efectuará el «Batallón de la Muerte» durante la noche del 11 al 12 contra los parapetos enemigos situados frente a nuestras posiciones de la Loma T, sirviendo estas últimas posiciones de base de partida.

Primer tiempo.—Ocupación de Chimillas, Loma Norte de Cillas y posiciones de La Noria. A la hora «H» del día 12 la Infantería, precedida por los carros, abandonará la base de partida, progresando hacia los objetivos indicados, apoyada por nuestra artillería, mediante concentraciones sucesivas sobre los objetivos alcanzados. La artillería apoyará con el fuego hasta el último momento posible el avance de la Infantería, transportándolo después sobre la línea de objetivos señalados para el segundo tiempo. Cuando cese, durante el primer tiempo, el apoyo de la artillería, la Infantería será acompañada por nuestra aviación de caza.

Terminado el primer tiempo, se fortificarán los objetivos alcanzados, se reorganizarán las fuerzas, y si fuese grande el desgaste de la 40 Brigada Móvil, quedará guarneciendo los objetivos, llevando a cabo el desarrollo del segundo tiempo la Brigada 49, para lo cual deben colocarse en orden sucesivo dichas dos Brigadas.

Segundo tiempo.—Al finalizar éste deberá haberse alcanzado la línea Alerre-Parapetos de Alerte —Casas de Allué—, Parapeto de la Muerte y Loma Sur de Cillas. Los apoyos de aviación y artillería serán análogos a los del primer tiempo.

En cuanto a la Agrupación Sur, mandada por el jefe de la 125 Brigada Mixta, estará constituida por esta Brigada, dos Batallones de la División 27, una Compañía de carros de combare y dos Compañías de Zapadores. Tiene como misión ocupar consecutivamente los siguientes objetivos: Casa Carlos-Posiciones de Laita-Estación del ferrocarril de Alerre, desarrollando su acción de Sur a Norte en dos tiempos.

Exploración del éxito. La Agrupación Norte, apoyada por sus carros y su artillería, después de guarnecer y fortificar convenientemente con frente al Este las

posiciones ocupadas, que enlazarán entre sí por medio de sus fuegos y mediante trazado de ramales, procederá explotar el éxito tratando de apoderarse de Huesca por la zona comprendida entre las posiciones que bordean por el Norte la Loma de Cillas y por el Sur el camino de Miquera. Procederá a la limpieza de dichas posiciones, establecidas a ambos flancos de la zona de avance sobre Huesca, abatiendo cuantas resistencias puedan presentarse.

La Agrupación Sur, una vez deshechas las resistencias enemigas establecidas a lo largo del camino de Miquera, tratará de explotar el éxito en dirección de la cota 481, al Norte de San Jorge, empleando los Batallones de reserva o solicitando refuerzos del Mando si llegara el caso. Después de ocupar dicha cota ocupará por retaguardia la ermita de dicho nombre, atacando de flanco toda la línea de trincheras que defienden el frente Sur de Huesca.»

¿Con qué fuerzas iba el Mando de Huesca, o mejor dicho, la División 1.ª que mandaba Urrutia, a afrontar la gran ofensiva que los rojos preparaban tan cuidadosamente?

Oigamos al Estado Mayor de Barcelona, que en su «Boletín secreto de información», enviado a todos los jefes de grandes unidades, dice, al llegar al sector de Huesca:

«*Zonas interior y exterior de Huesca*. —En la Loma La Torrasa, los facciosos disponen de una Sección de Infantería, con una ametralladora y un mortero de 81. En las posiciones de la carretera de Jaca, hacia el kilómetro 78, hay una Compañía de Infantería.

En Chimillas y posiciones próximas, una Compañía con tres ametralladoras y un mortero de 50. En toda la parte de Chimillas, que está a nuestro frente, hay una trinchera descubierta; detrás de ella, y bastante cerca, en los pajares del pueblo, catorce parapetos con sacos terreros. Todo el pueblo está cercado por una alambrada sencilla.

En el parapeto del camino a Bolea hay un mortero de 50. A veces llevan a Chi millas, desde Huesca, otro mortero del mismo calibre.

Por las noches, además de tres soldados en cada parapeto, hay un paisano del mismo pueblo haciendo la guardia

En el llamado «Parapeto de la Muerte», al Sureste de Chimillas, hay cuatro Escuadras.

En toda esta zona en total un Batallón con tres Compañías en los parapetos y una de descanso»

Por este orden va describiendo el documento oficial rojo todo el frente nacional de Huesca, sobre el que se ve que el Estado Mayor de Barcelona poseía excelentísima información, muy fácil, por otra parte, de

recoger en el propio frente; «aquí hay un Batallón, más allá una Compañía, al otro lado cuatro ametralladoras». En suma, los informes que llegan a los Cuarteles Generales de las Divisiones y Brigadas encargadas del ataque no pueden ser más detallados y exactos.

Impone ahora pensar en la situación de los nacionales, cuando con tres Compañías, más una de descanso o reserva, habían de resistir la oleada que estaba a punto de desencadenarse durante la primera quincena de junio de 1937.



Huesca: Trincheras nacionales en las calles

¿Cuál fue el resultado de la ofensiva roja? El lector habrá podido apreciar la importancia de los medios acumulados y la escrupulosidad con que han sido señaladas las misiones de cada una de las unidades que van a entrar en fuego. Parece imposible que la operación fracase. Sin embargo...

Veamos cómo se reflejaron los combates en las notas del Mando nacional, comunicadas al General-Jefe de la región aragonesa, don Miguel Ponte. Esas notas dicen:

«*Día 12 de junio de 1937*.—El enemigo ha atacado, tras intensa prepa- radón artillera, la plaza de Huesca, y ha sido rechazado por nuestras fuerzas. También ha atacado el pueblo de Chimillas con tanques y artillería, siendo rechazado y dejando delante de Chimillas gran número de cadáveres. Por la tarde repitió el ataque sobre Chimillas, con igual resultado.

Día 14 de junio.— Se ha reconocido el sector de Chimillas y nuestras fuerzas han recogido 53 fusiles, bayonetas, caretas antigás y 42 cadáveres abandonados por el enemigo, entre ellos el de un comandante de nacionalidad húngara.

Día 16 de junio.—Ataque enemigo muy intenso en los sectores del Hospital Nuevo y Posición número 1; el enemigo ha logrado apoderarse de parte de esta última y ha sido rechazado en los demás puntos.

Ataque simultáneo con tanques y blindados a los Carrascales de Alerre y Castejón, siendo rechazado en el de Alerre y consiguiendo apoderarse del de Castejón, apoyado con numerosos tanques y aviación.

También atacó La Torraza, y fue rechazado.

Ataque sobre Chimillas, Loma Sur de Cillas y posición del sector de Casas de Allué, siendo rechazado.

Nuevos ataques, siempre apoyados por tanques, se suceden durante la tarde, dirigidos principalmente sobre la Loma Sur de Cillas, Chimillas, La Torraza y Carrascal de Alerre, siendo todos rechazados.

Todos estos ataques los lleva a cabo el enemigo con el apoyo de numerosa aviación, tanques y artillería, habiéndose visto masas de aviación hasta de más de cincuenta aparatos.

No obstante, catorce de nuestros «cazas» entablaron combate con más de cuarenta aparatos enemigos, logrando derribar cuatro aviones contrarios, sin que los nuestros tuvieran novedad en su personal y material.

Día 18 de junio.—Veintidós aparatos enemigos bombardean Huesca, causando grandes daños en edificios y veintidós muertos y ocho heridos en la población civil.

Día 19 de junio.—Una columna al mando del teniente coronel habilitado D. Alfredo Galera ocupó la parte de la posición número 1 del sector de Huesca que aún quedaba en poder del enemigo, al que se le recogieron cincuenta muertos.»

He aquí el balance de la gran ofensiva de los rojos; he ahí los auténticos resultados.

El libro *Huesca vencedora* describe los combares de junio con estas palabras:

«Chimillas, pueblo mártir, el más inmediato a Huesca por esta zona, estaba defendido por una Compañía de soldados del Regimiento de Vallado- lid, mandados por el capitán Enrique Ramos; en su mayoría estos muchachos eran quintos, y hacía pocas semanas que habían sido alta de instrucción; tenían además próxima una batería del 7,5 y en la Ermita de Nuestra Señora de Cillas una batería de bronce al mando inteligente del capitán Juder; esta posición, con tan reducida guarnición, fue tenazmente atacada por más de 7.000 rojos, protegidos por una docena de tanques, por una gran masa artillera y por medio centenar de aviones, que sin cesar los castigaban. Atacan con gran ímpetu los rojos al amanecer y se les rechaza tras esfuerzos inauditos de aquellos muchachos tan valientes; pero perdemos, por inutilización, un cañón y las ametralladoras que teníamos en Chimillas; en seguida otro ataque, el mismo aparato artillero, los tanques que avanzan hacia nuestros parapetos, el alférez Chica que se lanza con bombas de mano sobre uno de ellos, que logra inutilizar, con el sacrificio de su vida; así evitó que el enemigo triunfase; la

Compañía del Capitán Ramos se multiplica; su bravura no tiene límites; dos tanques más inutilizados al enemigo. A media mañana, otra gran masa inicia bárbaros ataques; el General Pozas quería a todo trance arrebatarnos Chimillas; la artillería roja ahora se concentra sobre esta posición, causando enormes destrozos y bastantes bajas; pero los infantes no ceden: valientemente, el capitán Ramos les arenga, y al grito de ¡Viva España!, con toda la fiereza trágica de que el hombre es capaz, se lanza contra el enemigo, derrotándolo y logrando parar en seco aquella masa inmensa de rojos que, como un mar encrespado parecía que iba a destruir Chimillas.»

El fuego de contrabatería de los pocos cañones nacionales de Huesca consiguió desarticular el ataque enemigo al matar al General extranjero Lukacs, que tenía el mando de la ofensiva. Desembocaba el mencionado General de la posición de Estrecho Quinto y se dirigía en automóvil hacia Huesca, cuando un proyectil de cañón alcanzó el vehículo y mató a Lukacs. Probablemente, la noticia de este suceso influyó sobremanera en la moral miliciana; es el caso que, como hemos visto por los comunicados secretos del Mando local al Estado Mayor de Zaragoza, ninguna de las fases del plan rojo pudo cumplirse, antes bien, los nacionales contraatacaron con fortuna el día 20 y la situación general en torno a la ciudad de Huesca quedó sin modificación alguna, igual, exactamente igual que antes del 12 de junio de 1937.

En el frente rojo, 10.000 bajas acusaron el desastre y el fracaso.

La Infantería había demostrado una toral ausencia de profundidad en sus ataques.

¿Terminaron con esto los intentos rojos sobre Huesca? No; pero este de junio de 1937 fue el más intenso, el mejor organizado y el más coherente. Después, hasta marzo de 1938, los meses transcurrieron sin combates especialmente mencionables; la guerra se estabilizó y, fuera del cañoneo, de los golpes de mano y de las emboscadas en los caminos, no volvió a montarse una ofensiva de gran estilo.

La población civil de Huesca

No es posible, en una Historia militar de la guerra de España, dejar sin mención la conducta disciplinada y heroica de la población civil de Huesca durante los dieciocho o diecinueve meses del asedio sufrido. ¡Cuántas noches de terror! ¡Cuántos días de angustia! Y, sin embargo, el Mando encontró en hombres y en mujeres, en ancianos y en niños, la

colaboración más preciosa. Reducidos a un racionamiento escrupuloso, comunicados con el exterior por una sola vía que cualquier día podía lógicamente quedar cortada, sometidos al tormento del bombardeo incesante, los habitantes de Huesca no dejaron de mostrarse en todo instante dispuestos al sacrificio y alentados por un humor magnífico. Los paseos provincianos, con sus risas y sus idilios de novios, las reuniones familiares en casas un poco desenfiladas del tiro de las baterías rojas, los bailes públicos bajo el vuelo de los aviones, el servicio de autobuses de viajeros, que a diario hacía su recorrido hasta Ayerbe, la recepción de visitantes, los comentarios humorísticos, la excelente disposición del ánimo para aceptar los deberes que la situación imponía, hicieron de la población civil de Huesca un mundo de héroes de romancero. Cuando fue necesario, ninguno de los hombres capaces de sostener un fusil regateó su colaboración y su vida. Si los viejos y las mujeres hubiesen tenido que ir a los parapetos, el designio de lucha a vida o muerte habría quedado igualmente cumplido con toda dignidad.

A esos habitantes de la capital alto-aragonesa les corresponde un altísimo honor y les debe España una gratitud imperecedera.

¿Por qué fracasó la ofensiva roja?

Sería difícil explicar este fenómeno si nos encontráramos ante el caso de dos Ejércitos bien organizados que luchan, en las circunstancias que hemos descrito, por la posesión de una ciudad. La lógica más elemental permitía suponer que los rojos podrían apoderarse de Huesca con esfuerzos relativamente fáciles, dado que los nacionales no podían oponerles casi nada. Pero, en los primeros tiempos, los ataques de las columnas catalanas, casi todas formadas por voluntarios del milicionado anarquista, fueron tan perfectamente incoherentes y tan apartadas de las normas relacionadas con la técnica, que más que operaciones de tipo militar pro- piamente dichas, los movimientos de aquellas fuerzas parecían meros intentos de hordas descompuestas y arbitrarias. De este modo permitieron que el Mando nacional ganara dos o tres meses, allegara algunos refuerzos, sacara fuerzas de flaqueza, concentrara algún material y estudiara el paso de la defensa elástica a la rígida. Luego, en las concentraciones del fuego artillero, en la disposición de las ametralladoras, en la preparación de los asaltos, en el mal encuadramiento de las tropas, en la indecisión de los

mandos subalternos y en la flojedad de las embestidas, se vio que el Ejército asediante carecía de los elementos psicológicos y técnicos más indispensables para la guerra. Se caracterizaba la acción miliciana por una ciega brutalidad, ante la cual cualquier disposición profesional podía alcanzar grados de eficacia indescriptible. Sólo así comprenderá el lector los dieciocho o diecinueve meses de asedio y aquel estéril entercamiento en que los rojos perdieron todo su tiempo a partir de la fracasada ofensiva de junio de 1937.

También fueron un constante desacierto —y esto no sólo en Huesca, sino en casi todos los frentes— la distribución de fuerzas, la asignación de misiones y la interpretación de las funciones propias de los Mandos superiores. ¿Qué hubiese acontecido si todo el despliegue de la furia y de los elementos acumulados en Teruel se hubiera proyectado sobre las comunicaciones entre Huesca y Zaragoza? ¿Qué, si en vez de planear cinco o seis acciones concomitantes se hubiese decidido el Estado Mayor de Barcelona por una maniobra de gran tipo con todas las Divisiones disponibles? Pero los hechos sucedieron como se ha visto, y no vale la pena de que ahora nos entretengamos en conjeturas sobre lo que pudo acontecer y no aconteció.

Heroica mil veces, y mil veces mártir e invicta, Huesca fue uno de los maravillosos bastiones que la España nacional creó a fuerza de moral guerrera, y en ese bastión se estrelló el ímpetu de las reclutas rojas de buena parte de Aragón y de toda Cataluña. Por el servicio que Huesca prestó al desarrollo de las campañas de Franco, por lo inmarcesible de su sacrificio y de su triunfo, ha entrado nuevamente esta ciudad aragonesa en el centro de la Historia de España y ha escrito algunos de los capítulos más extraordinarios de la vida y del esplendor de nuestra patria.

La ofensiva sobre el frente de Aragón, la «gran batalla de Franco», iniciada en la primera decena del mes de marzo de 1938, puso fin al sufrimiento de Huesca, según tendremos ocasión de ver en el capítulo siguiente. Terminemos éste con un emocionante recuerdo para la División 51 (General Urrutia), que fue la que contribuyó gloriosamente al prodigioso hecho de la defensa de Huesca.


El General Urrutia

FIN

DEL TOMO SEGUNDO